

Breviario mediterráneo
Predrag Matvejević
DESTINO
imago mundi

Annotation

'En Alejandría conocí a un catalán, relojero de profesión, que intentaba rehacer el catálogo de la biblioteca devastada, la mayor de la Edad Antigua, pese a ¡os escasos datos disponibles. Se lamentaba porque su lengua materna se estaba perdiendo y quería compensarlo de algún modo. Los excéntricos del sur se distinguen de los excéntricos del norte. La causa no es sólo el clima diferente. En el Mediterráneo, los prodigios también son diferentes.'

En una narrativa apasionante y sugerente, pictórica de hallazgos y encuentros, Predrag Matvejevi? reconstruye la historia de una palabra -Mediterráneo- y ahonda en sus múltiples significados. Este breviario, un clásico de las letras europeas contemporáneas, evoca centenares de los rasgos que configuran un espacio histórico y cultural, y una forma de vivirlo: el estilo de los puertos y las aduanas, la suavidad de la arquitectura en el perfil de la costa, los saberes de la cultura del olivo, la difusión de una religión, las huellas permanentes de las civilizaciones árabe y hebrea, las lenguas y los dialectos que cambian con el tiempo, las historias ocultas y los destinos particulares. Guiados por una prosa excepcional y una sabiduría que no parece de este tiempo, los lectores descubrirán el mundo al que pertenecen y las ricas señas de identidad que lo vertebran. Una obra maestra que ahora se ofrece reescrita y ampliada por el autor.

Una profunda y poética 'filología del mar': historia de una cultura, nuestra cultura mediterránea, de un extremo a otro del tiempo y del espacio.

'Como potamólogo que, en El Danubio, intentó sobre todo expresar la gran nostalgia del mar y, en especial, del Adriático, envidio fraternalmente al talasólogo Matvejevi?, y me alegra que el Danubio desemboque en el mar, aunque por desgracia lo haga en el mar Negro y no en el Mediterráneo.' Del prólogo de CLAUDIO MAGRIS

'De Matvejevi? aprecio su pasión y su fe en la convivencia multirreligiosa y multiétnica.' MASSIMO CACCIARI

PREDRAG MATVEJEVIC

Breviario mediterráneo

Traducción de Luisa Fernanda y Pištelek, Tihomir Garrido Ramos

Ediciones Destino

Título Original: *Mediteranski brevijar*
Traductor: Garrido Ramos, Luisa Fernanda y Pištelek, Tihomir

Colección: Imago Mundi, 140
ISBN: 9788423340569
Generado con: QualityEbook v0.87

Predrag Matvejević

Breviario mediterráneo

Prólogo de Claudio Magris

Traducción del croata de
Luisa Fernanda Garrido Ramos y Tihomir Pištelek

Ediciones Destino | Colección imago mundi Volumen 140

ÍNDICE

NOTA DE LOS TRADUCTORES

QUEREMOS manifestar nuestro agradecimiento a todos los colegas traductores que nos han ayudado con las innumerables citas que aparecen en el libro.

La publicación de esta obra ha contado con una ayuda del Ministerio de Cultura de la República de Croacia.

Prólogo

de Claudio Magris Por una filología del mar

EN UNA espléndida página de este breviario —que sale ahora en una nueva edición revisada y ampliada con capítulos adicionales—, Predrag Matvejević cuenta que conoció en Alejandría a un relojero catalán que tenía la pasión de compilar meticulosamente, luchando contra la exorbitante falta de datos con una precisión escrupulosa y tenaz, el catálogo de la famosa biblioteca que destruyó el califa Ornar, la mayor de toda la Antigüedad. La filología del mar —de la que Matvejević proporciona con este libro un ejemplo fascinante, lleno de inteligencia y poesía— se asemeja a la metódica y fantasiosa empresa del relojero catalán por la mezcla de rigor y temeridad, precisión científica y epifanía del infinito.

La ciencia del mar se dedica al estudio de rutas y corrientes, de análisis químicos del nivel de salinidad, del relieve estratigráfico, del mapa del dominio bentónico y pelágico y la subdivisión en zonas eufóricas, oligofóticas y afóticas, de la medición de temperaturas y vientos; no obstante, también es la historia de naufragios y mitos de sirenas, galeones hundidos y leviatanes primigenios; *amnios* originario de la humanidad y cuna de la civilización, la figura griega que nace perfecta del mar como Afrodita, la gran prueba del alma de la que habla Musil, el encuentro con el símbolo de lo eterno y de la persuasión, es decir, de la vida que resplandece en su presente puro e incorruptible, en su plenitud de significado. La gran novela de formación, la mayor historia del individuo que se aventura en el mundo y regresa a casa, o lo que es igual, a sí mismo, la *Odisea*, no puede imaginarse sin el mar. Pero ese mar, el Mediterráneo, también es el seno de nuestra historia, de nuestra civilización.

Una gran voz que llega de Europa central, es decir, de un mundo continental, de las grandes llanuras croato-panonias, ha escrito sobre el Mediterráneo un libro genial, imprevisible y fulminante, que enriquece tanto la historiografía cultural como la auténtica literatura del mar con sus milenarios tesoros poéticos que desafían a los que se hundieron en los abismos. Pero Predrag Matvejević —insigne romanista de la Universidad de Zagreb, profesor de la Sorbona y, en la actualidad, de la Sapienza de Roma, intelectual europeo de primer orden— es también un hombre de la costa; croata, nació en Mostar, en Herzegovina, a unos cincuenta kilómetros del Adriático, y ya de niño

sentía fascinación por los ríos y las orillas del Mediterráneo, y se preguntaba por qué la franja costera es a veces tan estrecha y breve o por qué los habitantes de la costa tienen otras costumbres y entonan otras canciones. La curiosidad poética del muchacho aumentó y maduró con el advenimiento del estudioso, del gran crítico literario y del gran intelectual, para inventar, en este inesperado breviario, una forma peculiar y extremadamente original.

¿Qué libro es éste que desafía con refinada discreción los géneros literarios? El Mediterráneo de Matvejević, como él mismo afirma, no es sólo el espacio histórico-cultural estudiado de una manera magistral y quizá definitiva por Braudel, ni el espacio místico, lírico y vital celebrado por Camus o Gide. El libro de Matvejević, una obra fascinante que tiene algo de portulano, de diccionario y de ensayo novelado, basado en una fidelidad absoluta a la realidad, puede recordar, en su autonomía total y su diversidad, a *La Mer* de Michelet, otro libro extraño y genial en el que un gran historiador, después de investigar en los archivos la historia de Francia y de la Revolución, dedica su infatigable atención a la estratificación geológica de las costas y a los faros, a las conchas y a la flora oceánica, a los balnearios y a los cuentos de sirenas.

Al leer este breviario, se tiene a veces la impresión de que el que habla es uno de esos hombres recordados en el libro mismo, que vive frente al mar, dedicado a observar los faros y a compilar diccionarios náuticos. Pero todo Ulises contemporáneo auténtico debe vestir, más que la chaqueta de marinero, el batín de estar por casa, como escribió una vez Giorgio Bergamini, y aventurarse en una biblioteca, mejor —o más— que por las islas perdidas; el Ulises de hoy debe ser experto en la lejanía del mito y en el exilio de la naturaleza, debe ser un explorador de la ausencia y de la clandestinidad de la vida verdadera.

Predrag Matvejević no es ni marino ni farero; o quizá sí, pero en primer lugar, es uno de los protagonistas del debate intelectual contemporáneo. Su bibliografía presenta títulos aparentemente muy distintos a este breviario. Profesor en las más variadas e importantes universidades europeas y del otro lado del océano, Matvejević es la voz de una crítica inspirada en el marxismo y en las instancias revolucionarias, pero exenta de ortodoxia y de dogmas ideológicos. En muchos ensayos y, sobre todo, en esa obra maestra crítico-historiográfica que constituye el volumen *Pour une poétique de l'événement (1979)*, Matvejević ha reconsiderado a fondo y renovado con gran originalidad el concepto sartriano del *engagement*, y se ha sumado con una autoridad indiscutible al debate internacional sobre compromiso y libertad de la literatura. Todavía hoy —quizá especialmente hoy— la conciencia actual se debate, sobre todo en Occidente, en un *impasse* inaceptable y fatal, entre Escila y Caribdis,

entre un realismo o clasicismo progresista, cuyas instancias humanistas se empecinan en un conservadurismo anacrónico y represivo, y una reivindicación libertaria que se degrada en una proliferación palpitante, regresiva e indistinta, en una nietzscheana «anarquía de átomos».

Para superar este escollo, pocos autores hay como Matvejević, que, con su cultura cosmopolita, su nobleza intelectual —y su dialéctica de acercamiento-alejamiento de la vida, la historia y las cosas— defiende la subjetividad sin renunciar a la universalidad, se resiste al totalitarismo sin perder de vista una perspectiva global de la realidad. Son posiciones que ha corroborado en numerosos ensayos, desde los estudios literarios propiamente dichos hasta sus intervenciones ético-políticas en las famosas y audaces «cartas abiertas» dirigidas, en situaciones difíciles y no sin asumir riesgos personales, a diversas personalidades poderosas de la Tierra en defensa de la libertad, o mejor dicho, de las libertades, y de determinadas víctimas del poder.

Al combatir contra el estalinismo y contra todos los estalinismos, es decir, contra todas las fórmulas y conceptos totalitarios, Matvejević también ha exorcizado y desenmascarado el peligro opuesto y complementario que ahora parece disolver cada unidad cultural y cada sistema de valores, y que es el particularismo exasperado, la dispersión molecular: el estudioso de Yugoslavia y de Europa central o de una mezcla de las dos, un abigarrado y a veces centrífugo mosaico, ha advertido de que «la particularidad, de por sí, aún no es un valor», y alerta contra toda exaltación obsesiva, visceral y atomística de la propia identidad y de la propia inmediatez.

Con el *Breviario mediterráneo*, este intérprete del diálogo entre sistemas no cambia ni la naturaleza ni la vocación; cambia sólo el registro y encuentra una encantadora clave musical. Ya no lee, como en sus obras anteriores, sólo libros, sino que lee el mundo, la realidad, los gestos y el griterío de las personas, el estilo de las capitanías, el indefinible paso de la naturaleza a la historia y al arte, la prolongación de la forma de las costas en las formas de la arquitectura, la frontera trazada del cultivo del olivo, la expansión de una religión o la migración de las anguilas, los destinos y las historias custodiadas en los diccionarios náuticos y en las lenguas desaparecidas, el lenguaje de las olas y los muelles, las jergas y las hablas que cambian imperceptiblemente en el espacio y el tiempo, *cháchara, chiacchiera, ciacola* y *ćakula; siroco, šcilok* y *siroko; nieve, nevera* y *neverin; barco, barcon, barcosa, barcusius, bragoć*. Su breviario se transforma en un libro épico y lleno de *pietas* por cada uno de los innumerables destinos que el mar guarda y sepulta, como un archivo inmenso o como un diccionario etimológico igualmente inmenso. El mar es profundo,

abismal, pero el discurso de Matvejević es liviano, aferra la profundidad en el centelleo de la encrespadura, tiene una ligereza de resaca, pese a la inmensidad, incluso trágica, que abarca. Sabe dar voz a la gracia del Mediterráneo, como Raffaele la Capria en su hermosísima *Armonía perduta.*

La cultura y la historia calan directamente en las cosas, en las piedras, en las arrugas del rostro de los hombres, en el sabor del vino y del aceite, en el color de las olas. Matvejević intenta captar el Mediterráneo, abandonarse a la fascinación de esa palabra, pero también quiere circunscribir rigurosamente su significado, trazar límites y fronteras. Sigue las distintas pistas mediterráneas, las del comercio del ámbar y las peregrinaciones de los judíos sefardíes, la extensión de la vid y el curso de los ríos; las fronteras se tornan entonces oscilantes y fluctuantes, aunque coherentes y concéntricas, dibujan curvas ideales como isobaras o crestas de olas.

Especialmente en las ampliaciones y los nuevos capítulos, que hacen de esta última edición un libro mucho más rico que el anterior, Matvejevié se detiene en muchas cosas concretas que requieren de la narración para poder ser captadas: el olor del cordaje en los muelles y las supersticiones que surgen en torno a éstos, las distintas espumas de mar a mar, las diferentes tonalidades en la oscuridad del mar, la variedad y nomenclatura de las redes, los colores de la pintura en los distintos países, los nombres del mar y las imágenes de la rosa de los vientos, la estructura teatral de las pescaderías, el léxico o los gestos de los juramentos y la contemplación del mar entendidos como oración. Del vocabulario beréber, por ejemplo, que tiene una palabra para indicar la empuñadura del remo, pero no tiene ninguna que designe el remo, deduce e indaga la historia de la relación entre el pueblo y el mar.

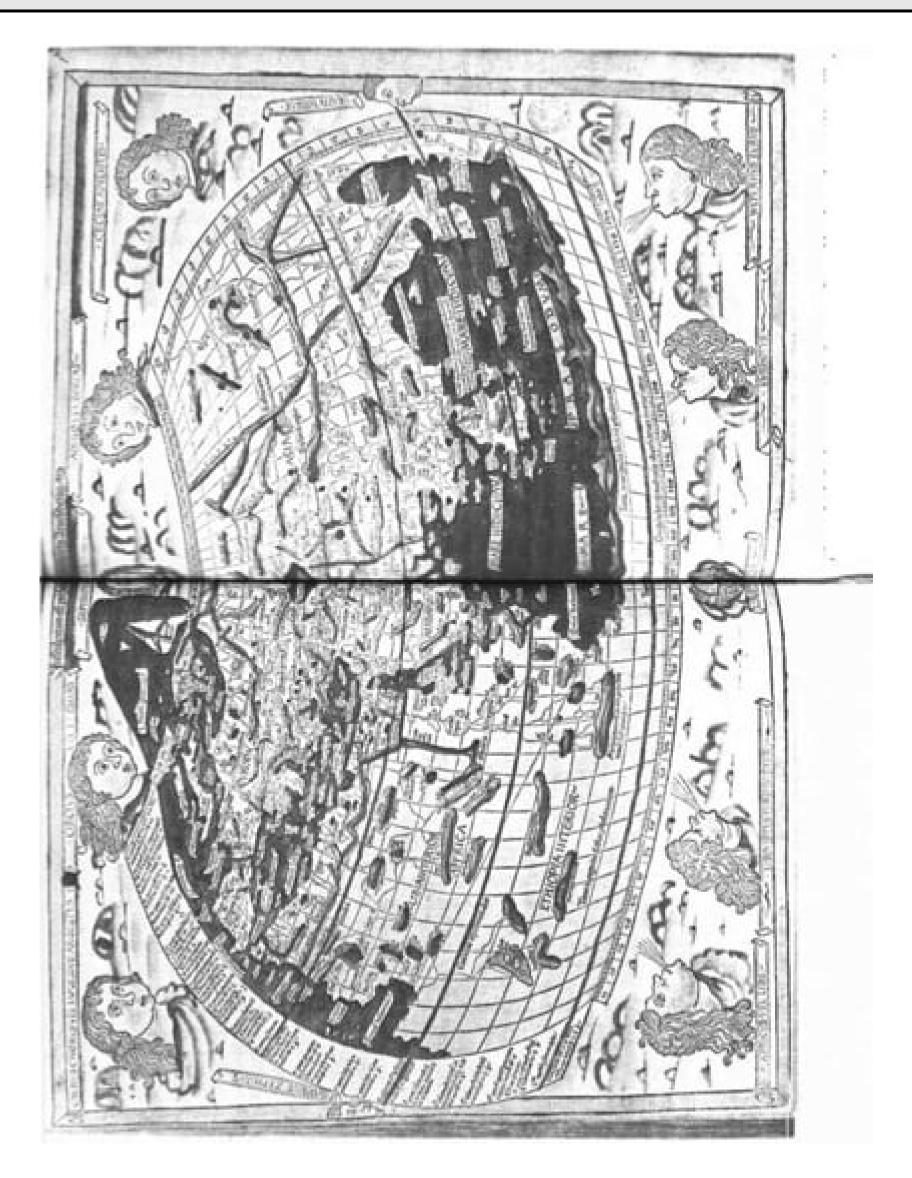
Para su libro vale aquello que el autor dice de los periplos antiguos que sobrepasan los límites entre la historia real y el cuento. En el capítulo sobre la cartografía, las vicisitudes de los mapas de los mares se entremezclan a las de sus autores, peligrosos y fantásticos seguidores de la precisión; el autor que escribe el libro llega a convertirse en un personaje, como cuando narra su encuentro con el monje Ireneo, que escribe en una soledad lejana la biografía de Simón el Estilita, o bien cuando evoca sus viajes, la visita a puertos sepultados y hundidos o el encuentro con paisajes naturales y culturales, la oración en el desierto o las montañas de Georgia con sus poetas.

Este libro mediterráneo es un relato que hace hablar a la realidad e injerta perfectamente la cultura en la evocación fantástica. Es probable que hoy sea éste el género más vivo y fecundo de la literatura, al menos de la narrativa, mucho más vivo y poético que las

«novelas» que cuentan si al señor X le va bien o no con la señora Y. Como potamólogo que, en *El Danubio,* intentó sobre todo expresar la gran nostalgia del mar y, en especial, del Adriático, envidio fraternalmente al talasólogo Matvejević y me alegra que el Danubio desemboque en el mar, aunque por desgracia lo haga en el mar Negro y no en el Mediterráneo.

CLAUDIO MAGRIS

I BREVIARIO



El mundo de Ptolomeo, según la Cosmografía, *publicada en el año 1482 en Ulm.*

Primero elegimos un punto de partida: una bahía o una escena, un puerto o un suceso, una navegación o un relato. Menos importante es desde dónde hemos partido y más hasta dónde hemos llegado, lo que hemos visto y cómo lo hemos visto. A veces, mientras navegamos,

parece que todos los mares son iguales; otras, todos resultan diferentes. El Mediterráneo es el mismo y es distinto al principio y al final.

La costa norte, del Bósforo a Málaga, tiene más puertos que la costa sur. En la sur, entre Haifa y Ceuta, hay menos bahías. He estado en las dos costas. He visitado las islas, primero las adriáticas, las jónicas y las egeas, las Cícladas y las Espóradas. He buscado las semejanzas y las diferencias entre ellas, he comparado Sicilia, Cerdeña y Córcega, las Kornati y las Baleares, Mallorca y Menorca, unas islas no soportan la comparación con otras. Me he detenido en las desembocaduras de los ríos. No he hecho escala en todas las costas. Quién sabe si alguien ha recorrido todos los rincones del Mediterráneo.

Es difícil establecer hasta dónde se extiende nuestro mar y dónde deja de serlo. Los marinos de la Antigüedad fijaron sus límites entre las costas de Asia y las Columnas de Hércules, desde el Euxino hasta el océano. Los sabios opinaban que llegaba hasta donde crecen los olivos, las higueras, las palmeras. No todos los lugares son proclives al mar, en algunos la tierra firme lo acepta, en otros lo rechaza. Las fronteras del Mediterráneo no son sólo geográficas.

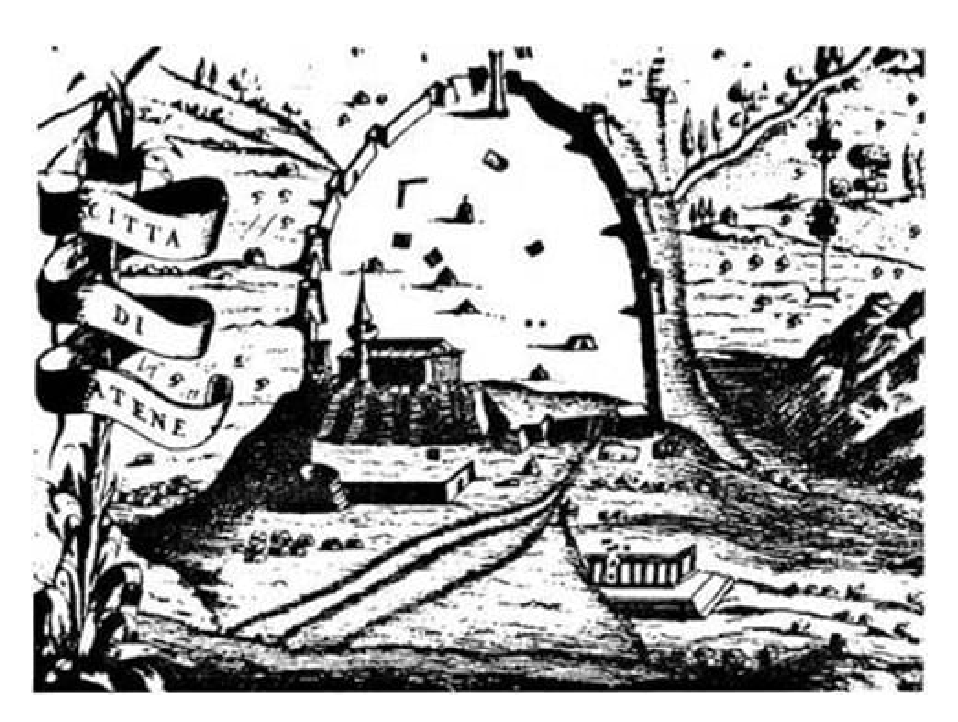
No están delineadas ni en el espacio ni en el tiempo. No son históricas, ni estatales, ni nacionales: un círculo de tiza se traza y se borra sin cesar, se amplía y se reduce. Por aquí pasaban y se entrelazaban los caminos del aceite y del vino, del trigo y de las especias, de la seda y del ámbar, del saber y de los conocimientos. De Oriente llegaron las profecías de los sabios y profetas, las oraciones y los evangelios de los apóstoles. En el Mediterráneo se concibió Europa.

No es fácil definir el color del mar. Le decimos azul, aunque ni siempre ni en todas partes lo es. Bajo las nubes es gris, por la noche, negro, a la salida y a la puesta del sol, dorado; al atardecer, en verano, bermejo; cuando sopla el bóreas y arroja espuma, emblanquece; en los lugares poco profundos es luminoso, transparente aquí, turbio allá; cuando la brisa riza la superficie o la tempestad la agita no sabemos en realidad cómo es. Los navegantes zarpaban hacia costas lejanas temiendo a lo desconocido, asombrándose ante lo nunca visto. Al regresar, los marinos se miraban a sí mismos y al mar de manera diferente. El que ha visto más, más ansia ver; así empiezan y acaban las historias sobre el Mediterráneo.

Con los componentes del Mediterráneo se puede formar un mosaico con mayor o menor fortuna, verificar lo que significa cada uno por sí mismo o en relación con otro: Europa, el Magreb y Levante; judaísmo, cristianismo e Islam; Talmud, Biblia y Corán; Jerusalén,

ciudad santa, Atenas, Roma y su ascenso y caída; Alejandría, Constantinopla, Venecia la Serenísima, y otros lugares y fenómenos importantes en el litoral y tierra adentro; la dialéctica griega, la *polis* y la política; el derecho romano, el foro y la república; los árabes y Andalucía; Italia y el Renacimiento; España y el descubrimiento del Nuevo Mundo; Francia en el «mar Interior» y en el Atlántico; los eslavos en el Adriático y en el mar Negro, el resto de los pueblos de alrededor, grandes y pequeños, antiguos y nuevos, oriundos y forasteros. El Mediterráneo no es sólo un referente.

Acepta a disgusto medidas que no haya establecido él. No permite que lo reduzcan a una definición única, no es un mar judeocristiano, ni islámico, ni helénico, ni bizantino, ni latino, ni románico, ni ninguna otra cosa. Estados, naciones y religiones lo han compartido y se han apropiado de él. Le han servido tribunos, predicadores, poetas de circunstancias. El Mediterráneo no es sólo historia.



Atenas, en la obra del padre M. V. Coronelli Memorie storico-geografiche, *de finales del siglo XVII.*

El discurso del Mediterráneo padece su propia elocuencia: sol y mar; vientos, olas, orillas; islas de fortuna o de exilio; muchachas que maduran precozmente y ancianas enlutadas; olivos, naranjos y limoneros; palmeras, pinos, cipreses; barcas y la incitación al viaje; travesías y naufragios y las historias y evocaciones que tratan de ellos; lujo y miseria; realidad e ilusión; vida y sueño. La retórica era aliada

tanto de la libertad como de la tiranía, servía a la democracia y a la demagogia. Utilizaba el foro y el templo, la justicia y el sermón. El circo se oía más allá del areópago. El Mediterráneo abarcaba más y menos de lo que él mismo era.

Lo construyeron la armonía y la medida, la geometría y la lógica, la ley y la poética. Lo destruyeron la rivalidad y la intolerancia, el caos y el odio, la violencia y el fanatismo. Se enfrentaron y confrontaron el Imperio de Oriente y el de Occidente, el espíritu cosmopolita y la autarquía, el ecumenismo y el ostracismo, el ágora y el laberinto, la alegría dionisiaca y la piedra de Sísifo, Atenas y Esparta, Roma y los bárbaros, los libros sagrados y las guerras de religión. Los conflictos de los cristianos con los judíos y de unos y otros con el Islam perduran aún en nuestros días. Las luces del Renacimiento no lograron iluminar todas las costas del Mediterráneo.

El mar rodeado de tierra y la tierra de mar, el mismo sol y las mismas estrellas, el litoral, las bahías, las islas, las ciudades y los puertos vinculados entre sí, viajes y travesías que se encuentran y alejan, el pasado y la historia que se unen y separan; es fácil creer que precisamente aquí está el centro del mundo. La abertura y transparencia de la cúpula celeste eleva la vista a las alturas a la par que genera temor ante el infinito. El Mediterráneo ha erigido monumentos a la fe y a la superstición, a la grandeza y a la vanidad.

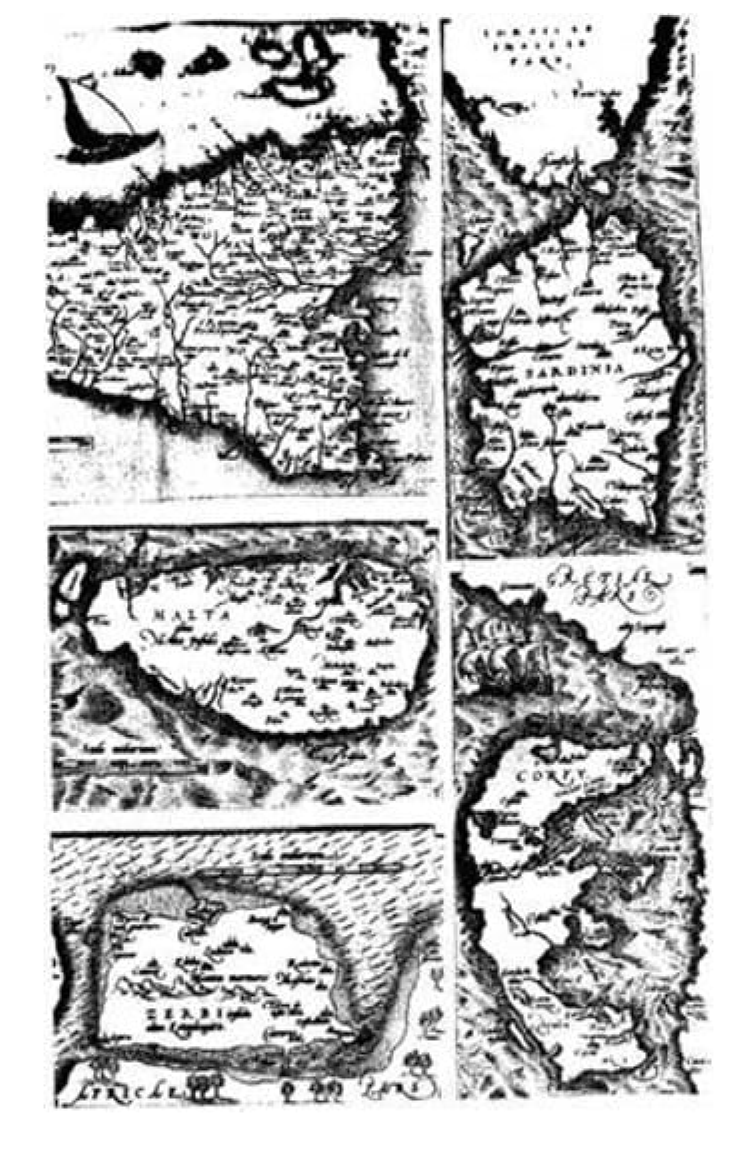
El mar pertenece a todos los habitantes de sus costas, pero no en la misma medida. A cada uno le da lo que puede y es capaz de aceptar en iguales o diferentes circunstancias: al sol y a la sombra, en verano, en invierno y en cualquier estación del año, en la canícula pertinaz o en los fríos repentinos, en las terrazas, verandas y balcones, con viento y a resguardo de él, entre el mediodía y el crepúsculo, entre el crepúsculo y la noche, entre la noche y el alba, cuando la humedad rezuma por doquier o bien todo se seca alrededor, con el bochorno, antes de la lluvia, después de la tormenta, cuando nos acomete la modorra para después ceder, en un puerto donde huele a todo o bien se pierde cada olor, en una hostería y en un mercado, cuando no es posible quedarse en casa o hay que refugiarse bajo el techo del hogar, mientras duele la cabeza a causa del tiempo loco y del vino malo o el juicio se enturbia quién sabe por qué y de nuevo se aclara sin saber la razón, cuando sopla el viento del sur, unas veces mojado y pesado, otras seco y ardiente, a veces amarillo de arena africana —una tormenta de arena me sorprendió en cierta ocasión en Tolón y otra en Sassari—, y entonces torna el viento del norte, impetuoso y gélido, el mistral, el bóreas, la tramontana, en los días en que el paseo marítimo se queda desierto o por el contrario el hervidero de gente impide

abrirse paso por él. Todos estos sucesos en el mar y a lo largo del litoral unen a los habitantes del Mediterráneo más que la fe en un único Dios.

De los mediterráneos se dicen muchas cosas. Rara vez se los elogia, ni siquiera cuando lo merecen, y a menudo se les reprende incluso cuando no hace falta. Se cuenta cómo se han convertido en ciudadanos, pescadores, navegantes o bien por qué siguen siendo campesinos, pastores, agricultores. Los antiguos pobladores pertenecían más a una ciudad o a un puerto que a un Estado o a una nación. Las ciudades y los puertos eran para ellos Estados, naciones y algo más que eso. Deseaban más ser patricios que republicanos. Se comunicaban mejor entre ellos mismos que con los habitantes del interior —por lo general los despreciaban, les daban nombres maliciosos y apodos aún peores; tanto la nobleza como la plebe los trataban de manera muy similar—, dejándoles los trabajos más abyectos en la ciudad y los más pesados en el puerto. Los naturales del lugar y los forasteros se diferencian por la manera de comportarse ante el mar: unos se le acercan y construyen su hogar en la orilla, otros se apartan de él y edifican la casa lejos de la costa. Los primeros miran hacia el mar, los segundos le vuelven la espalda. Tampoco hablan de él del mismo modo. Unos se arrojan a las olas, otros no se bañan (no se mojan) ni con la mayor sequía. Aquí se calan la gorra, allí se la quitan. El Mediterráneo se la ha reservado a los capitanes.

Las islas se diferencian no sólo por el tamaño o la forma, sino por cuánto dista cada una del continente, cómo es el canal que las separa, si se puede cruzar remando o a nado. De algunas islas diríase que flotan o se hunden, de otras que están ancladas o petrificadas. Unas semejan fragmentos incompletos arrancados del continente, otras como si se hubieran separado a tiempo de la costa y se bastaran a sí mismas. Las hay que han caído en la ruina y en el desorden más completo, mientras que en otras todo parece en su sitio y da la impresión de que es posible establecer el orden ideal. A las islas se les atribuyen características, propiedades y actitudes humanas: unas son solitarias, silenciosas, sedientas, desnudas, desiertas; otras ignotas, encantadas, pobres; las terceras, sin embargo, son felices o bienaventuradas. Las de aquí están preocupadas, las de allá, despreocupadas. También se clasifican según los lazos que mantienen entre ellas. La antigua Hélade conocía dos modelos básicos: las Espóradas y las Cícladas. Probablemente también han servido de modelo para las órdenes monásticas y cofradías, para los cenobitas y

anacoretas. Es difícil determinar cómo están dispuestas algunas, las islas Baleares y las Pitiusas entre ellas, las Kornati en el Adriático norte, o más al sur, el pequeño archipiélago que forman las islas Elafitas cerca de Dubrovnik, o el de las Hyères, más pequeño aún, entre el golfo de León y la Costa Azul, y el de Kerkennah, no lejos de Túnez, o las islas Lípari en el mar Tirreno, las Toscanas entre los mares Tirreno y Ligur. Islas célebres, como Malta con su orden de caballería, Sicilia con su glorioso árbol genealógico y Córcega con la aureola imperial, no soportan las generalizaciones. Los islotes sin valles ni hendiduras, en los que escasea el agua potable y la vegetación es pobre, son los más abandonados —más que cualquier pedregal—. Si no se incluyen en un atlas oficial, pierden su lugar en el protocolo del mar y del litoral, y no son más que disidentes para toda la eternidad, solitarios, célibes. Las rocas que sobresalen de sus orillas han impulsado historias y leyendas, en especial las de los náufragos y sus salvadores. En el Mediterráneo se cree en ellas más que en cualquier otra parte.



Contornos de islas mediterráneas en el atlas de Ortelius Theatrum orbis terrarum, *de finales del siglo XVI.*

Las islas también son lugares de recogimiento y sosiego, de arrepentimiento y de expiación, de reclusión y de exilio. En ellas se erigen monasterios, prisiones y asilos, instituciones que revelan o confirman las pasiones y las rarezas isleñas. Incluso las más afortunadas de ellas, como la Atlántida, se hundieron en las profundidades marinas con sus tesoros. Prácticamente todas las islas esperan que suceda en ellas algo importante o insólito: que fondee un barco de un lugar desconocido, que desembarque una tripulación con

buenas noticias, que un capitán anuncie algo distinto. Parece que los isleños tienen más tiempo para esperar que los demás, la espera es quizá la característica de su tiempo. Antaño se enterraba a los muertos en islas que se consideraban intemporales. Un pasado glorioso y la vanidad que se deriva de esto han inducido a ciertas islas a rivalizar con el continente y a medirse con la época. Es difícil decir cuáles son las causas y las consecuencias en todo el Mediterráneo.

La soledad y el silencio de una isla estimulan las empresas de la imaginación y de la mente. Uno de los primeros gobernantes de la dinastía de los Ptolomeos, llamado Filadelfo, reunió en la isla de Faros a setenta rabinos, conocidos como los Septuaginta, originarios de las doce tribus de Israel. Los apartó del mundo durante setenta y dos días para que tradujeran al griego la Biblia original hebrea. Esto aconteció antes de que la islita mencionada se uniera al puerto de Alejandría y edificaran en ella el enorme faro que forma parte de las siete maravillas del mundo. Los sabios rabinos trabajaron día y noche para que su traducción fuera fiel a la Ley, y conforme con la *masora*, la tradición. Las ensenadas de la isla eran más adecuadas para este trabajo que las salas de la futura biblioteca de Alejandría, orgullo del Mediterráneo.

Al alejarse de la costa hacia el centro de la isla, la relación con el mar varía gradualmente, el interior domina sobre el litoral, el litoral sobre el propio mar. Los habitantes son más agricultores que marinos, menos pescadores que pastores. Estos fenómenos también se encuentran fuera de las islas. Lo he observado al viajar desde la costa toscana hacia Florencia y Verona, desde Atenas a Tesalónica hacia los desfiladeros balcánicos, desde Málaga, cruzando sierra Morena hasta Madrid, desde Dalmacia hacia la tramontana dálmata, desde las playas africanas hasta los oasis del Sahara, desde los puertos de Palestina hasta el mar Muerto. La fascinación por el Mediterráneo disminuye, pero en los sitios auténticos no se pierde.

Los isleños son menos frívolos que los oriundos de las costas vecinas. El mar no sólo los ha apartado de los otros, sino que los ha encauzado hacia sí mismos. Para ellos la tierra firme está al otro lado del canal que los separa. Sus dialectos se diferencian más de lo que sugiere la distancia con el litoral cercano. Este alejamiento probablemente influye también en las relaciones con el mundo y a veces engendra criaturas excéntricas. Algunas islas tienen varias lenguas; depende del lugar del que proceden sus pobladores y desde cuándo las habitan, cómo los ha acogido la isla y cuánto los ha confinado. Los isleños reciben mejor a los forasteros que los continentales, quizá porque cuando cruzan el canal ellos mismos se convierten en forasteros. Se acuerdan de que también han venido de alguna parte. Sueñan sólo mientras son jóvenes. Y comprenden muy

pronto que ya es demasiado tarde para tener sueños. Miran al futuro como a un pasado repetido, la mejor parte del pasado. No son ésas las únicas diferencias entre ellos y los demás habitantes del Mediterráneo.

Los lugares en los que se alzan algunas ciudades en la costa fueron islas en el pasado. El canal que las separaba de tierra firme primero se franqueaba mediante un puente o se rellenaba, después el istmo se cubría y ampliaba, la antigua isla se convertía en península. Así nació el gran puerto de Atenas, El Pireo, y también el pequeño Primošten en el Adriático. No se trata sólo de intereses u objetivos: para unos la posición de isla es irritante; para otros, un orgullo. La irritación y el orgullo son rasgos que descubrimos en el carácter de los isleños. Por ellos podemos reconocer cierta genealogía en el Mediterráneo y alrededores.

Allí donde hay más islas es más difícil gobernar. Los isleños no lo aprecian bastante y no son más felices por esto. Existen también zonas insulares en el continente con puertos y muelles hundidos. Es difícil decir dónde se hallaban antaño en el reparto entre el continente y el mar. El corrimiento de tierras y la pérdida de apoyo son fenómenos cotidianos. No osamos ni imaginar cómo será el día de mañana el mapa del Mediterráneo, ya sea mejor o peor que el actual.

Las penínsulas no tienen la misma posición que las islas. Unos sostienen que la fortuna les es más propicia porque no están separadas; otros lo contrario, porque resulta más fácil anexionarlas al interior. No todas las penínsulas están expuestas por igual al mar; a unas las baña casi por completo, a otras menos de la mitad. Las tres más grandes: la Pirenaica, la Apenina y la Balcánica, no son penínsulas en su totalidad. Es difícil establecer hasta dónde lo son y dónde dejan de serlo. Las penínsulas que son partes de otras mayores se parecen a las islas. En estos casos es el litoral más que el mar el que decide. En Italia, Gárgano y Salentina son penínsulas en sentido estricto, mientras que Calabria, en gran parte, es una isla rodeada de tierra, ni el mar Tirreno ni el Jónico, que la bañan, han conquistado esta región. La brecha abierta en el istmo de Corinto logra que el Peloponeso conserve casi todas las particularidades que ha tenido como península a la vez que gana algunas de las islas. En Calcidia, península que se abre en tres grandes dedos en el mar Egeo, el monte Atos (*Agion Oros* o Montaña Santa) es una isla de devoción. Istria es al mismo tiempo una península y una isla, litoral e interior. La península de Pelješac diríase que se ha esforzado por ser más una isla y se ha cercado a sí misma con las murallas de Ston. En todas las costas existen divisiones similares. No son sólo geográficas; a veces también son trascendentales. No es más fácil abandonar una península que una

isla, pero el deseo de marcharse no es siempre tan fuerte. No hay que aumentar ni disminuir las diferencias entre las islas y las penínsulas. Al Mediterráneo ni le beneficia ni le perjudica.

No conocemos ni el principio ni el fin de las costas. Es difícil determinar cómo se relacionan entre sí, descubrir los puntos donde sus vínculos son firmes y duraderos y donde son parciales y temporales, encontrar los espacios donde el mar y la tierra se han reconciliado y aquellos en los que no lo han hecho y quizá jamás lo harán. La forma y composición del suelo y de las plantas, el tipo de tierra y de piedra, sus conexiones y divisiones no pueden resumirse ni contarse. Farallones, peñascos y escollos, acantilados y orillas, playas de arena y de guijarros, estrechos angostos y más angostos aún, ensenadas y bahías de todos los tamaños y formas, grutas marinas de profundidad variada y sombras variopintas, bajíos, arrecifes o vados, sirtes, rocas y cabos. Casi ninguna denominación es del todo estricta, siempre significa, al menos parcialmente, también otra cosa. Las rocas en algunos sitios han permanecido enteras y compactas, para un poco más lejos, aunque la composición sea la misma, separarse en trozos o desmenuzarse. Aquí se han convertido en lanchas, planas y lisas, allá en peñascos afilados y rugosos. Sus estratos revelan las relaciones íntimas con la costa y el mar, la escisión de las partes respecto al todo o, por el contrario, su unión, a veces violenta y obligada, otras, casual e innecesaria. Revelan diversos fenómenos tectónicos y arquitectónicos. Probablemente la arquitectura mediterránea enlaza con ellos: jónica, dórica, corintia, y otras, antiguas y nuevas. Podría decirse sin exagerar que la confluencia de éstas en ciertos puntos resulta dramática: aquí la roca está machacada y muerta, allá todavía se aprecian las venas o los nervios. La geología del Mediterráneo está repleta de moralejas embarazosas y de augurios más embarazosos aún.

Donde los pedruscos y el pedregal abundan más que la tierra llana y fértil, más la arena y el desierto que el campo y las tierras de labor, ¿cómo pasar de tribu a pueblo? ¿Cómo crear una comunidad o un Estado de un pueblo o de una provincia? A estas cuestiones se enfrentaron los oriundos y los forasteros en las costas mediterráneas. El mismo mar ofreció respuestas diferentes, a menudo contradictorias.

Los golfos grandes y pequeños, más o menos abiertos y accesibles, cuentan cada uno con su tradición, su historia y sus anécdotas. En ellos empiezan y concluyen las travesías y las aventuras. Unos los consideran espacio de sosiego y reposo, otros refugio de pasiones y amores. Su vanidad es similar a la de las islas: tienden a convertirse en

mar abierto igual que las islas desean ser continentales. A veces lo consiguen. Ésa es la posición y denominación que han recibido no sólo en los atlas regionales el mar Ligur, el Tirreno, el de Alborán, el de Mármara y el de Azov, o el de Levante y alguno más. El mar Adriático durante mucho tiempo se ha llamado el golfo de Venecia. Por otro lado, el golfo de la Gran Sirte, que es más grande que el Adriático o el mar de Alborán, el Ligur o el de Mármara y muchos otros, siempre ha sido un golfo, así lo llaman todos. No son sólo las costas las que deciden al respecto, ni siquiera el propio Mediterráneo.

Las ciudades mediterráneas viven más que otras de los recuerdos. En ellas, a menudo, el pasado es más importante que el presente. Su futuro se apoya en los días que han transcurrido antes que en los que transcurren. Las representaciones de la realidad les están más próximas que la propia realidad. Las ciudades mayores, al contrario que en otros lugares, no han surgido de pueblos, sino que han creado pueblos por ellas y a su alrededor. Sus administraciones se han preocupado de las construcciones y de las propiedades, del catastro y del archivo, del orden y de los ritos, de las celebraciones y de las ceremonias, de las plazas y de las fuentes, de los paseos marítimos y de su trasiego, de la calle y de la vida en la calle. Las ciudades tienen lazos distintos con el mar; unas se limitan a estar en su orilla, otras se fusionan con él. Los antiguos marineros distinguían entre una «ciudad en el mar» y una «ciudad del mar». La primera puede encontrarse en cualquier punto del Mediterráneo, la segunda sólo si lo está.



Marsella en la obra de Braun y Hogenberg Civitates orbis terrarum, *publicada en Amberes entre 1572 y 1618.*

De forma parecida se diferencian las ciudades con puerto de las ciudades-puerto. Para unas está más cerca el interior, para otras el mar. Las primeras son un medio para la navegación y el comercio, las segundas son el medio y el fin. Unas siempre serán un fondeadero, otras se convertirán en un escenario. A todas se llega por tierra y por mar, pero no de la misma manera. Los puertos francos destacan entre ellas. Todo puerto que se precie aspira a convertirse en puerto franco. Los capitanes del puerto fundaban lazaretos, dictaban las cuarentenas, erigían asilos para cobijar a aquellos cuyo espíritu había perdido el ancla y navegaban a la deriva. Las ciudades «del mar» poseen —como el mismo mar— su profundidad. En ellas aún resuenan las voces inmemoriales del Mediterráneo.

Las virtudes de los puertos dependen de cuánto está presente el mar en ellos, de cómo y para quién es accesible. En los puertos francos está más presente y es más accesible que en los otros. El Atlántico es un mar de distancia, el Mediterráneo de vecindad, el Adriático de cercanía. Y sus puertos se diferencian por ello. En los puertos francos, los marineros viven otra vida. Los puertos mediterráneos eran un

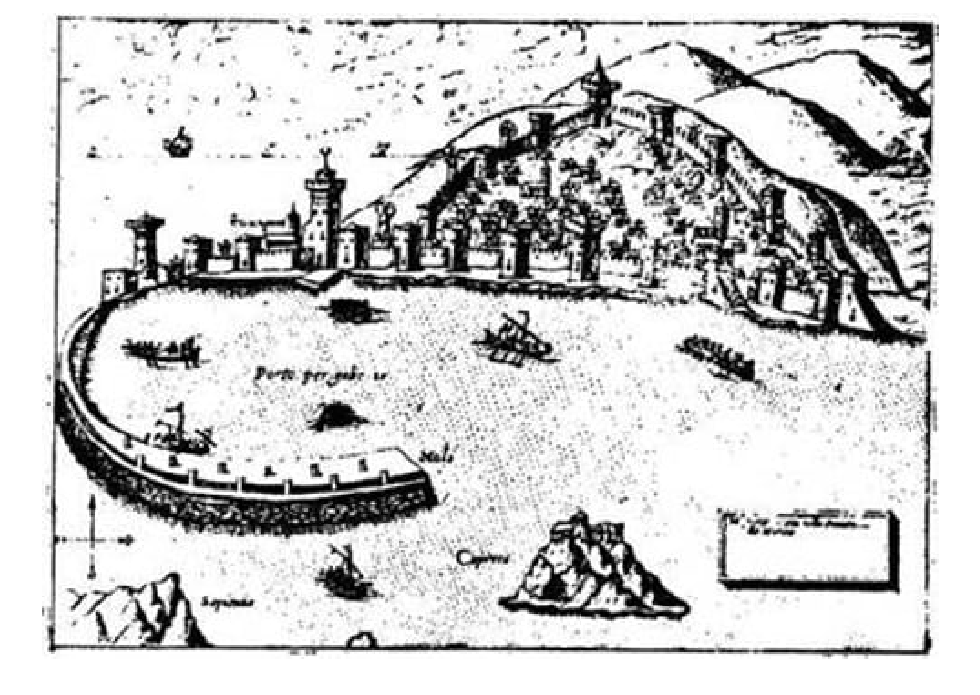
modelo para el resto, por lo bueno y por lo malo. Tampoco en ellos los arrepentimientos son sinceros, pero las penitencias son severas. Así fue durante mucho tiempo en la parte cristiana del Mediterráneo.

Fortalezas, torres y murallas protegían las ciudades y los puertos de conquistadores, piratas, rebeldes. Las construyeron por necesidad, poder o vanidad. Se edificaron en lugares desde los que se podía divisar una gran distancia y vigilar mejor. Se diferencian por la forma de la construcción y la influencia de los constructores: las fortalezas venecianas garantizaban el éxito del comercio y la influencia bizantina las embellecía; las genovesas son austeras y están dedicadas por completo a sus propósitos. Los maestros de Pisa demostraron parcialmente la fuerza de su imaginación, sin ignorar por ello el peligro que suponía el vecino Ligur; las construcciones normandas del sur son plazas fuertes y castillos al mismo tiempo, macizos y casi inconquistables; motivos moros adornan aquí y allá las fortalezas catalanas y españolas; en Levante, en Asia Menor y en Tierra Santa es difícil determinar a qué estilo pertenecen las fortificaciones antiguas o sus restos; durante siglos las han construido y ampliado, todos los conquistadores les han añadido o quitado algo, y ellos mismos unas veces las defendían y otras las sitiaban. Las atalayas en las costas turcas han sido destruidas varias veces y muchas más se han vuelto a levantar de las ruinas; los bastiones franceses preferían buscar un modelo en tierra firme antes que en el mar, igual que los que erigió el imperio austrohúngaro cuando se abrió paso hasta el litoral. Ni aquí ni allí alcanzaron mucha fama. En el lado africano, por lo general, los nativos sometidos eran los encargados de construir los fuertes para los que los habían sojuzgado, si bien los árabes sabían que en esa parte del Mediterráneo el desierto era mejor defensa que las murallas.

Para la construcción de las atalayas y de las murallas se elegía la piedra cuidadosamente, se traía de los alrededores, y a veces de lejos: a Atenas del monte Pentelikon, a Venecia de Istria, al sur de Italia, en Lecce, a Dubrovnik de Korčula, a Roma y la Hélade de antiguas canteras históricas. La misión de las fortalezas no era sólo defender las ciudades, sino también embellecerlas, se convertían en su perfil, en su bastidor, en su *belvedere*. ¡Quién no ha construido castillos de naipes o castillos en el aire tratando de protegerse a sí mismo de su propia angustia! Entre las numerosas fortificaciones de diferentes dimensiones y distintos usos, defensivos o decorativos, que Venecia edificó no sólo en su «golfo» sino también en las costas egeas y jónicas hasta Creta, Rodas y Chipre, merece una mención la poco conocida torre de las Mujeres, en la isla adriática de Silba. Desde ella, las madres, esposas y novias avizoraban el horizonte, esperando que sus

hijos, maridos y prometidos regresaran de algún punto del Mediterráneo.

Los muelles y los rompeolas son los primeros defensores del puerto, por eso en algunos sitios los llaman «guardapuertos». Unos prolongan la costa y se apoyan en ella, otros son montones de piedras, traídas de quién sabe dónde, y depositadas de cualquier manera. Por los primeros se puede pasear y vagar a placer, por los segundos quizá comerciar y cargar. Cuando revientan o se hunden es una mala señal para el puerto. Los rompeolas que han prestado un largo servicio casi no se distinguen de las rocas vecinas. A veces parecen barcos, tanto los han esperado que acaban adquiriendo su forma. Desde ellos los marineros viejos evocan su juventud y la recuerdan con añoranza. En el Mediterráneo, el espíritu envejece más despacio que el cuerpo. Los muelles de piedra, su situación y aspecto, contribuyen a que los puertos no sean sólo un atracadero, y menos todavía un mero almacén. En algunas islas los denominan «puentes». En ellos se alzan los norays a los que se amarran los barcos desde los que se desligan las tripulaciones. En Dalmacia también los llaman *kolone*, como si fueran contrafuertes de palacios. El roce de las cadenas y sogas, de los nudos y cabos los han corroído. Son testigos de encuentros, separaciones, despedidas. Por el estado de los norays se mide la antigüedad y la actividad del muelle. Los de la costa se corresponden con los de las cubiertas: el muelle y el barco están vinculados, se sostienen el uno al otro. La creencia de que también las ciudades sumergidas conservan sus rompeolas y norays en el fondo del mar se mantiene en el Mediterráneo quizá más que en cualquier otro mar.

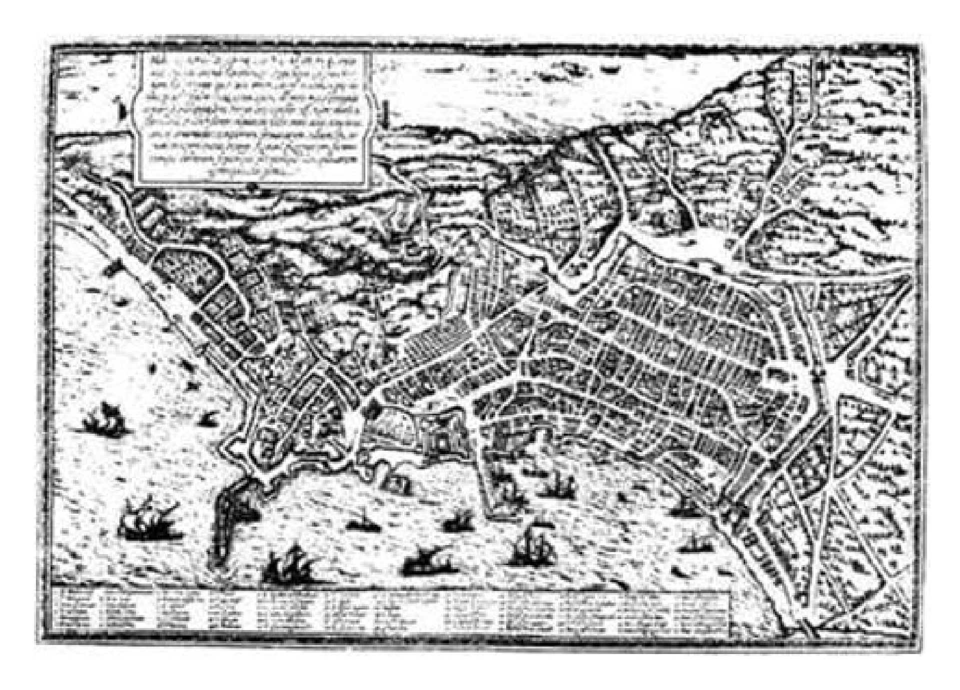


Muelle de Modon, en Morea, *en la obra del padre M. V. Coronelli, publicada en Venecia a finales del siglo XVII.*

El rompeolas y el puerto ofrecen a barcos y tripulaciones ayuda y medios diversos: no sólo norays y boyas, cabestrantes, cordajes y palletes, sino también mapas y portulanos, pilotos y prácticos, banderas y señales con las que un marinero se comunica con otro, un puente con otro, un capitán con la capitanía del puerto. Las tripulaciones deben respetar las reglas más de lo que se cree a simple vista. Saben lo que pueden y lo que no pueden hacer, por qué se reúnen y cómo deben comportarse cuando navegan y sobre todo cuando desembarcan. Durante las largas travesías son capaces de crear nuevas palabras, a veces un dialecto completo, en el que abundan las exclamaciones, los suspiros y, en particular, las palabras soeces. El contrabando que se relaciona con su trabajo resulta tan enigmático como el propio mar. Las capitanías no pueden eliminarlo, los contrabandistas son igual de hábiles en la tierra que en el mar. En los puertos, el hurto no es sólo una habilidad. En algunos lugares —en Nápoles, Marsella, Estambul y en otras ciudades del Mediterráneo— es un auténtico arte.

Las capitanías se esfuerzan por poner orden en las relaciones entre la navegación, el puerto, la tripulación, el negocio y la aventura. Los estilos que distinguen sus edificios no se han estudiado bastante.

Las capitanías se diferencian de las administraciones normales. Salvo en épocas especiales, en tierras auténticamente marítimas, rara vez están de acuerdo con el poder. Los funcionarios suelen mantener las formas, pero no son rigurosos; por lo demás se trata de una característica que comparten otras instituciones mediterráneas, pero no en la misma medida. Allí donde la capitanía del puerto cae en la indolencia y en la negligencia, las relaciones entre las autoridades y el mar, el Estado y la marina, son malas. Los capitanes de puerto son distintos de los de los barcos, sus buques no se hunden llevándoselos con ellos. A menudo se cuestiona su prestigio en el Mediterráneo, incluso cuando no tienen la culpa de nada.



Nápoles en la obra de Braun y Hogenberg Civitates orbis terrarum, *del siglo XVI.*

Las boyas son parte del puerto y de su equipamiento. No siempre se sabe de quién son competencia. Se reparten el trabajo con los norays. La capitanía está obligada a determinar el punto en el que se anclan y alrededor del cual flotan. Se sabe aproximadamente cómo y dónde debe situarse cada una. Las cadenas impiden que se suelten y floten a la deriva. A través de la argolla que llevan se introduce el cordaje del barco. Antaño las boyas se fabricaban de madera, por lo general de roble o de fresno, en Levante también de alerce y de cedro. Olían a árbol hasta que el mar las impregnaba con su propio olor. Más tarde se harán con otros materiales, sobre todo con hierro, que se

oxida más despacio de lo que se pudre la madera. Se colorean con pintura roja oscuro que las protege como una pátina y permite verlas a distancia. Resuenan bajo el golpe de las olas contra las cadenas y las argollas. Rara vez alguien escucha su humilde música y pocos saben de su existencia, y suena diferente de día que de noche, cuando se la distingue mejor y llega más lejos. A veces la boya se desala y vagabundea por el Mediterráneo o bien se estrella contra los escollos y se convierte en desechos.

El cordaje de cáñamo y estopa —actualmente se hace de fibra de palmera o de aloe— se impregna del olor del puerto, del mar, de las algas marinas, de la pintura de los barcos, de la resina, del alquitrán y de unas cuantas cosas más. Pese a que no es afilado ni duro, el cordaje acaba dejando una cicatriz en el noray. Se desata solo, no hay otra manera de desatarlo, ni el que lo ató ni nadie puede. En algunos puntos la fricción lo torna liso y resbaladizo; en otros, rígido, o se deshilacha y enrosca. Las maromas duran mucho tiempo en los lugares pobres, hasta que se desgastan por completo o se desflecan. Cada uno tira de ellas para su lado. Las más gruesas y pesadas —que en algunas zonas llaman gúmena— se clavan con un martillo, y se desenrollan con unas tenazas especiales. De distintas formas se fija o ata el ancla en la proa o en la popa, el cabestrante en el puente, la boya en el puerto, el noray en el muelle. Es una habilidad conocida desde muy antiguo. Existen muchas instrucciones prácticas y poca teoría al respecto. En algunos rompeolas, novias y esposas de marineros y pescadores ataban sus nudos tan fuerte que nadie, ni siquiera un destino funesto, podía deshacerlos. Creían que así aquellos a los que amaban les permanecerían fieles incluso en puertos lejanos. Y siempre se han contado leyendas al respecto en todas las lenguas del Mediterráneo.

Son ilustrativos los nombres de nudos y cabos: por la lazada y la forma se diferencian el nudo del ocho, el de margarita, el ahorcaperros, el del ladrón, el de trenza, el de cabeza de turco, el de corona; también se llaman nudo marinero, de pescador, de fraile, de hombre, de mujer; unos con ojo firme, otros flojo, con lazo florentino u holandés. Éstos «de mariposa» o «de estrella», aquéllos «de pata de pollo», cada litoral tiene su subgénero. En el Museo Marítimo de Barcelona me encontré nombres diversos, como el del nudo de culo de puerco. La velocidad de los barcos se medía y se sigue midiendo con nudos en las cuerdas o *líneas*. La determinación de los grandes conquistadores de cortar el nudo gordiano era una necesidad

imperiosa. Y el más decisivo y quizá el más fatal es el denominado «nudo muerto». La tradición popular dálmata lo llamaba «tumba», se hacía el nudo «al estilo tumba» o el «nudo muerto». Esta habilidad raya con el arte: los genoveses tomaron de los turcos la palabra árabe *makrame*, que en Bosnia se ha conservado como *ma(h)rama*, el pañuelo en la cabeza de las nueras, las madres, las hijas. El macramé es hoy un tipo de arte aplicado. En Córcega, llamada la isla de la belleza, en la ciudad de Calvi, conocí a un cordelero que había dedicado su vida a los nudos y sabía más de ellos que nadie en el mundo: cómo se atan, de dónde proceden, para qué sirven. Aprendí mucho de él y parte de sus enseñanzas las he contado aquí. Los graciosos del lugar, que los hay en todas las costas del Mediterráneo, lo bautizaron con un apodo extraño que le molestaba mucho y que lo indujo a entregarse por completo a su profesión.

Nada hay más aplastado y presionado en un puerto y contra un rompeolas que el pallete. Los marineros lo utilizan desde tiempos inmemoriales. Mientras los barcos eran de madera, se hacían de paja, de ahí le viene el nombre, y en Sicilia lo llaman también *stramazzo* —'jergón'—, y *balun* —'balón'— en Kvarner. Tiene muchos nombres en todas las orillas, sobre todo en las islas. Este basto ovillo de cuerdas, estopa, cordones de cabos y unas cuantas cosas más protege el costado de los barcos de los roces y golpes contra el rompeolas y a éste le evita daños. El término especializado es defensa de flanco, pero la marinería rara vez lo usa. Chirría y diríase que gime cuando el peso del barco lo aplasta de repente. En esta circunstancia, breve pero elevada, también se manifiesta el espíritu de sacrificio, irremplazable, del pequeño pallete. Durante la navegación la carga se seca colgando del cordaje o descansa junto a las jarcias en el suelo de la cubierta. Se olvida que cuidaba de la belleza del barco y la solidez del malecón, igual que se olvidan tantas cosas modestas en el Mediterráneo.

Restos de antiguos mares se hallan a veces junto a los actuales. El mar de Panonia, por ejemplo, bañaba el interior del continente europeo. En esos lugares, las características del suelo desconciertan a los investigadores y a los científicos: las algas, la hierba o los peces petrificados, las conchas, los estratos de la sal o de la arena y los fósiles agitan la imaginación y motivan las fantasías. También los mares prehistóricos —puede suponerse por los que han quedado— tenían sus golfos y costas, quizá incluso puertos y rompeolas en los puertos. De algunas ciudades europeas continentales se afirma que, a pesar de todo, son mediterráneas: Salzburgo en la temporada de las

manifestaciones musicales, la vieja Praga a principios de otoño, o yendo aún más lejos, hasta San Petersburgo, con sus noches blancas y despiertas, aunque esté en el Báltico. El desierto salado en Turquía, al sur de Ankara y al norte de Konya, también era un mar que ha dejado rastros salados en la arena. En Túnez, no lejos de Hammamet, una parte del desierto es también salada. Esto nos vuelve a llevar a la cuestión de las fronteras del Mediterráneo.

Los cementerios en algunas cosas semejan islas o penínsulas. Ocupan un lugar especial en la ciudad o en la periferia. A veces miran al mar, a veces a tierra adentro, en función de ese emplazamiento se cree que el mar es mejor o la tierra más leve. La ubicación de los pequeños templos —basílicas, sinagogas, mezquitas, capillas— es comparable a la de los cementerios. Junto a unos y otros se plantan cipreses y pinos. Los primeros transmiten paz al entorno, los segundos anuncian melancolía. No crecen sólo a orillas de cementerios y templos, en el Mediterráneo se yerguen también alrededor de aras y academias.

Hablar de los cementerios conduce a la idea de las lenguas muertas. Hay muchas en las costas mediterráneas, casi tantas como islas. Por qué unas se han hundido en el mar y otras se han perdido en tierra firme, no puede explicarlo la lingüística. Algunas palabras de estas lenguas perduran diseminadas en otras aún vivas. Es difícil descifrarlas, privadas de familia y pertenencia. En las nuevas lenguas que han tapado o hecho retroceder a las antiguas, han quedado acentos de antaño, sonidos y quizá gestos, que nos parece reconocer y que dan fe de cómo se hablaba en otros tiempos. En los sonidos se conserva una melodía arcaica, con frecuencia nostálgica. Los recopiladores de estos vestigios hacen sugerencias interesantes que no suelen ser prácticas: sustituyen palabras y cosas, creen que cada palabra garantiza lo que designa y podría suplirlo. No obstante, han logrado que archivos concretos sean importantes. Casi todas las ciudades costeras tienen al menos una fundación de este estilo, pública o privada, abierta o secreta. En el Mediterráneo, los archivos parecen tumbas, tumbas de archivos.

Las olas influyen en las relaciones entre el mar y la costa. Según desde dónde se las mira y lo que de ellas se espera reciben un nombre u otro, no miramos igual ni esperamos lo mismo desde un barco o desde la playa. Algunas olas se designan con adjetivos mejor que con sustantivos: regulares o irregulares, uniformes, longitudinales, transversales o cruzadas, «de pleamar» o «de bajamar»; unas son de

superficie, otras de profundidad; las hay transitorias, individuales, frecuentes, casuales, oscilantes (marejadas diversas), simétricas y asimétricas. Cíclicas. Antes de zarpar lo más importante es su fuerza y altura, si golpean de costado, en proa o en popa, y como las resistirán el barco y la tripulación. En esta ocasión nos interesa sobre todo la forma en la que las olas solitarias rompen en la costa, cuánto duran en los ojos de los que las contemplan después de romperse, son iguales cuando se repiten o se diferencian en algo, el ruido que emiten al desparramarse en la arena o al batir contra los escollos, cómo logran tornarse silenciosas penetrando en el sueño de los fatigados y soñolientos. Cuando por fin se calman y mueren, las olas sólo dejan un chapaleo o chapoteo persistente que resuena especialmente por la noche, salpicando el rompeolas o el armazón del barco, las boyas o las rocas. Este chapaleo o chapoteo —no sabemos qué nombre le cuadra mejor— acaba convirtiéndose en silencio. Se dice que ciertas conchas, cual diccionarios, conservan en su interior el bramido de las olas. Se trata de señales o series que en vano intentamos descifrar. Ciertos poetas, como mucho dos por generación, son capaces de intuirlas. Estas señales evocan los antiguos alfabetos del Mediterráneo, desaparecidos junto con sus lenguas.

Los que estudian el comienzo y la duración de las olas nos recuerdan que unas partieron hace más de un siglo de alguna parte y siguen su viaje, tornan y retornan. Al que, sin embargo, contempla la superficie marina en calma, en días sin viento, le resulta difícil creer que partan de lejos y que una vez, quién sabe cuándo, acabarán por llegar. Cuando las olas son normales, mientras siguen su propio orden y rumbo, a niños y adultos les complace esperarlas y contarlas. Se preguntan cuál será más grande, cuál será la más grande, la primera o la tercera, la tercera o la séptima, cómo se desparramará la siguiente, cómo será la última. Todos quieren saber si hay olas en las profundidades del Mediterráneo, si se transforman en corrientes, si se ahogan para siempre o vuelven a nacer ante nuestros ojos.

Cuando el mar no está agitado ni encrespado, nos gusta mirarnos en él, nos gustaría abrazar nuestro reflejo en la superficie y entregarnos a nosotros y a él. Son momentos en los que creemos que el Mediterráneo es nuestra patria, nuestro suelo natal, nuestra madre.

Se mencionan con más frecuencia los vientos que las olas, quizá porque influyen más en el ánimo y en el habla. Las costas se prestan unas a otras los nombres, cambiando a veces la dirección o el sentido, favoreciendo así equívocos o provocando contenciosos. Por esto se puede deducir qué lado ha dominado durante más tiempo el mar o dirigido la flota. En el Adriático se alternan el viento sur y el bóreas.

El mistral es suave y sopla desde el mar hacia el mediodía, mientras que en otras costas, aunque ha mantenido el mismo nombre, llega de tierra firme y, como dice un proverbio provenzal, «sopla con tanta fuerza que le arranca la cola a un burro». También son frecuentes, pero menos regulares, el levante y el poniente, el jaloque o siroco, el *burin*, la tramontana, la *burazza* (que no es igual que los vientos de borrasca feroces y repentinos del norte, aunque el nombre se le parezca), los diversos tipos de vientos huracanados, el lebeche, el garbino, y tantos vientecillos y brisas locales y regionales. Las divisiones que ofrecen los meteorólogos quizá son prácticas, pero demasiado simples. La poesía, sin embargo, le atribuye al viento cualidades masculinas y femeninas, eróticas, divinas, demoníacas y diabólicas, generadoras o mortíferas, galantes, coléricas, dulces y musicales. Unos provocan dolor de cabeza, otros hacen la vida mejor. Unos nos inspiran, otros ridiculizan nuestras inspiraciones. Antaño, en toda epopeya tenía que levantarse una tempestad en el Mediterráneo, así lo decidían los dioses.

En las regiones donde los vientos son frecuentes y pertinaces, los habitantes los aguardan y los barruntan, los anuncian e interpretan. Conocen —o creen conocer— no sólo su naturaleza y carácter, su dirección y su fuerza, sino también su peso, incluso si están vacíos, su fragor y sonido, su olor y hasta el tacto. ¿Tiene sombra el viento? Unos se hacen estas preguntas, otros las consideran inconvenientes. ¿Cual es el peso del viento, cual es su volumen, huele a algo, cómo y con qué toca el espacio por el que se mueve? Las experiencias y las divagaciones dan fe sobre estas cuestiones que suelen derivar cuentos y leyendas. Los vientos braman como las olas, aúllan como los lobos, gimen como las personas. Una rama torcida de olivo y de pino quizá traicionan la ruta y la forma del viento, los hierbajos y arbustos combados en los lugares en los que están más expuestos, las bolas de maleza, la caña doblada o el sarmiento, en ellos perdura su huella e incluso su perfil. El viento no arrebata el color a lo que encuentra en su camino, pero a veces lo cambia, aquí se torna pálido, allí oscuro. El viento recoge y dispersa las semillas o la flor de la genista, de la lavanda o de la ruda, coge y regala a los alrededores los aromas de la salvia, del malvavisco y de todo lo que atrapa en el campo, en el roquedal, más allá del mar o en el mismo mar. Bajo sus embates la tierra y la arena se retiran o descarnan, los acantilados y muros se excavan o despojan. Ni el pasado ni la historia del Mediterráneo han podido hacer frente a tempestades.

El viento no es el único propulsor de las olas. Podría decirse que a veces nacen por sí mismas cuando no sopla ni una brizna. Aparece así el fenómeno del mar de fondo, impulsado por su propia inercia o costumbre: oleaje que viene de no se sabe dónde y va a alguna parte,

sin punto de partida ni de llegada, privado de un propósito y de una dirección, terminando algo que ya ha pasado. Unas olas cambian de forma y tamaño moviéndose hacia la costa o bien alejándose de ella; otras, perseverantes, permanecen iguales. La acción recíproca del viento, las olas y la lluvia altera a rachas el aspecto o el color del mar: el viento sur lo torna verdoso y a veces turbio, y el bóreas más azul de lo que es. Los vientos huracanados descubren el fondo en algunas zonas y cambian nuestra relación con las profundidades, el mar se equipara a sí mismo y, por decirlo de alguna forma, se desnuda. Los artistas han pintado estos momentos: algunos maestros antiguos italianos y españoles, los constructores árabes que introdujeron el verde azulado marino en los muros de las mezquitas junto a las estilizadas suras coránicas, suavizando su rigidez. Estas gradaciones se reconocen en fragmentos de frescos e iconos, en los trabajos de pintores griegos, rumanos y eslavos que vivían solitarios y pasaban sus vigilias a orillas del Adriático, del Jónico o del Egeo. En los días en los que los vientos se calman y el mar se vuelve más transparente de lo que ya es, en algunas partes se adivinan contornos de objetos y construcciones insólitas. Entonces creemos haber encontrado un galeón hundido con un cargamento precioso, un palacio de otros tiempos con una columnata, los vestigios de una ciudad antigua adornada con estatuas. Los perfiles fluctuantes evocan la memoria, los derrelictos de la historia, las ruinas del destino. El Mediterráneo es un coleccionista que oculta sus tesoros.



Jerusalén en la obra Civitates orbis terrarum, *de Braun y Hogenberg, siglo XVI.*

Las corrientes marinas son como ríos caudalosos. Insistentes y silenciosas, incontenibles. Se desconoce dónde están sus fuentes y desembocaduras; ambas se hallan en el propio mar. Es difícil decir si fluyen o navegan, cómo y por qué se separan sus aguas de otras aguas más extensas, su cauce no tiene costa ni puerto. Las corrientes más fuertes se divisan desde las alturas. Los marineros las ven desde el mástil más alto, los pescadores las siguen desde la proa. Cuando el mar está en calma, sus cursos surcan la superficie y dibujan figuras insólitas, golfos sin costas. Las gaviotas son las que mejor conocen la naturaleza de cada corriente, su longitud y lo que llevan. Los timoneles tienen en cuenta si les ofrecen resistencia o apoyo. ¡Quién sabe hasta dónde llegan y dónde acaban! Las corrientes a veces dejan rastros, pero no suelen hacer remolinos. Influyen en el comportamiento de los habitantes de las costas vecinas, sobre todo en los de las islas. Si se trata quizá de migraciones del mar, semejantes a las de los peces, las de los pájaros o las de los pueblos, no osamos afirmarlo. Desde que el mundo es mundo se conocen las corrientes del estrecho de Mesina, junto a Sicilia, la de los Dardanelos entre Europa y Asia, o la del canal de Euripo, cerca de Maratón, no lejos de las

famosas Termopilas. En nuestro mar, las mareas son demasiado modestas para poder alentarlas. Las corrientes aquí no modifican el escenario de la costa y del puerto, la escena de los trabajos y los días. No existe una separación entre el tiempo y la duración del Mediterráneo.

A través del Bósforo fluye una fuerte corriente que se entrevé en las vertientes de los Balcanes. En las costas búlgaras la llaman «diabólica». Los tres ríos que bajan desde las llanuras rusas ucranianas y de la estepa, el Dniéper, el Dniéster y el Don, más al sur del Danubio y de sus afluentes de las montañas alpinas y de las planicies panonias, desembocan en el mar Negro. Se cree que de este mar, a través del estrecho, llega más agua que del océano, por Gibraltar. Colman nuestro mar y mantienen el nivel. Debido al flujo de aguas dulces, el mar Negro es menos salado que el Mediterráneo.

Las aguas escasean y las sequías son frecuentes en la cuenca mediterránea. En las cercanías del desierto, las poblaciones padecen sed. Ni hombres ni animales beben agua del mar. Los pueblos y las ciudades se alzan junto a manantiales y ríos. Fuentes y caños refrescan las plazas y los cruces. El agua corriente trae salud, las charcas propagan la enfermedad. Las riadas se llevan vidas y destruyen los bienes. Las inundaciones asedian el sueño y la vigilia. La buena relación entre el cuerpo y el agua —baños de mar y balnearios en tierra firme— genera placer y estimula el deseo. Las aguas rumorean y burbujean de noche y de día, brillan al sol, se secan durante la canícula, se congelan bajo el viento invernal. Acompañan los ritos cristianos del bautismo y la bendición, preparan a los fieles musulmanes para la oración y el amor, amenazan a los pecadores de todas las religiones con los ríos hirvientes del infierno. Unas manan del suelo, otras de las rocas, las de más allá proceden de la lluvia y de las precipitaciones. En el mar brotan fuentes que fluyen de arroyos y torrentes subterráneos, de lagos dulces o salados. En algunos lugares, a poca distancia del litoral, las cimas de las montañas blanquean de nieve. El agua de nieve también se vierte con las demás en el Mediterráneo.

Se necesita más de un siglo, más de lo que dura una vida humana, para cambiar toda el agua de la cuenca mediterránea. Nadie puede saber con seguridad la cantidad de agua que hay en cada momento ni cuándo el agua nueva sustituye a la que va llegando a vieja. Tampoco sabemos cómo y en qué orden reemplaza una a otra, dónde se contiene una y de dónde llega la otra. La vida del mar y la vida humana no se miden del mismo modo. Aunque también cambia, el Mediterráneo, a pesar de todo, parece eterno.

La espuma aparece a menudo con las olas y los vientos. Se compara con la ligereza y la inconstancia, con la furia y la infidelidad, incluso con la fertilidad y la belleza: la hermosa Afrodita, según la tradición, nació de la espuma y de ella recibió el nombre. Las comparaciones, sin embargo, no expresan lo que es la espuma en sí: cuál es su composición y volumen, si es salada como el mar y por qué éste la arroja con tanta violencia y en tanta cantidad por la playa y las rocas. No sé si se puede hablar de cantidad y volumen al hablar de la espuma. Sus burbujitas crecen, bullen, se inflan, podría decirse, que por sí solas, aunque parece inaprensible, transparente, hueca. Se dispersa como la niebla, se desvanece como el sueño, surgida casi de la nada se convierte en nada. Cuando el viento la eleva sobre la superficie y la transforma en bruma, el sol a veces la adorna con los colores del arco iris, a ella sola o a su sombra. Ese momento es el más bello y el más triste, su paso como un arrebato o quizá como un clamor. En alta mar y en la costa, en la cresta de una ola o en la playa de arena, la espuma no es igual; aquí nace y renace, allí se pierde para siempre jamás. En el mar Muerto apenas hay espuma y en el Mediterráneo hay demasiada, él es quizá su patria.

Las nubes están ligadas a los vientos y a las olas. Al alba apenas se distinguen del alba. En el crepúsculo se funden con el crepúsculo. Por la noche son más oscuras que la noche. También se las contempla de manera diferente desde un barco y desde tierra: cómo son, cuántas hay, de dónde vienen, adonde van, qué las anuncia y qué las sigue. Los marinos las utilizan para prever el tiempo, si va a mejorar por fin o no. Los habitantes del desierto se arrodillan ante ellas y rezan para que les traigan lluvia. Cuando el sol se pone, en los calores estivales, las costas del Mediterráneo les manifiestan en silencio su gratitud.

Los meteorólogos han clasificado las nubes según su aspecto y efecto. Los nombres que les han dado no son comprensibles para todos: cirros, cúmulos, nimbos que. traen la lluvia, a veces también granizo, luego existen diversas variantes como los cirros-cúmulos o los cúmulos-nimbos. Estas denominaciones en el uso cotidiano se explican con ayuda de adjetivos descriptivos como son: nubes de lluvia, nubes matinales, nubes nocturnas, aborregadas, filamentosas, de nieve. O bien de sustantivos como: ovejas, rebaño u hongos. Las nubes, a menudo, han inspirado a pintores y escritores. A los maestros del Barroco les gustaba pintarlas, amontonadas o desordenadas. En la poesía navegan por el cielo cual barcos, descienden sobre el Mediterráneo como un telón o como un manto.

Las lluvias no se reparten por igual en todas las costas. Son más copiosas en las del norte que en las del sur. En las del oeste son más reiteradas que en las del este. No llegan a todos los rincones en la misma estación. Su frecuencia en unas partes es mayor y en otras menor. En Gibraltar empiezan casi medio año antes que en el mar Muerto. En verano, en Tierra Santa no llueve salvo por azar. A principios de otoño se presentan las lluvias, llamadas tempranas, tan apreciadas por el suelo agostado y los arroyos sedientos. Las lluvias invernales rellenan los pozos y los cauces resecos. Los antiguos judíos consideraban que las lluvias primaverales eran tardías. No puede expresarse ni describirse con palabras lo que significaban las precipitaciones en cualquier estación del año para los habitantes del desierto, nómadas, caravanas. Las que venían en el tiempo propicio se consideraban una gracia divina, las que traían pedrisco, un castigo del cielo. Unas y otras eran motivo de oración, de esperanza, de arrepentimiento. La lluvia es un acontecimiento especial en zonas de sequía, en particular en las islas donde los acontecimientos son raros. Las aguas de lluvia en cisternas y pozos del Mediterráneo conservan el sabor de infancias pobres y de la sed juvenil sin aplacar.

Las puestas sol son diferentes según desde donde se las contempla. En un lado el sol se acuesta en la superficie del mar y se hunde en ella, en el otro cae tras las montañas y desaparece. El ocaso es distinto en los dos extremos de Sicilia, en Taormina y en Trapania; en Córcega también, en el extremo oriental y en el occidental, en el golfo Aranci desde el que se divisa Italia o bien en los acantilados de Piaña que miran a Gibraltar. Y lo mismo sucede en el Adriático oriental y en el occidental, en las Cicladas y Espóradas, en Mallorca y Menorca, en la Gran Sirte y en el Pequeño. Las salidas y puestas de sol abundan en colores y tonalidades, en particular el amarillo y el rosa. En el Mediterráneo son a veces rojas, de un rojo exagerado, sobre todo en las postales.

Al amanecer se funden el mar y el cielo en el horizonte. Al anochecer, de nuevo se pierden las fronteras entre ellos. Las tinieblas en unas ocasiones descienden, en otras se precipitan, en unos puntos son suaves, en otros, pesadas. Los pescadores organizan sus calendarios en función de la oscuridad. La noche negra es en el mar más negra que en tierra firme, las profundidades marinas se unen con la profundidad de la noche magnificándose mutuamente, negra negrura. Entonces se oyen con más claridad el chirrido de los remos en los escálamos y el golpeteo contra la superficie del mar, la armonía

o la disonancia entre ambos. Las historias de grandes eclipses al principio y al final del mundo están ligadas al pasado del Mediterráneo.

En algunos lugares, sobre todo en las bahías y alrededor de las islas, el mar es más oscuro no sólo por la profundidad. En otras zonas es más claro, incluso allí donde es abismal. Aquí está lleno de recuerdo, allí ni una alusión. Costas y puertos, nubes y vientos que las traen, olas y corrientes, amaneceres y ocasos, diversos paisajes se suceden mientras navegamos. El Mediterráneo es igual al principio y al final de la travesía, nosotros no.

Presentimos los olores del mar cuando nos acercamos a la costa, y los evocamos al alejarnos de ella. No son iguales de madrugada que al atardecer, ni con viento o con lluvia, ni con calor o con frío. El entorno los cambia o completa con olor a pinos y resina, con algas secas, con hierbas marinas, con cañas, con maleza y quién sabe con cuántas cosas más. Los olores son más intensos allí donde las olas anegan la playa y rompen contra los escollos o donde el sol produce la evaporación, sobre todo en los lugares en los que sentimos que el aire está saturado de sal. La costa huele a mar, el mar a costa. El puerto tiene su olor característico, distinto de un muelle a otro. Alta mar huele de manera distinta que el litoral. Los habitantes del Mediterráneo, los autóctonos en particular, creen que su parte del mar tiene el olor más fragante y embriagador que el resto de los mares.

En la playa cogemos guijarros, los sujetamos en la palma de la mano, los apretamos en el puño, los colocamos en montones, los llevamos a alguna parte o los tiramos al mar uno tras otro, y nos quedamos mirando cómo saltan por la superficie antes de hundirse. Hacemos construcciones de arena, en ella dibujamos, la pisamos con las plantas de los pies, sentimos cierta intimidad, placer, calidez. Tanto niños como adultos, incluso ancianos, se entregan a estos juegos. Guijarros, chinas, piedra pómez, cantos, piedrecillas, como queramos llamarlos. Rocas rojas emergen en algunos sitios de la tierra. Sus formas son insólitas. Su origen nos suscita dudas. Puede que unas fueran meteoritos, pero no es el caso de la mayoría. Al atardecer semejan derrelictos. Por la noche, espectros. Al sol y con viento se vuelven más rojas aún. En Provenza, en la bahía entre Antibes y Agay, las estribaciones del macizo Estérel son rosáceas. El entorno absorbe su color, en particular cuando cae la noche, en otoño todo alrededor enrojece. Y en otras costas se producen escenas similares. En Cerdeña, no lejos de Ogliastra, el cabo Arbatax es completamente rojo; en el

mar de Marinara las islas Kizil Adalar, o islas Principe, y Heybeliada, al lado de Estambul, son rojas; en la costa de Istria, junto a Rovinj, se encuentra la isla Roja, así se llama. En Grecia, junto a Santorini, se extiende la costa Roja, y al sur de Molos el cabo de Pouria, más rojo aún. Cerca del Oráculo de Delfos se alzan también unos montones de tierra de un rojo grisáceo, hay distintas formas de explicar este color. En los precipicios cortados en la costa de Córcega, entre los pueblos de pescadores de Piana y Girolota, sobre el abismo danzan dos enormes siluetas de piedra, una de hombre y otra de mujer, que llaman «los prometidos con corazón». En ninguna otra parte del Mediterráneo pueden verse rocas de un rojo tan intenso, quizá sólo en Córcega es posible.

No hay muchos volcanes activos en las costas mediterráneas. Antaño había más. De ellos se ha hablado con miedo o cautela, como de los peores desastres naturales, peores que los terremotos, las epidemias, la peste. En las islas griegas de Milos y Santorini, los cráteres se extinguieron antes de la era cristiana, pero no han dejado de atizar la imaginación ni cuando se han enfriado. Santorini, llamado así en honor de su patrona, santa Irene Mártir, se erigió sobre la lava y la ceniza de la población de Thera, después de la erupción que la antigua Hélade grabó en la memoria y transmitió a las siguientes generaciones. Strómboli, una de las siete islas eólicas, se asemeja a una peonza invertida —el nombre procede de la palabra griega *strombos*, que significa precisamente 'peonza' y que, por supuesto, se ha conservado en el dialecto napolitano como *strümmolo*—. Las entrañas de Strómboli siguen hoy día calientes e inquietas, cada poco entran en ebullición y se desbordan. Al este de Sicilia, sobre Catania, el Etna arroja humo, y su lava aún hierve, rebosa, amenaza. Dominando los muertos Pompeya y Herculano, cerca de Nápoles, se oculta el Vesubio, que no se ha apagado del todo. Entre Sicilia y Panteleria, en medio de las islas Pelagias, hace casi dos siglos apareció en la superficie marina una isla volcánica a la que bautizaron Ferdinandea por uno de los reyes de las Dos Sicilias, de la dinastía de los Borbones. La bella Ferdinandea se esfumó rápidamente para volver a emerger en otro lugar, donde nadie lo esperaba. La amplia placa en la que descansa África y la otra, más ancha aún, en que se apoyan Europa y Asia se empujan recíprocamente y se rozan en las profundidades de la Tierra, moviendo así y fragmentando la corteza terrestre. Cada siglo se desplazan casi un palmo junto con la carga de los continentes que soportan. El suelo entre ellas se quiebra, la lava se derrama por la fisura, el magma se solidifica alrededor de los cráteres, la tierra tiembla. Los dioses mitológicos gobernaban desde sus

orígenes el subsuelo del Mediterráneo, hoy día ya no son los únicos.

Una bóveda de piedra cubre cuevas, cavernas, grutas. Las cuevas marinas se diferencian de las terrestres. Unas son accesibles, otras no. Hay que bucear para entrar en las que ocultan los acantilados, inclinar la cabeza en la barca —si accedemos en barca—, o bien aguardar que descienda el nivel del mar con la marea. En las cuevas cambian los colores y adquieren matices tornasolados que no tienen fuera. El azul, el azul marino, el verde claro y oscuro, y el plateado son distintos dentro. Allí donde la luz logra penetrar en el interior, parece fluir o hundirse. El viento, las olas, los sonidos a duras penas entran. En esos lugares, la superficie marina refleja ausencia o soledad. Las sombras son escasas y diríase que pesadas. En algunos casos parecen pesadillas nocturnas. El eco es particular en cada cueva. En ninguna he encontrado coral. Tampoco los peces son iguales que en mar abierto. He entrado con temor en las grutas de Creta, en las más grandes, sin las que la isla no sería lo que es. Sus paredes, en algunas zonas, están peladas o bien están recubiertas por una fina capa vegetal, que se nutre de la humedad circundante. El silencio reina en ellas. También sus nombres son insólitos: Ida, Melidoni, Sendoni, Diklaion, Eleithia, Agia. Cada una es un enigma en sí misma. ¡Cuánto tiempo ha necesitado el mar para excavarlas! Algunas son tan antiguas como el mar, quizá incluso más antiguas que el Mediterráneo.

Los depósitos de agua en el litoral tienen diversos nombres: aljibes, cisternas y, los más frecuentes, pozos. Las denominaciones varían al avanzar desde la costa hacia el interior o desde la desembocadura del río hacia su nacimiento. Los pozos se diferencian ante todo por su profundidad y el agua que contienen: si es de manantial o de lluvia, fresca o estancada, límpida o turbia, más o menos salada. Sus bordes sufren el roce de poleas y tornos elevadores, cadenas raspadas y sogas con las que se sacan cubos y baldes, por estas huellas se reconoce cómo han servido y cuánto han durado. Los pozos más grandes y profundos a primera vista parecen grutas. Esto no es muy importante para los que los usan y extraen el agua que guardan y ofrecen, más valiosa en particular en las regiones donde escasean y cicatean las lluvias. Las poblaciones y pueblos surgen al lado de manantiales de los que toman el nombre. Un pozo de agua viva se menciona en los libros sagrados. Era lugar de refugio y reposo, de bendición, y a veces de tortura: la sed junto a un pozo es muy difícil de soportar. La pila bautismal se le parece. Aporta frescura en los templos durante los grandes calores, mitiga los arrebatos y, de

alguna manera, reconforta. El interior del pozo guarda la verdad, así lo afirmaban los sabios y el pueblo lo creía. En comarcas pobres, los pozos bordeados de piedra tallada se consideran fuentes. En ello hay que ver modestia y no pretensión, por eso se merecen una mención. En el Mediterráneo aún no se ha escrito una poética de la mesura.

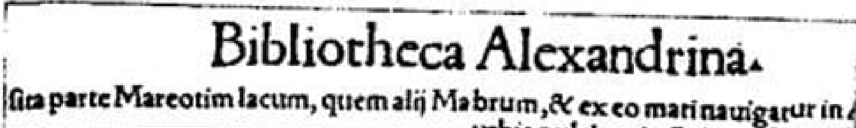
La floración en la superficie marina no es un fenómeno frecuente. La causa pueden ser las medusas o las algas procedentes de otros golfos y puertos lejanos. Estos intrusos no son bienvenidos. Los guardianes de la costa trabajan para eliminarlos. No obstante, en algunas zonas del fondo, la vegetación florece sola. Allí donde antaño había prados y valles que las olas anegaron o arrastraron a las profundidades, crecen plantas insólitas. En los campos y las colinas por los que en otros tiempos vagaban animales antediluvianos, crecen hierbas y tallos submarinos que son como hermanos de los que se han quedado arriba, en lugar seco. Unas costas se sumergieron tardíamente, el nivel del mar allí era más bajo. Las islas orientales del Adriático eran lomas de los Balcanes occidentales mucho antes de que se llamaran así. Entre Ibiza, Formentera y Mallorca y en el estrecho que separa esta última de Menorca, no hace tanto que se extendía tierra firme y una llanura. En muchos parajes —en las márgenes de la Toscana, debajo de Taormina, cerca de Armenia, en los aledaños de Anatolia— germinan y se marchitan plantas que se han trasladado de la costa al fondo marino y se han adaptado a él. La posidonia es la más conocida. Echa hojas en primavera. Florece en vísperas del verano. En otoño pierde las hojas y la flor después de dar un fruto modesto y entregarlo a las corrientes. Crea una gran cantidad de oxígeno a su alrededor, útil para el entorno. Sus sedimentos protegen los promontorios submarinos —los científicos los llaman bancos—, impide los desprendimientos y el derrumbe de las paredes rocosas que el mar ha empezado a erosionar. Los peces la usan como escondites de sus crías, para defenderlas de los depredadores. En ella se acunan los caballitos y las medusas se mecen. De cuando en cuando, al menos una vez en la vida, un buceador tiene la gran suerte de recoger la extraña planta de la posidonia, llamada así por el dios del mar. Es muy valiosa, en el Mediterráneo está protegida por ley.

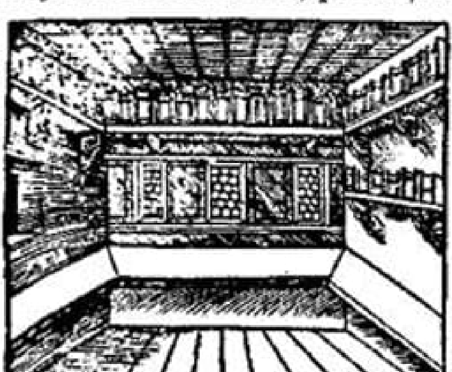
Las algas marinas son hermanas de las hierbas de tierra firme. También el lirio se ha aproximado al mar, pero no se ha sumergido, se ha convertido en lirio marino en la misma orilla, en la arena bañada por las olas, y absorbe la sal. Es más pequeño que el lirio normal, pero igual de erguido. Los ejemplares mas bellos crecen en la costa de Cerdeña, en las dunas de Santa Lucía y Posada, cerca de los acantilados de Tavolara, bajo los cuales, en lo más hondo, también se

ha establecido la posidonia, célebre aunque no suficientemente conocida en el Mediterráneo.

Los faros son patrimonio público. Se distinguen por la construcción y la ubicación. Se levantan en lugares visibles: elevaciones, promontorios, muelles. Aparecen señalados en los mapas marinos a escala grande y pequeña. Se clasifican en función de si los rodea el mar o la tierra firme, de lo apartados o solitarios que están, de su relación con los puertos más cercanos, y si tienden a convertirse en puerto, para quién alumbran y hasta dónde alcanza su luz. Los fareros, a menudo, se parecen más a monjes que a marineros. Se turnaban como centinelas en una fortaleza, como timoneles en el gobierno, como sacerdotes en la oración. Casi todos los náufragos supervivientes tienen en su casa un ex voto en la pared y al lado una foto de un faro. Los marinos en el Mediterráneo prometen más de lo que pueden cumplir, su justificación consiste quizá en que creen en sus promesas cuando las hacen.

Los monasterios a orillas del mar se parecen a los faros. Se alzan en parajes aislados, con frecuencia al lado del agua, a veces al borde del desierto. En otros tiempos había más que hoy día, a grandes distancias desde Libia a Líbano, en el Alto y Bajo Egipto, en el Golán, en el lado sirio y el palestino, en los montículos del Sinaí y, muy especialmente, en la Macedonia egea: en el monte Athos. En los puntos más elevados se unen la mirada al universo y la oración al Altísimo, alta mar y el infinito. En Grecia llaman a los monasterios *meteoros*. Hace siglos que existen las órdenes monásticas y las hermandades en distintos puntos de la Tierra. No son iguales en Oriente y en Occidente. En la costa septentrional son casi todos cristianos, en la meridional hay también musulmanes. En los tesoros, claustros y cabildos se custodian objetos sagrados y profanos: libros, manuscritos y copias, iconos e iconostasios, evangeliarios con iluminaciones de todos los colores, remedios medicinales y manuales de medicina, vestiduras litúrgicas bordadas (en las que el bordado es más valioso que el hilo de oro con el que se ha hecho), cálices comparables a copas reales y cantorales incomparables. Conventos y monasterios en la costa y en las islas parecen más diáfanos y claros que en otras partes. Al lado del mar, donde el cuerpo se desnuda, es más difícil resistir a la tentación. El Mediterráneo es un mar terrenal.







uiros & doctores ecclesiasticos. Nempe Marcum Euangelistam, Amanum
Clementem & Origenem presbyteros, Athanasium episcopum, Didymum,

Biblioteca y faro de la antigua Alejandría, según la obra de Sebastián Münster Cosmographia universalis, edición de Basilea, 1559.

Al litoral descendían pueblos de tierra adentro para los que el mar era ajeno. Adquirían el conocimiento y las habilidades, tomaban las costumbres y la experiencia de los que allí vivían, y la transmitían a los que venían detrás. Todos aprendían de todo o eran maestros de alguien. Los oficios relacionados con el mar y la navegación, las herramientas que utilizaban los maestros de la profesión, se parecen más o menos, en todas las costas. La historia recuerda los nombres de muchos constructores, pero a menudo ha olvidado a los constructores navales. Sin embargo, han perdurado vestigios que contienen su propia historia: monóxilos, birremes y trirremes, barcas, galeras de remos y de vela, galeones y carracas, y los barcos de vapor y los de motor con los que empieza la nueva historia. En el lodo se han conservado barcas y botes de acacia y de papiro —el papiro es quizá uno de los primeros vínculos entre la navegación y la escritura—. Los restos nos revelan cómo se combaba el alerce levantino y el cedro libanés, cómo se utilizaba el roble de regiones frías, se tallaba la encina o el olmo para la quilla, el haya o el pino para forros y cuadernas, el ciprés para mástiles y palos, el fresno para los remos o vertedores. Es preciso elegir un buen tronco, y la mejor época para talarlos es «entre las dos Vírgenes» —la Virgen del Carmen y la de la Asunción— o bien «en mitad del invierno», cuando apenas hay resina y savia en los árboles. Los maestros sabían cuánto tiempo había que

tener el tronco en el mar, «a remojo», para que luego se secara al sol, untarlo con aceite o petróleo, cortarlo en tablas y desbastarlas, y por último «quemarlas» para que fueran más flexibles y pudieran tensarse. Entre los artesanos o constructores de barcos podían encontrarse todas las profesiones y oficios: maestros de carpintería mayor y menor, aserradores y cepilladores, hojalateros, herreros que solían venir de tierra adentro (de lugares donde había más metales y más experiencia en la forja), tejedores de velas y lonas, cordeleros, pintores, calafates y los inevitables armadores y capataces. Incluso en los astilleros más pequeños —como los que todavía pueden verse en Grecia, en el sur de Italia, en las costas de Anatolia, en diversos lugares desde Antibes, Algeciras, hasta Cádiz en el Atlántico, desde Valona hasta el golfo de Trieste— existían herramientas cuyos nombres casi ya se han olvidado. En el Adriático, desde Bar hasta Kvarner y Mala Betina, en Murter, los filólogos celosos han recogido numerosos términos, algunos de los cuales apunto aquí con la esperanza de que así quizá se salven del olvido: *šega, šegún, planja, gojbe, rebaturi* y *trapanj, lime, rašpe* y *raškete, skarpeli* y *lita, aše, ašete* y *ašuni* o bien *mlati, mace* y *macóle, kantiri, kavleti, tajaferi, tes, špinjeli, skošuri, škvari* y *livele*. En fin, todo tipo de herramientas, instrumentos y aparatos para serrar, limar, raspar, cepillar, taladrar, etcétera, que cuando se exponen y comparan nos llevan a la conclusión de que la cultura material es en gran medida común para todos los habitantes del Mediterráneo, y tal vez más que la espiritual.

Las velas se adecuan al viento y al tiempo, en realidad se adecuan al mar. En otros tiempos se hacían de piel, de arpillera o de tela. Se cosía como una camisa, un vestido, una sábana. El velamen principal se extiende desde el bauprés en la proa hasta el timón en la popa, las velas laterales se sitúan a ambos costados del barco, y las auxiliares entre las principales y las laterales. La historia de la navegación conoce muchas clases de vela: cuadrada, triangular, latina, portuguesa, árabe, genovesa, y en los últimos tiempos vela bermuda. Existen numerosas denominaciones locales y regionales: «de entena», «de cruz», «al tercio», «foque», «trinquete», «vela de san Antonio». Las sujetan y mantienen aparejos, clavos, abrazaderas, listones de todos los tamaños, poleas y garruchas de diversos diámetros, costuras, nudos y dobladillos, cabos y jarcias, cabuyería que tensa y afloja y se aduja o se enrolla alrededor de una cabilla. Las velas tejidas de fibra artificial, como el Kevlar, carecen de olor y de color, al contrario que las de tejidos naturales. «No laves las velas en el mar», es un consejo de los marineros viejos. Déjalas que las laven la lluvia y el sol. Antaño eran las manos de los marineros las que con mucha fatiga izaban y arriaban

las velas, hoy día los ayudan nuevos apúralos, pero no pueden sustituirlas. Nada puede sustituir a la experiencia y a la habilidad de un timonel en el momento en que un velero se escora violentamente de costado y una ola anega el puente. Con los fuertes embates del viento del norte nos embarga el temor de que la quilla se levante demasiado y todos juntos acabemos volando con el barco. Navegar contra viento, zigzaguear un poco aquí y allá, se considera una gran habilidad, no sólo en el mar, sino también en tierra firme. En las lenguas eslavas del sur, vela y seno (*jedra* y *njedra*) comparten origen y raíz: las velas son el seno del propio barco, se inflan al principio de la travesía y se recogen al final. Sus formas a veces se parecen a las nubes amontonadas sobre el Mediterráneo.

El alquitrán suele fabricarse con abeto y pino, talados cuando ya son viejos y del corte no brota resina. Primero se hierve el tronco y luego se asa de modo que al final sólo queda un poso espeso, brillante y oscuro. Este residuo vuelve a filtrarse para separar el exceso de sedimento. Sin alquitrán es impensable la construcción de un barco, ni siquiera del más pequeño. Sella las oquedades entre tablas y vigas, no permite que la madera fermente o se pudra por el calor o la humedad. Con él se untan los cabos, sobre todo los más gruesos, los barriles, en especial los grandes. A veces se le añadía sebo o cera para que se volviera más dúctil y suave. El alquitrán se endurece rápidamente, por eso hay que derretirlo. Se reblandece en el fuego para poder impregnar con él mechas de estopa e introducirlas entre forros y cuadernas en la carcasa del barco. Tiene la llama corta y el humo maloliente mientras arde, y deja un residuo carbonizado al quemarse. En algunas costas curaban la piel y el reumatismo con alquitrán, y, por supuesto, ciertas enfermedades que los marineros contraían en los puertos del Mediterráneo.

El cáñamo también exige cuidado y tratamiento. Se moja y calienta para ablandar el tallo y liberarlo de grasas. Se lava, se escurre y se seca. Después hay que machacarlo y majarlo como a una esponja, peinarlo y cardarlo como la lana, hasta que las fibras quedan rectas y lisas y, finalmente, se puede trenzar en hebras para las cuerdas o tejer en las velas. El cáñamo se remoja en agua dulce en un aparte, en un brazo de río o en un arroyo, para que no envenene a los peces. Su tallo contiene sustancias narcóticas, conocidas desde tiempos muy remotos. Un historiador de la Antigüedad encontró a los escitas aturdidos por los efectos del cáñamo en las costas del mar Euxino. Los marineros a veces se recuestan en maromas y palletes, se diría que

absorben algo del cordaje, fantaseando probablemente sobre el regreso. El mejor cáñamo de los Apeninos crecía en el Piamonte, el más apreciado en la costa septentrional del Mediterráneo. El cáñamo egipcio, parecido a la caña, se utilizaba más en las regiones septentrionales y orientales. En el Adriático era conocido el cáñamo de Istria. En el centro de Marsella se halla la famosa calle del Cáñamo, La Canebière. El cáñamo crece en parajes fríos, pero allí es muy duro. En la actualidad se sustituye cada vez más con tallo de agave e hilo de aloe, pero no lo han desplazado del todo. No lo han permitido los marineros del Mediterráneo.

La estopa es quizá la parte más vulgar de los aparejos. Se parece al cáñamo o a la hilaza, y carece de forma conocida. Sus filamentos son en realidad restos, residuos en cierto modo. Después de que los estiren y peinen quedan limpios y sedosos, blancos como una cabellera cana, o bien se transforman en mechones, amarillos como el tabaco. En algunos siempre quedan rastros de alquitrán, negros y casi grasientos. La estopa es tan necesaria para la reparación de un caique pequeño como de una galera enorme. Con ella se sellan fácilmente las cavidades en las cuadernas y las ranuras entre las tablas de la cubierta. Cuando de la madera de un mástil o del timón se cae un mulo, la estopa rellena el agujero que dejo, con ayuda de un punzón, de clavos y tornillos. Antaño se limpiaba y abrillantaba con estopa los cañones de las carabinas y del cañón del barco. El yute, venido de Oriente, de la lejana Bengala, no ha conseguido eliminar la estopa. Esta es particularmente apreciada por el que surca el Mediterráneo, de isla en isla, con una barquichuela desvencijada y que tiende a averiarse.

Diversos maestros construían los mascarones de proa, carpinteros, tallistas, escultores. Llegaban de todas partes después de que se hubiera terminado el grueso del trabajo, como a una suerte de bautizo naval. Se ponían de acuerdo con los propietarios antes que con los capitanes, no se trataba de un contrato cualquiera, los mascarones no eran sólo adornos. En la isla de Hvar los llaman *zvir*, que significa «bestia». Su aspecto y ubicación es insólito. Miran a alta mar y al horizonte. Su fin es salvar o advertir, sorprender o asustar. Se tallaban y cincelaban en madera firme y resistente para que la sal no los corroyera ni los pudriera la humedad. La marinería a veces los consideraba amuletos y creían que les traían suerte. Quizá incluso los adoraban en secreto. Los puertos del Mediterráneo los esperaban con más recelo que confianza.

El mascarón ni advierte ni narra pero contiene ciertas señales de advertencias y narraciones. Es difícil descifrar qué relación mantiene con el mar, porque está ligado con lo que menos conocemos de él. Durante las tempestades, los marineros lo tapan con lonas o velas para protegerlo y conservarlo. Los piratas no lo descubrían ni a perseguidores ni a víctimas. (Aquí de nuevo se entrelaza la navegación con la aventura, lo que a veces es difícil evitar.) Cada vez hay menos mascarones en los barcos nuevos: desaparecen los poseidones y neptunos, los tritones con tridentes, los dragones y monstruos de fauces abiertas, medusas con tentáculos enormes, sirenas y ninfas con las fantasías o pesadillas que las acompañan. En la isla de Brać, en el pequeño pueblo de Škrip, se guarda el mascarón de la polacra *Buon Viandante*, que se hundió en circunstancias inexplicables, todas las partes del barco se perdieron salvo el mascarón. *La Donna*, una galera de Trogir, con una bella muchacha desnuda en la proa, se abrió paso en la batalla de Lepanto entre los barcos turcos y quizá sólo se salvó gracias al desnudo del mascarón que provocó el escándalo entre las tripulaciones enemigas. Hace poco, esta figura desapareció del museo de Trogir. Se decía que no la habían robado sino raptado. Estas leyendas sobre los mascarones empiezan a escasear. Se pierden como las lenguas en que se contaban. Son raras las personas que aún se acuerdan de que antaño había barcos con mascarones de proa que zarpaban de los puertos o atracaban en ellos, de quién los esperaba y quién los despedía. Despedidas y esperas a lo largo y ancho del Mediterráneo que no son sólo recuerdos.

Los responsables del lastre garantizaban la estabilidad del barco. Llegaban al finalizar la construcción de la embarcación, pero ya antes ofrecían sus consejos y advertencia. Calculaban el peso y fijaban el lugar donde debía ir el lastre, que también tiene varios nombres: sorra, enjunque, sobrecarga. Preveían las circunstancias en las que debía aumentarse o reducirse, desplazarse o eliminarse del todo. Es preciso tener una gran experiencia para encontrar la medida justa y liberar a tiempo el barco de un exceso de carga. Muchos buques terminaron en el fondo del Mediterráneo precisamente porque la marinería no logró desembarazarse del lastre.

En algunos lugares se ha conservado el rito del bautismo y del entierro de las barcas, en el momento en que se terminaba la construcción o el día en el que ponían fin a su vida de servicio. Se reunían no sólo los propietarios con sus familias, sino también con sus parientes lejanos, los vecinos de la ciudad y alrededores, huéspedes ocasionales y curiosos. El pescador más anciano pronunciaba un discurso y el cura impartía la bendición. En la isla adriática de Vis,

que los pobladores anteriores a los eslavos llamaban Issa, en la ciudad de Komiža, todavía hoy día se espera o se despide de este modo a las estilizadas y elegantes *falkuše*, una barca típica del lugar, cuyo nombre procede de una palabra árabe (*halka*) que los griegos o quizá los venecianos llevaron a la isla. La ceniza que queda del barco viejo se esparce por la quilla del nuevo y se le desea suerte en la singladura. Hay pocos lugares en el Mediterráneo donde se hayan conservado estas costumbres.

Las travesías empiezan varias veces y varias veces se interrumpen, nunca terminan del todo. Continúan en el diario de navegación, en un libro de viajes, en la imaginación, quizá, de algún modo, también en un breviario como éste. Empezamos primero en una barca, bordeando la costa, bajo el mando de los que saben de la mar más que nosotros, y a los que escuchamos, obedecemos e imitamos. Luego nos alejamos, remando o en velero, y más lejos aún, corriendo a veces ciertos riesgos. Y por fin, por propia voluntad o convencidos por alguien, subimos a bordo de un barco que ya está en el puerto o que esperábamos, con el equipo que hemos preparado o con el que nos ofrecen. En el viaje hacia costas ignotas el miedo se convierte en aliado. La mejor tripulación es la que teme junta navegando hacia la meta y junta se alegra al alcanzarla. La marinería que más miedo pasa es la que no sabe dónde está la meta ni si la hay siquiera. Ni los marinos más grandes estuvieron seguros de hallarla. Los marineros del Mediterráneo se rebelaron contra Colón.

La navegación y las embarcaciones están presentes en oraciones y en pinturas santas. El arca de Noé es símbolo de salvación. En los antiguos evangeliarios aparecía como una cesta de mimbre o una casita de madera que flota en el agua, una basílica modesta que navega por el río Jordán o por el Nilo, por el lago de Galilea o por el mar Grande. Las naves y los peces se han convertido en los símbolos de la religión cristiana. San Ambrosio comparaba la Iglesia con un barco y la Cruz con un mástil. Un barco es el símbolo de san Vicente. San Julián era barquero. San Antonio y san Nicolás, nacido en la antigua Licia, son patronos de la navegación y de los marineros. A este último se le ha rezado más que a ningún otro santo en el Mediterráneo.



Primera carta náutica impresa: Giovanni Andrea Vavassori, Mare Hadriaticum, *Venecia, 1539.*

Los juramentos en el litoral no son iguales que los de tierra adentro. En la costa se mencionan explícitamente acciones impúdicas incluso con dioses o santos, padres y parientes, en especial con las madres, utilizando para ello «verbos copulativos», es decir, los que se refieren a la cópula sexual. La expresión «verbo copulativo» usada así la encontré en una suerte de leccionario de un monasterio. Así blasfeman entre otros griegos, húngaros, turcos, albaneses y parte de los eslavos del sur, amén de otros pueblos de los Balcanes y aledaños. En otros lugares, sin embargo, sin ayuda del «verbo copulativo», estos mismos dioses o santos, padres o parientes mantienen relaciones íntimas con animales como perros o cerdos (sobre todo cerdas), machos cabríos o perras. Esta costumbre está extendida en Italia y España, en Provenza, en partes de Dalmacia y en algunos países católicos y latinos, donde se dan numerosas variantes. Tanto en una como en otra categoría se mencionan los órganos genitales y sus funciones y, además, se añaden ciertos adjetivos obscenos, escatológicos, coprolálicos e incluso sacramentales. El ímpetu mediterráneo introduce, tanto en las palabrotas corrientes como en las blasfemias dignas del último círculo del infierno, una parte mayor o menor del cuerpo, mencionándola o tocando un órgano, por ejemplo, dar palmadas en el trasero, doblar el brazo extendido por el codo,

agarrarse el escroto y sacudirlo con gestos muy evidentes. El *digitus impudicus* latino o el *Katarygon* griego, con el pulgar entre el índice y el corazón, representan en este sentido una suerte de diminutivo, que no merece gran penitencia. La sensación o quizá ilusión que induce a muchos a suponer que el cielo mediterráneo es más abierto, más transparente que en ningún otro lugar, han contribuido probablemente a que el habla de los blasfemos resulte más explícita y sonora. La Sagrada Escritura y las leyes antiguas preveían castigos severos para los pecados de esta índole. Los judíos devotos se rasgaban las vestiduras cuando se blasfemaba contra Jehová en su presencia. No conocemos muy bien los juramentos árabes, pero, a juzgar por ciertos indicios, puede suponerse que existen y que no son ingenuos precisamente. Durante la canícula, cuando soplan los vientos que turban el espíritu y dejan el cuerpo extenuado, cuando el propio mar no sabe qué hacer consigo mismo, las palabras de los blasfemos se vuelven más pesadas, más duras, más desmesuradas. Los que las pronuncian luego se arrepienten, a veces incluso se flagelan. Sus pecados los redimen mártires, ermitaños, derviches que —por voluntad divina— abundan más en el Mediterráneo que en otros lugares.

Los pescadores suelen aparecer en los retratos (no sólo en los cuadros provincianos) con la cara surcada de arrugas por el sol y el viento. No se les ven las manos callosas, las palmas endurecidas por la sal y la red, la espalda torcida de tanto remar y tirar de la soga. Los pescadores viejos blasfeman, pero no roban. Se enojan —por el mal tiempo, la mala pesca, los grumetes torpes—, pero no embisten uno contra otro. Se enfrentan, pero no se zurran como hacen los estibadores o los jornaleros. Se producen malentendidos entre ellos —por dónde y en qué caladero echar la red, cuándo y cómo recogerla—, pero son distintos de los que se dan en la costa y, desde luego, tierra adentro. Es más fácil compartir el mar que la tierra, es más difícil poseerlo. No hay captura que no recuerde una anterior, siempre mayor, aunque sea la pesca milagrosa de las Sagradas Escrituras. Todos los pescadores una vez en la vida han tenido una pesca más grande, o bien su padre y su abuelo contaban que antaño se pescaba más. Cada vez hay menos peces en el Mediterráneo.

Si hay un instrumento que puede considerarse simbólico, son las redes. Sus formas no dependen sólo de la modestia o de la exageración, sino del tamaño del pez que se pesca con ellas, de la embarcación desde la que se calan y se recogen, de si la captura se

efectúa de día o de noche, en mar abierto o a lo largo de la costa, en lugares de mucha o poca profundidad, en el fondo o en superficie. Todo esto determina el tipo de malla, y su peso, el grosor de las relingas superiores e inferiores, el tamaño de los corchos (que se atan junto con el flotador), el peso de los plomos en los extremos, el volumen del copo central, la extensión de las alas, y todo lo demás. Los instrumentos con los que antaño se tejían y anudaban las redes son casi iguales en todas las costas: aguja de madera dura, en la actualidad de cobre o de otro metal, el mallero también de madera o metal con el que se establece el tamaño de la abertura, la navaja con la que se corta la cuerda. Se necesitaba mucha experiencia y habilidad en el manejo de los distintos hilos alrededor del dedo —a menudo el dedo sustituía al mallero— para hacer los ojos y los nudos, y las mallas en las que se enmallarán los peces. Quizá por eso hay tantas denominaciones para las redes y a veces para una sola en el mismo puerto y en la misma bahía. Se diferencian sobre todo las que se izan con cabestrantes de las que se recogen con la mano (las palmas de las manos, los hombros y los riñones son los que más sufren). Pero ambas clases deben enrollarse, secarse y remendarse con cuidado. En una época, las redes se teñían o untaban con un líquido de hojas y corteza de enebro, a veces también con pinochas o cochinilla. Cuando, con emoción, las sacamos del mar, no pensamos en la tarea que supondrá lavarlas después de la pesca y el esfuerzo que supondrá eliminar las escamas, el lodo, las algas. A veces se guardan en cajas para que los ratones no las roan antes de volver a calarlas. Por lo general no hay sitio en los muelles para los tendederos en los que se ponen a secar las redes y al lado de los cuales se remiendan, por lo que se tienden a un lado. Se confeccionan con pértigas de madera o con sarmientos secos que se clavan en el suelo o se sostienen con piedras. Las redes extendidas en el barco —bajo el mástil, alrededor del bauprés y de la cofa— salvan a los marineros de caer durante los temporales, cuando trepan por la arboladura para controlar las velas y afianzar las vergas, ignorando el viento y el vértigo. Los delfines que juguetean alrededor de las embarcaciones tienen fama de ser los mayores enemigos de las redes en el Mediterráneo, con su inteligencia y habilidad logran desplazarlas y rasgarlas, liberarse de ellas a sí mismos y a los otros peces.

La pesca con red se completa con la pesca de anzuelo o con ayuda del palangre, arpón, nasa, tridente y artes parecidas. Lo importante es encontrar la esca, el cebo, la carnada, el anzuelo adecuados, esta cosa engañosa tiene, no sin razón, muchos nombres. La elección no es sencilla. El anzuelo debe adaptarse a diversos tipos de voracidad y glotonería, tanto de los peces como de los pescadores. Es un arte llevado a la perfección en algunas costas del Mediterráneo, sobre todo

en las más antiguas, en las que se pescaba de todas las formas y con todo lo habido y por haber.

La natación es una necesidad, un arte, una pasión y algo más. En todas partes, nadar tiene sus exigencias, sus maneras, sus estilos. En realidad sólo se parecen los movimientos del nadador que no necesita aprender, la brazada, la patada, bajo la superficie o sobre ella. Sin embargo, los movimientos de los que deben entrenar, a veces con fatiga, con olas y corrientes, en aguas profundas o en alta mar, son diferentes. La posición del cuerpo varía según las circunstancias: unas veces la cara apenas roza el mar, otras se sumerge en él o se eleva por encima. Cuanto más se eleva, más se hunde el cuerpo. Por la manera de nadar puede determinarse de dónde somos, de qué litoral, de qué isla o península procedemos, del curso alto del río o del bajo, de una bahía pequeña o grande. Los mejores nadadores no han nacido todos a orillas del mar. Los que durante mucho tiempo han estado alejados de él lo anhelan más. Por eso a veces se le acercan con mayor voluntad y determinación. Los isleños suelen tener su estilo. Los que habitan a orillas de los ríos están acostumbrados a los rápidos. En la costa nadan de distinta forma los que lo hacen por necesidad que los que lo hacen por placer, las razones por las que esto les produce placer no están claras. Se ha dicho todo sobre las hazañas de los nadadores antiguos y modernos, del cuerpo y del mar, de cómo nuestra ilusión de dedicarnos a uno con el otro se vuelve para nosotros mismos real. Nuestros antepasados se bañaban con menos frecuencia que nosotros. Y no era algo apropiado para sus mujeres e hijas. No le estaba permitido a cualquiera bañarse en el Mediterráneo.

El, bceo requiere mas esfuerzo y más audacia que la natación. El deseo de practicarlo proviene de una voluntad o pasión más fuertes. Las posibilidades del buceador son limitadas, las profundidades marinas son inalcanzables. El buceo, la natación y el remo tienen semejanzas. Los brazos y las piernas son los primeros remos, y el propio remo se asemeja a las palmas de las manos y a las plantas de los pies. Remar en galeras era la peor condena y el peor destino: la belleza del mar aumentaba la desesperación de los remeros. A menudo los galeotes lo pasaban peor que los náufragos. El Mediterráneo premia y castiga de diversos modos a los que nadan, bucean o reman en él, a los que lo respetan, lo aman o lo temen.

Los derrelictos descansan en el fondo del mar, a menudo invisibles e inaccesibles. Afloran o se intuyen en los lugares donde el mar no está agitado ni es profundo. El viento y las olas los arrojan a la

orilla o los estrellan contra los acantilados. De vez en cuando en algunos se ha conservado un tesoro. Por eso despiertan la curiosidad o provocan avidez. Los habitantes de la costa más cercana desean quedárselos, las capitanías de puerto tratan de protegerlos y utilizarlos. El barco que se hunde primero pierde el rumbo y la sombra, luego la bandera o el velamen, el timón, el mástil, una parte mayor o menor del armazón. El orden jamás es el mismo, cada hundimiento es especial. La carga suele durar más que el propio barco, y el lastre más que el barco y la carga. El derrelicto yace de costado o sobre la quilla, a veces sobre los restos del puente, de la proa o de la popa. La posición depende del percance que le haya ocurrido y del relieve del fondo que lo aguardaba. Con el tiempo él mismo se convierte en fondo. Los peces se introducen en sus cavidades como si fueran grutas, las caracolas se agarran a las cuadernas como a los acantilados, las algas lo cubren como un manto. La arena y el lodo custodian la carcasa. La sal y la herrumbre corroen el metal y el equipamiento. Si las olas lo empujan a la superficie, vuelve a brillar al sol. En la oscuridad semeja un escollo. En el claro de luna parece flotar de nuevo. Las comparaciones con derrelictos, sobre todo en literatura, son muy frecuentes, a menudo banales. Las historias que se cuentan de barcos hundidos suelen ser tristes. Las más tristes las he escuchado en la isla de Elba. Algunas regiones del Mediterráneo recuerdan derrelictos enormes hundidos en su pasado.

Un funeral en el mar es distinto que un funeral en tierra firme. Cuando las travesías eran largas y no existían métodos de larga duración para evitar el deterioro y la putrefacción, el cuerpo del marinero fallecido no podía permanecer en el barco más de tres o cuatro días. El cadáver se dejaba caer desde el puente envuelto en una vela y atado con un cabo, para que volviera a flotar y a navegar antes de hundirse y desaparecer. El borde de la tela en la que se le enrollaba a veces estaba cosido al difunto por la nariz, y a lo largo de las piernas se le colocaba un peso (una piedra del lastre, una pesa de hierro, una bala de cañón, etcétera) para que descendiera hasta el fondo erguido, como corresponde a un marinero. En estas ocasiones se vertían unas gotas de aceite en la superficie marina. Si en las proximidades había una isla y la tripulación decidía que el cuerpo del compañero se sepultara en tierra, en tiempos remotos, antes de que apareciera la cruz, se clavaba en la tumba un remo. Este hecho, en tiempos más modernos, se anotaba en el diario de navegación; el dato era significativo para los que escribían. Hasta no hace mucho podían encontrarse en los puertos del Mediterráneo marineros que recordaban esos ritos, y lo que era importante para los narradores.

Las gaviotas sobrevuelan el mar y el litoral más que otras aves. Siguen a los barcos, revolotean por los puertos, se posan en los mástiles y bajan a los muelles. No sabemos con exactitud dónde pernoctan. La mayoría no tiene nido estable.

Las crías se tumban entre las piedras o la arena, los progenitores las protegen con su afilado pico sin piedad de quien intenta hacerles daño. La gaviota es más bonita mientras vuela que cuando se posa en el suelo. Es blanca cuando la contemplamos desde abajo, las alas por la parte de arriba son más oscuras. Quizá por eso intentan permanecer el mayor tiempo posible en las alturas. Parece más segura de sí misma cuando está sola que cuando se une a la bandada. Las gaviotas se diferencian entre sí más de lo que creemos. Unas siguen a los barcos sin revelar fatiga ni hambre; otras, sin embargo, muestran lo cansadas y hambrientas que están. Los que las observan desde la cubierta unas veces se asombran por la forma en que planean, otras maldicen su digestión. Son pocos los que advierten con qué toca la gaviota el mar, ya esté tranquilo, ya picado: ¿con el borde de las alas, con el cuerpo, el pecho, el fino pico o con las patitas más finas aún? Más allá de la desembocadura de los ríos, allí donde se pierde la unión de tierra firme con el mar, las gaviotas son distintas, diríase que pertenecen a otra especie. Las gaviotas fluviales sobrevuelan los puentes. Antaño, los marineros, cuando llegaban a puertos extranjeros, observaban los pájaros que les salían al encuentro. Por ellos juzgaban a qué tipo de costa se acercaban, la bahía en la que echaban el ancla, el puerto en el que pensaban atracar. La relación de las tripulaciones con las gaviotas es uno de los viejos secretos del mar, en particular del Mediterráneo, donde quizá es más antigua.

De día y de noche a orillas del mar se dejan oír chicharras y grillos. Las primeras chirrían desde la mañana hasta la noche, los segundos grillan desde la noche hasta la mañana, en las ramas de los pinos (los pinos probablemente los embriagan con la resina aromática), bajo las hojas de las higueras, de las parras u olivos, en espinos o matorrales. Durante la peor canícula la desafían, cuando el mar más brama ellos acallan su bramido, el silencio —por muy ruidosos que sean— no lo alteran. En las noches insomnes ayudan a conciliar el sueño. Se imponen a sí mismos, en coro, en orgías que colman el entorno, el tiempo, la luz. ¿Cómo es posible que esos cuerpecillos del tamaño de un vulgar insecto sean capaces de producir semejante susurro, ruido o reclamo, o como se llame? A veces se callan de repente, en particular cuando el cielo se oscurece y los

relámpagos centellean. Reina el silencio, se abre paso el vacío, como si todo se hubiera detenido y no ocurriera nada. Esperamos que empiece de nuevo y continúe. Así de una estación a otra, de un extremo a otro del Mediterráneo.

Cuando desciende la noche, los grillos sustituyen a las chicharras, menos ruidosos pero igual de perseverantes. Ambos tienen una vida corta. Bajo las copas de los árboles se encontrarán sus caparazones transparentes y lisos y las alas claras y reticuladas. Es todo lo que queda de ellos cuando se consumen las fuerzas y la sustancia que los alienta y enmudecen para siempre: capullos vacíos. Con el último esfuerzo segregan una gota de cola con las que intentan mantenerse en la rama u hoja a las que se han aferrado y en las que han existido. Y entonces, con el primer soplo de brisa caen al suelo entre la hojarasca, en el pedregal o en los matorrales. Sin ellos es difícil imaginar los días y las noches del Mediterráneo, sobre todo en verano.

Las pesas y medidas son similares, pero no son iguales en todas las costas. Tal vez donde más se diferencian es en el Mediterráneo. De una época a otra han cambiado y se han adaptado, según las circunstancias, las necesidades, los fines. Las fijaban la ley y la fe, la ciencia y el comercio. Las ordenanzas municipales las prescribían y castigaban a los que no las respetaban. Las pesas y medidas dependen más o menos del régimen y de las reglas. Eso lo entendieron aquellos gobernantes cuyos perfiles han durado más tiempo en las monedas acuñadas de cobre, plata y otro. La numismática ha confirmado su importancia y perdurabilidad. El pueblo llano utilizaba a guisa de consolación el dicho conocido en todo el Mediterráneo según el cual «el dinero no lo es todo».

Los cambios de pesas y medidas han dejado huellas en el pasado que aún hoy son visibles. Los primeros cristianos abandonaron las medidas bíblicas. Aunque la Hélade era su modelo, Roma no aceptó todas las medidas griegas. Venecia usó las romanas y las griegas y sobre todo las suyas propias. Los turcos lo medían todo con su propio rasero. Los árabes introdujeron medidas distintas de las que se usaban en los países que conquistaban. En España se mezclaron todas las medidas después de que la Reconquista[1] expulsara a árabes y judíos. Ciertas medidas de Mallorca se parecían más a las de Nápoles, Palermo, Marsella o Aviñón que a las que se manejaban en Menorca. Los eslavos en contacto con los pueblos mediterráneos abandonaron sus medidas paganas conservando los pesos propios. En Italia era difícil encontrar dos ciudades independientes con la misma forma de medir incluso en la misma provincia. No hay que extrañarse de que los isleños, los británicos, por ejemplo, no hayan querido aceptar el

metro ni el kilómetro, el gramo ni el kilogramo. De los tiempos en los que en las plazas y mercados existían puestos especiales para aferir pesas y medidas con balanzas, romanas y básculas, con recipientes de piedra o metal para la correspondiente capacidad de aceite, sal o trigo, se habla como de una época dorada. En las regiones donde aún se respetan las medidas populares y paganas, naturales y aproximadas, como un odre de vino, una brazada de leña, un puñado de sal, un costal de harina, una cucharada de aceite, una pizca de pimienta, un escrúpulo de honestidad, se habla de ellas como de islas afortunadas. El vínculo del habla con pesas y medidas en el Mediterráneo no puede explicarse sólo mediante las relaciones entre tierra firme y el mar.



Venecia a vista de pájaro en la obra de Matthäus Merian Italiae nov-antiquae, *Frankfurt del Main, 1640.*

En los mercados mediterráneos, en particular en las lonjas de pescado, se medía y pesaba de todas las maneras posibles. El espacio que se les destina puede compararse con el que ocupan las instituciones más relevantes: ayuntamientos, fortalezas, teatros, templos, cementerios. En el corazón de la ciudad, la política y el comercio se encuentran o enfrentan, se entienden o disputan. Así era en el ágora griega y en el foro romano. Pocos gobernantes han logrado liberar la plaza pública del comercio. En el antiguo Egipto, la mujer iba al mercado escoltada por el marido. Los atenienses lo consideraban asunto de hombres. Los sabios aconsejaban a los jóvenes que no acudieran a los lugares frecuentados por estafadores y rameras. En Roma, antes de la decadencia, sólo las esclavas andaban libremente por el mercado, mientras que las matronas lo evitaban. En los países islámicos, esposas y muchachas se cubrían el rostro en los bazares más que en ningún otro lugar. En los mercados del Mediterráneo difícilmente se alcanzaba la igualdad de los sexos.

Debemos a viajeros y cronistas las descripciones de los mercados más antiguos. Ellos anotan cuál es su posición en la ciudad o en la provincia, cómo están construidos y qué género venden. El bazar es de origen persa, como también es de origen persa la palabra que utilizamos nosotros: *ćaršija.*

Zoco, sin embargo, procede de los dialectos semíticos, quizá del arameo, la lengua que hablaba Jesús. Los árabes propagaron este término por las tierras que ocuparon. Lo adoptaron los españoles y portugueses y lo llevaron allende los mares. Los caminos del mercado a menudo coinciden con los caminos de la fe. Allí donde se bifurcan, brotan los conflictos. En los mercados del Mediterráneo no siempre la venta es lo más importante, a veces la pasión del regateo es mayor que el comercio en sí.

A lo largo y a lo ancho de Levante, en puestos especiales se ofrecía mirra, cinamomo, incienso, ládano y casia. A su alrededor se extendía un aroma fuerte y persistente. Muchos creían que jamás iba a desaparecer, en algunas partes parece que todavía dura. En rituales de sacrificios y religiosos, para cuidar el cuerpo y en asuntos amorosos, se utilizaban sustancias aromáticas, líquidos y ungüentos. Las especias se transportaban por barco y caravanas, por lo general desde Oriente hacia Occidente y desde las costas meridionales hacia las del norte: pimienta, canela y clavo, vainilla, azafrán, anís, flor de nuez moscada, maya, orégano, mejorana, jengibre, y en tiempos más modernos el *curry* indio; es difícil enumerarlas todas. Había también diversas pócimas, remedios, venenos. En Occidente, el Mediterráneo era antaño pobre. El este y el sur lo han enriquecido.

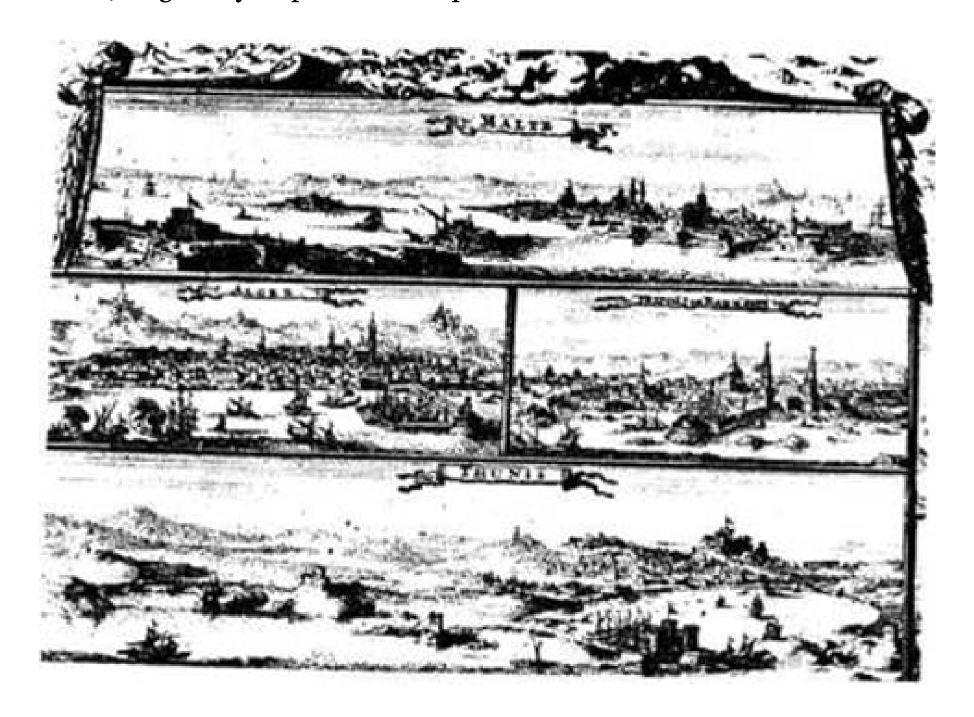
Las salinas están ligadas a los mercados. La ciudad, el puerto o la isla debían tener su propia sal para ser independientes. En el comercio con tierra adentro, se trocaba fácilmente por trigo o carne, se vendía a los agricultores y a los ganaderos. Los viajeros guardaban la reserva en el morral, las familias en un saco, los ayuntamientos en almacenes. Para las travesías largas se salaban los víveres para evitar que se estropearan. Los sabios aconsejaban que la sal blanca se guardara para los días negros, y la sal se convirtió en el símbolo de la sabiduría. Las autoridades se encargaban de adquirirla y repartirla. Las religiones exigían que se ahorrara y venerara. Al amigo se le ofrecía con pan, al enemigo se le derramaba en los ojos. Los médicos se la recomendaban a los sanos y se la prohibían a los enfermos. Los poetas cantaban la sal divina y sagrada. Los clásicos denominaban al mar por su nombre y así las naos navegaban por la sal, es decir por el Mediterráneo.

Las salinas se parecen en todo el litoral mediterráneo: en las islas de Paros, de Pag o de Malta (los caballeros de la orden de Malta

mantuvieron durante mucho tiempo el monopolio de la sal), en Ibiza, llamada «isla de la sal», en dos o tres puntos del archipiélago de Kerkennah, en el golfo de Alicante y en Tarragona, en Esmirna, en Valona o Cervia, que suministraba sal a la Serenísima, no lejos de la antigua Tarquinia y de Santa Eufemia, en las partes búlgara, montenegrina y albanesa de los Balcanes, en las penínsulas como Istria (Sećovje y Piran en el litoral esloveno) o en la de Pelješac, junto a las murallas del antiguo Ston. También en los nombres de ciudades y pueblos encontramos rastros de sal: Salina en las islas Lípari, Sali en Dugi Otok, Salerno en el mar Tirreno, Soline a orillas de Veliko Jezero, en la isla de Mljet, y otra más al lado de Dubrovnik, quizá también Solin o Salona en el Adriático. Estas palabras no tienen siempre sal en la raíz, pero la etimología popular la ve y la adapta a ella. El espectáculo que ofrecen las salinas sólo es visible parcialmente por fuera. Su construcción es simple, simétrica, arcaica, no ha variado mucho con el paso de los siglos: un terreno llano en la costa donde el mar penetra fácilmente y permanece en calma, cercado con terraplenes y presas, surcado por canales y acequias, forma un campo salado. En este campo no hay arados ni guadañas. Se utilizan otros aperos: un rastrillo sin dientes, un cubo, una bomba de agua, un vertedor y una pala, una lona para cubrir los montones blancos, las carretillas en las que se transporta, los zuecos de madera que protegen las plantas de los pies. El sol aporta la energía, el viento el motor, el mar la materia prima. A los salineros se los compara con los marineros y con los labriegos. Y es que son las dos cosas. Observan el tiempo y el viento que soplara como si planearan hacerse a la mar. Trabajan de una cosecha a otra, ellos mismos hablan de cosecha o vendimia, como si se tratara de trigo o de vid. Y de ahí el vínculo de la sal con el pan y el vino. Saben cuándo hay que empezar y cuándo detenerse, cuánto debe quedar expuesta al sol la sal para no acumular demasiada humedad, cómo protegerla y dónde almacenarla. Los salineros suelen guardar silencio mientras trabajan. No sabemos mucho de su forma de hablar. Su tarea no es fácil ni cómoda. Sufren las plantas de los pies, la piel, los ojos, la espalda se les dobla, les duelen los riñones. Buscan protección. En el Mediterráneo su patrón es san Bartolomé, y su festividad se celebra el día de su nacimiento, el 24 de agosto, nueve días después de la Asunción.

Los útiles de las almazaras eran y son modestos y naturales: la prensa, que puede tener varios nombres (trujal, tórculo y otros), un molino de aceite y una piedra de molino especial, un filtro más o menos tupido, embudos grandes y pequeños, recipientes de barro, de madera o de vidrio a los que el aceite, como el vino, se trasvasa varias

veces, espacios para estos recipientes que siempre deben estar frescos y limpios. Quién sabe si aún existen lugares en los que los mulos mueven el rulo. Hasta no hace mucho podíamos verlos en Marruecos y en Túnez, en las costas de Asia Menor, en las islas fieles a su pasado, en zonas concretas de Creta y Rodas, de Cerdeña, de Yerba, de Alborán, de Lampedusa, en las islas Pelagias, de Šipan en las islas Elafitas, de Formentera en las Baleares, de Panaria en las Lípari. La aceituna se muele como el trigo: en el Mediterráneo, el aceite y la harina, la grasa y el pan son inseparables.



Malta, Argel, Trípoli y Túnez, representadas por Romanns de Hooghe, llamado Hogius.

La fabricación del aceite no es un oficio corriente, sino un arte especial. La aceituna no es sólo un fruto: también es una reliquia. La sabiduría y la tradición nos recuerdan la rama en el pico de la paloma que anunciaba el fin del diluvio o la oración en el huerto de Getsemaní, el tronco de olivo en el valle de Eleusis o en la cima del monte Sinaí, en Atenas junto al Partenón o en la antigua Roma, en el mismo Foro. Las religiones han introducido el aceite en sus cultos, la extremaunción cuando llega el final de la vida y con él la esperanza en la vida eterna. El aceite brillaba iluminando en la *menorá* judía y en el faro de Alejandría. Con él se curaba el cuerpo y se embellecía el rostro, se frotaban los músculos de los atletas y se suavizaban los muslos de las hetairas. Se transportaba de una costa a otra en ánforas,

cántaras y barricas, en barcas pequeñas y buques de carga. Desde la costa se acarreaba al interior de todas las formas posibles, incluso en odres o calabazas secas. Para conservar el fruto del olivo se precisan conocimiento y arte. Nuestros ancestros lo remojaban en el mar para que no se pudriera, lo secaban en bandejas enormes y luego le exprimían hasta la última gota. Al final hay que separar el poso de la sustancia pura y mantener la pureza para evitar la adulteración. Para esto no bastan el filtro y la prensa. También se obtiene aceite del lino, del ricino o de la almendra, del mirto y de la palma, del tomillo y de la angélica, de diversos animales, peces y frutos, pero el de oliva fue y sigue siendo el primero y el auténtico. Teniendo en cuenta dónde crece el olivo, nos preguntamos cómo es posible que de un suelo seco y magro surja un zumo tan espeso y untuoso, ¿se filtra sólo de la tierra?, ¿no lo producirá también el mar de algún modo? Es difícil creer que este árbol, al igual que otros tantos, fue traído al Mediterráneo, que no ha estado aquí siempre.

El pan no ha estado permanentemente en la costa ni el trigo por todas partes en el interior. Las primeras espigas no brotaron a orillas de nuestro mar, pero en estas orillas, antes que en ningún otro lugar, fue consagrado el pan. En las riberas meridionales y septentrionales se cultivaban diversos tipos de cereal, desde un trigo excelente, centeno y cebada, hasta el sorgo más común y avena, con los que se alimentaban los pobres y los animales. El maíz lo trajeron más tarde del Nuevo Mundo. La polenta, junto con las patatas, que también llegaron de ultramar, ayudó al Mediterráneo a superar las adversidades.

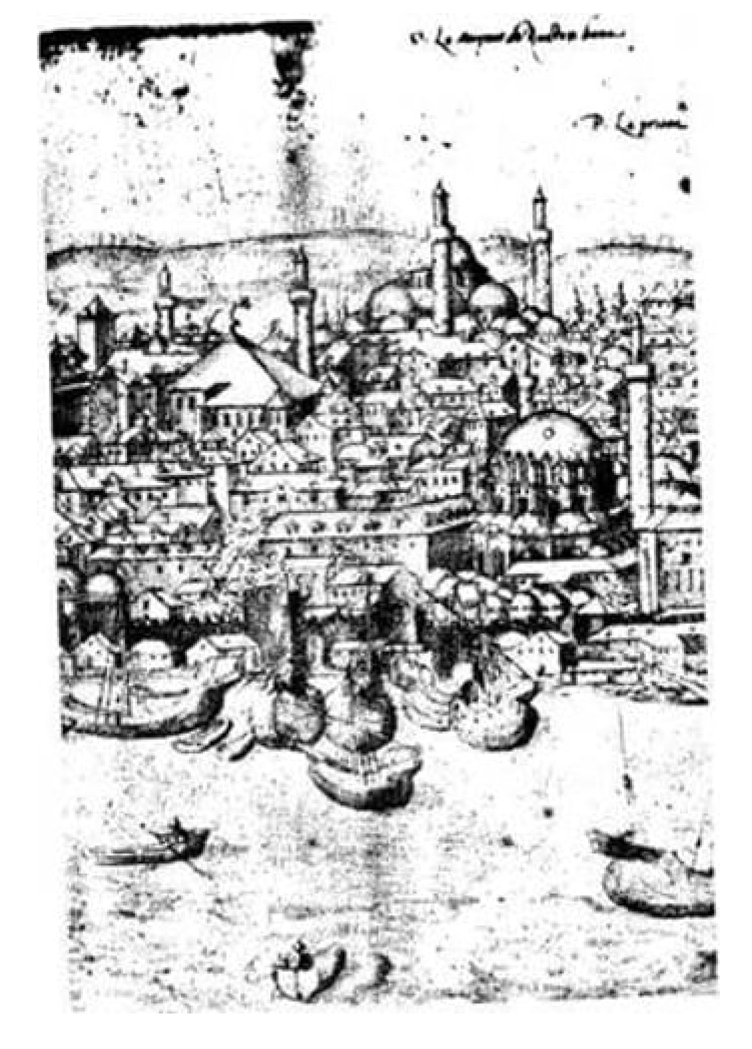
El trigo se transportaba de un puerto a otro, se llevaba del interior al litoral, del litoral al interior. Barcas, carretas, caravanas lo llevaban en ánforas, sacos, cestos, canastas. Viajaba en las cubiertas, en albardas y a las espaldas, desde los fértiles campos de Canaán hasta Jerusalén, desde el Peloponeso y desde la Arcadia hasta Atenas, desde la Cirenaica africana hasta la romana Ostia, desde Licia y desde Chipre hasta Constantinopla o Estambul, desde todas las regiones árabes a La Meca y Medina. Los imperios se esforzaban por aplacar el hambre de sus súbditos, los súbditos hambrientos destruían los imperios. En la mesa se alternaban panes blancos y negros, con levadura y ácimos, de fiesta y de cada día, panes rituales, ceremoniales, sagrados. La antigua Grecia conocía más de setenta clases de pan, mientras que los bárbaros, cuando asediaban las ciudades mediterráneas, masticaban gachas y granos tostados.

A la masa del pan se le añaden a veces aceitunas trituradas, nueces, cáscara de naranja, higos secos o pasas, dátiles, especias como

el clavo o la nuez moscada, o sésamo. El pan con miel fue quizá el dulce más antiguo. Los monasterios alcanzaron la fama venerando la hostia y el sacramento de la eucaristía. Los prisioneros vivían de pan y agua en las celdas. Los peregrinos llevaban en el morral corteza seca mientras caminaban hacia el santuario. Los marineros recibían galletas de barco cuando navegaban por el Mediterráneo.

La vid también ha viajado por los caminos que llevan desde Levante hasta las Columnas de Hércules. En las pendientes soleadas y protegidas del viento sus raíces son nervudas y resistentes. Más sudaron los que desbrozaron las viñas que los cautivos que construyeron las pirámides. La valla de piedra es testigo de la tenacidad, la hoja de parra es símbolo de castidad, el racimo, de abundancia. Allí donde las vendimias son generosas y regulares, siempre ha habido vida, placeres y canto. «En el vino está la verdad», repetían los sabios, pero también el olvido. Unos lo beben con alegría, otros se consuelan con él. Para unos es reparación o remedio, para otros, debilidad o veneno. En una religión, en la comunión participa en el perdón de los pecados, en otra es un pecado. La primera cepa probablemente se plantó en Creta y allí se oyó por primera vez la palabra ecuménica *oinos*. No es fácil demostrarlo, el vino es más antiguo que la historia del Mediterráneo.

Los aperos con los que se separa el grano del racimo y se le exprime el jugo (primero con las manos y los pies, luego con la trituradora y la prensa), la forma en la que se prepara la cuba, el control y el cuidado durante la fermentación y transformación del mosto en vino son inenarrables.



Constantinopla —Estambul en un dibujo en sepia de autor desconocido del siglo XVI. Biblioteca Nacional de París.

Algunos de estos procesos son conocidos por muchos; otros, sin embargo, están sólo al alcance de unos elegidos. Los marineros quizá eran los que mejor conocían el deseo que el vino despierta, transportándolo de una costa a otra, en ánforas, damajuanas o toneles. Rara vez recibían la cantidad suficiente durante la travesía y trataban de compensar la diferencia en el puerto. El pueblo mezclaba el vino con agua. La mezcla —*krassi*— se convirtió en sinónimo de vino en lengua griega, la cual dejó la palabra vino en herencia a todas las lenguas del Mediterráneo.

Son diferentes los sabores del vino en el litoral y en el interior. Los vinos blancos en el sur son más puros y transparentes, los tintos más espesos y oscuros: el néctar del Olimpo era «espeso como la miel»,

y el mar de Homero «del color del vino». A los griegos les agradaba el vino de las islas. A los legionarios romanos les gustaba plantar cepas de las colinas de Umbría y del Lacio, de los valles de Apulia y Campania, en las tierras que conquistaban —no hay que olvidar estos gustos que a menudo son impulsores de la historia—. El Talmud no prohibió el vino, como tampoco lo hicieron el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Salvador lo bendijo junto con el pan en la Última Cena. (Recordaré que los breviarios están obligados a repetir lo que pone en los libros santos.) En los templos devotos y en los ágapes licenciosos, en las ceremonias solemnes y en la vida cotidiana —a veces también en los sepulcros como viático para la vida eterna—, se bebía con moderación o sin ella. El profeta Mahoma trató de salvar del vicio a sus seguidores, aunque sus antepasados cantaban a la bebida embriagadora tanto en la patria, la península Arábiga, como en las costas de Siria, de Libia o de Ifriquia, a poca distancia del desierto en Alepo y en Damasco. «A los que beben», sin embargo, se les prometía en el mismo Corán «ríos de vino» en el paraíso. La epidemia provocada por la filoxera en los viñedos del Mediterráneo, comparable a la peste, fue una auténtica maldición.

Los bosques de hoja perenne de las costas septentrionales de nuestro mar se reconcilian en alguna parte con los de hoja caduca y los aceptan; en otras, no obstante, los frenan y rechazan. El monte bajo y el matorral se entienden mejor. El carpe, el castaño, el haya, el álamo y el fresno llegan hasta la costa, pero no con el mismo éxito. La higuera prolonga el confín del Mediterráneo tierra adentro, allí donde el olivo claudica. Un refrán herzegovino dice que no hay sur «donde la higuera no germina y el burro no rebuzna». El algarrobo y el almendro se adaptan al clima hasta el primer afluente frío. El naranjo y el limonero no resisten el viento del norte, los trasplantaron desde otras latitudes. Las hierbas van más allá, llegan a los montes, son más resistentes, y están ahí desde siempre. Algunas plantas aromáticas se pierden por el camino: la lavanda, las adelfas, el romero. El granado se mantiene, aunque no sea oriundo hace tiempo que crece aquí. Un poco más al norte se vuelve agrio y salvaje y hasta cambia de nombre. La salvia pierde fogosidad y virtudes curativas y la reemplaza el ajenjo amargo y la salvia dulce. Del tamarindo y del mirto no queda más que la denominación, de la palmera y del dátil, sólo un recuerdo, de la alcaparra y del hinojo, apenas el gusto. La terminología es lo que cambia, en nuestra parte del Mediterráneo los nombres de la alcaparra, el hinojo y el cardo no se oponen unos a otros.

La cebolla y el ajo tienen otra composición y otro sabor a orillas del mar. Los tomates en la costa son más rojos. ¡Quién diría que han

llegado de costas más lejanas aún! La genista pertenece por completo al sur, saca su color amarillo y el aroma embriagador del suelo más árido y quizá hasta de la piedra. El laurel en tierras meridionales se muestra henchido y vigoroso. Yendo hacia el norte, las hojas se encogen y arrugan. La corona de laurel sigue siendo símbolo de gloria también en lugares donde sólo conocen la planta a través de la literatura. La vid se adapta cambiando de posición y especie, pero parece que no conserva todas las características bíblicas, salvo quizá a orillas de los tres o cuatro ríos sagrados que cruzan el continente. Se necesita mucho esfuerzo para encontrar en algún lugar mandrágora, que nunca ha abundado y ahora aún menos. Los marineros de Kotor me llevaron hasta ella por un riachuelo llamado Ljuta, bordeando un lago que recibió el nombre por Esculapio, más arriba de Konavle, en la frontera entre la antigua República de Ragusa y la actual Montenegro, en la línea divisoria entre el Mediterráneo católico y el ortodoxo.

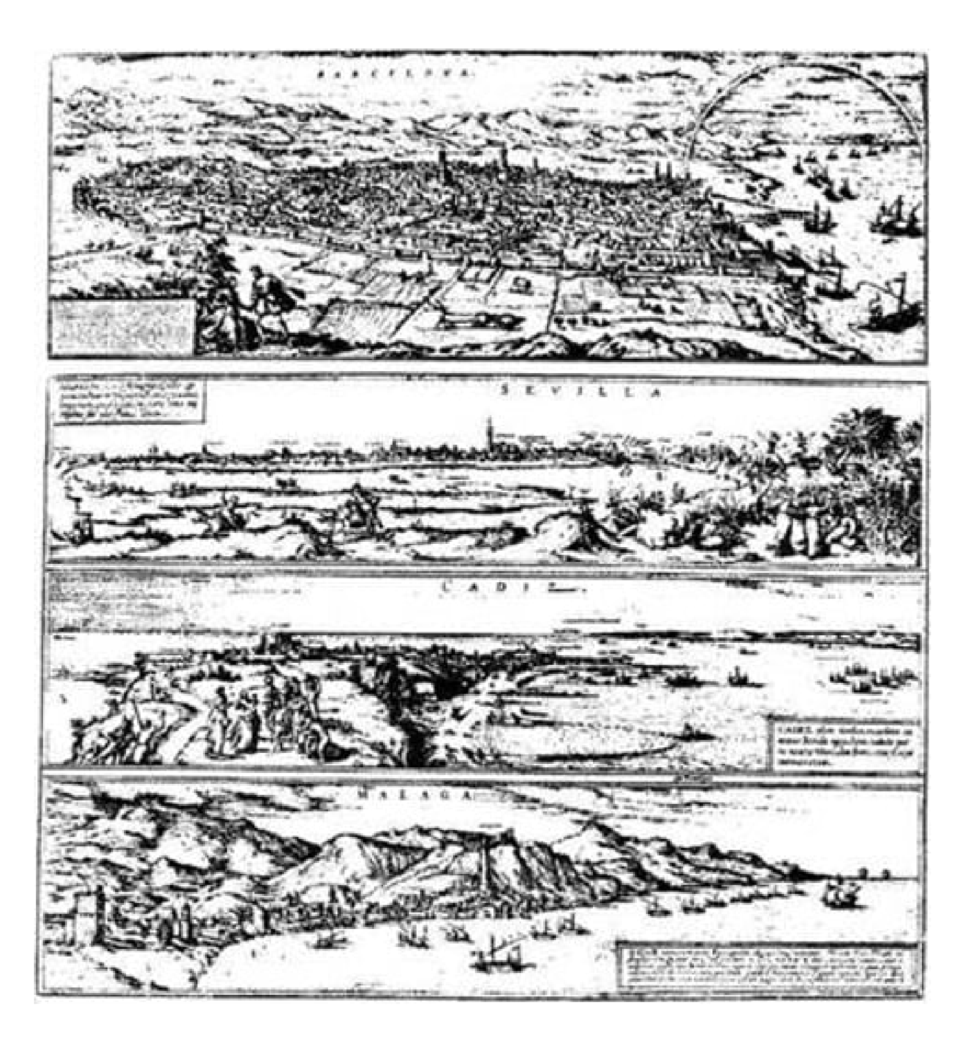
Al atravesar los espacios arenosos de África para llegar a lugares donde la sequía es menos feroz, la vegetación se renueva y cambia. Allí donde el desierto llega hasta el mar, éste pierde parte de su influencia. En las lindes de las grandes mesetas, en las vertientes del Tell, en el Sahara, reaparecen las plantas mediterráneas. Reconozco el azufaifo o guinjo (*al sedra*), la ruda (*al fiyed*), el brezo y la lavanda (*al huzama*) que son más claros que en las regiones septentrionales, la salvia, que los árabes llaman *al kuvaisa* y *al mariema* en la costa y en el interior, la genista (*al-vezal*) y el mirto (*al rihán*), así como varias plantas cuya especie y nombre no logré descifrar, pero que cuando se parten del tallo mana un líquido lechoso, pegajoso y espeso. Las plantas del Mediterráneo suelen adentrarse en el meridión, a través de las cadenas montañosas africanas mejor que en el norte, en el interior de Europa.

El agave llegó a nuestra costa hace unos quinientos años más o menos, procedente del Nuevo Mundo, lo que es difícil de creer porque parece que está aquí desde el principio de los siglos. Primero prendió en el litoral español y portugués y luego avanzó hacia el este y más al sur, y también hacia el norte en algunas zonas. Arraigó y creció en la tierra depauperada que lo sujeta y a la que la misma planta retiene evitando así desprendimientos o avalanchas. Cuando el agave madura por completo echa un enorme tallo, de varios metros de altura, con flores amarillas a los costados semejantes a cálices. Las hojas duras y puntiagudas se enrollan alrededor de su base, se secan y mueren con la raíz, mientras el tallo les da sombra cual tapadera. Quizá es esta muerte violenta la señal de que el agave procede de un entorno más cruel que el Mediterráneo.

En las costas mediterráneas se dan muchos oficios. Por suerte no han desaparecido todos ni pueden desaparecer fácilmente. La talla de piedra es uno de los más antiguos y quizá de los más difíciles. Mientras rompen y tallan las enormes rocas, los tallistas se destrozan los brazos, se les encallecen las manos y les lagrimean los ojos. Hay muchas piedras en la costa, pero no sirve cualquiera para edificar un palacio ni tallar monumentos ni construir puertos ni capitanías ni muelles ni faros. Hace falta saber y arte para elegir la piedra buena, duradera y resistente. Hay poca piedra viva —la que conserva venas y nervios—. Las canteras buenas son raras y apreciadas, muchas están ya agotadas y abandonadas. En otros tiempos fueron famosas. Las ambiciones del Mediterráneo no las han respetado.

Pero no olvidemos a los soladores, caleros, cementeros y muy especialmente a los toneleros, que tantos favores hicieran a los navegantes en la soledad, la tentación, el peligro. Fabricar barriles pequeños o toneles grandes se parece a construir embarcaciones. El mar comparte muchos oficios con el continente, la costa con el interior, la construcción de carreteras y puertos, el hilado de telas y velas, el tejido de mimbres y redes, la elaboración de joyas y del coral. Es instructivo detenerse en los talleres de los carpinteros de ribera, cordeleros, rederos o pescadores de esponjas, rememorar sus *trabajos y días*, rituales y costumbres, habilidad y arte, recordar lo que el Mediterráneo era y, pese a todo, seguirá siendo.

No hay que dejar a un lado el oficio proclamado como el más antiguo del mundo. Habría que mencionarlo antes que el resto, pues en esta parte del globo es quizá más antiguo que en otras. El mar y su balanceo, el sol y su ardor, la brisa y sus travesuras descubren el cuerpo, lo desnudan, lo liberan. Estimulan el deseo, la pasión o la lujuria, sobre todo después de una larga travesía y la abstinencia. El número de lupanares en las cenizas de Pompeya era casi el mismo que el de panaderías. El amor físico no es menos requerido que el pan en una ciudad mediterránea. A veces las mujeres se vendían debido a la pobreza, pero no todas; algunas se entregaban para ser felices. Durante buena parte del año, en la costa se puede hacer el amor bajo el cielo raso. No obstante, se prefería hacerlo bajo techo, a escondidas. Cuanto más dinero de la paga gastaban en esos locales, más feliz era la marinería. Pero después, al regresar a sus hogares más se arrepentían. Los libros sagrados, y los profanos también, advertían de las consecuencias de la lascivia y de la enfermedad que propaga. Sin embargo, no consiguieron que los marineros del Mediterráneo dejaran de soñar con las mujeres que buscarían y amarían cuando el barco atracara en un puerto franco.



Barcelona, Sevilla, Cádiz y Málaga en el atlas de Georg Braun y Hans Hogenberg Civitates orbis terrarum, *del siglo XVI.*

Las esponjas crecen en el fondo marino, se adhieren a los acantilados y a la arena. Se recogen como frutas o se pescan como peces. Durante mucho tiempo fue un misterio para los biólogos y los pescadores de esponjas si éstas eran plantas o animales. No se mueven, a través de ellas sólo se mueve el mar, que le sirve a guisa de colador. Disponen de todo el mar y de todo el tiempo. En los frescos más antiguos, descubiertos en Creta, parecen bastidores de teatro, en los que se entrevén figuras, acciones y quizá acontecimientos. En la higiene y en la medicina (ciertas especies contienen yodo en su esqueleto flexible), en la alfarería y sobre todo en la enseñanza, tenían un fin particular. Las esponjas borraban los signos. Por eso se

consideran un instrumento del olvido. En el Mediterráneo quizá es donde más se piden y se usan, aunque las de algunos mares lejanos sean mayores y más espléndidas.

La temporada de pesca de esponjas es bastante limitada. La presencié en el mar Adriático, en la isla de Murter. La vida activa de los pescadores de esponjas es corta. Los útiles que emplean no han cambiado durante siglos. El buzo baja al fondo con ayuda de una piedra atada a un cabo, clava el arpón o la lanza en las esponjas, como un guerrero, las arranca con la mano y las estruja con los dedos como un luchador, las mete en la cesta que cuelga con él del cabo, esta parte del trabajo parece la más teatral aunque no tenga público. La captura se guarda en un saco especial y se pisotea, se cuela, se golpea con varas como si se vareara el trigo. También se prensaban las esponjas en una prensa como si fueran uvas o aceitunas. Luego se volvían a lavar en agua y se dejaban secar en tablas, como los higos. Cuanto más se expone al sol, más clara se torna. Los pescadores de esponjas son menos apreciados que los de coral, aunque su trabajo no es más fácil. Lo cierto es que no se envidian unos a otros. El nombre que las esponjas reciben en una costa no se pierde en otra. Denominaciones como «jarro turco» o «copa turca», «rosa de Levante», «estrella de Túnez» o «bárbara» no revelan desprecio. El oficio, evidentemente, planteaba preocupaciones más graves. Las denominaciones científicas son las que en este caso atraen la atención de los filólogos y recuerdan nombres de doncellas de la Antigüedad: Geodia, Tethya, Calyx, Cliona, Chondrosia, Axinilla, Apelsina. Los que les dieron tales nombres debieron de sentir mucha añoranza. El Mediterráneo es comparable a una esponja enorme que absorbe todo el saber y todo el conocimiento.

A los pescadores de coral en una costa se les llama «recolectores», en otra, «cazadores». También aquí se refleja la ambigüedad del trabajo. A veces utilizaban un aparato llamado *inženj*, una voz probablemente de origen veneciano. Se trata de una cruz de madera con largos flecos de cáñamo o pedazos de redes rotas, que se arroja sobre las rocas submarinas para que se enreden en ellas y arranquen así trozos de coral, rojo, como es el caso del de la isla adriática de Zlarin, violeta y a veces negro, como los de Trapania, en Sicilia, y los de Yerba, en Túnez. Los pescadores de esponjas no disponían de aparatos semejantes. Ambos oficios, próximos el uno al otro, prosperaron rápidamente cuando la filoxera destruyó las cepas y dejó a los viticultores sin pan, de modo que tuvieron que buscar la salvación en las profundidades marinas, precipitándose en ellas, cada uno con su piedra, cual suicidas, para ganarse el sustento. No había coral suficiente para todos, ni esponjas. Muchos se marcharon del Mediterráneo a América, del sur o del norte, a Australia o a Nueva Zelanda, para buscar fortuna en otro mar.

Riberas, puertos, capitanías, muelles y barcos, plazas públicas y mercados, astilleros y pescaderías, plazoletas con fuentes, faros, atrios de iglesia y de convento, cementerios con lápidas funerarias, paisajes y estados de ánimo y, finalmente, el mar y lo que sucede a su alrededor, se convierten de vez en cuando en un escenario. En él se representan diversas funciones insignificantes y decisivas, se desarrollan rituales profanos y sagrados, se repiten los actos cotidianos y eternos. Estas escenas colman los siglos: el teatro del Mediterráneo.

De la luz y de sus relaciones con el mar he hablado a menudo con los capitanes de barco, cuyos ojos han visto mucho, han mirado más, recordado mejor. He anotado sus palabras, las he traducido, completado, me han alegrado o entristecido: la luz del rayo en mar abierto, la luz del puerto en el horizonte, la luz del faro en la isla, la luz del alba en la cubierta, la luz de amaneceres y ocasos en la travesía, la luz de las estrellas que señalaban el rumbo a los navegantes, la luz de Oriente y su reverberación en Occidente, la plácida luz de los cirios cristianos, la luz tenue de la *menorá* sefardí, la ardiente «luz de luces» en el Libro del Islam, la pálida luz del claro de luna en el desierto o en el pedregal, la luz de la salvación y de la santidad, la luz de la sabiduría y de la vejez, la luz en la mirada de aquellos que han navegado allende los mares y la luz que nos ciega con su resplandor, la luz de la esperanza en el naufragio, la luz del recuerdo de la juventud, la luz en el fondo del alma, en el espíritu y en la inspiración, la luz de los ojos que han visto la muerte y la última luz con la que la muerte apaga los ojos. Interrumpo la enumeración tratando de evitar generalidades, contrarias a la luz. ¿Dónde y cuándo han surgido y desaparecido todas estas luces, cuándo y dónde reaparecerán y brillarán en el Mediterráneo y derredores?

La tierra es diferente de una costa a otra. No se ve de la misma forma mientras nos aproximamos por mar que si la pisamos. Con frecuencia es rojiza entre las rocas; en ciertos lugares es grisácea, cenicienta como si hubiera surgido de la piedra; en otros es más o menos arenosa; por eso en algunas islas del Adriático la llaman *sarbun, salbun*, es decir, sablón, o «tierra blanca»; también se hallan prados de tierra negra, raros y muy apreciados en esos pagos; y por último, la primera y la última es la tierra corriente, de color pardo, igual que la de toda Europa, Asia Menor, zonas del norte de África. La vegetación viste y desviste, esconde y descubre la naturaleza y color de la tierra, la cambia de una circunstancia a otra, a veces la falsifica. Los componentes de la tierra dependen sobre todo de la forma en la que la

piedra se ha desmoronado bajo el sol o de cuánto han contribuido a ello la vegetación, el agua, el viento. El mar ha engendrado la tierra a orillas del Mediterráneo.

En el litoral africano, el suelo va capitulando ante la arena cuanto más nos alejamos de la costa. Malta es casi toda amarilla. En Marruecos y Argel encontraremos bermejales en la misma margen del desierto. En Túnez se localizan zonas de tierra negra que no esperamos, sobre todo en los oasis y promontorios. Más lejos, en Libia, en regiones de Egipto y en Palestina, se suelen alternar la arena y la tierra arenosa que es más amarilla que la grava de las regiones septentrionales del Mediterráneo, si es que no somos presa de un espejismo en esos paraderos. Al avanzar por Oriente Medio hacia Líbano y Siria, las llanuras blancas o gris amarillento se van mudando en auténtica tierra parda, y a veces en tierra negra. La tierra a lo largo del Nilo es proverbialmente fértil, pero muy limitada. Al menos es lo que le parece al que no conoce lo suficiente estos lugares, que, por otra parte, no son fáciles de conocer. Al sur de España, el suelo se asemeja al de África más que al europeo, como si los continentes aquí se hubieran separado más tarde. Esta impresión puede resultar engañosa, sobre todo cuando surge del recuerdo y de los acontecimientos, así como los conflictos de España con los vecinos, las invasiones cartaginesas, las conquistas moras, la expulsión de árabes y judíos, las batallas con sarracenos, y especialmente ciertas obras literarias que hablan de ello, son capaces de suscitar ilusiones relacionadas con cosas diversas, incluso con la tierra. Los Apeninos y zonas de los Balcanes tienen características geológicas o geográficas comunes, pero difieren en la historia y en la política. La tierra negra de la llanura ucraniana, llamada *chernoziom*, se diferencia de la mediterránea más que el mar Negro del Adriático. Quizá es una de las razones por las que muchos consideran el Euxino como parte del Mediterráneo, más por la tierra que por el propio mar.

Los ríos del Mediterráneo desembocan en el mar de diversas maneras. Unos entran en él con solemnidad, como si estuvieran satisfechos de su trabajo; otros, como si hubieran sido sorprendidos *in fraganti*, desembocan torpes e inesperadamente. Unos como si no desearan mezclar sus aguas con el resto de las aguas, otros se han reconciliado con el destino y se han entregado. El mar no los acoge en todas partes por igual, tampoco la costa permite a cualquiera que se separe con facilidad. Ciertos ríos perduran mucho en el mar, lo fuerzan a cederles parte de sus dominios. Los que se precipitan en el karst y se sumergen en las entrañas de la tierra reaparecen en la costa o cerca de ella en manantiales en el fondo marino. Las

desembocaduras tienen una naturaleza doble. Aquí el río se vierte en el mar y el mar en el río. Los deltas a veces evocan mágicamente los misterios de estas relaciones. Los nadadores fluviales cuando nadan en el mar, en el Mediterráneo, creen reconocer el agua de río que acaba de llegar.

He visitado los cauces de los ríos mediterráneos, me he bañado en ellos, he aspirado el olor de la vegetación de sus ribazos y la he comparado en las cuencas altas y bajas. En las desembocaduras crecen varias especies de cañas, juncos o junquillos. Los ríos caudalosos tienen una caña especial, crece sobre todo allí donde se juntan el agua dulce y la salada: el Ebro, el Ródano, el Po, el Neretva, el Menderes o Meandro, el Orontes y por último el Nilo, donde quizá es más robusta que en ningún otro lugar. El papiro —que no lo olviden los que aman la escritura— es también una especie de las cañas fluviales. Los pinos no huelen igual a orillas de un río que lejos de él. Pueden pasar mucho tiempo sin agua, la resina entonces se vuelve espesa y la corteza más dura. Por ellos también se reconoce el litoral, por cómo son los pinos, cuánto han crecido, cómo se distribuyen, si están al borde de un río que desemboca en el Mediterráneo o en la misma costa del mar.

El elemento mediterráneo penetra y se extiende río arriba. Lo he seguido en el Ródano hasta Lyon; más allá, hacia el lago Leman y Ginebra se pierde el rastro y a veces reaparece; en el Nilo hasta El Cairo y las maravillas de Asuán; en el Po hasta los Alpes, también aparece y desaparece; en el Arno no sé hasta dónde, quizá hasta ciertas fuentes de dialecto toscano; he ido por los meandros del Tíber, que parecen surgir de la historia o evaporarse en ella; en el Ebro, hasta la frontera con Navarra. También el Guadalquivir es en parte mediterráneo, aunque desemboque en el Atlántico, igual que el Tajo. Me detuve por corto espacio de tiempo en el Jordán, al que se lo mira a través de los ojos de la Sagrada Escritura, igual que al mar Muerto en el que desagua. No nos preguntamos cómo atraviesan sus aguas la depresión más profunda del mundo, junto a Jericó, apagando la sed de los pueblos ribereños, ni en qué medida siguen siendo dignas del gran bautismo en el umbral del Mediterráneo, al principio de la Nueva Era.



El Cairo antiguo y el Nilo, en la obra de M. V. Coronelli Memorie storico-geografiche, *tomada de Giuseppe Ballina, Venecia, 1569.*

Casi toda región grande tiene su propio sistema hidrográfico. En el Vardar, los elementos mediterráneos llegan hasta Skopje y más lejos aún, hasta el lago de Ohrid. En el Isonzo hasta los Alpes Julia. En el Neretva fluyen a través de Mostar (la ciudad en la que he nacido) y continúan hacia la orgullosa Bosnia; por el lago de Skadar y el río Moraća penetran hacia el interior de Montenegro. Hay muchos ríos pequeños que pasan inadvertidos, aunque en sus brazos conservan componentes significativos: desde el Bojana hasta el Mirna y el Dragonja, el Zrmanja y el Krka, el Žrnovica y el Cetina con la región de Poljica y su pequeña república al pie del monte Mosor, no muy lejos del Biokovo. Diríase que los ríos de la parte italiana del Adriático —salvo los del norte, los más importantes como el Po, el Isonzo o el Adagio— brotan de la propia península Apenina. Es el caso de los ríos con nombres sonoros y poco agua, como el Reno, el Lamone, el Savio, el Pescara, el Biferno, el Ofanto y otros tantos desde el golfo de Trieste hasta el de Tarento. Los ríos balcánicos, sin embargo, parecen manar de las profundidades del continente. La naturaleza de estas relaciones se demuestra de diversas formas en el Mediterráneo, aquí moderadamente, allí sin medida.

Ningún gran río discurre por Grecia, salvo el Vardar, que los griegos llaman Axios y comparte con la Macedonia eslava. Sin su corriente caprichosa, el golfo de Tesalónica y la misma Tesalónica no serían lo que son. Por la vertiente egea corren otros ríos, menos

caudalosos que el Axios, el Aliakmon, el Peneios, el Sperheios, el Kefissos. Escribo sus nombres como los he oído pronunciar paseando a lo largo de sus cauces. En la vertiente jónica están los ríos Thyamis, Arakidos, Ahelos, Momos. También por los ríos se diferencia la costa egea de la jónica. El Peloponeso es diferente. El río Pyrros es caprichoso, el Peneios no tiene nada que ver con el Peneios del norte de Grecia, aunque se llamen igual, el Eurotas desciende apresurado al golfo de Laconia, el Alfeios corre más calmado no lejos de él, en realidad son todos riachuelos. Sus afluentes efímeros llaman la atención, igual que la forma en la que algunos logran sobrevivir durante el seco verano con la mínima cantidad de agua. Esto revela cierta relación íntima, menos conocida, con la tierra. Quizá por eso en la Antigüedad se hablaba tanto de los ríos subterráneos: el Flegetonte, que vomita fuego; el Aqueronte, río del dolor; el Estigio, el del «terrible juramento», y el Cocito, río de las lamentaciones. Los ríos nobles no se mezclaban de buen grado con el resto de las aguas ni fluviales ni marinas. El río Titerasio, al desembocar en las olas del Peneios, continuaba corriendo por la superficie, «como el aceite». Grecia estaba orientada al mar. Ganaba por el lado marino y perdía por el de tierra. El continente acabó destruyéndola, los ríos solos no pueden salvar la tierra en el Mediterráneo.

Los ríos turcos en la ribera egea parecen más caudalosos que los griegos: el Bakir, el Menderes, el Gediz. Llegan desde una costa que tiene un interior distinto, más grande. Aquí los continentes se separaron hace tiempo, los ríos no lograron acercarlos. A través del Bósforo y de los Dardanelos fluye el excedente de agua que aportan al mar Negro el Danubio y los singulares ríos rusos. He visitado de paso las desembocaduras del Don, del Dniéster y, sobre todo, del Dniéper, en el que se bautizó la Rusia de Kiev. Al aproximarse al mar, sus aguas poco se distinguen de las del Mediterráneo, menos que en las cuencas altas. Un ruso o ucraniano de Odesa me confió que el Danubio en Belgrado o en Novi Sad le recordaba al mar Negro y que, de algún modo, se consideraba a sí mismo mediterráneo: Ex Ponto. El Euxino es inseparable del Mediterráneo, el estrecho del Bósforo no ha conseguido separarlos por completo.

No conozco lo suficiente los ríos del norte de África. El más nombrado es el Nilo, pero más por sí mismo que por el mar en el que desemboca. Suelen ignorarse las aguas que con fatiga logran mantenerse en el suelo ardiente, en cauces insólitos, en la arena, a lo largo del desierto, a veces en las profundidades, en enormes calderas de arcilla a resguardo del sol. He seguido varios ríos que, a pesar de todo, consiguen llegar al mar: el Meyerda en Túnez que discurre junto a Cartago; el Chelif en Argelia que en el curso alto se interrumpe hasta que le llegan los tributarios más caudalosos entre Medea y Mascara; el

Muluya en Marruecos, que desemboca cerca de Melilla, no lejos del cabo de las Tres Forcas. Estos tres ríos afortunados mitigan la sed de los parajes que atraviesan. En los recodos más profundos o en los remolinos son verdes, sus cauces van trazados entre riscos, el fondo está cubierto de guijarros. Resisten a la arena, al desierto, al sol de África, el más brillante y cruel del Mediterráneo.

En esta ribera hay también manantiales distantes de la costa, de los que sólo unos pocos convergen en cauces mayores. Los hombres no quieren que desagüen en ríos porque éstos van al mar, y ellos querrían conservarlos todos para sí. Algunas ciudades antiguas llevan el nombre de manantiales. Tlemcen, por ejemplo, significa manantial, nacimiento de un río, en un antiguo dialecto camitico. Estos lugares son muy importantes en las regiones secas; Sahara significa tierra árida. El agua es aquí riqueza, fuentes de vida y fe en una vida eterna. Se aprecia más que en la orilla norte, la opuesta. A veces olvidamos que el sur de Europa es, en realidad, el norte del Mediterráneo.

No podemos conocer a fondo los ríos mediterráneos si ignoramos los vientos que frecuentan sus lechos, hacia dónde soplan y por dónde pasan, o las precipitaciones y sus caudales y aluviones. El río en su desembocadura recibe las mismas lluvias que la costa. En el curso alto las comparte con el interior. Los habitantes de los valles fluviales sostienen que es posible distinguir las lluvias en el Mediterráneo por su origen y naturaleza, las que se han liberado recientemente de alta mar y las que el sol ha extraído de un suelo agostado.

Es imposible enumerar todas las cosas importantes con las que viven los habitantes de la costa, los objetos de primera necesidad y los productos alimenticios, los artefactos y las herramientas que utilizan y sobre todo las palabras y los términos que usan. Sus lenguas y dialectos se entrelazan, se traducen de unos a otros cambiando las formas y adaptando la pronunciación. Los idiomas extinguidos u olvidados han dejado en algunas zonas acentos y gestos. Nos parecen raros e inusuales cuando los oímos y vemos. En las costas orientales del Adriático, y en general en casi toda la cuenca mediterránea, existen numerosos préstamos de origen italoveneciano, de raíz latina y a veces griega. En cierta forma, se han asumido, aceptado, adaptado y como suele decirse «abrazado»: plaza y calle en la ciudad, balcón y veranda en las casas, guitarra y serenata, barril y tonel, caja y escriño, salsa y salmuera, brodio y bullabesa, fritura y fritada, merienda y colación, linterna y farol, siesta y fiesta, comediantes y rufianes, cicerones y charlatanes, macarronea y todo tipo de literatura macarrónica. Cualquiera puede componer esta lista, aquí incompleta, por supuesto, en su costa y de muy diversas maneras más o menos

arbitrarias. La propia costa logra decir ciertas cosas sólo en el dialecto que domina, que es diferente del de la provincia vecina, sobre todo de la del interior. La tripulación que viaja durante mucho tiempo junta es capaz, como ya se ha dicho, de crear su propio dialecto. Existen muchas palabras que no se pueden traducir a los idiomas de alrededor y no hay que intentarlo. Su sentido precisamente reside en su diferencia. Y esto sucede con el provenzal y el francés, el catalán, el castellano y el gallego, en el mismo catalán de Baleares y de Valencia, con el árabe que utilizan los pescadores y los de la montaña, con el habla cotidiana (antiguo árabe) y la lengua oficial en Malta, y por último en Grecia, donde resulta más dramático y de donde quizá ha surgido todo, con la lengua que en la escuela se llama *cazarévusa* y la denominada demótica, es decir, la lengua del pueblo, la que se habla en el puerto. A lo largo de las costas, a veces más lejos, aparecen dos hablas: la local y mediterránea y la nacional, que suele ser más o menos la continental. Se complementan recíprocamente o se excluyen, una se pronuncia con el acento de la otra, el dialecto penetra en la literatura y un tipo de literatura, no siempre el mejor, en el dialecto. Eso ya lo advirtieron en el Mediterráneo los antiguos comediógrafos logrando divertir así al público.

No sabemos si sucede lo mismo al este de nuestro mar, pero creemos que no es muy distinto. Hasta los Balcanes llegaron palabras árabes a través del turco, que se parecen por el sentido y el espíritu a otras que encontramos en diversas orillas, como sofá, diván o zoco, y muchas más que podrían citarse. Las características que nosotros consideramos mediterráneas van por Levante más allá de la costa, hacia Persia o, mejor dicho, proceden de allí. Este espacio estaba completamente abierto. Ahí sale el sol más pronto en el Mediterráneo y antes cae la oscuridad.

No es fácil encontrar palabras para todos los conceptos que son corrientes o solemnes, seculares o sagrados, cotidianos o eternos. Existen manuales de ayuno y penitencia, reglas de castigo y de expiación, tratados sobre pecados veniales y mortales, compendios de amor y lujuria, recetarios de comidas frugales y copiosas. Aquí no hay lugar suficiente para todos. Algunas de estas obras se consideran magnas e inolvidables, otras circunstanciales o infames. El Mediterráneo no puede renunciar a ninguna de ellas.

A ciertas preguntas sólo osan responder los charlatanes. Sin embargo, respetamos a aquellos que han dedicado la vida de manera terrible y a veces insensata a resolver grandes enigmas: el fenicio o púnico, el etrusco, el de la Cólquida, el copto, el ilirio o tracio y albanés, el maltés, el celta, el ibero y el celtíbero, el gallego y el vasco,

el véneto y el veneciano, el ligur, el liburno, el morlaco y otros, también de los eslavos del sur, sobre todo el dálmata y el de Dioclea y así sucesivamente. En Alejandría conocí a un catalán, relojero de profesión, que intentaba rehacer el catálogo de la biblioteca devastada, la mayor de la Edad Antigua, pese a los escasos datos disponibles. Se lamentaba porque su lengua materna se estaba perdiendo y quería compensarlo de algún modo. Los excéntricos del sur se distinguen de los excéntricos del norte. La causa no es sólo el clima diferente. En el Mediterráneo, los prodigios también son diferentes.

Existe una multitud de cuestiones, desde las primeras y esenciales hasta las últimas y arbitrarias, y cada uno se plantea las que más le afectan o le parecen más importantes. Los mediterráneos suelen hacerlo ya en la infancia, pero también cuando envejecen responden a ellas de manera infantil. He podido escuchar a muchos, sobre todo autodidactas, que exponen teorías sobre el mar y su origen, el surgimiento y la extinción de las lenguas, el origen de los pueblos y su parentesco con otros cercanos, lejanos y muy lejanos, los antepasados diferentes o comunes, los helenos y pelasgos, los etruscos y los turcos, los godos, visigodos y ostrogodos, vénetos y venecianos, paleodanubianos y protoiranios, y muchas otras. Algunas de estas tesis o hipótesis —en particular cuando se exponen y defienden— suscitan la sonrisa, otras llevan a la reflexión: mareas y reflujos y su influencia, la posición de la luna en el continente y en las islas y las diferencias entre los lunáticos continentales y los isleños; las estrellas, la Estrella Polar y el Lucero del Alba (Matutino, Vespertino, Venus); los signos del zodiaco, horóscopos y calendarios y su relación con el destino; alfabetos arcaicos, manuscritos escritos en ellos y los lugares en los que se hallaron o aún pueden hallarse estos manuscritos; mares antiguos, sus restos y territorios donde todavía podrían reaparecer; las causas y consecuencias de la lluvia amarilla y de la roja y de los vientos que traen semejantes lluvias; las catacumbas y su papel; las canículas y sus efectos; los terremotos y sus secuelas; las clepsidras y clases de paciencia; los ríos cársticos subterráneos y sus afluentes; las anguilas, el rumbo de sus viajes al partir de las aguas mediterráneas y al regresar; las serpientes, los cazadores de serpientes y los remedios medicinales que se hacen con sus venenos; las chimeneas, fumistas y humos. Apunto sólo lo que he oído varias veces a lo largo de la costa, en Kaštela, cerca de Split, en Fos-sur-Mer, no lejos de Marsella, en las Ramblas barcelonesas, en los zocos de Málaga, Haifa y Sfax, en los bazares de Esmirna y Tesalónica, en el de Sarajevo, en el sinfín de hosterías, tabernas y albergues del Mediterráneo.

Algunas de estas tesis o hipótesis (de nuevo vacilo ante el nombre que darles) se exponen como preguntas, otras contienen en sí también las respuestas. ¿Por qué tantos habitantes del litoral le vuelven la espalda al mar? ¿Marca la frontera septentrional de nuestro mar la línea hasta la que llegan los sefardíes? ¿Cuáles son las diferencias entre las juderías veneciana, ragusea o tesalonicense? ¿Cómo surgió la trashumancia de las ovejas desde el mar español hasta el interior: cañadas, cordeles, veredas?[2] ¿Hay perlas naturales en el Mediterráneo y por qué no debería haberlas? ¿Proceden realmente los *spaghetti*[3] de China? A menudo se debate sobre ello en las pizzerías napolitanas. ¿Qué jamones son los mejores y los que mejor se conservan: los españoles, los italianos, los dálmatas o los griegos? Hay muchos consejos culinarios que quizá no deberían estar en libros de cocina, sino en otros. ¿Acaso el imperio otomano sucumbió porque no se había vuelto al mar lo suficiente? Algunas de estas cuestiones se amplían o se les añaden otras nuevas: ¿por qué las mujeres de los lugares cálidos llevaban vestidos de corte severo y colores oscuros, el pelo y parte de la cara tapados, aquí con un pañuelo, allí con el velo? ¿Por qué los hombres de algunas regiones se cubren no sólo la cabeza sino también la frente, incluso los hombros, con una gorra, un sombrero o un turbante, mientras que en otras partes con el mismo clima exponen al sol, al viento, la frente, la cabeza, los hombros? ¿Por qué los chacoteros y los bromistas de las ciudades costeras son tan crueles? Y, finalmente, aquel que no ha olido la cala de un barco, los toneles sucios en la bodega, el aceite de oliva rancio, el alquitrán derramado en un astillero, el pescado crudo podrido en un puerto y peores olores aún, ¿puede hablar de nuestro mar? ¿Escribir sobre él? Ninguna de las preguntas citadas es inventada. No pueden agruparse, y quienes las plantean también se dividen. Los he observado en diferentes ocasiones: se sirven de figuras, mueven los labios, hacen gestos —con los dedos, la cara, el codo— de los que en nuestros glosarios no hay mención. Aquí se citan sólo parte de los cuadernos que escribí en diversas travesías y que llevan un nombre común: Mediterráneo.

El que escribe sobre el mar o navega por él tiene sus razones para hacerlo. La ciudad en la que he nacido está cerca del mar Adriático, y su nombre se debe al viejo puente turco. Gracias a su posición y al río que la atraviesa ha adquirido su carácter mediterráneo. Un poco más lejos, yendo por el valle del río hacia el norte, se pierde. El paisaje costero se estrecha y acorta en ciertas zonas, detrás del primer monte interrumpe el vínculo con el mar, aparece la tramontana, los habitantes tienen otras costumbres (lanzan piedras desde el hombro, juegan a otros juegos), cantan otras canciones, presentan otro aspecto,

otros trajes, otro porte. En Dalmacia, los llaman valacos. En otros sitios, a pesar de las cadenas montañosas u otra barrera, reaparece el elemento mediterráneo que altera el panorama y las costumbres, y los habitantes, su aspecto, los trajes y el porte son otros. Quizá la piedra ha contribuido en cierta medida a ello. El mundo del karst es un mundo aparte. Demasiado expuesto al sol para ser normal, apenas protegido para no resultar vulnerable. Es un mundo que se descubre de formas dispares a lo largo de la costa del Mediterráneo en el paisaje, en el espectáculo, en la apariencia.

A menudo se repite que el sol, el mar, los vientos, las olas y las corrientes, las relaciones estables y pasajeras entre ellos influyen en las personas y los pueblos. Pero muchos conceptos no pueden explicarse sólo con esto. ¿Por qué, por ejemplo, en los países mediterráneos, que se jactan de haber tenido la democracia más antigua, ha dominado tantas veces la dictadura? Muchos han expuesto la idea de que los navegantes del Mediterráneo transmitieron la dialéctica de la anarquía y la tiranía al Nuevo Mundo, donde aumentó según las proporciones y naturaleza del entorno, pero nadie lo ha podido demostrar.

Nadie conoce todos los pueblos que han vivido y viven en nuestro mar. No siempre estamos seguros de lo que es un pueblo: habitantes y región, nación y Estado, a veces juntos, a veces lo uno sin lo otro. Más difícil aún es hablar de los habitantes del litoral que de los demás. Ellos mismos se definen de manera distinta cuando están con los suyos que cuando están con los otros. De algunos no hay nada que decir. La historia ya está escrita. Nadie ha estado en todas las costas. «Los pueblos del mar» que aparecen en los documentos más antiguos eran enemigos de muchos pueblos del Mediterráneo.

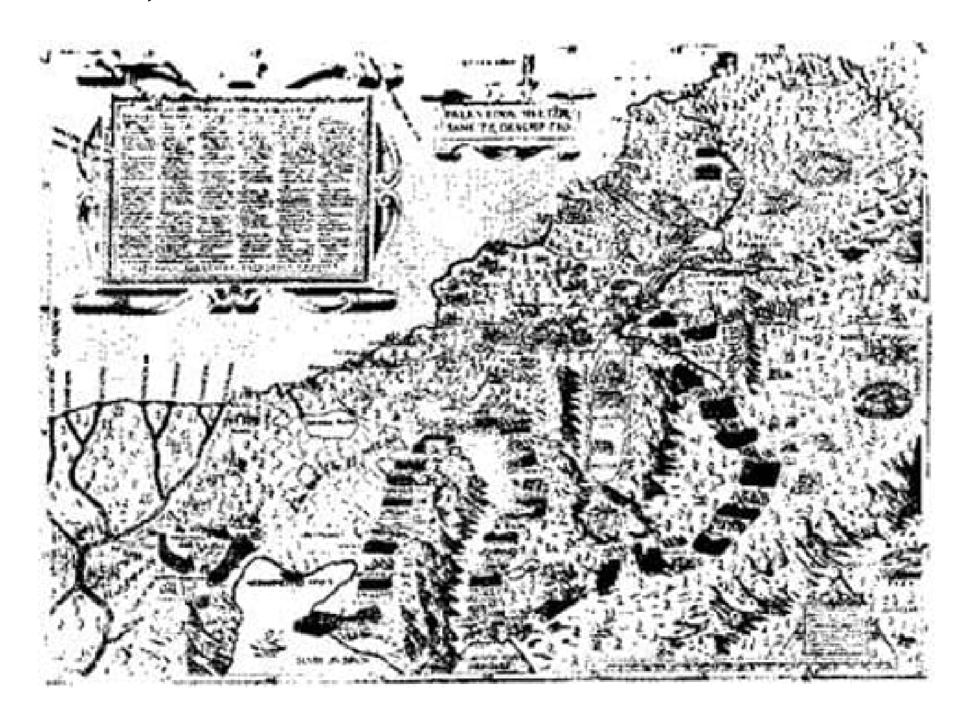
Se han conservado varios datos, aunque por lo general incompletos, sobre la llegada de diversas tribus al litoral mediterráneo. Las migraciones desde el este hacia el oeste tuvieron más éxito que en sentido inverso, quizá porque seguían al sol. Algunos pueblos desaparecieron para siempre, otros se fundieron con los habitantes autóctonos y perdieron sus características, costumbres y lengua. Se hundieron en el pasado, se quedaron sin historia. Nunca sabremos bastante de los pelasgos, ilirios, sículos, sardos, liburnos, focenses, o si miramos al mar Negro, de los escitas, jázaros, pechenegos y tantos otros que vivieron a sus orillas. Los etruscos prepararon la salida al mar de Roma, la cual los sometió y exterminó. Le transmitieron su experiencia en el mar y construyeron para ella los primeros puertos. Los fenicios y sus herederos púnicos desde siempre han despertado la curiosidad. Además de Tiro y Sidón, grandes

puertos de la Antigüedad, fundaron Cartago (en púnico, *Kart Hadesht* significa «ciudad nueva»), Leptis, Tipasu, Esu, incluso Gades, el Cádiz actual, al otro lado de las Columnas de Hércules. Fueron los primeros en poseer cartas náuticas, grabadas en placas de bronce. El recuerdo de sus travesías por el Mediterráneo dura más que el bronce.

Antes de la llegada a Canaán, los judíos se enfrentaron a los filisteos, avezados navegantes, que dieron nombre a Palestina. Los antiguos judíos llamaban al mar Mediterráneo el mar Filisteo. Les parecía grande y lo llamaban también el mar Grande. El mar Muerto, al que accedían con más facilidad, era muy salado, y recibía el nombre de mar Salado o mar Amargo y mar del Desierto. Al lago de Genesaret o de Galilea, que está bajo el nivel del mar y por el que fluye el agua potable del Jordán, lo llamaban también el mar de Genesaret o de Galilea, y más tarde de Tiberiades, quizá porque no distinguían un lago del mar. En sus aguas se pescaba más que en el Filisteo. Moisés condujo al pueblo elegido a través del desierto. Cuando llegaron a la orilla, el mar se abrió, caminaron por el fondo y no lo cruzaron navegando. Jonás se encontró en el vientre de una ballena, no en la cubierta de un barco; su nombre en hebreo significa paloma y no gaviota. Los antiguos judíos estaban ligados a la tierra y se dedicaban sobre todo a labrarla. Las circunstancias les obligaron a ser pastores y no marinos. Sin influencia en el mar Grande, les resultaba difícil construir su propia flota, la construyeron en el mar Rojo, al que llamaban el mar de las Cañas. En barcos ajenos no fueron timoneles. En el exilio necesitaban más rabinos que capitanes. No les atraía tanto la curiosidad por conocer nuevos mundos como el deseo de regresar al mundo del que los habían expulsado. Desde hacía mucho tiempo su vista estaba clavada en la bóveda transparente del Mediterráneo. En el cielo reconocían al único Dios y sólo ante él se inclinaban. Se esforzaban por permanecer cerca del sur, evitaban el norte tanto como podían. En su memoria y en su esperanza, la tierra a la que deseaban volver se había quedado a orillas del desierto entre el Mediterráneo y el mar Muerto.

Al pueblo judío lo expulsaron de la tierra de los faraones en la que era esclavo. Pugnaba por liberarse y tornar a su patria: Canaán. Aquí tampoco lo aguardaban la calma y la felicidad. Tuvo que emigrar desde Oriente hasta Occidente esperando el regreso, y así se convirtió en oriental y occidental al mismo tiempo, y ni lo uno ni lo otro del todo. Ha sido más perseguido por doquier que cualquier otro pueblo. Se ha defendido con el Libro, los rituales y las tradiciones que respetaba y conservaba. Se buscaba a sí mismo en un mundo que le era ajeno. «El Valle de Lágrimas» sustituyó a «Tierra Santa». La

diáspora se dispersó por las orillas del Mediterráneo y también allende los mares, en otros continentes.



Fernando Bertelli, Descripción de Palestina, Tierra Santa, Venecia, 1563.

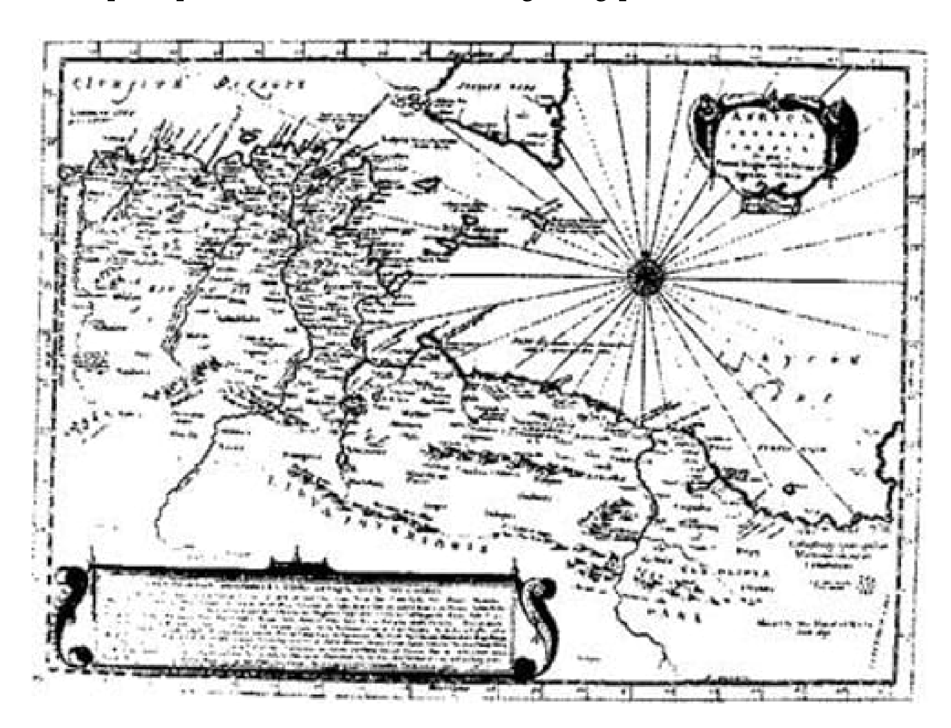
Retornó a la vieja patria que le había quedado en la memoria como la «tierra prometida», pero, entretanto, otros se habían asentado en ella y habían pasado siglos a orillas de dos mares. También el pueblo palestino ha probado la amargura de la partida y el anhelo del retorno. Es imposible evitar en esta ocasión una palabra sobre Israel y Palestina, expuestas al conflicto y enfrentadas a la división. No hay una regla que determine dónde cesa la pertenencia a una tierra en la que vivieron los antepasados o que establezca cómo y cuándo prescribe el derecho a esta tierra. Entre otras cosas, eso depende de la memoria y de la esperanza, la memoria que une a los descendientes, la esperanza de éstos de regresar alguna vez. «La viña pertenece al que la planta y cultiva», predicaban los sabios. Los israelíes que han vuelto han plantado y cultivado parte del desierto. Pero también los palestinos han pasado siglos al pie del Sinaí y del Carmelo, a orillas del mar Grande y de las aguas del Jordán. Ellos también han vivido en esa tierra, la han plantado y cultivado. Igualmente los ligan a ella la memoria y la esperanza. Junto a una diáspora casi eterna, ha surgido otra, ya muy larga. Una deseaba regresar, otra tuvo que irse, cada cual

con su memoria y su esperanza, distintas u opuestas. ¿Cómo reconciliar, después de todo, diferentes derechos sobre la misma tierra? Cuando se traza una frontera, sea la que fuere, siempre queda alguien a un lado u a otro. Se considera que ambos lados pierden. Se necesita sapiencia y buena voluntad para superar y corregir la pérdida. Nunca ha habido ni hay suficiente de esta sapiencia y buena voluntad. En un mismo suelo han crecido dos troncos semíticos, uno al lado del otro, reacio el uno al otro. El primero dio al mundo a Jesús de Nazaret sin renegar por ello de la fe de Jehová; el otro se inclinó al enviado de Alá. El poder celestial no ha logrado resolver su destino terrenal. El desierto no los ha abrazado. El Mediterráneo no ha podido ayudarlos.

No sabemos con exactitud qué tipo de experiencia marítima han tenido los árabes antes de llegar a las costas del Mediterráneo. Los mares orientales y occidentales estuvieron mucho tiempo separados. En ellos la construcción y las formas de los barcos eran diferentes. Los árabes, al contrario de los griegos y romanos, no llamaban al Mediterráneo «nuestro mar», sino el mar de Siria y el mar de Rumelia. Su patria es la inmensa península que ellos llaman la isla Arábiga (*Yaziratal Arab*); en ella residía el peso de su nación, el centro de su fe, el apoyo de su historia. No partieron a otros mares desde el Mediterráneo porque éste ya era otro para ellos. Demostraron que allí podían ser iguales que el resto. No navegaron más allá de las costas del Atlántico, como hicieron sus adversarios ibéricos, pero el mar Arábigo es parte también de un océano: el Indico. Parece que es imposible alcanzar la experiencia de los dos océanos sin que se agoten las fuerzas de la nación o del Estado, la obstinación de los conquistadores o de los marinos. Sólo en apariencia algunos pueblos insulares lo han conseguido, el mar los rodea por todos lados y se ignora en cuál está la salvación. Las islas del Mediterráneo se diferencian del continente quizá por eso. Los árabes no son un único pueblo. En largos periodos de tiempo han caminado en paralelo más que de la mano. Sus accesos al mar no son conjuntos. Los puntos de vista de los que se trasladan y los de los que permanecen en sus aldeas no son iguales: sedentarios y nómadas no tienen el mismo horizonte. El litoral árabe es demasiado ancho para que sus habitantes puedan estar unidos. El interior les es hostil y desfavorable y no pueden apoyarse ni ampararse en él. Las diferencias entre el interior y la costa, entre el Sahara y el África subsahariana, entre la gente del mar y la de los oasis, entre los del Tell y los del Yebel son inmensas. La aridez del suelo y la sed del desierto exigían que casi todas las fuerzas se invirtieran en la tierra, quedaba muy poca energía para navegar. El

desierto no se deja conquistar con más facilidad que el mar, las dunas no agotan menos que las olas. Los árabes cultivaron los jardines más bellos, pero sus puertos nunca fueron los más seguros. La vela triangular de sus naves, que adoptaron otros pueblos y llamaron «vela árabe», no bastó para que desde el Mediterráneo pusieran rumbo a otros mares más lejanos.

Los coptos y sus lazos con el mar y la navegación son poco conocidos. Sus ancestros egipcios estaban más ocupados con el Nilo y su delta. Los viajeros de la Antigüedad oyeron llamar *iam* al mar en la tierra de los faraones, igual que lo hacían otros pueblos semíticos. Los herederos, a los que los vecinos llamaron coptos, conservaron esta palabra hasta nuestros días, pero la pronuncian con una vocal oscura: *iom* o *eiom*. La fonética del ocaso ha acompañado su destino. A orillas del mar no han encontrado bastante sitio para sí mismos. Los ya citados «pueblos del mar» arrasaban la costa. Los coptos adoptaron la nueva fe cristiana e intentaron dotarla de sus características, su religión fue tachada de herejía. Prefirieron construir templos antes que barcos. Erigieron monasterios en lugar de puertos, a menudo a orillas del desierto antes que al borde del mar. Remplazaron la navegación con la oración. Algunos de los ermitaños y anacoretas más grandes y más humildes —san Antonio, san Pacomio, san Macario— son hijos de la estirpe copta, descendientes del antiguo Egipto.



África según las anotaciones de autores antiguos, en un mapa publicado en Padua en 1697.

Los beréberes tuvieron que retroceder desde la costa a la meseta, a las montañas y al desierto, al Yebel y al Sahara. En algún lugar se han quedado a orillas del mar, pero divididos entre sí y mezclados con otros. Parte de sus dialectos perduran en bahías sin mar, muchas de sus palabras en islas sin costas. Antiguos libros de viaje afirman que los bereberes temían al mar más que los árabes. Sin embargo, han conservado términos para barco y timón, mástil y vela. También llaman al mar con una palabra suya: *ilel*. No tienen una palabra propia para designar el remo, pero sí para la empuñadura del remo. Fueron remeros en galeras ajenas, cristianas y musulmanas. No pudieron ser un pueblo marinero. Unos fueron piratas, famosos en este oficio por su crueldad, y otros también fueron crueles con ellos. Una parte del territorio que les correspondía era muy inhóspita. No todos los pueblos de esa zona del Mediterráneo pudieron llegar a ser mediterráneos.

He encontrado a beduinos de diverso origen —árabe, beréber, tuareg y otros— en viajes desde Marruecos hasta Libia, desde las sabanas eritreas hasta las mesetas del Sinaí. No he conseguido conocerlos bien. ¿Adonde se dirigen y por qué? ¿Vienen o van? ¿Pertenecen a una nación, la buscan, les hace falta? ¿Su patria está allí de donde vienen o allí donde llegan, o quizá en el viaje que eligen? Sus fronteras son el horizonte y las vistas, no tienen ni reyes ni banderas. La lengua que hablan entronca con diversas lenguas circundantes, pero es la suya. La palabra *bedia* —que contiene la raíz de su nombre— señala el lugar donde empieza o termina el desierto. Entre el principio y el fin, según parece, no hacen distinción. La navegación no los atrajo, la costa no los retuvo. Los oasis son puertos, las caravanas, su tripulación. Se guían por las estrellas como los navegantes. Las dunas son sus olas, unas veces suaves, otras impetuosas. Clavan estacas y montan las tiendas, las estacas son los mástiles, las tiendas el velamen. Los vientos del desierto son tan cortantes como en alta mar. Las noches son frías y misteriosas en la arena africana, igual que las aguas del Mediterráneo.

Los beduinos prefieren emprender la marcha antes de la salida del sol o antes del primer amanecer. El lugar donde los camellos se apoyan en las rodillas delanteras y se detienen para descansar se llama *al manaj*, de donde procede la palabra «almanaque», apoyo o descanso

del espíritu. La misma palabra señala la posición de las estrellas. Con ella se vincula la inmensidad del desierto y la infinitud del cielo. El Profeta fue riguroso con el nomadismo de los beduinos, deseaba retenerlos cerca de Medina. Pero les permitió que, ante la escasez de agua, se frotaran la cara y los brazos hasta el codo con «arena pura». Cerca del golfo que durante mucho tiempo se llamó la Pequeña Sirte (en la actualidad se llama Gabès) se hallan restos de lagos salados que los nativos denominan *chott*; los que por allí caminan se quedan sin plantas de los pies. Fui compañero de viaje de los Beduinos (aquí escribo su nombre con mayúscula) desde la frontera de Libia hasta los oasis de Túnez. Me acogieron de todo corazón. Me ofrecieron leche de camella, espesa y contundente, y lo cierto es que no abunda y que se guarda para las necesidades. Vi cómo el excremento de camellos les servía para hornear las hogazas de pan en el fuego sin madera. No logré entender las historias que después de un día fatigoso cuentan hasta bien entrada la noche. Las escuchan atentamente y se sonríen con dulzura. En las proximidades del Mediterráneo quedan tras ellos las huellas y los recuerdos que la arena y el viento escriben y borran.

Vagando con una caravana por Palestina busqué la rosa de Jericó. Los árabes la llaman *zajrat arija* (flor fragante). Es muy diferente de la rosa del desierto común, surgida de la arena petrificada que toma formas del cristal. La rosa de Jericó suele estar escondida y pasa inadvertida. El sol la reseca y el viento la arrastra, el desierto la expone al sol y al viento y la salva de uno y de otro. Se comprime y se transforma en un terrón semejante a un insecto muerto. Así sobrevive, pese a todo, hasta una decena de años. Los beduinos la reconocen, la recogen y la guardan. Sin su ayuda jamás la habría visto. Cuando esta rosa marchita —*zajrat*— se encuentra por fin cerca de la humedad y del agua, se alimenta y se infla, se transforma en una flor plena y vigorosa, parecida a los órganos genitales de las bellezas africanas de piel oscura. La rosa de Jericó y su vagabundeo demuestran que el nomadismo, entre otras cosas, es un don divino y no sólo una maldición del Mediterráneo.

Los turcos llegaron de regiones orientales. Seguían al sol y lograron llegar muy lejos. Cruzaron ríos en barcas y caiques, de hecho esta palabra la trajeron de su país de origen y nos la transmitieron. No estaban familiarizados con el mar. De los persas tomaron la palabra *deryasi* y así lo llaman. Con su palabra *deniz* designaban todas las aguas, saladas o dulces, fluviales, lacustres y marinas. Eran más hábiles en tierra firme, montaban a caballo, alzaban campamentos, cruzaban montañas y valles. No sabemos si se diferenciaban mucho entre sí cuando llegaron a su nueva patria y cómo influyeron estas

diferencias en sus relaciones con el mar. Eran más agricultores que pescadores, más soldados que marinos. Los pueblos que sometían les construían los barcos. Se enfrentaron a los árabes, pero tomaron parte de su ciencia y de su conocimiento. Cuidaron el olivo, cultivaron la vid, plantaron higueras, granados y almendros allí donde el mar les era propicio. «Cuando contempléis la inconmensurable superficie azul, no os asombréis», les advirtió en vísperas de la llegada un viejo cantor. Se asombraron al acercarse al Mediterráneo.

Asia Menor es más la prolongación del continente que una península. Las rocas escarpadas y riscos transforman en interior un espacio justo al borde del mar. El viento desgarra la costa norte y el hielo la congela. La costa meridional y occidental es más soleada y accesible. Antes de la conquista turca ya había ciudades antiguas derruidas. Los restos de las ruinas pertenecían más a los lugareños que a los forasteros recién llegados. Los turcos se adentraron en Europa unidos por su fuerza y su concordia. Después se dividieron entre el propio pasado y el presente, la gloria osmanlí y el ocaso del imperio otomano. Les asombra la fuerza que antaño tuvieron, la concordia que los fortaleció, y la disensión y la cizaña que los debilitó. No aprovecharon el mar tanto como habrían podido, aunque demostraron que podían: todos los barcos cristianos tuvieron que unirse para ganarles con apuros en la batalla de Lepanto. En su propio Estado, en la orilla occidental del Bósforo —en Rumelia o Urumelia—, se quedaron en las márgenes de los Balcanes sin llegar al borde del Mediterráneo.



Abraham Ortelius, Descripción del Imperio Turco, Amberes, 1578.

Sólo he visto Siria de paso. Y crucé el Líbano deprisa. Ambos países son árabes, pero sus habitantes y su pasado son variopintos y se entrelazan. El acceso desde el mar lo cierra el macizo montañoso de Ansariyya. De los tres ríos que desembocan en el mar de Siria —aquí los árabes designan así a todo el Mediterráneo— sólo el Orontes abre camino hacia el interior. Los nativos lo llaman Nahr al Asi. En la otra vertiente del Ansariyya, la tierra olvida rápidamente el mar. Tanto el litoral como el interior limitan con el desierto, que está bien comunicado con ambas zonas. Todo lo que no es desierto revela el pasado, en algunas partes recuerda la historia: el camino desde Antioquía hasta Alepo (Haleba), el alto en las ruinas de Beirut (así en otros tiempos fueron destruidas las ciudades mediterráneas más espléndidas), Damasco, en la que se forjaban los alfanjes más afilados y se tejían los paños más finos. El desierto, a su vez, no revela nada ni nada recuerda. Allí donde se encuentra con el mar, adopta parte de su color, del olor, del viento. Me detuve en la desembocadura del río Orontes, repleta de cañas, robustas y nervudas como las del Nilo. Paré en Tell Kalakhu y Tell Kazelu, en los lugares donde aún se busca un puerto hundido que probablemente se llamaba Simyrra. Las opiniones de la gente del litoral y las de los habitantes de los montes cercanos, de la costa y de la llanura desierta, también son distintas en este lado del Mediterráneo, quizá más en Siria que en Líbano.

Todos nos volvemos hacia Grecia y la consideramos nuestra. Grecia, sin embargo, no es de todos. No es sólo costa como piensan muchos, en el norte hay montañas nevadas. El mar baña sus orillas, penetra en ellas, pero no en todas en la misma medida ni de la misma forma. La costa y el mar son iguales que antaño, las islas siguen en su sitio, las Cícladas y Espóradas, el Egeo y el Jónico cada uno en su lado, el cielo es del mismo color. A pesar de todo, la historia no vuelve, no se repite, el presente se diferencia del pasado y de la historia. Grecia y la Magna Grecia hace tiempo que se separaron. La Hélade y Bizancio rompieron. Bizancio y el imperio de Oriente no tuvieron una unificación feliz. La antigua democracia era más un mito que una realidad, la tiranía más una realidad que un mito. Las rupturas fueron profundas, las pérdidas en tierra firme aumentaron en el mar. Cada vez era preciso buscar lo que quedaba de lo que había habido. Los propios griegos se preguntaban si lo que quedaba bastaría para seguir adelante y si merecía la pena continuar con ello o era

mejor empezar desde cero. El destino del Mediterráneo a menudo se identifica con el destino de Grecia.

Los nombres de muchas cosas, nuevas y viejas, son griegos, ecuménicos, los nombres por sí solos no pueden remplazar a las cosas. Otros han interpretado el pasado de los griegos mejor de lo que ellos mismos han podido hacer en tiempos modernos. Los griegos han tenido que servir a propios y extraños incluso cuando éstos iban a rendirles homenaje. Los visitantes admiraban su pasado ignorando el presente, mezclándolos. También los griegos se buscaban a sí mismos en el pasado más que en el presente. Partían de su tierra y lo lamentaban, o bien se quedaban en ella, descontentos. La nostalgia es una palabra griega auténtica. En el mar perdieron quizá lo mismo que en tierra. En las islas se han quedado más atrasados que en la costa. Las hazañas se han convertido en recuerdos de lo que antaño fueron o pudieron ser. Su historia ha sustituido a personalidades y acontecimientos. Los libros han asumido la fama de la Hélade. La lengua griega ha conservado el recuerdo, la historia y los libros, aunque haya cambiado. ¿Alguien puede imaginar el pasado mediterráneo sin Grecia? Quizá esta pregunta proviene de su tradición, en la que se contienen todas las preguntas del Mediterráneo.

Italia tiene varias costas, mediterráneas todas aunque no por igual. También la ha dividido el mar, pero de un modo muy dispar a como lo ha hecho con los países circundantes. Se han sucedido épocas en las que le iba mejor a un lado que a otro de los Apeninos, en las que se enfrentaban entre sí el mar Superior y el Inferior (*mare superum* y *mare inferum*), el Adriático y el mar Ligur o Tirreno, el sur, que antaño fue más abierto y poderoso que el norte, el norte, que tardó mucho en llegar a ser mediterráneo. Su aproximación se debió más a la angostura de la tierra firme que a la amplitud del mar. La península escindida no logró reunir medios y fuerzas para emprender viajes costosos y largos al Nuevo Mundo. Pero alimentó la ilusión de ser el centro del mundo. El Mediterráneo alentaba estas ilusiones.



Abraham Ortelius, Grecia y Asia Menor, *Amberes, 1579.*

Italia está más en el mar que el resto de los países mediterráneos. Los Apeninos son península e isla a la par. En ambas orillas abundan golfos deseosos de que los consideren mares. El Adriático entero antaño era el golfo de Venecia. En muchos puntos el interior empieza casi en el mar o se separa de los países mediterráneos él precipitadamente. Las ciudades del litoral semejaban pequeños Estados. A veces se comportaban unas con otras como si fueran países extranjeros. No obstante, Italia llevó a cabo una hazaña: se despertó a sí misma y al mundo a su alrededor con el Renacimiento. Su propia posición la alentaba y agotaba a la vez. En épocas más felices se enlazaron el comercio y la navegación, la industria y la construcción, la artesanía y el arte, la producción y la creación. En otras menos favorables, las partes rompían el todo —las guerras internas eran más peligrosas que los ataques del exterior—, el orgullo de las provincias impidió la unidad, la inercia de las instituciones detenía el desarrollo. El país estaba unas veces con Roma y otras sin ella. Roma en ciertos periodos pertenecía más a la Iglesia que a Italia. La división daba ventaja a otros países que inventaron la imprenta, construyeron buques más modernos, descubrieron el Nuevo Mundo. Colón no zarpó desde su Génova natal. Ni lo apoyaron ni equiparon los puertos italianos ni la Santa Sede. Partió de Palos, con el respaldo de los Reyes Católicos, los unificadores de España. La vela latina era adecuada para surcar el Mediterráneo, no para el océano.

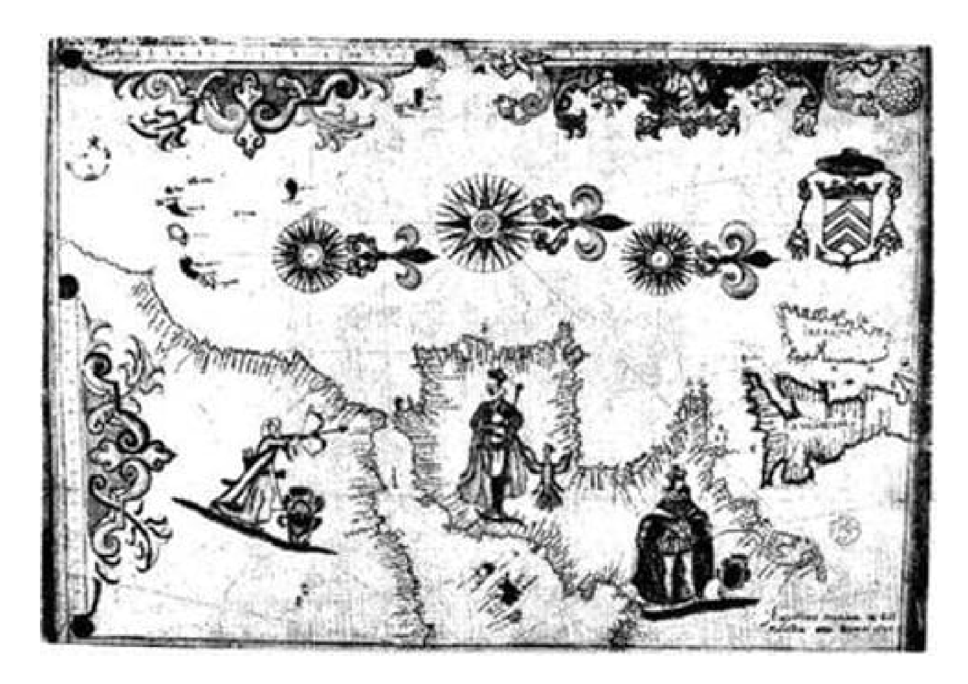


Giacomo Gastaldi, Novísimo mapa de Italia*, del atlas de Ortelius, Amberes, 1570.*

Con frecuencia se dicen generalidades de los italianos más que de otros pueblos mediterráneos: su naturaleza meridional o temperamento vehemente, cómo pasan con facilidad de la alegría a la tristeza y de la broma al enfado. El discurso sobre las bellezas de Italia y un tipo de literatura han llevado a muchos a valoraciones e impresiones erróneas. Vieron más lo que se les dijo que debían ver que lo que por sí mismos podían haber descubierto. No sabían distinguir muy bien entre el pasado o el presente y las imágenes del pasado y del presente. En cada rincón de la península buscaban el infierno, el purgatorio o el paraíso, los conflictos entre Roma y las provincias, el antagonismo entre Génova y Venecia, la rivalidad entre Nápoles y Palermo, la enemistad entre Florencia y Siena, en todas las ciudades el enfrentamiento entre güelfos y gibelinos, y detrás de cada puerta Montescos y Capuletos, en todos los árboles genealógicos los Borgia o los Médicis, en cada asunto la mafia o la camorra. «No nos descubra el Mediterráneo», dicen en algunas ciudades mediterráneas al que habla de lugares comunes.

La península Ibérica, en realidad, es más continente que península. Es la prolongación o el extremo de Europa, una u otra cosa,

quizá ambas. El interior no es mediterráneo, como tampoco lo son todas sus costas. Los españoles no son un solo pueblo, pero para la mayoría España es su patria. Los Pirineos han hecho más para mantenerlos juntos que la voluntad de sus habitantes. Pasados diversos se ensamblaron en uno, historias diferentes se ligaron unas a otras. Desde el centro se luchó, sin alcanzar el éxito absoluto, para conquistar el país entero. España es la prueba de lo difícil que resulta eso y el precio que se paga. Las dos costas ibéricas se reparten entre dos mares, entre dos horizontes y la llamada de ambos. En el mar interior las perspectivas no eran alentadoras. Los rivales de la península Apenina habían empezado antes y las costas les eran más propicias. El océano Atlántico durante mucho tiempo pareció peligroso, pero la salvación había que buscarla en él. (Solemos imaginar el mundo ibérico, España y Portugal, como uno solo en tiempos antiguos, uno al lado del otro, aunque quizá jamás hubo una unidad firme.) España trasladó una parte de sí misma al otro extremo del planeta. Al hacerlo se dividió y se consumió. Demostró que era más diestra en conquistar que en conservar lo conquistado y que lo que tomaba lo repartía mal, quizá porque ella misma está dividida. En el nuevo mundo latino, perdía su latinidad. La relación con el Mediterráneo no pudo ser tal como la deseaban los gobernantes inclementes y los navegantes intrépidos.



Francia, España y el norte de África en el Atlas provenzal del Mediterráneo *de Augustin Roussin, de 1633.*

Conozco mejor el interior de España que el litoral. Las diferencias entre Castilla, Cataluña y Galicia, el País Vasco y otras regiones me resultaron unas veces mayores y otras menores de lo que les parecían a las personas que encontré y que hablaban de ellas a veces con pasión, a menudo con parcialidad. Iberia tiene su propio Levante. De Cataluña y de Occitania, una junto a otra, en España y en Francia, puede hablarse a la vez o por separado. Los Estados a los que pertenecen no han destacado sus peculiaridades. He pasado más tiempo en Cataluña que en otras regiones. Esta tierra diríase que hace años que se está recuperando de algo. Quien no entienda esto no la entenderá. Valencia está más vinculada a Castilla que Barcelona. Los habitantes de Baleares no acaban de decidirse por una o por otra, por eso algunos los consideran demasiado indiferentes. En las islas, este tipo de elecciones no son tan importantes. A lo largo de la costa se dan varias palabras para designar llanura. Es más fácil entender qué significa cada una que la razón de que haya tantas: huertas, vegas, marismas, marinas, planas,[4] como si todos desearan equilibrar su posición frente al mar y a tierra firme. A los habitantes del interior, como en otros lugares, los llaman con nombres peyorativos. En Valencia oí la palabra *churros*, no sé si lo entendí bien. En castellano, mar tiene dos géneros: el mar y la mar. Los filólogos apuntan —todos son aquí un poco filólogos— que de este hecho podría deducirse cómo se acerca cada cual al mar. Estas deducciones revelan una doble influencia de la literatura en un país cuyas costas bañan dos grandes mares: el Atlántico y el Mediterráneo.

Francia también se halla entre dos mares. Y en ambos lo está sólo parcialmente. Se amoldó al continente antes que a las costas. Está más presente en el Atlántico que en el Mediterráneo. En el sur se halla la Provenza, la alta y la baja, litoral y continental. Ambas están en el Languedoc, que a su vez se divide en alto y bajo. El Rosellón es parte del Languedoc y de Cataluña. Y el delta del Ródano se divide en dos grandes brazos entre los que se ubica la misteriosa Camarga. En los montes junto al mar la vida es muy distinta de la de las costas cercanas, más de lo que exigen las pequeñas distancias que los separan. La lengua que habla la población también se diferencia de una localidad a otra. Como si sólo el mistral y el mar se dijeran igual. Los provenzales son un pueblo más meridional que marinero. Las estribaciones de los Alpes se llaman allí «marítimas». Así las llamaron los que no estaban suficientemente ligados al Mediterráneo.



Avignon en la obra de Braun y Hogenberg Civitates orbis terrarum, *del siglo XVI.*

La Costa Azul y el golfo de León (*Sinus Gallicus*) ya estaban poblados antes de que llegaran los romanos. Las ciudades que surgieron allí antes de la Edad Media no llegaron a ser fácilmente lo que querían. Por ellas pasaba la frontera del reino y del imperio. La monarquía del norte dominaba el sur. Los señores regalaban Provenza como dote. Un rey francés construyó un puerto en un lugar llamado Aguas Muertas (*Aigues-Mortes*). Era un puerto pequeño, un canal lo comunicaba con el mar, el tiempo y el barro enterraron pronto dicho canal. Ni la Monarquía ni la República mostraron gran interés por la costa mediterránea. El Imperio no tuvo suficiente tiempo para ella. El gran investigador y marino, nacido en AIbi, zarpó en el *Astrolabe* y en el *Boussole* desde Brest en Bretaña. Las banderas con las flores de lis ondeaban en los mástiles en Tolón y Marsella amenazando en algunos momentos a las potencias vecinas, nunca lo bastante para que Francia se convirtiera en una potencia marítima real en el Mediterráneo.

La península Balcánica, como la Ibérica, tampoco pertenece por completo al Mediterráneo. Dalmacia está en el mar, pero la costa oriental del Adriático no es toda dálmata. En el norte se hallan el litoral esloveno y croata y el golfo de Trieste, al sur están Montenegro y la bahía de Kotor. A lo largo de la historia han existido una Dalmacia reducida y otra más amplia, la Dalmacia alta y la baja,

llamadas la Croacia Blanca y la Croacia Roja, según los antiguos símbolos y colores de los puntos cardinales, del este y del oeste. Primero era sólo una parte del interior, luego se amplió o se redujo alternativamente. En momentos concretos se extendía desde el río Ras en Istria hasta Mat en Albania. De una época a otra, las fronteras variaban. Unas veces se limitaban a unas cuantas ciudades del Adriático central o de las islas vecinas, otras se le añadía un enorme territorio contiguo. En copias de los mapas de Ptolomeo se incluían partes del Ilírico, de Liburnia y de las actuales Croacia, Eslovenia y Bosnia. A menudo separaban la República de Ragusa de Dalmacia y la volvían a unir. La bahía de Kvarner se quedaba fuera de las fronteras dálmatas junto con sus islas, los isleños del Adriático norte no se consideran todos dálmatas. Las fronteras entre los pueblos no existían en el pasado, las del Estado cambiaban, los imperios nacían y morían. Raras son las épocas en las que la costa del Adriático oriental y el interior tenían los mismos gobernantes y las mismas leyes, por lo general la costa estaba en poder de unos y el interior en poder de otros. Al ir hacia el mar, sin embargo, muchos ven casi todo el litoral oriental como Dalmacia. Los que conocen mejor la situación la limitan más o menos al espacio entre los ríos Neretva en el sur y el Zrmanja en el norte, no más allá de las murallas de la vieja Senj desde la que los uscoques amenazaban la navegación en el Adriático y en el Mediterráneo.

Los eslavos llegaron de su patria inicial, al otro lado de los Cárpatos, hasta las costas egeas, jónicas y adriáticas. En la primera etapa los dividieron más las migraciones —periodo en el que partían o llegaban— que otras diferencias que probablemente existían entre ellos. El clima mediterráneo y su luz, la cultura helénica y los santos cristianos ayudaron a las tribus que se asentaron cerca del golfo de Tesalónica a purificar su habla más y mejor que otras y a crear, partiendo de ella, la base de una lengua común, que gradualmente se iría escindiendo en dialectos particulares, fonéticas y alfabetos distintos. Los predicadores y copistas de las iglesias, conventos y monasterios a orillas del Mediterráneo y del interior trasladarán la Sagrada Escritura a los libros eslavos.



Dubrovnik antes y después del «gran terremoto» y del incendio de 1667; más al sur, la bahía de Kotor. Theatrum europeum, *tomo X, Frankfurt del Main, 1667*.

Los eslavos del sur llegaron a los Balcanes como un pueblo continental. Pocos accedieron al mar y se adaptaron a él. Sus barcas rara vez perdían de vista la costa. Han navegado más bajo banderas extranjeras que bajo las propias. Los croatas descendieron muy pronto a las costas adriáticas y empezaron a penetrar paulatinamente en las ciudades habitadas por los pobladores autóctonos sobre los que impondría su gobierno la República de San Marcos. Dubrovnik conservó la independencia hasta las conquistas napoleónicas. La mayor parte del Adriático oriental es finalmente croata. Dalmacia se diferencia del interior de Croada: un macizo montañoso la separa de la llanura panonia, varios dialectos, de Zagreb y de Varaždin, las costumbres, de Eslavonia y de Lika. Los nuevos tiempos, a pesar de todo, han abierto ciertos caminos desde el interior hacia el Mediterráneo con la intención de unirlos.

Los serbios se abrieron paso audazmente hasta las costas griegas; incluso llegaron a las islas, pero no consiguieron quedarse en ellas. Se lo impidieron dos imperios, el bizantino y el turco. Se alejaron del mar, pero no de su inspiración. Al noroeste de los Balcanes, los eslovenos se detuvieron en las montañas y descendieron para asentarse en los aledaños de las ciudades costeras antes que en las ciudades mismas. Los montenegrinos contemplaron largamente alta mar desde los montes tratando de acercarse a las antiguas poblaciones

de la bahía de Kotor, anteriores a los eslavos. El reino de Bosnia llegó muy pronto al Adriático; sin embargo, Bosnia obtuvo muy tarde una salida al mar. La historia obligó a los macedonios eslavos a permanecer con la «nostalgia del sur» a orillas de los lagos, que, sobre todo en verano, parecen mares. Sobre los pueblos de los Balcanes y sus vecinos volveremos a hablar. Tampoco olvidamos a los búlgaros, obligados a quedarse en el mar Negro, a un paso del Mediterráneo.

A juzgar por todos los indicios los albaneses son los pobladores autóctonos de la península balcánica. Es difícil establecer si sus antepasados más próximos fueron los ilirios o los tracios, ni ellos lo saben con seguridad. Es muy difícil afirmar de dónde o de quién proviene alguien en regiones donde los habitantes se hacen acusaciones mutuas por el origen. Los albaneses se dividen en dos ramas: toscos y guegos. A los toscos les gusta más el mar que a los guegos; los primeros son costeños, los segundos montañeses. Los costeños también aquí se burlaban de los montañeses cuando hay ocasión. Las diferencias entre sus idiomas no son grandes, pero bastan para inducir al error, como suele suceder, no sólo en el territorio de los Balcanes. Se integraron en diversas comunidades, con tradiciones y costumbres ajenas, que ellos han conservado y transmitido de generación en generación. Se acercaban al mar, se alejaban de él, trepaban a las montañas, bajaban de ellas, su visión del mundo variaba según el lugar desde el que lo veían. Pastores y nómadas se transformaron en labradores, a veces en pescadores. Siendo paganos se convirtieron al cristianismo, siendo cristianos abrazaron el Islam, aunque en parte siguieron siendo fieles a la ortodoxia o al catolicismo. Tomaron de los vecinos los nombres de los barcos y de la navegación, para los campos y pastos tenían los suyos. Una parte se quedó en la costa, la otra se refugió en las montañas, donde se interrumpe el vínculo con el mar. Se separaron conservando una memoria común. Los albaneses llaman al mar *det*: esta palabra parece que sólo existe en su idioma. Son los únicos que llaman así al Mediterráneo.

Las islas a veces se convierten en naciones, Estados, reinos particulares. Malta, durante siglos, fue conocida por la Orden de Malta, por ser la sede de sus caballeros, por ser guarida de piratas, por el naufragio de san Pablo y su bendición. Se liberó del yugo extranjero y al final de una historia conflictiva y cuestionada fundó su propia república. Ha forjado su lengua con restos del árabe y a saber de cuántas lenguas más, que han llevado a la isla los emigrantes, conquistadores y náufragos. Estados más grandes han reconocido la

situación actual de Malta, incluso aquellos que hasta ayer se habían apoderado de ella y la gobernaban. El famoso Chipre ha tenido peor fortuna que Malta, fraccionado en dos: el lado griego y el turco. Cada uno de ellos se inclina hacia los países vecinos más que hacia la propia isla. También Sicilia ha tenido cierta naturaleza doble, se llamó el reino de las Dos Sicilias, de las que una era menos real que la otra. En épocas pasadas existió el reino Sardo, en otras más remotas aún el reino de Micenas en Creta. Casi todas las islas, no solo Córcega, han planeado independizarse más pronto o más tarde del país del que dependían. Sin embargo, no logran separarse de sí mismas. El Mediterráneo genera esos propósitos, pero no los apoya.

Las costas del mar Negro suelen excluirse del ámbito mediterráneo, como si no tuvieran nada que ver con él. Deseé cerciorarme de si era verdad, de modo que visité las que me resultaban más accesibles. La porción de litoral que dominan los búlgaros no alentaba a la aventura, al contrario que las costas meridionales. Al fondo se hallan montañas inmensas, el Atlas balcánico, como lo llamaban los antiguos geógrafos, o la *catena mundi*. A los habitantes del lugar los llamaban balkandyi. Rutas importantes rodeaban la cordillera de los Balcanes, las vías romanas los evitaban a menudo. Los ríos búlgaros excavaron sus lechos con mucha dificultad al atravesarla: el Maritsa, el Struma y el Mesta, hacia el mar Egeo, y el Mandra y el Luda Kamchiya, hacia el mar Negro. Las aguas de los ríos del mar Negro forman una corriente subterránea que fluye a través del Bósforo —ya se ha dicho que los lugareños la llaman «diabólica»—. Los puertos del Danubio —Vidin, Lom, Ruse— han sido a veces más importantes que Burgas o Varna. Burgas tiene algo del Mediterráneo, algo de lo que Varna quizá carece. Al sur, entre las regiones que se llaman Primorie y Primorsko, no lejos del promontorio de Maslen, que se denomina así por el olivo (*maslina*), se cultivan también almendros, romero y tabaco rubio; en realidad, crecen casi todas las plantas del Mediterráneo.

Por el territorio en el que hoy se ubica Rumania han pasado muchos pueblos y tribus. Sus huellas han quedado en Dacia, Mesia y Tracia, en eparquías griegas, en provincias romanas, en temas bizantinos. La población autóctona se mezcló con los forasteros, se creó una lengua romance con muchas palabras helénicas en el litoral y eslavas en el campo. Por esta zona de los Balcanes, según fuentes diversas, no siempre contrastadas, se movían también los misteriosos escitas y jázaros, ávaros, cumanos, pechenegos y otros nómadas con

extraños nombres. También llegaron y se asentaron los rumanos o arumenos, valacos, tsintsari y tchitchi que llevaban sus rebaños a pacer hasta Istria. El mar Negro apenas mitiga el invierno en la orilla rumana. Cerca de la costa, ya en Mutenia, empieza la estepa. En este lugar oí un refrán que refleja su relación con el mar: «prometer el mar y toda su sal» (*marea cu sarea*), viene a ser como prometer montañas y valles en el continente o incluso más, si es cierto que los pueblos continentales prometen con más dificultad que los mediterráneos. La aceituna es un privilegio en la mesa rumana, y se la llama *maslina*, como en las lenguas de los eslavos del sur. En la costa hasta no hace mucho podía encontrarse a pescadores de origen griego o turco, ucranianos o rusos ortodoxos, huidos de sus respectivas patrias. Me parece que pescaban más que los rumanos. Éstos pescaban mejor en el Danubio. También construían barcos en este gran río, en el que anoto el nombre de la ciudad de Calafat. De los eslavos también han tomado la palabra *mreaja* (‘red’), que evidentemente no es la red para pescar en el mar, sino en el río. Una infinidad de cursos y brazos, ensenadas, bajíos, isletas, remolinos se extienden por el delta del Danubio, preguntas sin respuesta y enigmas sin solución. El delta ha sabido cautivar a sus habitantes y retenerlos. No era fácil alejarse de él y sustituirlo por una de las costas, más adversas, del Mediterráneo que les tocó en suerte.

La rama paterna de mi familia es originaria de Odesa. He estado allí varias veces. Es una ciudad meridional, diría que mediterránea. Parecida quizá a Génova o Marsella. Se hermanó con Split en el Adriático. La playa de Arkadia en Odesa se asemeja a la playa de Baćvice en Split. Los judíos se sentían más seguros en esta ciudad rusoucraniana que en cualquier otra, mejor que en Kiev o que en Chisinau. En ella vivían muchos griegos y polacos hasta principios del siglo pasado, también georgianos y armenios. Odesa era una ciudad cosmopolita, como todas las ciudades mediterráneas que se precien. En las cercanías se halla Herson, la antigua Taúride. La península de Kerch, que separa el mar de Azov del mar Negro, en la Antigüedad era conocida como Bósforo Cimerio. En verano este mar es caliente. Los ríos caudalosos descienden del continente, por eso el mar Negro es menos salado que el mar de Mármara. En él convergen peces de agua salada y dulce. En la otra orilla, al abrigo de las montañas de Crimea, crecen olivos e higueras, y se cultiva la vid. Hace más de cien años, alguien —dicen que fue un príncipe ruso loco— plantó sarmientos de la isla de Madeira e hizo vino de sus uvas: un «madeira de Crimea». Feodosia todavía conserva el nombre y las características griegas. Simferopol también. Vale la pena escuchar los coros de iglesia de esta

región: las voces y armonía de los pueblos vecinos. En Sochi no he estado. Allí han conseguido cultivar palmeras que resisten al frío. En Koktebel, las orillas del mar tienen formas y colores insólitos. También en el mar Negro había buenos pescadores. Los marineros no tenían muchas oportunidades de destacar, de navegar a costas más lejanas. En las canciones que cantaban los rapsodas ucranianos —*kobzari*— apenas se mencionan travesías marítimas, pero sí el miedo a las olas. El país que gobernaba desde el norte no se preocupaba mucho del sur. El mar que llamamos Negro, Euxino, Kara Deniz, y vaya usted a saber cuántos nombres más, ¿es a pesar de todo el Mediterráneo?

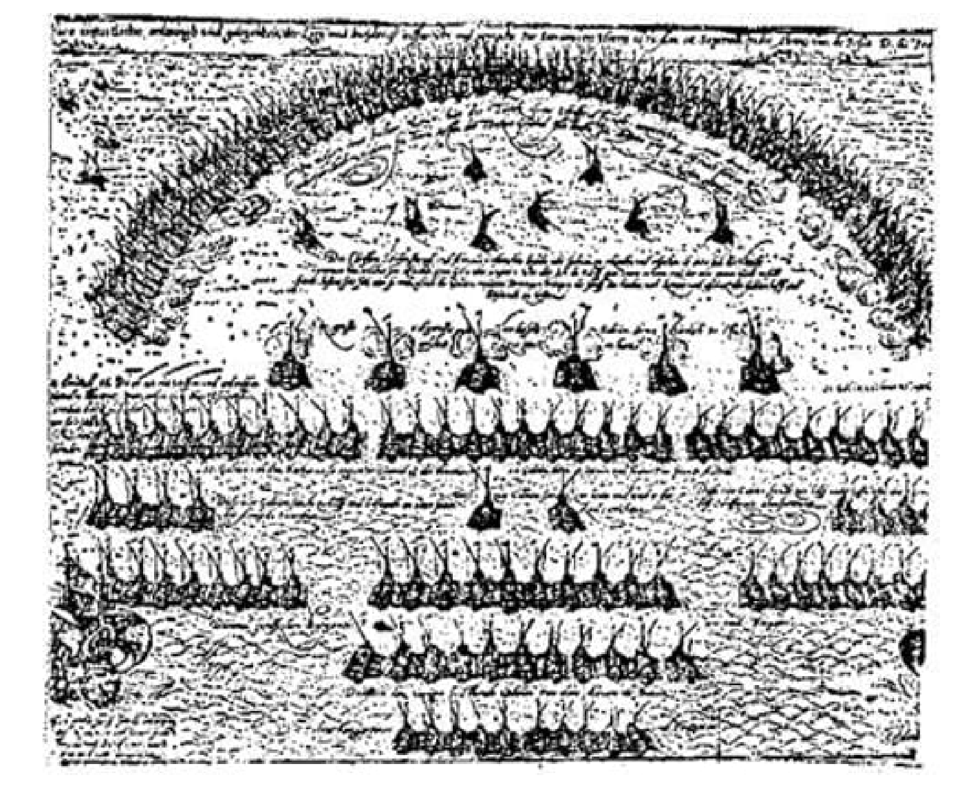
No llegué a visitar gran parte de las costas georgianas. Conozco mejor el interior de Georgia que el litoral. Sus vinos son secos, sus higos jugosos, las almendras dulces. Los poetas georgianos (los he leído en la traducción extraña de un poeta ruso) aman el sol y el mar, le gusta ir a la playa, no sólo a Suhumi o a Kobuleti. En otros tiempos estuvo aquí la dorada Cólquida, que atrajo a los navegantes más audaces del Mediterráneo: los argonautas.

Vuelvo a preguntarme por cada pueblo, cuyas relaciones con el mar intento reflejar, hasta qué punto su historia difiere de estas relaciones en sí mismas y en qué se distinguen o se identifican la una con las otras. Tal vez por esto podría determinarse quién está más presente en el Mediterráneo.

Las batallas en el mar se cuentan entre los acontecimientos más crueles del pasado mediterráneo. Pueden dividirse o clasificarse por lo que en cada una de ellas se hundió en el fondo del mar y lo que quedó en la superficie, cuánto ha caído en el olvido y cuánto se ha quedado en la memoria. La historia ha sido más complaciente de lo debido con ellas, las ha inscrito con letras mayúsculas. El recuerdo de la batalla de Salamina entre griegos y persas ha sobrevivido a la caída de la Hélade. Los persas, según afirman los historiadores griegos, creían que podía domarse el mar a latigazos y obligarlo a obedecer, lo que demuestra que la experiencia adquirida en un mar no es aplicable a otro. Los romanos se enfrentaron a los cartagineses por tierra y por mar. Las escaramuzas en el mar no otorgan tanta fama a sus capitanes como las de tierra a sus comandantes. En el Adriático, en el cabo Mika, se riñó una importante batalla entre los piratas del río Neretva y las galeras venecianas. Si los neretvanos eran sólo piratas o fueron bautizados así por los venecianos vencedores, es difícil de precisar. La batalla de Lepanto, entre la Liga Santa bajo el estandarte del Papa y los turcos con la media luna en la bandera, la Cristiandad y el Islam,

Occidente y Oriente, fue decisiva para Europa y Asia. Los libros de historia suelen destacar el nombre de don Juan de Austria o el del otomano Alí Pachá, así como el de distintos almirantes como Doria o Barbarigo y muy especialmente a Jeireddin, llamado «príncipe del mar» (*ra'is al Bahr*), conocido en Occidente como Barbarroja. Es más fácil huir en las batallas en tierra que en las marítimas. No todos los participantes saben nadar, los reclutas que llegaban a las naves para combatir, remar o morir procedían de todas partes. La mayoría no eran marinos. Todo intento de fuga termina en ahogamiento. Para la literatura, no obstante, es más importante que en Lepanto perdiera un brazo el escritor español que durante años estuvo prisionero en el norte de África, sin esto no existiría su obra sobre el triste caballero de La Mancha. La batalla de Lepanto parece continuar hoy día en Oriente Próximo. Quién sabe si cuando el sultán Al Fatih fue a cortar con su sable la cabeza de un almirante que había perdido una batalla en el mar, un sabio consejero lo disuadió de hacerlo y le recordó que quizá Alá les había dado la tierra a sus seguidores y el mar a los rumís. En la batalla de Trafalgar, de la que mucho se ha escrito y hablado en Europa, vencieron los marinos de mares más grandes y mayores capacidades. El Mediterráneo perdió la ventaja, sus barcos eran anticuados, ignoró las naves nuevas de velas más anchas.

En la batalla de la isla de Vis entre italianos y austriacos, la mayoría de los marineros que derrotaron a la marina italiana y hundieron el famoso buque *Re d'Italia* procedía de Dalmacia y de Istria. Los austriacos no son un pueblo avezado en el mar, y en uno y otro bando la tripulación se entendía en italiano o en veneciano. Al disparar las balas de cañón, se gritaban unos a otros: «*Chiappa*» o «*ćapaj*» («Toma», «Toma ya»). Las enciclopedias militares no suelen recoger los hechos cómicos de la tragedia. Aunque la flota italiana perdió entonces 643 marineros y Austria sólo 38, décadas después de la victoria era difícil encontrar un dálmata, y mucho menos un istriota, que en la célebre batalla no hubiera perdido un pariente lejano o un abuelo, por parte de madre o de padre. Esto demuestra cuán parecidos son los acontecimientos existentes en la memoria popular, y no sólo en los. libros de historia del Mediterráneo.



Orden de batalla de los barcos en Lepanto, en un grabado de Martin Rote-Kolunić, oriundo de Šibenik, impreso en Venecia, 1572.

En la mayoría de las batallas en el mar —las más crueles y las más importantes al mismo tiempo—, los navíos lucharon contra el mar y los marineros contra sí mismos. El Mediterráneo no era más apacible que otros mares más grandes. Barcos pequeños, menos manejables y espaciosos, lo surcaron durante mucho tiempo. Las riquezas de las lejanas Indias llegaron tarde y cambiaron los rumbos. La literatura al respecto es ingente e instructiva. La escribieron escritores y navegantes, con frecuencia por encargo más que por inspiración. El Mediterráneo ha mantenido el primer puesto en la literatura y lo ha perdido en todo lo demás.

El descubrimiento del Nuevo Mundo no fue la única causa del ocaso de nuestro mar. En el momento en que el espíritu de la modernidad se despertó en Europa, las costas mediterráneas estaban exhaustas: España y Portugal, por las pérdidas que habían sufrido; los árabes, por las derrotas que habían soportado; la Cristiandad, por el Cisma y la Reforma que la dividieron; los judíos, por la expulsión y los pogromos que los fustigaban; Italia, por las divisiones internas que no

lograba evitar; Francia, por la política que la ligaba al continente; los griegos, los albaneses, los rumanos, los búlgaros y demás eslavos del sur, al caer bajo la dominación turca; la propia Turquía, por el destino de los imperios. Después de las épocas que hicieron célebre el pasado y del Renacimiento que iluminó el presente, un eclipse «oscureció» los horizontes, es lo que escriben los cronistas. Un gran ciclo de la historia del Mediterráneo y de Europa se cerraba dificultosamente y otro empezaba de manera penosa.

El Mare Nostrum cada vez se parece más a un anfiteatro en el que hace mucho tiempo se representa el mismo repertorio, de modo que las palabras y los gestos en el escenario suelen ser previsibles o conocidos de antemano. Los modelos de la retórica, la dialéctica, la política surgieron de la tradición mediterránea, sirvieron durante siglos, se desgastaron y envejecieron. Las relaciones del centro con la periferia, de la proximidad y la distancia, de la simetría y la asimetría, obtuvieron características y significados que no tenían en el pasado. La geometría de Euclides estaba probada, pero ya no era suficiente, se descubrieron otras formas y medidas del tiempo y del espacio. Se ha esperado demasiado la renovación que, a menudo, traiciona las esperanzas del Mediterráneo.

La patria de los mitos dio a luz mitologías. La cuna de la historia ha sufrido de historicismo. La tierra natal de la tragedia a duras penas ha resistido a las trágicas tentaciones a las que ha estado expuesta. La heredera de la sabiduría ha tenido muy poca confianza en sí misma, en sus propios sabios, a los que en numerosas ocasiones ha repudiado y expulsado. El antiguo centro del mundo se mecía en su pasado sin comprender el significado del Nuevo Mundo y de otros centros que han surgido. La representación de la realidad ha remplazado a la propia realidad, sin distinguir lo suficiente entre una y otra. La identidad del ser, básica y constante, difícilmente ha conseguido asociarse a la identidad de la acción, con frecuencia impotente o imposibilitada en el Mediterráneo.

No existe una sola cultura mediterránea. Hay varias bajo la égida de un solo Mediterráneo. Surgieron y se extendieron una junto a otra, más o menos vinculadas o separadas. Las culturas mediterráneas son afines, pero no iguales. Por algunas características son similares, por otras distintas. Las semejanzas las deben al mar común y al encuentro de los pueblos, de las formas, de las obras, en sus costas. Las diferencias, a su vez, están condicionadas por el origen, la historia, las costumbres. Ni parecidos ni diferencias son permanentes y completos,

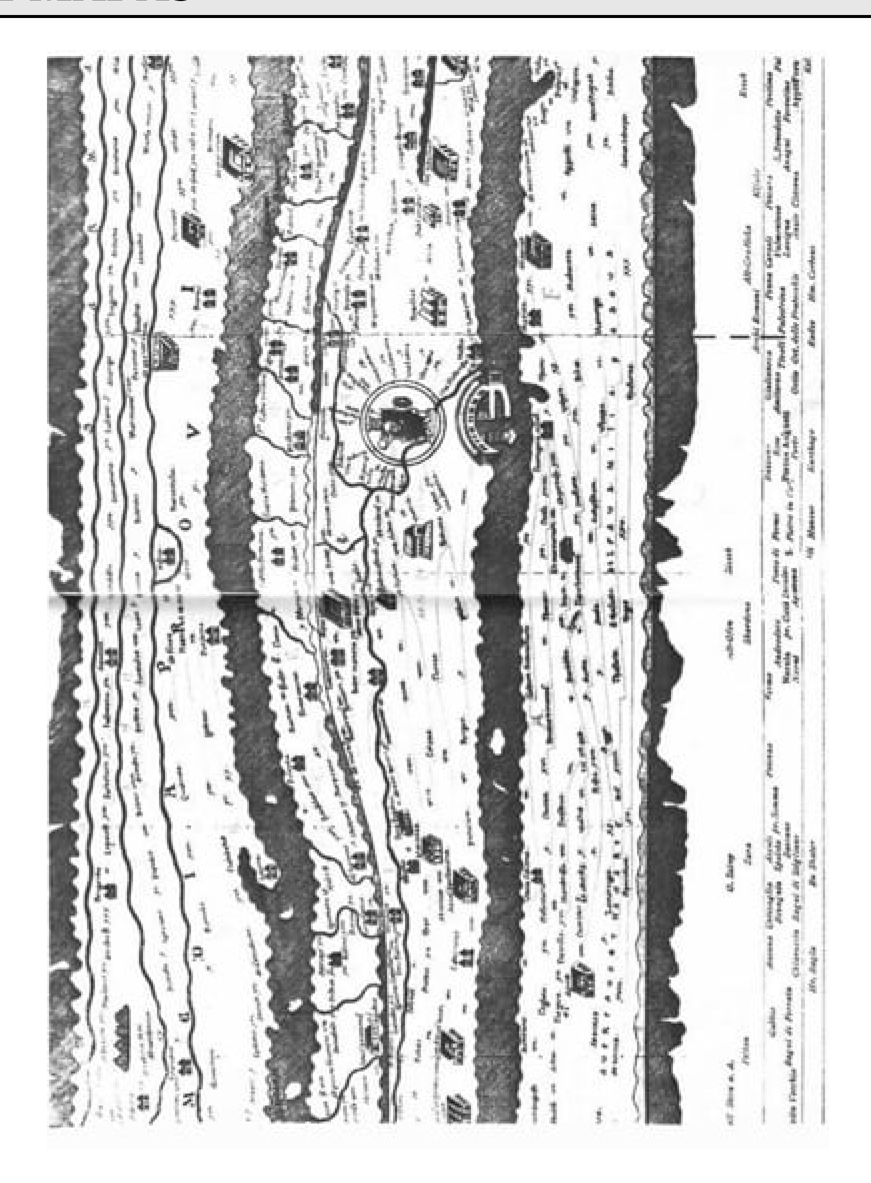
en unas partes predominan los primeros, en otras las segundas. La idea de la expulsión no ha dejado de acompañar a la inspiración del sur. Sísifo se ha convertido en un modelo. La idea del Mediterráneo y el Mediterráneo en sí no han logrado alcanzar la armonía.

Las escrituras de los pueblos mediterráneos han conservado mensajes antiguos y los han legado a la posteridad. En ninguna otra parte del mundo se han dado tantas y tan variadas. Se escribía y dibujaba en la piedra, en la arcilla y en el bronce, en las paredes de las cuevas y en las placas de los monumentos, en los rollos de papiro y en los fascículos de incunables, mediante jeroglíficos y alfabetos, rayas rectas y curvas, letras redondas, angulares o cuneiformes, líneas que van de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, descienden desde el borde superior de la página hasta el inferior o se elevan hacia arriba. Sus formas se parecen a los contornos de las costas, de las islas, de los golfos. Servían para ratificar el nacimiento o la muerte, expresar el amor o el odio, magnificar la victoria o atenuar las derrotas, honrar al soberano o rezar a Dios, señalar la existencia y prolongar la memoria. Los mensajes se enviaban o transmitían también de otras maneras, con ayuda de diversos signos y símbolos, quemando resina y aceite en los faros, con incisiones en la madera, nudos en las cuerdas, banderas en el mástil, pero nada podía sustituir a la escritura. Ella ha convertido el pasado del Mediterráneo en historia, ha unido lo efímero con la eternidad.

En cualquier lugar visible, de una escena a otra, de un acontecimiento a otro, empieza el relato del mar y la costa, de las islas y de la soledad, del cuerpo y la prisión, de las olas y los vientos, de los ríos y sus desembocaduras, de nosotros mismos: los rituales de la partida y del retorno, los palimpsestos de las salidas y puestas del sol y de la luna, las parodias y los énfasis cotidianos e históricos, el movimiento en círculo y nuestro intento de salir por fin del círculo. Las razones de la navegación por el Mediterráneo nunca se han conocido del todo; ¿quiénes son en realidad los que zarpan, por qué se van, qué esperan?

La gente del norte suele identificar el Mediterráneo con el sur. Algo los atrae hacia él, incluso cuando siguen atados a otros mares. Quizá es la «fe en el sur» de la que hablaba un infortunado filósofo. La mediterraneidad no se hereda, sino que se alcanza. Es un honor, y no una ventaja. No se trata sólo del pasado o de las tradiciones, la historia o el patrimonio, la memoria o la pertenencia. El Mediterráneo es el destino.

II MAPAS



Fragmento de un mapa-itinerario romano llamado Peuntingeriana, en cuyo centro figura Roma, según el original de los siglos III y IV de nuestra era.

No descubrimos el mar solos ni lo miramos únicamente con nuestros ojos. También lo vemos como está en los cuadros que otros han dejado tras de sí, en las historias que lo describen, en los mapas geográficos que lo representan. Lo reconocemos y conocemos a la vez.

Incluso conocemos los mares que no veremos jamás, a los que no zarparemos, en los que nunca bucearemos. La mirada al Mediterráneo rara vez es independiente, las descripciones de este breviario no son sólo mías.

Casi todas las preguntas relativas al mar y a tierra firme se repiten en el mapa: cuáles son las formas de uno y otro, cuáles las relaciones entre ellos, cómo se pueden presentar. En el mapa se resumen conocimiento y experiencia: el espacio y la comprensión del espacio, el mundo y la visión del mundo. A veces preferimos los mapas antiguos a los nuevos. Han perdido nitidez, sus colores han palidecido, se asemejan a la memoria y al recuerdo. En ellos buscamos mares que sean todavía tales como fueron aquellos que ya no lo son. Marchamos allí adonde nunca llegaremos, volvemos de un lugar en el que nunca hemos estado. Continuamos travesías del pasado o empezamos otras nuevas. Recorremos costas conocidas del Mediterráneo o quizá costas que un día conoceremos.

Los mapas son hijos de la geografía. La historia unas veces es su hermana, otras su madrastra. Enrollados y desplegados, envueltos, colocados uno junto a otro, comparados uno con otro, perfeccionados, desgastados o rotos. Unos parecen querer abarcar la inmensidad y la duración del espacio, otros atraen la vista hacia su limitación y su inestabilidad. El propio mapa es una suerte de breviario marítimo y terrestre. Refleja una imagen concreta del mundo. Lo reduce a una medida humana. Promueve al propietario o usuario a la categoría de espectador o investigador. Convierte los lugares en nombres, las partidas en signos, los regresos en puntos, los viajes en líneas y guiones, los recorridos en perfiles, el continente y el mar en rayas y figuras, los descubrimientos en dibujos, los colores en recuerdos, los naufragios en manchas negras. Llama al viaje y le ofrece un apoyo. Sirve de garantía al viajero. «Troca la nostalgia en voluntad, la voluntad en destino», decían a lo ancho y largo del Mediterráneo los navegantes cuyos relatos trato de trasladar. Nos inclinamos sobre el atlas con preocupación, curiosidad, ligereza. El espíritu de un gran mapa es cosmopolita y ecuménico. Los meridianos y paralelos refutan los prejuicios de proximidad y lejanía, de las partes y del todo, de la continuación y de la interrupción. El movimiento del dedo por el mapa revela el deseo de deambular. A veces crea la ilusión de presencia absoluta. Los mapas que nos preparan para navegar por el Mediterráneo y aquellos con cuya ayuda navegamos casi nunca son los mismos.

Ha pasado el tiempo de los originales cartográficos, hace mucho que estamos en la época de la copia. Los ejemplares originales se

guardan en las cajas fuertes de bibliotecas y museos. Han cambiado las proporciones y croquis, incluso las visiones y las nociones. Los errores de los cartógrafos son comparables a un fraude: sedujeron a los timoneles, hundieron veleros, falsificaron descubrimientos en el Mediterráneo y en los océanos.

El mapa no representa el paisaje. A veces lo anuncia. Nos invita a buscarlo en él, lo imaginamos, lo añadimos. Su autor nunca estaba del todo solo y no responde sólo ante sí mismo. Tras él a menudo se hallaba la persona que lo encargaba o un censor, se imponía la relación con el poder o la propiedad. La elaboración de los mapas exige instrumentos y medios, apoyo en el mar y en tierra, en la flota y en el Estado. También el autor del mapa genera cierto poder del que, en su liza con el espacio y la imposibilidad de abarcarlo, no siempre es consciente. Este poder relativo a los mapas reside en sus fines y usos. El contenido y el destino que se les da son demasiado importantes para dejarlos sólo en manos de la cartografía. Las cartas náuticas en apariencia son neutrales y a menudo sin humor, pero tampoco están privadas de parcialidad y rivalidades, incluso cuando se esfuerzan por permanecer fieles y precisas. Están sujetas a la realidad, pero también son capaces de avivar esa realidad. La navegación de cabotaje fue la principal y más directa crítica y correctora de la cartografía. Ha salvado a muchos barcos del naufragio en el Mediterráneo y en el Nuevo Mundo.

Navegando en velero por el Adriático, de una ensenada a otra, de isla en isla, me pareció al principio que los mapas no eran necesarios. Surcando después las aguas del Egeo y del Jónico, en barcos que llevaban el nombre de *Hydra* y *Dodekanesos*, pronto comprendí que eran imprescindibles. No he navegado mucho por otros mares. No he salido al océano. El *Hydra* se llamaba así por la isla en la que estaba su ancladero. El primer timonel, oriundo de Tesalónica, de nombre Jona, además de navegar tenía dos pasiones: el ladino, la lengua en la que hablaban sus antepasados, y los mapas antiguos que coleccionaba. Deseaba que la lengua sefardí se convirtiera en *lingua franca* del Mediterráneo. Sabía de mapas más que ninguna otra persona que haya conocido. De él aprendí mucho en dos travesías por el Mediterráneo, en primavera y en otoño, en mi juventud.

Antes y después hojeé y miré los atlas y los álbumes por las bibliotecas de diversos puntos del mundo. Ésas eran travesías de otra clase. Me detenía en los lugares que en otras épocas habían sido puertos, los buscaba, comparaba lo que había quedado de ellos con lo

que habían sido: Salona, Aquileia (H)Adria en el Adriático, Sybaris y Lilybaeum, Phocaea (de vez en cuando escribo los nombres con la grafía incierta de las *tabulas* de Ptolomeo), las dos Caesareas, en África y en Asia Menor, también las dos Ptolemais, una en Libia, otra en Fenicia, los Buenos Puertos cerca de la ciudad de Lasea que se menciona en los *Hechos de los Apóstoles*, Tarso en Cilicia conocida por la puerta de Cleopatra, la Tarsis bíblica, famosa por su flota (no se sabe con exactitud dónde se hallaba), Apolonia y Berenice a ambos lados de la península Cyrenaica, Heraclea y Teodosia en Crimea (he llegado a ellas sólo por tierra), Dor al sur del Carmelo, Apsaros de la que sólo ha quedado el pequeño Osor en el istmo que une las islas de Cres y Lošinj (donde he pasado mucho tiempo), Gorgippia y Germanossa en el estrecho por el que se entra en el lago de Meotida, nombre que antaño se daba al mar de Azov, Cimeria o Cimerión en este mismo mar, la antigua Himera en la costa de Sicilia, y por último la ciudad de Citerea en la más meridional de las islas Jónicas: Kithera. Muchos puertos han cambiado de nombre, igual que el mar en el que se hallaban. Otros se han desvanecido por completo. Si ya no se ha escrito, su historia no se escribirá. Los habitantes de las costas mediterráneas se diferencian también por el hecho de si han visto sólo su mar, en qué medida conocen el vecino, y si sienten todo el Mediterráneo como suyo.

Las alturas desde las que los viajeros y vagabundos, a veces también geógrafos y cartógrafos, observan las relaciones entre mar y tierra llevan nombres sonoros: *belvedere, mirador, panorama, miramare, faraglione*. Con frecuencia recordamos estos lugares y regresamos a ellos. Algunos son famosos en la historia, decisivos en la vida. En la isla jónica de Leucas, desde el promontorio que los venecianos llamaban Santa Maura, se arrojaron a los «amargos abismos» la poetisa Safo, que no halló consuelo en el amor, y Artemisa I de Halicarnaso, que perdió al hermano con el que estaba casada. También Icaro echó a volar desde el acantilado de una isla y se precipitó a las profundidades. Desde las altas terrazas de Villae Iovis en Capri, lanzaban sin piedad al mar Tirreno a los sirvientes y empleados que no se sometían a las ordenes de Tiberio. El legendario rey Arturo se batió en retirada delante de la roca escarpada de Santa Victoria, al sur de Aix-en-Provence y junto al monasterio de Santa María de la Victoria, contemplando las olas que se encrespaban espumeantes. Hay muchos lugares parecidos en las costas de España y Turquía, en los acantilados de Cerdeña, de Córcega, de los Balcanes. Aquí el éxtasis o el sacrificio no los inducen sólo la admiración o el desespero, existen deliquios y hechizos, a los que el Mediterráneo no

ha osado dar un nombre, que no pueden verse en los mapas.

Hay espacios en las costas que la historia ha ignorado, ensenadas en las que no ha hallado fondeadero. No lejos de ellos hay puertos y ciudades en las que los acontecimientos son frecuentes, los movimientos visibles, las empresas decididas. «Existen espacios en los que la historia es inevitable, como un contratiempo en un viaje o una avería en una travesía, lugares donde la geografía desencadena la historia… La visión de estos lugares en un mapa nos une con la Providencia». Esta cita de la obra de un poeta la escribió en su diario de a bordo el timonel Jona. He buscado esos lugares y territorios en los mapas antiguos del Mediterráneo.

Viajando con geólogos romanos a lo largo del litoral mediterráneo, vi los mapas que ellos usaban, en los que —salvo los contornos del mar— antes no entendía mucho. Oí términos, figuras, metáforas que empleaban al dividir nuestro mar en zonas concretas y las representaban por separado: «Arco latino», de Gibraltar a Sicilia; «Cuenca adriática», con las características expresas entre una y otra orilla, oriental y occidental; «Frente magrebí», en el noroeste de la costa africana, parte de Marruecos, Argelia, Túnez; «Flexión líbico-egipcia», desde Trípoli hasta El Cairo; «Fachada de Oriente Medio», incluye Tierra Santa y Asia Menor; «Puente anatólico-balcánico», desde Turquía, a través de Grecia, hasta Albania. Hay muchas otras divisiones. Cuando navegamos, olvidamos estas diferencias, las recordamos al echar el ancla. Es difícil resumir la historia de los mapas. Más difícil aún contarla. Los mapas antiguos no pueden descubrirnos la cara del Mediterráneo, sino sólo las arrugas de su rostro.

Hace mucho que existen los mapas, pero ignoramos cómo eran al principio. Los acompañaban las anotaciones de los logógrafos sobre vientos y corrientes, islas y escollos, agua potable, conveniencias o inconveniencias de la navegación y del atracadero, y han quedado muy pocos de estos apuntes. Los mapas más antiguos se dibujaron probablemente en rocas. Compuestos por guijarros multicolores en forma de mosaico. Tallados en la madera o grabados en la arcilla. Con un buril y ácido se trazaban en placas de hierro, de cobre o de bronce. A veces se tejían en tela, alfombras, tapices. En Oriente, también en seda. Los había en monedas, muros, altares. En la costa meridional se trazaban con un palo o con el índice en la arena y perduraban hasta que el primer viento los dispersaba por el desierto. Los papiros y pergaminos, así como las pieles curtidas de camello, cabra o burro,

son una buena base para el mapa; los mapas dibujados en estos materiales se estrechaban fulminantemente allí donde empezaba el cuello (en los tiempos modernos ahí se deja un espacio para las dedicatorias y agradecimientos). El término ‘boustrofedón’ se inspira en los movimientos de los bueyes al arar un campo y sus giros a izquierda y derecha al hacer los surcos; se cree que este proceso ejerció cierta influencia no sólo en la escritura sino también en la cartografía. Aristágoras de Mileto presentó un mapa de metal al rey Cleómenes de Esparta tratando de convencerlo de que lo ayudase a dirigir su ejército y flota contra Persia. Alcibíades marcó en los suelos de los palacios atenienses la situación de Cartago, Grecia y de la Magna Grecia, con un propósito que en su época estaba más claro que hoy día. Ciertos oradores antiguos, entre los que se hallaba el propio Quintiliano, consideraban posible ordenar frases e imágenes en forma ele itinerario cartográfico, pero la retorica no admitió la escansión de los signos topográficos. En la construcción del majestuoso templo de Jerusalén, Salomón ordenó que el mar se representara con forma de esfera de pesado metal fundido, de treinta codos de diámetro y cinco de altura, con tres figuras de bueyes a cada lado que soportaban el peso. La Sagrada Escritura trasladaría esta representación al cristianismo por todo el Mediterráneo.

En sus periplos por Levante, Heródoto vio placas de cobre en las que estaban trazados «todos los mares y todos los ríos»,[5] pero los navegantes fenicios no quisieron enseñárselos de cerca. El mapa ya entonces era parte de la estrategia. Por eso, los pueblos (ciudades, Estados, mares) marineros lo guardaban en secreto. Su nombre griego en la Antigüedad era *pinax*, así se llamaban también las tablas para escribir y las tablillas astrológicas y ciertos catálogos. Hecateo de Mileto (los amantes de los lugares comunes añaden a su nombre la aposición «padre de la geografía», igual que a Heródoto lo designan «padre de la historia»), llama a los mapas *periodos*, y Apolonio de Rodas, en sus *Argonáuticas*, los llama *kyrbeis*, que eran unas tablas de madera colocadas como una pirámide en las que se escribían también leyes y votos, y poemas épicos de Homero.Ellos representan los mapas cronológicamente más antiguos en la historia del Mediterráneo.

El concepto de viaje y el de navegación están próximos el uno al otro, y a menudo se confunden. Los pueblos marineros los diferencian bien, mejor que otros. La tradición griega siempre separa *periplous* en el mar de *anábasis* en tierra. *Periegesis* es el recorrido por tierra y mar, y también la descripción de este recorrido. Anaximandro de Mileto representó el aspecto de la *oikumene*, y Eratóstenes de Cirene marcó en ella las *sfragidas*, semejantes a siete meridianos y siete paralelos. El

meridiano fundamental cruzaba la isla de Rodas, conocida por las observaciones astronómicas que hacían sus habitantes llevados quizá por su posición o destino de isleños. Hiparco, al que Plinio, no sin razón, llamó de Rodas, pese a que no era oriundo de la isla sino de Nicea, examinó las longitudes y latitudes de Eratóstenes, medidas en estadios y *argüías*. Él trasladó las esferas a planisferios. El peripatético Dicearco, nacido en Sicilia cuando ésta formaba parte de la Magna Grecia, dividió el mundo en un diafragma que se extendía hasta el Gibraltar actual, a través del estrecho de Mesina y del Peloponeso, hacia Licia y Cilicia en Asia Menor. Las últimas investigaciones científicas han confirmado y completado estos datos. Podemos imaginarnos al excéntrico Aristarco de la isla de Samos, que en un acceso de inspiración, en el siglo III antes de Cristo, provoca al viejo mundo y anuncia el nuevo afirmando que la Tierra gira alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra. La división entre la geografía de los eruditos y la de los navegantes ha existido desde siempre. Ante todo la han condicionado las distintas percepciones del mar. Sólo los más grandes cartógrafos del Mediterráneo gozaban de la confianza de los marinos, y únicamente los marineros más experimentados respetaban a los cartógrafos.

Los instrumentos que utilizaban unos y otros recuerdan figuras: el gnomon, el astrolabio y la *alemna*, que medían los ángulos desde la superficie del mar hasta los astros, el cuadrante o el sextante, con los que fijaban la posición y la distancia, y el *organon*, mediante el cual se elegía la trayectoria recta o curva (*orthodromos* o *loxodromos*). Se navegaba sin brújula, siguiendo los signos, a ciegas o confiando en la suerte, creyendo que el centro o el «ombligo del mundo» (*omphalus*) se hallaba en el templo de Apolo en el oráculo de Delfos, donde el viajero Pausanias lo vio «tallado en mármol blanco». Otros afirmaban que el verdadero centro estaba cerca de Branquidas o en Rodas o en Jerusalén o en La Meca o a saber en qué santuario. Éstas eran las representaciones de la tierra y del mar en los mapas del Mediterráneo y en su memoria.

Los periplos con frecuencia parecen libros de viajes y se convierten en relatos incluso cuando la historia los ratifica y la ciencia los reconoce. El faraón Neko —probablemente gobernó en el cambio del siglo VII al VI antes de Cristo— envió a los navegantes fenicios a dar la vuelta a África, después de sacrificar en vano miles de cautivos en el intento de excavar el istmo que separaba dos mares. Partieron de la orilla eritrea y retornaron a la costa de Egipto del mar interior, a través de las Columnas de Hércules, al cabo de tres años. Heródoto lo cuenta con entusiasmo contenido en el libro cuarto de su *Historia*.[6]

Hace veinticinco siglos, mientras estaba al servicio del rey de Persia, Scylax de Carianda recorrió los mares meridionales y orientales y llegó hasta la India. Su sucesor, conocido como Seudo-Scylax, navegó por los mares Euxino y Adriático y dejó muchos datos valiosos, aunque no todos fidedignos. El cartaginés Hanon (Hannón) partió a través del estrecho de Gibraltar (no se sabe cómo denominaban los púnicos este paso), unos quinientos años antes de Cristo, con «sesenta embarcaciones de cincuenta remos cada una» y «treinta mil hombres y mujeres», y se dirigió hacia el sur de África, descubrió islas ignotas (entre las que se encuentra Cerné, cuyo emplazamiento hoy día sigue siendo desconocido), vio lotófagos y antropófagos, oyó el tamtan que llegaba desde los riscos africanos hasta la cubierta de su nave, observó a los gorilas y las «corrientes de fuego que descendían del volcán» cuyo nombre también ignoramos. En el siglo IV antes de Cristo, un fenicio de la antigua colonia griega de Marsella, llamado Piteas, cruzó también la puerta de Gibraltar y puso rumbo al norte (por allí ya había pasado el cartaginés Himilcon de camino a las islas Casitérides), circunnavegó Britania e Irlanda probablemente en busca de ámbar y estaño, divisó Escandinavia, «la última Thule», considerada el fin del mundo. Hubo más periplos importantes: sobre ellos escribió de manera atractiva e interesante el científico y navegante Nils Adolf Eric Nordenskiöld en su *Periplus*, en sueco y en inglés, a finales del siglo XIX y principios del XX. Cuando éramos niños, ya oíamos historias de travesías de tiempos remotos; están escritas en los primeros mapas que ni hemos visto ni conocemos, que los científicos rigurosos llaman «mapas mentales», en los que están delineados nuestros sueños sobre el Mediterráneo.



Viaje de Abraham a Canaán, dibujado por el cartógrafo francés Philippe de la Rue a partir del Antiguo Testamento. Padua, 1669.

Las rutas marítimas son difíciles de fijar porque se entrelazan con los libros de viaje. Los mapas en los que están marcadas pueden falsificarse, los escritos que los acompañan pueden inventarse. Historiadores y geógrafos criticaron con saña a Piteas: Estrabón no creyó que hubiera llegado al lugar donde «el trópico estival se vuelve círculo polar», y por el suelo «no puede ni andar ni navegar»; también Polibio consideró que sus periplos eran invenciones. Sin embargo, Hecateo y Eratóstenes, quienes probablemente se figuraban la Tierra de la misma manera, sí lo creyeron, y Heródoto y Plinio, que no eran solo historiadores, e incluso el mismo Aristóteles. Existe un límite, afirmaban los sabios, entre lo creíble y lo increíble o, como dicen ciertos teóricos, entre figuras de la historia y formas de la narración. Los grandes periplos superaron este límite, y por eso se clasificaron entre los hechos memorables. El dato del viaje de Hanon estaba escrito en una tablilla votiva, en la lengua semítico-púnica, en el templo de Moloch, en Cartago. Más tarde destruyeron el templo, rompieron la tablilla, pero el escrito, traducido al griego, perduró. El mapa que probablemente dibujaron los prácticos cartagineses no se ha conservado en ningún archivo del Mediterráneo.

Las islas no son sólo un territorio más o menos alejado del continente limitado por el mar. En los primeros mapas, las islas eran a veces fronteras territoriales: *Ultima Thule* en el norte, *Insulae Fortunatae* en el oeste, la gran *Taprobana* (Ceilán) en el este, el cinturón australiano al sur. Diodoro de Sicilia escribió un fragmento de la obra perdida de Evemero de Mesina, que menciona la isla de Pancaya en el borde del mundo. La imagen del universo —*Oikumene*— se representaba como una isla enorme. Los escritores mediterráneos describieron las islas felices que los navegantes no circunnavegaron ni los geógrafos dibujaron en los mapas: Aquiles Tacio, Jámblico de Siria, Jenofonte de Éfeso, Heliodoro, Juba el Joven (recuerdo esos nombres rotundos, más fáciles quizá que otros igual de importantes). Fueron muchos y fecundos. Se sabe poco de ellos, aunque antaño fueron famosos. Los geógrafos y cartógrafos se refirieron a sus descripciones con realismo o ironía: no hay tales islas en ningún mar ni en ningún mapa. La crítica de la novela aparece así al principio como crítica geográfica o cartográfica. Debemos su nacimiento a las islas. Cada vez hay menos críticos de éstos, sobre todo allí donde el mundo es más proclive al elogio: a orillas del mar, en las olas del Mediterráneo.

Las descripciones que los cartógrafos respetaban e introducían en los mapas se hallan en los libros sagrados. El Antiguo Testamento, además de la palabra de Dios y de la Revelación, contiene una suerte de libro de viajes mediterráneo: «El día quince del mes primero partieron los hijos de Israel de Ramsés hacia Sucot [...] acampados, a orillas del mar, junto a Piajirot [...]. Salieron al desierto del Sur y caminaros tres días sin encontrar agua. Llegaron a Mará, pero no pudieron beber sus aguas, porque eran amargas [...]. Y llegaron después a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras y acamparon allí [...]. Llegados al valle de Escol, cortaron un sarmiento con un solo racimo de uvas, que colgaron en una vara, y lo llevaron entre dos. También cortaron granadas e higos [...]. Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos y melones, de los puerros, cebollas y ajos. Ahora languidecemos, pues sólo vemos maná. El maná era como semilla del coriandro y su color como el del bedelio». Esta escritura se convertirá en ejemplar. Y los libros de viajes y los mapas del Mediterráneo la tomarían como modelo.

El Mediterráneo no es sólo un mar y sus orillas, esto se menciona a menudo y no sin razón. Aquí también se ha dicho. Los griegos ignoraron las vías terrestres y lo pagaron caro: sin ellas no es fácil salir de la época arcaica. Los romanos, gracias a sus calzadas, conquistaron más mar que los griegos, aunque ellos mismos no eran un pueblo

marinero. Los mapas romanos ante todo son itinerarios. Vegecio, maestro de artes militares, los clasificó en *itineraria adnotata* (o *scripta*), es decir, los que aparecen anotados desde que empiezan hasta que acaban, y los *itineraria picta*, los dibujados. Eran monótonos, pero prácticos. Les interesaba el espacio y la distancia más que la forma y, desde luego, la ornamentación. Los mapas no tenían nombres especiales: *tabulae* o *mensae* (los nombres nos ayudan a establecer a qué orden de cosas pertenecen). Un rollo largo de pergamino denominado *Peutingeriana*, confeccionado probablemente según el original de los tiempos de Caracalla y rehecho más tarde, representa el Imperium desde el Atlántico hasta Asia Menor y muestra las calzadas, no las vías marítimas. Dos estrechos cinturones de color gris verdoso y en partes también marrón, como la tierra, indican el mar, uno es el Adriático, el otro el Mediterráneo.

Las vías romanas enlazaban con el mar: la *vía Ostiensis* y la *vía Portuenses* conducían directas al puerto de la Ciudad Eterna: Ostia; la *vía Appia* llevaba al sur, la *vía Aurelia* al oeste, la *via Flaminia* al norte, la *via Valeria* y la *via Salaria* —por la que los sabinos transportaban sacos de sal— al Adriático; la *via Severina* seguía la costa tirrena, y la *vía Julia Augusta* unía la península Apenina con la Provenza y Cataluña; la *via Flavia* iba hacia Istria y Dalmacia, con prolongaciones menos conocidas hacia la bahía de Kotor, Montenegro y Albania. La famosa *via Egnatia* se construyó con la gran ambición de acercar Roma a Grecia. En el interior de la Península ibérica se abrían paso, a través de puertos de montaña de vértigo y puentes prodigiosos, las vías *Argentea, Máxima* y *Augusta*. Cuatro mil millas de calzadas de grava y empedradas se extendían por el norte de África, a través del *limes* desértico, cerca del mar de Biban, desde Sirte hasta Siria, desde el Trípoli libio hasta el libanés, desde Marmárica hasta el «mar de las Cañas». Los caminos de Palestina y de Asia Menor también discurrían a orillas del mar (*via maris*), enlazando tierra firme con las ciudades del litoral: Sidón y Tiro, Biblos, Beirut y Antioquía en el río Orontes, Pérgamo, Mileto, Éfeso y Esmirna, hasta el Bósforo, donde llegaba por el extremo opuesto la ya mencionada *via Egnatia*, que se ve muy bien en el mapa de Peutinger. A través del puerto de Aquileia, que después de la irrupción de los bárbaros se hundiría en el fango del río, pasaban cinco importantes calzadas, una de las cuales, la «ruta del ámbar», era el orgullo del Adriático. Los legionarios de Trajano penetraron en el Kazan del Danubio, la parte más larga y angosta del cañón de Derdap, y salieron de nuevo al mar. Da testimonio de ello la *Tabula*

Traiana, tallada en la roca que pende sobre la orilla del río, conservada hasta nuestros días. Apolodoro de Damasco inmortalizó, con los monumentales relieves en la enorme columna de Trajano en el Foro, las etapas de la hazaña del emperador: la *anábasis* se vuelve así

mapa. Por orden de Agripa se tallaron las fronteras del Imperio, que sobrepasaban las costas del Mediterráneo, en una placa de forma oval expuesta en Roma, cerca del Foro. Así nació el primer mapa de mármol del Mediterráneo.

El cristianismo no impulsó la navegación. El Antiguo Testamento no favorecía a los «pueblos del mar» que se habían enfrentado al pueblo judío. Los profetas amenazaban a los pecadores mencionando monstruos marinos, como el Leviatán o Rahab. Daniel vio cómo «cuatro enormes monstruos salieron del mar», y el autor del *Apocalipsis* «una fiera con diez cuernos y siete cabezas». También el politeísta Homero describió los horrores del mar, pero no olvidó sus bellezas: junto a las despiadadas sirenas vio a las ninfas benévolas, las nereidas. El cristianismo no aceptaba la desnudez de las criaturas del mar que provocaban la pasión e incitaban al pecado. En las costas occidentales del Mediterráneo, los geógrafos cristianos de la Edad Media no conocían a Ptolomeo.

En el Antiguo Testamento, Josué pidió al sol que se detuviera sobre Gabaón, para poder vencer en la batalla contra los amorreos: «Y el sol se detuvo».[7] De manera que el astro rey se desplazaba sobre la Tierra plana que estaba inmóvil en su base. El gesto del profeta hay que convertirlo en metáfora para que los exégetas (no siempre proclives a las metáforas) permitieran que la Tierra se moviera. San Agustín, con su autoridad, cuestionó la existencia de las antípodas, proclamándolas «absurdas». Los padres de la Iglesia creían en el mapa T-O en el que el trazo vertical de la T representa el Mediterráneo entre tres continentes y la letra O el río oceánico que rodea la superficie terrestre: en él, el centro del mundo, de acuerdo con la Sagrada Escritura, está en Jerusalén; en el borde oriental se sitúan Gog y Magog, que el profeta Ezequiel maldijo como encarnación del mal. A los signos del T-O se les daba el significado de símbolos: unos entendían la T como la inicial de la palabra Theos, la O como Oceanos. Las mentes laicas lo entienden como una abreviatura de Terrarum orbis. En la nomenclatura laica (o humanista) este mapa, a veces llamado de Salustio, servía como ilustración a las guerras de África contadas por el historiador romano. Algunas variantes de estos mapas estaban subordinadas al concepto eclesiástico del mundo: el Comentario del Apocalipsis que el Beato de Liébana elaboró en la abadía de Santo Toribio se rige por la Etimología de san Isidoro de Sevilla y coloca el este con Jerusalén en la parte superior; en el mapa de la catedral de Hereford, en lo alto sobre la superficie del mar, podemos ver una pintura del Juicio



Mapa T-O del mundo cristiano, publicado en Augsburgo en 1472 en Etymologiae de san Isidoro de Sevilla.

Final; en el monasterio de Ebstorf, la letra T, en un enorme pergamino, se ha transformado en un crucifijo y el mar Mediterráneo se denomina *Mare strictum*. Y en efecto, el mar aparece menguado en los mapas y desvaído en la pintura hasta el Renacimiento. Sólo las miniaturas en los manuscritos se distinguen hasta cierto punto, dando un color más fuerte no sólo al cielo sino también al mar, pero las miniaturas por sí mismas no son un género que pudiera abarcar el Mediterráneo entero o cambiar la visión del mundo.

La relación del cristianismo con el mar es compleja y en alguna medida contradictoria. La tradición del Antiguo Testamento no lo apreciaba. Yahvé «increpa al mar y lo seca».[8] El bramido de las olas recuerda a los primeros profetas la desobediencia y la rebelión: «Oír el rugido de pueblos numerosos, que rugen como el mar», advertía Isaías;[9] «son crueles y despiadados; su voz brama como el mar», son las palabras de Jeremías.[10] En los Salmos hay más miedo al mar que amor por él: el poder de Dios serena «el rugido de los mares, el bramar de sus olas y el alboroto de los pueblos».[11] San Juan, que bajo el mandato de Domiciano fue esclavo en la cantera de Patmos, vio en el *Apocalipsis* cómo el mar «se convirtió en sangre» y destruye los navíos:[12] cuando después del Juicio Final apareció un cielo nuevo y

una nueva tierra, libres de pecado, «el mar ya no existía».[13] Los apóstoles eran pescadores, pero en un lago. Cristo anduvo por la superficie de las agitadas aguas de Genesaret.[14] San Pablo, sin embargo, se hizo a la mar en Tierra Santa para llegar a la Ciudad Eterna, a pesar de la tempestad en el Adriático y el naufragio cerca de Malta.[15] San Jerónimo, natural de la ciudad de Estridón, situada en el Ilírico (probablemente entre la frontera de Dalmacia y Panonia), buscaba en su traducción de la Biblia, llamada *Vulgata*, la claridad que conoció en los golfos del Adriático. San Agustín, nacido en Tagaste, en las llanas playas africanas, no ocultó su amor hacia el mar: «Para nosotros, criaturas nacidas y alimentadas en las orillas mediterráneas (*apud mediterráneos*), el agua, incluso entrevista en un pequeño cáliz, recuerda el mar».[16] La religión no renegó del Mediterráneo, pero temía su cólera e insumisión.

Los viajeros y los viajes y las razones por las que se emprenden por tierra o por mar son diferentes. También las salidas son distintas, a veces tienen objetivo y destino, a veces carecen de ambos. Unos desearían descubrir lo desconocido, otros conocerse mejor a sí mismos. Igualmente, las direcciones son diversas: rectilíneas, curvas, directas o indirectas. Raros son los que parten con el propósito de describir lo que ven y mucho menos de señalarlo en un mapa. Entre ellos, quizá los que menos abundan son los que toman semillas y plantas del lugar visitado, se preocupan de ellas durante el viaje, las cuidan y las llevan al punto del que partieron, donde no había esas semillas ni plantas. Hay que ser muy valiente y abnegado para dirigirse a un país lejano solo o en caravana, para zarpar en un barco inseguro a costas ignotas. Pensamientos sombríos atormentaban a los marineros en los días, semanas, a veces meses, en los que sólo veían el mar abierto, tan pronto calmo y atrayente como agitado y peligroso. A pesar de las dificultades y riesgos, sentían el Mediterráneo como su mar y nos han ayudado a que lo sintamos así.

En su *Geografía*, Ptolomeo destacó la importancia del «relato de los viajes e informaciones obtenidas por aquellos que con celo investigan las regiones». De los viajeros que recorrieron el mundo por tierra y mar en la Edad Media y al principio de la Edad Moderna, hablan los libros que escribieron ellos mismos y los que les han dedicado. Sus nombres se mencionan con admiración e incredulidad, con entusiasmo o burla. Entre los primeros están Cosme (Kosmas), llamado *Indicopleustes* (el navegante de las Indias) en Bizancio. Primero fue comerciante y aventurero, luego cristiano creyente y ermitaño en el monte Sinaí que, según el tabernáculo de san Pablo, ideó un asombroso mapa del mundo. También son conocidos (en este

caso la cronología no es lo más importante) el padre Rubriquis o Rubruck, Odoric de Pordenone, Giovanni di Pian Carpino, Bartolomé de Cremona. Hay otros que merecen que se cite su nombre o su oficio: el preste Juan, al que la leyenda instaló en el trono de las «tres Indias»; Ciriaco de Ancona, mercader y humanista, que copió manuscritos y dibujó monumentos de la Antigüedad; el médico francés Jehan de Mandeville; fray Maringoli, de la orden de los Hermanos Menores; el rabino Benjamín de Tudela, que visitó a la diáspora judía y se preocupó de ella; Varthema Ludovico o Barthema Luiz, con nombre y apellido doble, italiano y portugués al mismo tiempo, cristiano o musulmán según las necesidades, y el legendario Brendan o san Borondón, santo y navegante irlandés, que surcó no sólo el océano, sino también con toda probabilidad el Mediterráneo.



Descripción del camino del apóstol Pablo, según el Nuevo Testamento, en la obra de Abraham Ortelius, publicada en Padua en 1697.

No sabemos dónde está la frontera entre el viaje y la peregrinación de un individuo o bien entre la invasión y la migración de un pueblo. Algunos historiadores denominan generosamente «migraciones de pueblos» a las invasiones bárbaras, como las que devastaron las ciudades litorales. Muchos han viajado y navegado desde las costas mediterráneas hasta otros lugares lejanos. Marco Polo, según un traductor que cito de memoria, dio un paso de un «tiempo estático a la dinámica del espacio». Describió las islas Zipangu en el

Lejano Oriente, que pronto se hallaron en los mapas como postes indicadores y emblemas, adaptados a las fonéticas vernáculas: Zinpangu, Cipango, Zapango, Nippon, etcétera. La historia de los viajes y la de los mapas no pueden separarse una de otra. Colón preparó su travesía con ayuda de la *Geografía* de Ptolomeo, del tratado *Imago mundi* del cardenal Petrus de Aliaco (Pierre d'Ailly) y los escritos de Marco Polo. Dante envió al Infierno a Odiseo a través de las Columnas de Hércules, antes de Colón, «siguiendo al sol, del mundo inhabitado».[17] La imaginación navegó hacia el Nuevo Mundo antes de que las carabelas españolas izaran las velas. Se dejó de mirar al océano como una prolongación del Mediterráneo.

San Luis, el rey francés, navegando por la costa de Cerdeña hacia Túnez yendo a las Cruzadas, se sorprendió cuando (en las cercanías de Cagliari, los historiadores no saben exactamente dónde) vio por primera vez un mapa en el que estaban dibujados mares y costas. En el crepúsculo de la Edad Media llegaron a las manos de los capitanes, junto con la brújula, nuevas cartas marineras o náuticas, designadas con el nombre común de portulanos, aunque tenían varios nombres: *portolano, carta de marear* o *carta náutica, roteiro* o *routier*, y diferían de un puerto a otro. En los atlas de Luxor o catalán, en el mapa Pisano, en las cartas del genovés Pedro Vesconte, de los hermanos Pizzigano de Venecia, del balear Angelino Dulcert, las rutas de navegación están fijadas, las distancias son exactas, los signos, fiables. Aparece también la rosa de los vientos de distintos colores, parecida a una estrella, al principio con ocho puntas y luego más, la primera vez en la isla de Mallorca. Entretanto, los mapas y libros de viajes en la orilla sur del Mediterráneo corrían otra suerte.

Los árabes, sin mapas, pasaban de una orilla a otra, conquistaban el mar venciendo en tierra. Iban de este a oeste, del Mashrik al Magreb. Ésa era también la dirección de la diáspora judía, de la evangelización cristiana, de diversas invasiones o migraciones desde el Oriente Lejano y Próximo, los pueblos que iban en pos del sol y, quizá por eso, tenían más éxito que otros. Los conquistadores árabes tomaron Ifriquia, ocuparon Alejandría y cruzaron a la costa norte del Mediterráneo. Conocieron a Aristóteles y a Ptolomeo antes que la Europa cristiana y a pesar del incendio de la biblioteca alejandrina. La *Geografía* se tradujo al árabe desde el griego y el sirio antes que a otras lenguas. La *Gran Sintaxis* se convirtió en el *Almagesto*. El geógrafo Al Musadi vio, a juzgar por las apariencias, los mapas perdidos de Marino de Tiro en los que había estudiado el mismo Ptolomeo. Al Batani aceptó las ideas de Ptolomeo. Al Juarismi las completó. Al Biruni fue más allá y se anticipó a Galileo. Los

conocimientos geográficos se transmitieron desde el Mediterráneo oriental y meridional al occidental y septentrional.

Ignoramos si los árabes eran marinos avezados en los lugares de los que procedían. En el Mediterráneo aprendieron deprisa y alcanzaron el éxito. Vencieron a la flota bizantina en el promontorio de Fenice. Amenazaron a Génova y Venecia. Se enseñorearon de las costas ibéricas, atemorizaron a Francia. Ocuparon zonas de Sicilia. Los instrumentos y útiles que tenían a su disposición en parte eran invento suyo, o los habían perfeccionado, y en parte los habían tomado de otros o se habían apoderado de ellos por la fuerza. Tenían su propio astrolabio (lo llamaban *astrulab* o con palabras de su lengua: *kamal* y *safinah*). Con la alidada, que había perfeccionado Arquímedes en Siracusa, determinaban la posición del barco y el rumbo de la navegación guiándose por las estrellas y el sol. Al Haukandi confecciono un sextante llamado *sudas al fahri*. Azimut es una palabra árabe que todos hemos usado; en su raíz está *sumt*, que significa camino. De la misma raíz proviene cénit, que aparece en todas las lenguas. Venecia tomó de los árabes el término ‘arsenal’ y bautizó con él el famoso edificio de la Laguna. El mismo origen tiene la ‘dársena’, en el puerto de Génova junto a los antiguos astilleros, y *la Vieille Darse* que Enrique IV erigió en Tolón. Cuatro dársenas hay en el puerto antiguo de Barcelona, de las que la más grande y más bonita lleva el nombre de San Beltrán y se extiende delante de la capitanía del puerto y del monumento a Colón. Los constructores navales árabes usaron el alquitrán mucho antes que otros. Todas las marinas del Mediterráneo, seguidas después por las demás, adoptaron su «almirante» como rango militar. Los números romanos fueron sustituidos en todo el mundo por los árabes. La palabra ‘cifra’ en árabe significa vacío, cero, y vino a cambiar el sistema numeral. También es de origen árabe el álgebra (*al jabr*). No sabemos si los árabes tenían la brújula antes que los demás marinos del Mediterráneo, incluso antes que los de Amalfi. La llamaban *dirah* o *dayra*, círculo o circunferencia. Los antiguos libros de historia mencionan una clase de compás, práctico y sencillo, que utilizaban los árabes ya en el siglo XI: en un recipiente con agua, en la proa o en la popa del barco, clavada en el extremo de una caña, la aguja magnética, que temblaba y flotaba, señalaba el norte con la punta. Cuando un marino europeo llegaba a la costa oriental de África, buscaba un piloto para navegar hacia la India. El árabe Ahmed Ibn Mayid, con este motivo, se hizo con el timón del velero de Vasco de Gama. Sabía tanto del arte de la navegación como los marinos lusitanos e hispanos de la época, los conquistadores del Nuevo Mundo. Ibn Jaldún anotó que todas las costas del mar de Rumelia —es decir, el Mediterráneo— figuraban en los mapas, pero no las del Atlántico. A los mapas los llamaban *as sahifa* (así los denomina Ibn Jaldún), *as*

sura, tarsim, deftar; al griego le deben la palabra *kharita*, al latín, *tavla* (o *tabla*). Un número tan grande de nombres es por sí mismo significativo. Parte del inventario citado confirma y completa esta historia sobre la presencia árabe en el Mediterráneo.

Los viajeros árabes, quizá más que otros, ayudaron a los cartógrafos. Preferían la tierra al mar, andar que navegar. Usaban las caravanas, en camellos transportaban la carga, reposaban en caravasares y posadas. Los creyentes rezaban cinco veces al día, en el viaje sólo tres, volviéndose hacia La Meca, hacia el este cuando se hallaban al oeste y hacia el oeste cuando se hallan al este, imaginando la distancia hasta la Kaaba y colocándose de acuerdo a su propio templo. Esta oración crea y aviva una conciencia geográfica especial, que se expresa en los viajes y mapas. La tradición religiosa ha unido el camino de los primeros musulmanes a Abisinia, el traslado de La Meca a Yatrib, la Hégira hacia Medina, a partir de la cual se cuentan los años islámicos, las peregrinaciones a la Kaaba, lo que se llama el *hach*. En el Corán en árabe aparecen muchos términos para camino: *seir, tarik* o *tarikun, sebil, sefer* o *seferun* (de la misma raíz semítica proviene el nombre de los sefardíes españoles, es decir, «los que viajan»). A juzgar por los antiguos escritos árabes, la navegación —*melah*— se entiende a menudo como una etapa del camino y no como el viaje entero. *Rihla* es viaje y relato del viaje. Este género ha florecido más que ningún otro. En él se apoyaron la geografía y la cartografía, la ciencia y la literatura, tenían cabida almanaques y calendarios, gramáticas, zodiacos, horóscopos, todo lo que está ligado al viaje y al relato. En este orden de cosas estaban también los mapas del Mediterráneo.



Mapa circular del mundo de Al Idrisi, realizado en Sicilia en el siglo XII. El sur está arriba y el norte, abajo.

El espacio que ocuparon los árabes y por el que se extendieron no era fácil de atravesar. Los viajeros árabes fueron más allá de sus fronteras. Ibn Yubair, oriundo de Valencia, e Ibn Batuta, de Tánger (ciudad que como Cádiz o Lisboa, aunque está en el Atlántico, es en gran medida mediterránea), fueron los que llegaron más lejos. Es difícil contar el contenido de las *rihlas* árabes. Ibn Batuta, entre otras cosas, describió el faro y las cuatro puertas del puerto de Alejandría: «Bab es Sedra o puerta del Azufaifo Salvaje, Babe er Reshid o puerta del Justo, Bab el Bahr o puerta del Mar y Bab el Akdar o puerta Verde, que se abre el viernes para que la gente pueda visitar los cementerios. Alejandría brilla como una piedra preciosa. Transmite su esplendor a Occidente. Reúne todas las bellezas en sí porque está entre Oriente y Occidente». Esta cita estaba escrita con letra caligráfica en una pared de la antigua ciudad mediterránea. Se copió de la pared y se tradujo para esta ocasión. He bordeado la costa de Alejandría y caminado descalzo por sus playas: El Mamura, El Mandara, El Asafra, El Ibrahimiya, y otras tantas, cuyos nombres no recuerdo. Fui hasta Qait Bey, la fortaleza de los mamelucos, edificada en el lugar en el que antaño el gran faro iluminaba la bahía. Busqué las puertas antiguas sobre las que escribió Batuta. Ya no existen. Tampoco están las murallas, tan sólo alguna piedra de los cimientos. No encontré la Alejandría de *El cuarteto de Alejandría*, si es que alguna vez existió

fuera de la imaginación del escritor. Aquí y allá sorprendí un rastro de la ciudad decadente de Kavafis que en su momento «esperaba a los bárbaros». Los bárbaros hoy envidian la vieja Alejandría. Es el destino de muchas capitales del Mediterráneo.

Los intérpretes de la tradición árabe destacan la diferencia entre el viaje exterior y el interior. El recorrido de Ibn Batuta por el mundo difiere del viaje sufí de Ibn Arabí, que de la costa de su Murcia natal, en España, viajó hacia su propio interior, hacia Alá, con una luz (*nur*) más intensa que la que resplandecía en su patria, en busca del «azufre rojo». Los caminos divinos se cruzan con los mundanos, igual que se unen el mar y el desierto. Los profetas hablan del mar y del desierto. Una sura coránica enseña que los que viajan por el mundo «comprenden con el corazón lo que tienen que entender».[18] Sin estos viajeros no existirían mapas árabes, que en su época fueron los más bellos del Mediterráneo.

También ellos tuvieron que hacer concesiones. El Corán menciona dos mares, separados el uno del otro por una barrera. Los «siete mares»[19] se hallan sólo en metáforas. Según el Libro, «el sol se mueve», Alá aplanó la Tierra, la «extendió».[20] Es decir, que no había antípodas, igual que en la Biblia: el mapa, del mismo modo que los mapas cristianos antiguos, representaba sólo una superficie plana. El Profeta, sin embargo, alentaba a los barcos y la navegación. Recomendó que se comiera todo lo que venía del mar y se adornara con lo que se encontrara en él, que se lavaran con agua marina si no había otra. Animó a la conquista del mar y mencionó que la batalla ganada en él vale como diez batallas en tierra —esto lo confirman las numerosas sentencias (*hadis*)—. Para vencer en el mar —conquistar el Mediterráneo— se necesitaban cartas náuticas.



Mapa de Al Sharfi, con la Kaaba en el centro del mundo, obra de la escuela cartográfica de Sfax, Túnez, siglo XVI.

Los cartógrafos árabes situaron el sur en la parte superior y el norte en la inferior. Dibujaban los principales meridianos cerca de La Meca, como exigía su religión. En los mapas introdujeron *Yejud* y *Mejud* (las bíblicas Gog y Magog), como ordena su fe. No se muestran monstruos marinos, el Corán no los menciona. Hubo varios cartógrafos entre los árabes, no pueden enumerarse todos. El más famoso, Al Idrisi, tenía dos apodos: el Siciliano (*Al Sakali*), por la isla en la que surgió su obra, y el Cordobés (*Al Kortubí*), por la ciudad en la que obtuvo el conocimiento. Sin embargo, nació cerca de Gibraltar, en Ceuta, que los árabes llaman Sebta. Bajo la égida del rey normando de Palermo, en el siglo XII, elaboró mapas para «la diversión de quien desee viajar por el mundo», como figura en el subtítulo de su célebre *Kitah*. Ilustró sus invitaciones al viaje y las denominó «jardines de alegría»; son los jardines árabes más bellos que he visto. Confeccionó un gran mapa, llamado la Tabla de Roger, de plata, de tres metros y medio de largo y metro y medio de ancho, que en circunstancias desafortunadas se partió. Al Idrisi pertenecía a diversas culturas, conocía las fuentes griegas y latinas, y también las de Oriente

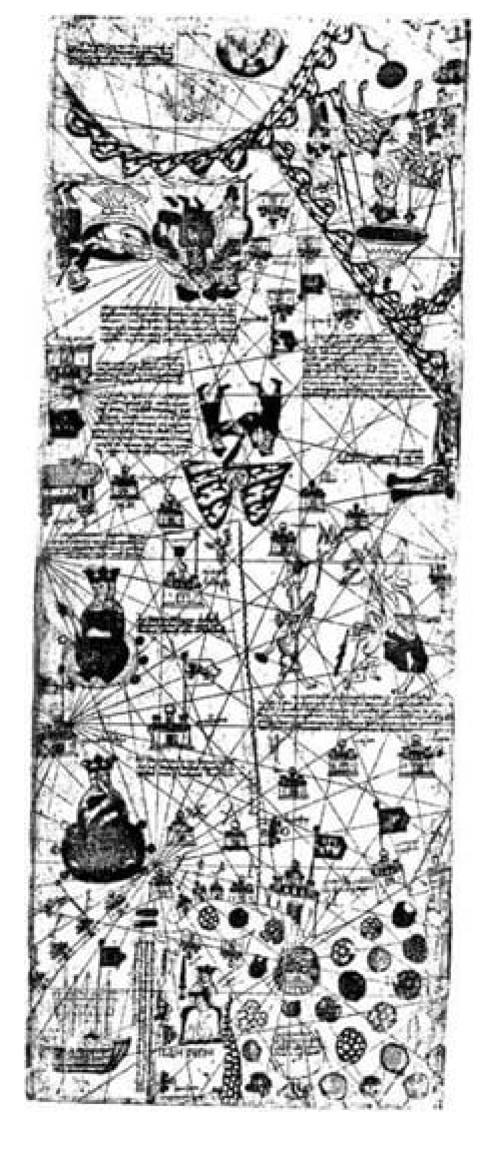
Próximo. En Ptolomeo estudió los climas y a cada uno le dio un color diferente. El círculo mediterráneo es para él el «cuarto clima», en el que prevalecían los colores verdes y azules como el mar, amarillo como el desierto, rojo en todos los matices, desde el más claro al más oscuro —como los amaneceres y atardeceres sobre el mar y el desierto —, el océano Atlántico es oscuro, los árabes lo llaman también mar de las Tinieblas (*Bahr al Zulumat*). Los mapas de Al Idrisi no son fiables, pero siguen siendo preciosos. No tenían parangón en el Mediterráneo medieval; se decía que su arte era mudéjar.

Los árabes impulsaron el tráfico en las costas mediterráneas, pero no dominaban las rutas marítimas. Esto dio pie a una situación ambigua, incómoda incluso cuando eran los más fuertes. Más tarde, divididos entre sí, debilitados por la Reconquista y, finalmente, derrotados por las fuerzas turcas, perdieron su ventaja incluso en la cartografía: en sus mapas, la relación con el mar y la visión de él revelan añoranza. El marino Simbad buscaba la felicidad en otros lados, en sus siete viajes, desde Bagdad y el mar de Omán hasta las islas paradisíacas del océano índico. En las travesías de esta clase, todos los mares son el mismo o cada uno es otro: Simbad atracó seguro en un puerto mediterráneo, junto a puertas como las que describía Ibn Batuta. Eso debían saberlo los cartógrafos árabes que tantas cosas sabían. En el mapa de Siria y Palestina de Al Muqadasi, vemos Said, lo que ha quedado de la antigua Sidón. Sur que es todo lo que resta de Tiro, Latakia, en el emplazamiento de la Laodicea de antaño. En Túnez, en la ciudad de Sfax, en el siglo IX según la Hégira, el XVI del calendario cristiano, Al Sharfi intentó reanimar la tradición geográfica: uno de sus mapas más bonitos (que encontré en Kairuán dibujado en una piel de camello) presenta la Kaaba como el centro del mundo. De estas historias árabes, en las que abundan los detalles que añadieron quizá los narradores orientales, pueden extraerse enseñanzas válidas para todo el Mediterráneo.

En vísperas del descubrimiento del Nuevo Mundo, los geógrafos descubrieron por fin el Viejo en los mapas de Ptolomeo. En el siglo XV llegó a Roma y a Florencia el bizantino Manuel Chrysoloras —cito su nombre tal como solían escribirlo en las capitales europeas que visitó —. Iba en misión diplomatica enviado por la corte de los Paleólogos, que trataban de atraer la atención de Europa hacia el peligro que los amenazaba desde el este. Chrysoloras, entre otras cosas, se dedicaba también a la geografía. De Constantinopla traía un manuscrito con la *Geografía* de Ptolomeo con veintisiete mapas y siete «climas». Empezó a traducirlo al latín, pero la enfermedad se lo impidió. Su alumno Jacopus Angelus continuó la tarea. En París se halla un retrato de

Chrysoloras de esa época. Se ve su amplia frente, la mirada cansada, un libro en las manos, en el rostro las huellas de la enfermedad, probablemente tuberculosis, de la que murió en 1415 en Constanza. Los que lo conocieron dan fe de que tenía una memoria increíble y de que era un excelente orador que hablaba con la misma pasión de Platón que de Ptolomeo. Del joven Angelus no se sabe mucho. De su relación con Chrysoloras puede intuirse que quizá no estaba exenta de una ternura especial. Angelus dedicó su traducción al papa Alejandro V, lo que permite deducir que tuvo lugar alrededor de 1410. El Papa le perdonó los pecados y lo bendijo. También se menciona el nombre del mecenas Palla Strozzi, que, según parece, trajo el manuscrito de la *Geografía* a Florencia antes de que llegara Chrysoloras, hecho que en esta ocasión no es relevante. La historia de la cartografía en el Mediterráneo recoge varias escenas similares. Los mapas a veces servían a lo que sucedía entre bastidores.

La traducción de la obra de Ptolomeo, con la dedicatoria al Papa, empezó a circular en copias y luego —después del invento de Gutenberg— se imprimió en casi todas las ciudades más importantes de Europa, con adiciones de texto, correcciones en los mapas, nuevas «tabulas» (*tabulae modernae*). Muchos eruditos participaron en este trabajo. El cardenal Nicolás de Cusa —su verdadero nombre era Nicolaus Krebs—, teólogo y geógrafo, completó la topografía de Europa central, a la que veía como parte del continente cercana al Mediterráneo e inclinada a él. Esta visión también podría servir hoy en el debate sobre las fronteras centroeuropeas y mediterráneas.



Escenas narrativas del Atlas catalán, *elaborado en el taller de Abraham Cresques, en Palma de Mallorca, en 1375.*

Los mapas que trajo Chrysoloras no teman color y estaban desvaídos. Se supone que podían ser copias efectuadas por un operario, Agathodaimon de Alejandría, del que la historia sabe muy poco. Había que colorearlos, animarlos. El Cinquecento introdujo en la pintura las *vedutas*, en las que el mar obtuvo mayor espacio y un color más evidente que también aparecerá en los mapas. Las cuestiones de la proyección se planteaban y solucionaban a la par que las cuestiones de perspectiva. Los cartógrafos y pintores dependían unos de otros:

Alberto Durero trabajó en la edición de Ptolomeo; Martin de Vos ayudó a la elaboración del *Theatrum orbis terrarum* de Ortelius; Holbein el Joven colaboró con diversos talleres cartográficos; Mantegna pintó un mapa en la pared del palacio de Mantua que se derrumbó; Leonardo dibujó el mapa de Imola para César Borgia uniendo de manera insólita la proyección cartográfica con la perspectiva pictórica. El autor del *Atlas catalán*, Abraham Cresques, había unido con anterioridad el oficio cartográfico con el arte de la miniatura: es muy probable que de su escuela surgiera la célebre *haggadá* que los sefardíes llevaron desde Barcelona a los Balcanes, a Sarajevo en concreto. En Kvarner, en el monasterio de Kosljun, una pequeña isla cerca de Krk, donde se guarda un raro ejemplar de una antigua edición de Ptolomeo, encontré copias singulares de las tablas quinta y sexta, en las que aparecen la costa adriática oriental y occidental, que, a juzgar por los característicos colores azul oscuro, retocó Francesco Berlinghieri, de Florencia, aunque de su nombre ya no se acuerde casi nadie. Los capitanes de mar en Italia y en Dalmacia, los gobernadores venecianos de las islas, los patricios de diversos puntos del Mediterráneo colgaban mapas enmarcados en sus casas en lugares visibles junto al crucifijo, el ex voto o los retratos familiares, en honor del mar y para orgullo de la navegación.

Poco se sabe de los cartógrafos, como poco se sabe de los viajeros. Representar el mar y la tierra, observar el mundo, no es un trabajo corriente, los que lo hacen tampoco son gente corriente. Giacomo Gastaldi, ingeniero de profesión, abandonó el Piamonte para trabajar en Venecia, y Pietro Coppo (al que los croatas llaman Petar Kopić) marchó de Venecia a Istria, donde elaboró el mapa más fidedigno de la península. El monje camaldulense fray Mauro, del monasterio de San Miguel en Murano, envió su mapa a Lisboa, al rey Alfonso V, rival de la Serenísima. Marco Vincenzo Coronelli, de la orden de los Hermanos Menores, fundó la primera sociedad geográfica en el mundo (Los Argonautas) y como cartógrafo oficial de la república de San Marcos hizo varios globos terráqueos enormes para el Rey Sol que aún podemos ver en Versalles. También Florencia y Génova, al igual que otras ciudades italianas, tenían sus talleres cartográficos. Los extranjeros contribuyeron asimismo a la gloria de Italia. Dos grandes cartógrafos que trabajaron en suelo italiano añadieron a sus nombres latinizados el epíteto de *Germánicas*. El modesto raguseo Vicko Demetrije Volčić, que fundó una escuela de cartografía en Livorno, firmaba en latín como Volcius. Más allá de la costa mediterránea nacieron obras maestras como el *Globas* de Behaim o el *Atlas* de Mercator.

En la historia de la geografía se inscriben muchos nombres cuya enumeración sería demasiado larga. Entre ellos no puede ignorarse a Piri Reis, cartógrafo del Imperio Otomano, autor del famoso *Kitab y Bahriye*. En un enfrentamiento en las costas de Valencia (1501), el capitán Kemal capturó un barco español, y en el botín se hallaban ya mapas parecidos a los que mostraban los recientes descubrimientos de Colón. Se los regaló a su sobrino Piri, que los utilizó para trazar un mapamundi del que sólo se ha conservado la parte occidental. Así, Asia, desde el Mediterráneo, vio América. Esto sucedió durante el reinado de Solimán el Magnífico, llamado también el Legislador. En esa época vivieron grandes cartógrafos. En las travesías marinas no encontramos a todos los que deberíamos, sino sólo a aquellos que se cruzan en nuestro camino. Las rutas principales llevaban del Mediterráneo a otras costas; la imaginación se entusiasmaba cada vez mas con los océanos, los mapas también.

Los apuntes de las primeras expediciones navales grandes demuestran que a las tripulaciones les asombraba que las costas que descubrían fueran diferentes, como si esperaran que fueran iguales. Los que iban del Mediterráneo para encontrar otros mares buscaban en ellos el Mediterráneo. Imaginaban con más facilidad la distancia que la extensión. No eran capaces de figurarse el infinito, creían que estaba al otro lado del mundo. Tenían que soportar el tiempo e ignorarlo. La necesidad de partir era superior a la incertidumbre del regreso. Las expectativas prevalecían sobre el desasosiego. El deseo de confirmar viejas ideas, leyendas y creencias —la existencia de la Atlántida, las Hespérides, el Vellocino de Oro, El Dorado, la Arcadia, el Edén— competía con el deseo de descubrir un mundo nuevo. Colón conocía el nombre de ciudades y países, reales e irreales, que se mencionan en los libros sagrados y profanos, en los evangelios apócrifos, escritos en antiguos alfabetos, nombres como Tarsis, Ophir, Saba y Sephora, Pancaya (*Panchaia*), Taprobana y la última Thule, Cólquida, Catay y Cipango, India y el reino de las «tres Indias» en el que vivió el legendario Preste Juan, cerca de los cuales se hallaban Gog y Magog y el propio paraíso terrenal. Después de las primeras pruebas, el gran navegante creía que se cumplía «lo que había predicado el profeta Isaías» antes que lo que le habían enseñado «la ciencia y los mapas» (la cita entre comillas son sus palabras). Zarpó hacia las Indias creyendo que se «acercaba» el fin del Viejo Mundo anunciado por los profetas bíblicos. El Mediterráneo estaba al final del largo periplo de su historia: empezaba una nueva era.

Debería tenerse en cuenta esto cuando hablamos de las fronteras mediterráneas: a veces se desplazan hasta las costas más lejanas. Sólo

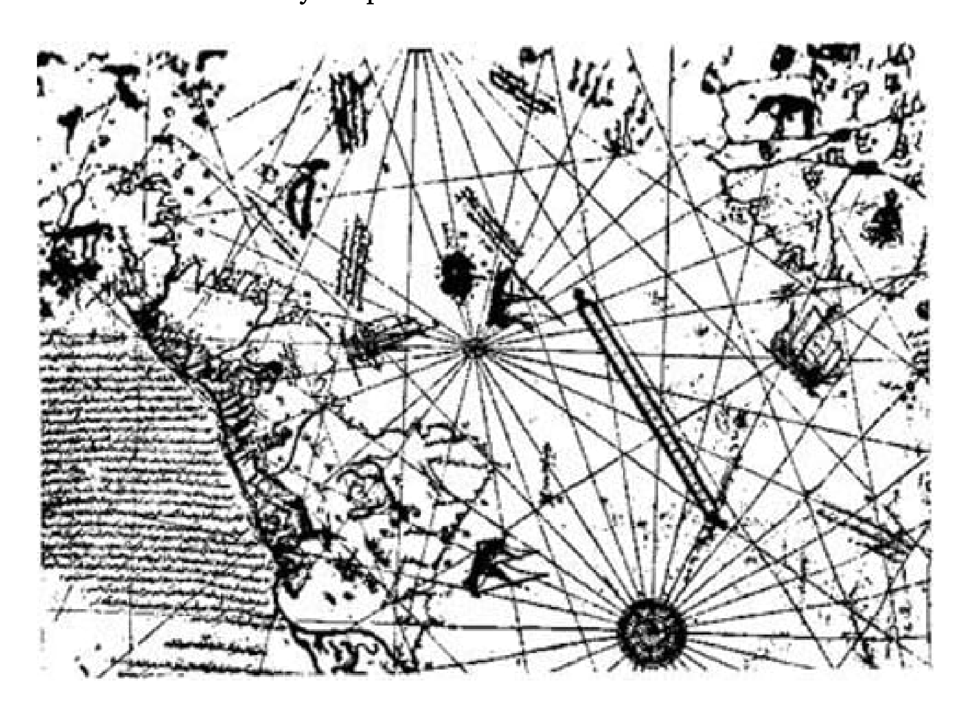
cuando descubrimos un mundo nuevo y sus mares, concebimos una relación distinta con el mundo y el mar en el que hemos estado. Los que no hemos navegado por los océanos, permaneciendo fieles al Mediterráneo, no nos hemos expuesto a esta tentación.



Mar Tirreno y Adriático en la quinta tabula *de Ptolomeo, retocada y ampliada por Pierandrea Mattioli en su* Geografía, *Venecia, 1548.*

El Imago Mundi de la Edad Media, un antiguo disco con tres continentes y dos mares, con el río oceánico a su alrededor, se rompió por sí solo. No sólo había que imaginarse el nuevo espacio descubierto, sino también encontrar una nueva forma de representarlo. Mercator introdujo en la geografía la figura de Atlas, disociando para ello la ciencia del mito: en la *Odisea*, el titán Atlas sostiene en los hombros las columnas que «separan el cielo de la tierra»; en el *Atlas* de Mercator, el mundo es parte del universo, pero también es un todo por sí mismo. El intento de los cartógrafos franceses de extender el término *Neptuno* en el mismo sentido que *Atlas* no tendría aceptación: era demasiado anecdótico. Los títulos de los grandes trabajos cartográficos revelan la búsqueda de una imagen diferente del mundo. *De summa totius orbis, Civitates orbis terrarum, Speculum orbis terrarum, Spiegel der Zeevaert, The Mariners Mirror, Theatrum orbis terrarum, Teatro del Cielo e Terra, Teatri Europei, Théatre François, Liber chronicarum, Universales Cosmographia, Cosmographicae*

meditationes de fabrica mundi et fabricati figura. Las metáforas del espejo (*speculum*), teatro (*theatrum*) y orbe (*orbis*) dan fe de la ambición épica del Renacimiento por presentar el mundo como una escena, un suceso o un relato: al principio de este libro se citan precisamente estos términos. El Mediterráneo ya no es el centro del mundo, sino apenas una parte; necesitará tiempo para verse a sí mismo de este modo y aceptarse.



Parte del mundo en los mapas de Piri Reís, cartógrafo de Solimán el Magnífico, con anotaciones en los márgenes (1513).

El descubrimiento de nuevas tierras iba acompañado del de nuevas estrellas. Los archipiélagos en la bóveda celeste y los de alta mar se parecen entre sí. Los navegantes cambiaron los mapas de la Tierra, los astrónomos los mapas del cosmos. La «nueva ciencia» y el propio Galileo confirmaron los experimentos revolucionarios del «modesto canónigo polaco, Copérnico» —*De Revolutionibus orbium coelestium*— . Las rutas marinas y las estelares desde siempre han estado ligadas en el Mediterráneo: se navegaba por el mar mirando al cielo.

Los neófitos en cartografía se quedan impresionados con los grandes mapas murales: los deseos, necesidades o propósitos de los que de esta manera aumentaron el *espejo* del mundo, el escenario o los bastidores del *teatro* en los que el mundo se desarrolla, el *círculo* por el

que el mundo gira. Estos mapas pueden verse también hoy día en varios lugares: en la *Gallería delle carte geografiche* en el Vaticano, en la célebre *Terza loggia*, en la que el papa Pío IV (un Médicis) empleó a los mejores maestros; muy cerca de allí se alza el palacio Laterano, decorado con frescos cartográficos por orden del Papa de la época; el *Palazzo de Caprarola*, casa de campo de la familia Farnesio, no lejos de Roma, en el que Antonio Varese pintó los muros (con numerosos motivos mundanos); el *Palazzo Vecchio* en Florencia, el *Palazzo Ducale* en Venecia, el altar de la catedral de Hereford, destruido durante la segunda guerra mundial; el mosaico de Mádaba con los contornos de Tierra Santa y parte de Egipto en el suelo de la antigua basílica bizantina. En estas pinturas a veces importa menos el mar que el deseo de dominarlo. En la Biblioteca Nacional de Viena se conserva un tapiz que representa la travesía de Génova a Túnez, una expedición de Carlos V contra los tunecinos según un cartón del maestro flamenco Vermeyen. El sultán Mehmed II, después de tomar Constantinopla, encargó al geógrafo griego Georgios Amiruces la reproducción de las tablas de Ptolomeo con la leyenda en griego y en árabe. Quería que sirvieran como motivos para unas alfombras tejidas en Anatolia, que por desgracia no se han conservado. También en los célebres tapices franceses (los de Beauvais, por ejemplo) aparece el mar más que la tierra firme y el Atlántico más que el Mediterráneo.



Bosquejo autógrafo de Colón de la isla Hispaniola, datado en 1492.

Sin embargo, sería un error vincular la cartografía a géneros épicos o dramáticos. También contiene a veces humildad e ironía. El término ‘mapa’ (mappa) significaba al principio un trozo de tela corriente que se agitaba en el circo. Procede quizá del idioma púnico, no se sabe con exactitud el origen. En los mapas geográficos se mantuvieron durante mucho tiempo los monstruos bíblicos, sobre todo en las zonas en las que se representaban mares extraños o desconocidos: peces enormes que enseñan los dientes con las aletas

erizadas, similares al Leviatán bíblico o al Rahab. En este sentido, la obra de Mercator es innovadora: exorciza el mapa. También se hallan monstruos marinos en su Atlas, pero sólo en las páginas que confeccionó Hondius u otra persona. Hemos visto la geografía en la Antigüedad como una crítica a la novela. Mercator la promueve a crítica de la fantasía. Voltaire la proclamaría crítica de la vanidad. Los cartógrafos franceses racionalistas (Cassini, el viejo y el joven, oriundos del sur) demostrarían tener rigor y mesura en este trabajo. El papa Pablo V intentó impugnar en una encíclica de principios del siglo XVII las nuevas ideas sobre la redondez de la Tierra y defender las antiguas interpretaciones de la Sagrada Escritura. La Ilustración se opuso a la concepción cristiana y a la islámica. Desde mediados del siglo XVIII el meridiano básico pasa por Greenwich, lejos de Jerusalén y la Kaaba. El mapa se vuelve laico, al igual que la visión del mundo, no sólo la del Mediterráneo.

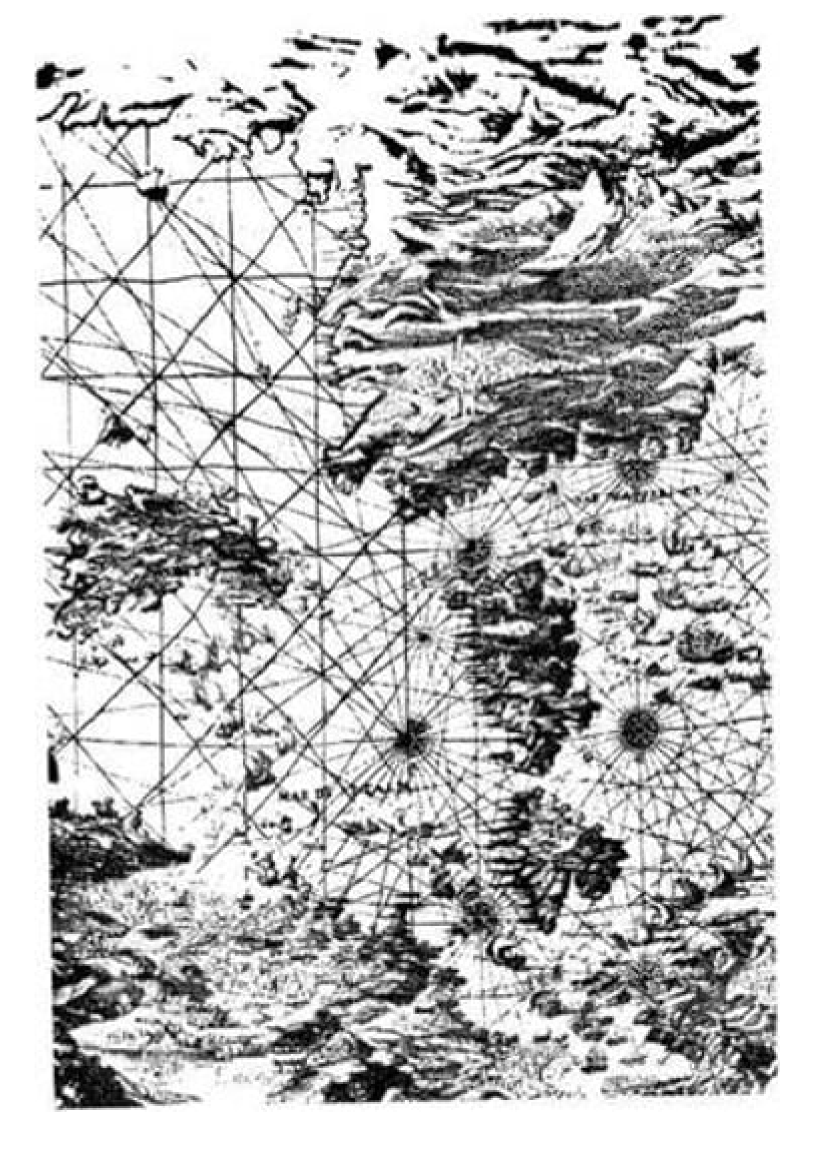
Los grandes mapas surgieron con el apoyo del poder y de la autoridad. Los reconocimientos y las dedicatorias en las cartelas, las manifestaciones de agradecimiento por el patrocinio y protección lo confirman. La cartografía era un secreto oficial o de Estado desde los fenicios hasta Bizancio, quizá antes, pero después sin duda alguna. Los mapas de Ptolomeo, hasta la misión de Chrysoloras, estuvieron bajo un estricto control del Imperio de Oriente. Poco se sabía de los mapas españoles y portugueses —y aquí no se habla de ellos lo suficiente—. La política de las potencias marítimas lo quiso así y así fue. Juan de la Cosa, apodado el Vizcaíno, que acompañó a Colón, dibujó un mapa del Nuevo Mundo en la piel de un asno. También ha estado oculto, pero menos que otros mapas. Podemos imaginarnos el encuentro de geógrafos de todas partes, auspiciado por el príncipe Enrique el Navegante, en Sagres, junto al cabo San Vicente, en el mismo borde de Europa, en vísperas de los grandes descubrimientos. Él había comprendido que sin mapas no había salvación para un país situado en el extremo del continente, con un interior poco favorable y presionado por el océano. Los navegantes, y los cartógrafos con ellos, salvaron a los lusitanos. Su Estado instituyó un servicio que supervisaba la cartografía y que se llamó Casa de India. En Castilla, los gobernantes fundaron una institución análoga: la Casa de Contratación, que verificaba los patrones de los mapas («el patrón general») y su autenticidad. Así el gobierno censuraba la navegación, deseaba controlar el mar. Incluso la pequeña República de Ragusa intentó imponer la censura en un trozo del Adriático oriental, y Venecia en su costa adriática y en buena parte del Mediterráneo, a pesar de Génova y de Bizancio, de los califas árabes y de los sultanes

turcos. Los países que no prestan atención a la cartografía no se apuntan grandes hazañas marineras: quien tiene el mapa se apodera del mar; el que tiene el mejor mapa conquista más. La política a menudo ha influido directamente en los mapas. Contempla el mar a su manera y trata de inducir a los demás a mirarlo como le conviene a ella. La política mediterránea, no obstante, siempre ha sido particular, no ha conseguido censurar los océanos. Los deseos de posesión y conquista impulsaron la elaboración de mapas, pero los mismos mapas avivaron también estos deseos. Las naciones que se están formando emplean el mapa unas veces como un espejo, otras veces como programa. La historia del Mediterráneo ha determinado la naturaleza de los mapas y éstos han confirmado su historia.

La edad de oro de la cartografía veneciana y holandesa se debe a numerosos motivos. No los conocemos todos. Tanto venecianos como neerlandeses sustrajeron tierra al mar pedazo a pedazo: unos consolidando la Laguna con las *barenas*, el fondo lagunar que emerge con la marea baja y en el que se desarrolla la vegetación; los otros cercando los pólderes con diques. Esto, probablemente, ha creado relaciones especiales que se han manifestado en los mapas. En su *Geografía*, Ptolomeo destacó la corografía como una disciplina por sí misma: dibujos y descripciones de lugares y pueblos, vistos desde un barco o desde la costa, desde el mástil de una embarcación o desde una colina, de perfil, o desde arriba, a vista de pájaro. El Renacimiento impulsó y respaldó esta parte de la geografía. Los geógrafos y tipógrafos, grabadores y editores, hacían los mapas corográficos en talleres y *botteghe* en diversos puntos de Italia, sobre todo en Venecia. Los he visto en la Biblioteca Marciana, los he conseguido en librerías especiales, y buscado en colecciones privadas. He conocido las obras de algunos autores: Giovanni Andrea Vavassori, que imprimió el primer mapa del Adriático, el ya mencionado padre Coronelli, y con ellos Bordone, Rosaccio, Ballino, y sobre todo Camocio (Camoccio o Camutio, escribe su nombre de distintas maneras). Sus mapas están a veces al principio, a veces al final, de estas travesías u observaciones sobre las relaciones del mar y la costa. Grandes pintores manifestarán su respeto por los maestros de la cartografía. Compartían con ellos el deseo de descubrir mundos nuevos. En algunas de las pinturas más hermosas de Vermeer, sobre la cabeza de sus misteriosas beldades, reconocemos en las paredes mapas geográficos de la época (*Mujer con laúd, Mujer con jarra…*). En su cuadro *El astrónomo* aparece el globo de Hondius. También Rubens y Velázquez pintaron, cada uno a su manera, a Demócrito abrazando o señalando con satisfacción un globo terráqueo. Asimismo, Tiépolo

introdujo en *El Olimpo y las cuatro partes del mundo* la mitad de un globo terráqueo semejante al de Coronelli; partes de este fresco están iluminadas por la viva luz de Venecia y del Mediterráneo.

En el taller de Camocio, decorado con el signo de la pirámide (*Al segno della piramide*, suele leerse en sus ediciones), trabajaron entre otros los dálmatas Natale Bonifacio (Bozo Bonifačić) y Martino Rota (Martin Kolunić, natural de Šibenik). Probablemente muy contentos de no haber corrido la misma suerte que los esclavones (schiavoni), cuya lengua entendían y cuyos gemidos procedentes de las galeras del puerto vecino podían oírse a veces desde cerca de la iglesia de San Marcos o desde el palacio del Dogo. En el mismo taller, el griego Zenón (que firmaba como Domenico Zenoi) elaboró varios mapas excelentes, entre los que se halla uno que muestra las costas españolas. Lo encontré en la casa de un hospitalario coleccionista de Valencia. El nombre de Zenón ha quedado también en los archivos del juzgado veneciano, parece ser que por unos dibujos obscenos junto con los versos de un poeta coetáneo suyo que admiraba la desnudez de Afrodita en la enorme concha enmarcada por un paisaje marino. Tuvieron que pagar una multa en oro tanto el dibujante como el editor Camocio. La censura exigía que el cartógrafo fuera ante todo cartógrafo. Las historias sobre los infortunios de la cartografía tendrán su lugar, esperemos, en otro libro, quizá en una novela que trate del trabajo y de las aventuras del cartógrafo en el Mediterráneo.



La expedición marítima de Carlos V a Túnez, en una tapicería elaborada a partir del dibujo del pintor flamenco Vermeyen en 1535.

Parte de estas notas las escribí a bordo del Dodekanesos visitando islas y grutas marinas. Los islarios quizá pueden llegar a convertirse en los relatos de viajes más sugestivos. En los mapas corográficos, la forma de las islas cambia a menudo, a veces arbitrariamente, aquí aumentadas, allí reducidas. Como si al dibujante le interesaran los detalles más que el todo, quizá porque muchas islas son por sí mismas detalles separados del todo. Simplemente han cambiado solas, y de cuando en cuando han tenido que cambiar también de nombre. Es

fácil extraviarse entre nombre y formas en los mapas antiguos del Mediterráneo.

Los islarios son un género específico de la cartografía y de la pintura, de la geografía y de la literatura. Me han servido como fuente, me han ayudado a intuir cómo eran las costas a las que no he logrado llegar. El más antiguo que conocemos data de finales del siglo XIII; su título es *Il compasso da navigare*. Lo he tenido en las manos y también he visto otros: Bartolomeo dalli Sonetti y su *Isolario*; Cristoforo Buondelmonte, *Líber insularum archipelagi*; Benedetto Bordone, *Isolario nel cui si ragiona di tutte le isole del mondo*; Camocio, *Le isole famose*; Tomaso Porcacchi, *L'isole le piü famose del mondo*; Coronelli (es imposible no repetir su nombre), *Isolario* y *Mari, golfi, isole*. También Henricus Martellus Germanicus y Matthäus Merian, pese a no ser oriundos del Mediterráneo, imaginaron y dibujaron sus islas. Merian veía Venecia como una isla única, mejor y quizá más convincente que cualquier otro corógrafo. Da la sensación de que la contemplaba a vista de pájaro, aunque alrededor, salvo el campanario de San Marcos, no había altura a la que pudiera trepar. Este ejemplo demuestra cuán importante es impulsar y aceptar una visión ajena, procedente de Europa central, del interior del continente. La inspiración insular no es casual ni circunstancial. La Edad Moderna otorgó más importancia a lo singular, y las islas son singulares. En el momento en que el centro del mundo se mueve de nuestro mar y éste deja de ser el mar central, los corógrafos mencionan en los islarios, con nostalgia, que las islas del Mediterráneo son las más bellas.

La *Odisea* probablemente surgió con ayuda de un islario o de un portulano que el poeta tenía delante o en su memoria, como los marineros tienen los mapas y atlas. Así empezaron las obras sobre el mar, de diversos géneros y tipos, que se recordarán durante siglos y a las que volveremos más adelante. A finales de la Edad Antigua, Salinus recopiló muchos relatos, sucesos y episodios «prodigiosos» que confundieron a los geógrafos más que a los escritores. Siguiendo su ejemplo, Giambattista Ramusio publicó en pleno Renacimiento tres voluminosos tomos bajo el título *Navegaciones y viajes (Delle navigazioni e viaggi)* junto con los mapas que lo completaban. Su obra ha tenido más ediciones que la *Geografía* de Ptolomeo, la imaginación y el conocimiento desde el principio fueron rivales. En la época de los grandes descubrimientos, en España se unen las obras científicas y marineras como son el *Summa de geographia*, de Hernández de Enciso, y el *Arte de navegar*, de Pedro de Medina. Vesconte Maggiolo confeccionó un interesante planisferio que todavía se conserva hoy en Fano en el que podemos ver camellos, elefantes, antílopes. En Roma sacó a la luz la *Náutica mediterránea* Bartolomeo Crescendo, en la que se cuenta casi todo lo que se sabía entonces de barcos y construcción

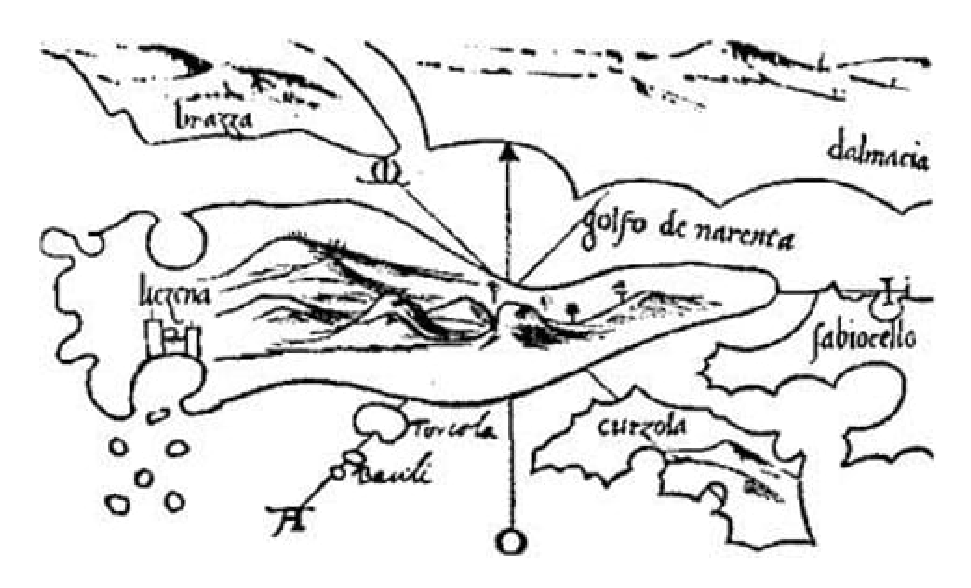
naval: desde las clases de madera, metales, cabos y resinas hasta los «planisferios o cartas de navegación», desde los vientos y la rosa de los vientos hasta los «temperamentos de los capitanes y marineros». Elogió sobre todo a los capitanes raguseos, como el caballero Nicolò Sauri, al que sus compatriotas hoy prefieren denominar Nika Sagroević, aunque él jamás firmó así. En estas obras se citan las taxonomías, un género que cuidaban los espíritus rebeldes de la Edad Media, sin las cuales parece ser que no puede escribirse sobre los extremos del Mediterráneo.

Las formas y figuras de las islas en los islarios y portulanos a veces están desproporcionadamente reducidas, otras toscamente aumentadas: calas, promontorios, relieves. Este proceso no perdona ni el interior de la isla, donde ciertas representaciones nos sorprenden o desconciertan. Por ejemplo, se descubren animales de tamaño más pequeño que los miembros de la misma especie en costas cercanas: antílopes del tamaño de un gato en las Baleares, un ciervo minúsculo en Creta, un hipopótamo enano en Chipre, el esqueleto de un elefante no más grande que una oveja, encontrado en Sicilia —dónde si no— ; igualmente en Cerdeña, hasta no hace mucho, había roedores capaces de comerle a uno medio pie de un bocado, y lagartijas semejantes a una cría de cocodrilo. Estas desproporciones quizá puedan explicarse por la tendencia de ciertas islas a reducirse a la mínima expresión o a aumentar hasta magnitudes continentales. No he encontrado islarios ni portulanos en el Mediterráneo en los que no puedan intuirse estos experimentos.



La ciudad de Hvar en la isla del mismo nombre, con el archipiélago Pakleni Otoci enfrente, en la colección Isole famose..., *de G. F. Camocio, de finales del siglo XVI.*

En las cartas Náuticas de gran tamaño a veces están marcados también los faros. Se erigen en el puerto o muy cerca para que se pueda enfilar a la costa y atracar con más seguridad. Los hay en promontorios, en islotes e islitas, en lugares donde es imperioso avisar del peligro. Unos están alejados y aislados; sólo se puede llegar a ellos en barca. Otros, en tierra firme, en los aledaños de la ciudad. A veces se organizan junto a ellos fiestas y celebraciones, tan gratas a los habitantes del Mediterráneo.



Los contornos de las islas de Hvar y Korčula en el Islario, *de Benedetto Bordone, Venecia, 1547.*

También en los mapas históricos los faros ocupan un lugar visible. El faro de Alejandría fue una de las siete maravillas del mundo. Durante años irradió su luz hacia alta mar, hasta que los terremotos lo derrumbaron. El *tolos* circular en su cúspide sirvió como modelo a las basílicas y primeras iglesias románicas. No sabemos cómo era la inmensa lente que, según la leyenda, construyó Arquímedes, cuánto aumentaba y propagaba los rayos luminosos. En Venecia se conservó quizá el único plano fiable de esta gran torre, en la bóveda oriental de San Marcos, en el mosaico de la capilla Zen. Tampoco el Coloso de Rodas era sólo una de las maravillas del mundo. También se divisaba

en la distancia, ayudaba a los timoneles en el camino hacia Asia Menor y Palestina. Eran famosos los faros del Helesponto y del Bósforo. Los historiadores mencionan asimismo el del cabo de Miseno, donde se riñeron batallas entre Roma y Cartago, el del estrecho de Mesina junto a la nefasta Escila, el de Brindisi en el lugar donde se pasaba de la península Apenina a la Balcánica, así como las dos grandes torres de El Pireo y de Muniquia que alumbraban el acceso a Atenas. En Ostia, un potente faro dominaba en su época el puerto romano que afianzó Germánico y terminó Marco Aurelio Cómodo. De él no quedan sino las huellas, y en su tiempo, según la descripción de Suetonio,[21] podía compararse incluso con el de Alejandría. Hay muchas construcciones de las que la cartografía guarda apenas un recuerdo desvaído. Las monedas del mandato de Domiciano, de Trajano y Adriano llevaban por todo el Mediterráneo sus rostros grabados en cobre, plata y oro.

En lo alto de los faros antaño se encendía madera rica en resinas y se vertían sales minerales para que la llama fuera lo más fuerte posible y durara más. Homero menciona en la *Ilíada* el fuego encendido en lo alto de un monte que brilla con el resplandor de las armas de Aquiles.[22] También se utilizaba aceite para mantener el fuego, de sésamo en el Mediterráneo oriental, de oliva en el occidental. Los constructores de faros solían usar piedra, a veces ladrillo, y en los tiempos modernos cemento o metal. Existían símbolos o códigos especiales, desconocidos para nosotros, con los que se podían transmitir a largas distancias mensajes complicados y avisos importantes de un faro a otro. A ellos les deben la salvación muchas ciudades del Mediterráneo.

Los faros están dibujados también en los mapas catastrales. Las propiedades están señaladas con indicaciones del tipo «de este lado de la linterna» o bien del otro, «cerca del fanal» o lejos de él. En diversos géneros literarios se describe a los guardianes de la «casa de la luz», alejados del mundo y de la gente, entregados a su profesión. A veces toda la familia estaba con él. En el Mediterráneo encontré sólo a una mujer que fuese farera, en Apulia, en los acantilados de la colina de Gargano.

También hay mapas en los que aparecen los monasterios. Por lo general están indicados, igual que las iglesias más importantes, con una cruz pequeña o, en los países islámicos, con una media luna y una estrella. Nuestro barco apenas se ha detenido en los lugares donde viven los anacoretas o cenobitas, los ermitaños, los ascetas, los derviches. Los sitios donde se alzan los monasterios o las tekkes se eligen cuidadosamente. Se hallan en cimas desde las que se divisa el

piélago, al borde del desierto que se asemeja al mar, en islas pequeñas o en isleos, allí donde el cielo parece estar más cerca, la fe es más elevada, la oración más sublime. Así es el monte Athos en uno de los tres «dedos» de la península Calcídica en el Egeo. Algunos monasterios griegos no se llaman por casualidad *meteoros*. En Capadocia, antaño provincia helénica, persa, romana y hoy turca, en paredes rocosas insólitas y en cuevas excavadas, se ubican las celdas monacales, se han erigido altares y pintado frescos. En la iglesia de Karanlilk Kilisse los fieles rezan en la oscuridad. Hay que ascender mucho por las escarpaduras de Trodos, en Chipre, para llegar al monasterio de Kykkos, tranquilo lugar de devoción al que las mujeres no tienen permitido el acceso, como tampoco lo tienen en el monte Athos. Hasta el santuario copto de Debre Damo en Etiopía, cercano a pedregales desérticos, hay que subir con una cuerda. De manera similar me até y trepé sobre el mar encrespado hasta el faro de las Piedras Negras (*Pierres Noires*) en Francia. Quien desee conocer mejor los faros del Mediterráneo no debe ignorar los monasterios.

Los monasterios católicos en las costas europeas han sido descritos y son conocidos; no es preciso volver a enumerarlos. Algunos italianos se han convertido en museos abiertos a cualquier visitante. Es muy agradable reposar en la modesta abadía cisterciense de Chiaravalle di Fiastra, o en Sicilia, no lejos de Palermo, en la abadía benedictina de San Martino delle Scale. Quién sabe cuántos benedictinos quedan aún fieles a la isla. La *Regula* de san Benito nos ha enseñado a consumir el pan de cada día con medida en los *trabajos y los días*. En Anatolia, en las proximidades de la ciudad de Konya, que lleva el nombre por el Ikonion griego, otrora famoso, los derviches musulmanes ayunan, rezan y rezando bailan en la *tekke* que fundó el poeta Mevlana Jalaluddin Rumi, defensor de la tolerancia y la piedad. Vi su tumba, cubierta de rosas anatolias, azules como el mar. Lejos, en los lindes con Irán, se ha conservado quizá el único monasterio de los seguidores de Zaratustra, cuya religión antaño llegó hasta las costas mediterráneas; el santuario se llama Ateskhade. En Dubrovnik, en el claustro de los franciscanos, se ha conservado una de las farmacias más antiguas, con filtros y recipientes de todos los colores y recetas de remedios elaborados con hierbas mediterráneas. En la orilla croata del Adriático, en la islilla de Košjun, que se alza junto a la isla de Krk, en la ensenada de Puntar, se guarda, como ya se ha dicho, una antigua edición de la *Geografía* de Ptolomeo, en la biblioteca del monasterio benedictino. Allí vi por primera vez las *tabulae* del Mediterráneo de Ptolomeo.

Las instituciones navales poseen mapas en los que se indican las

«zonas de averías, naufragios y pecios». Plinio el Viejo consideraba que la más peligrosa era Caribdis, en el estrecho de Mesina, que «traga y vomita el mar tres veces al día».[23] Por lo general, los cartógrafos se interesan más por el lugar o la causa del hundimiento, que por el origen o propiedad del barco. En el abismo marino no ondea la bandera de nadie. El tesoro hundido, ¡válgame Dios!, despierta más curiosidad que el destino de la tripulación que el Mediterráneo ahogó.

Nadie sabe cuántos pecios descansan en el fondo del mar. Hay más que barcos en la superficie. Dicen que más de un millón de naves forman esta flota póstuma. La historia está enterrada con ellos en las profundidades. En este enorme museo, el único público son los peces, los caballitos de mar, las medusas y a veces algún expoliador se atreve a sumergirse con el propósito de apoderarse del tesoro que ha quedado en las entrañas del barco. También las embarcaciones mediterráneas que se han quedado en otros mares lejanos son parte de nuestro patrimonio: la *Santa María* de Colón, por ejemplo, se hundió en las cosías del Nuevo Momio, el 24 de diciembre de 1492, el día de Nochebuena, cerca de Haití, a la que el gran navegante llamó La Hispaniola. No sabemos exactamente si esta nao era una carabela, como *La Pinta* o *La Niña*, o una carraca. Los historiadores del Mediterráneo aún no se han puesto de acuerdo.

Siempre es posible hallar pecios más antiguos que los más antiguos. En el puerto de Marsella, que era capaz de hundir todo lo que quería y retener lo que necesitaba, se sacó del lodo el barco romano *Lacydon*. Se habían conservado partes del casco, de la quilla y de la cubierta, de madera de roble verde, de fresno y de cedro libanés, incluso de pino de Alepo. Se hundió probablemente después que el famoso Pecio de Marsala, que se fue a pique en una de las batallas navales entre Roma y Cartago, no lejos de las islas Egates. También éste se conserva como trofeo y se expone a los visitantes en Sicilia, en Marsala más exactamente. Recuerda a un arcaico barco fenicio del relieve del palacio de Senaquerib en Nínive. En la costa sureste de la actual Turquía, la antigua Licia, cerca de las ruinas que han quedado de la ciudad llamada Apelae, se sitúan Kas y Ula Burun. Allí se encuentran los restos más antiguos hallados hasta hoy, con multitud de objetos valiosos que revelan las relaciones entre Oriente y Occidente. En un escriño se han encontrado joyas de ámbar del mar Báltico y escarabajos de jade de Egipto. Salvo los escritos poéticos, no tenemos más datos sobre los restos de la flota griega que regresaba de la guerra de Troya y naufragó junto al cabo de Cafereo en Eubea. En su exilio, Ovidio menciona este funesto suceso.[24] Entre los cementerios recientes bajo el mar, los mapas han destacado la Baie de Giens, en el municipio de Hyères, junto con el tómbolo, único de nuestro mar. El pecio del cristal se descubrió en el Egeo, en la bahía

que los pescadores del lugar llaman —si es que he entendido su pronunciación— Sorce Limani (bahía del Gorrión). Junto a las costas tunecinas, cerca de Mahdia, se hundió un barco griego con una magnífica colección de esculturas antiguas que adornaba el museo del Bardo en la ciudad de Túnez. En Corfú, en la pequeña ciudad de Paleokastritsa, entre otras cosas, se encontró el cuerpo de una ballena enorme, parecido a la quilla de un barco. Su esqueleto está expuesto en el vecino monasterio de San Espiridión, entre iconos, frescos y reliquias. Aquí sopla el viento fuerte del norte y el peligroso del oeste. En los alrededores se han descubierto trozos de mástil, de timón y de cubiertas. A juzgar por todo, en ese lugar pudo haber una playa a la que, después de naufragar, nadó Odiseo y, al volver en sí en la cala, vio a la «la doncella de níveos brazos»,[25] Nausica. Los pecios del Mediterráneo llevan a menudo nombres de mujer, cual viudas: Anticystera (Grecia), Mahdia (Túnez), Marzamenni (Sicilia).

En la costa oriental del Adriático no es difícil bucear hasta dos pecios insólitos, uno griego y otro romano, en la bahía de Cavtat; en los dos hay ánforas bien conservadas. En el fondo marino han terminado muchos tesoros a los que jamás llegarán los que más los desean. No se conocen los nombres de los marineros, los de los barcos se han olvidado, los pecios sustituyen a unos y otros, los nombres de los lugares donde se han hundido: Marsella y Marsala, Ula Burun y Tómbolo. Las desgracias engendran así talasónimos en los atlas del Mediterráneo.

Los mapas estratégicos indican los sitios en los que se han levantado murallas, torres, fortalezas. Estas últimas abundan quizá más en los relatos que en los atlas. Protegían puertos y ciudades de piratas y conquistadores, de agresores que llegaban por mar y por tierra para arrasar y saquear. Las construyeron el poder y la habilidad, la vanidad y la gloria. Velaban en las alturas desde las que se abarcaban grandes distancias y se oteaba bien el horizonte. Se diferencian por la forma de la construcción y por la importancia de los que las erigieron: las fortalezas venecianas son fruto de la opulencia y de la cautela, aprovecharon la experiencia y las formas bizantinas; las genovesas carecen de adornos y están sujetas a los hites; los constructores pisanos, temiendo al peligroso vecino Ligur, rara vez se abandonaban a la fantasía; las edificaciones normandas eran macizas y sólidas, fortalezas a la par que palacios; las torres catalanas y españolas introducían en su estilo una evocación de arabescos; los bastiones franceses suelen fijarse en los modelos continentales, como los que construyó Austria cuando bajó al mar; en las costas africanas, nativos y conquistadores erigieron las fortalezas de forma alterna: los

árabes sabían que el desierto era más seguro que los muros. La piedra se elegía con esmero, a veces se traía de muy lejos: a Venecia llegaba desde Istria, al sur de Italia desde los alrededores de Lecce (Cursi), a Dubrovnik desde la isla de Korčula, a las Espóradas y Cícladas, desde las mejores canteras de las islas griegas. Son raros los mapas que recogen las canteras del Mediterráneo.

En archivos especiales que pocos conocen y casi nadie investiga, existen mapas en los que se señalan teatros antiguos. Se edificaban en lugares altos, recostados en las laderas, con el escenario y el proscenio al pie de la pendiente, de forma semicircular (hemiciclo), tallados en la roca, con hileras de piedra que servían de asientos, gradas y galerías. Los hay en todas las costas e incluso lejos de la costa, en el interior. Primero los construyeron los griegos, los siguieron los romanos, luego los que imitaron los modelos grecorromanos. Merecen un lugar en la cartografía del Mediterráneo.

Los teatros no siempre se sitúan en el centro de la ciudad o del puerto, probablemente para evitar la influencia que las autoridades tienen en un espacio central. El teatro de Dionisos se hallaba al principio «en un pantano» (*en limnais*) en los arrabales de Atenas. En Siracusa está lejos del puerto, pese a que en su escenario se representaron obras de Esquilo antes que en la Hélade. A lo largo de las rutas terrestres y marítimas, en sus confluencias y encrucijadas, visibles en el mapa, están trazados semicírculos de los teatros. Además de los conocidos y mencionados con frecuencia, merecen atención, aunque sea de pasada, los que cayeron en el olvido hace tiempo: Sagalassos, Termessos, Aspendos o Cesarea. Junto a los teatros a los que la historia ha dedicado más espacio —por ejemplo los de Corinto, Mileto, Pérgamo, Trípoli (Leptis Magna)— hay que acordarse también de los diseminados y desdeñados, como los de Mantenia y Eretria, Tuga (Thugga) en Túnez y Timigad (Thamugas) en Argelia; Palmira, colindante con el desierto sirio, Patara en Licia, enterrada por la arena. He visitado Stobi, en Macedonia, en el nacimiento del Crna Rijeka (río Negro), afluente del Vardar; he visto los restos de Heraclea (Heraclea Lyncestris), por la que pasaba la *vía Egnatia*; Skupi, el actual Skopje, se derrumbó junto con su anfiteatro durante el terremoto del año 518 después de Cristo; el antiguo Lindos, hoy Ohrid, conocido por su monasterio y el lago, insólitamente azul y verde a la par. Todos estos restos emergen a la superficie cual pecios marinos. La isla adriática de Vis (la antigua Issa) y la ciudad del mismo nombre fueron colonia de una isla y de una ciudad más grande: Sicilia y Siracusa. Los siracusanos nostálgicos, en la pequeña península que los eslavos rebautizaron como Pirovo, abierta hacia el sur y al viento del sur,

edificaron un teatro parecido al que habían dejado en su patria. Es más antiguo que los de las ciudades vecinas, Salona y Naroni, Zadar o Pula, incluso que el de Hvar. Los teatros más antiguos eran de piedra: el que se halla bajo la Acrópolis en Atenas, los de Pompeyo y Marcelo en Roma, el de Epidauro en las costas de la Argólida, el *teatron*, el grande y el pequeño, de Pompeya, que la lava y la ceniza no lograron destruir. Todos éstos se han conservado mejor que otros. Algunos se construyeron con ladrillos en tiempos de penuria, incluso con madera, como un barco. En las excavaciones encontramos objetos que se utilizaban en el escenario y entre bastidores, máscaras y adornos, ménades, silenos, sátiros. En ciertos lugares se ha conservado algún epitafio, como el de Sisak, la antigua Siscia, en la tumba de un actor llamado Liburno, que fue denominado *magister mimariorum*, fallecido a finales del siglo III de nuestra era: «Morí en el escenario muchas veces, pero jamás de esta forma».[26] Las tumbas de los actores, como las de los marinos, no se ven en los mapas. El Mediterráneo entero es su Panteón.

Los mapas geológicos de la nueva era son numerosos y variados. Muestran los estratos y la composición de la tierra. Las profundidades marinas se indican en estos mapas con color azul, aquí más claro y allá más oscuro. Destacan sobre todo los escollos contra los que un barco puede estrellarse, los bajíos en los que puede encallar, las rocas submarinas capaces de hundirlo. Los constructores de pueblos y puertos, carreteras y monumentos, se han preocupado de la piedra, de cómo adquirirla, del transporte, del uso. La costa de nuestro mar conoce todos los tipos de piedra; por importancia ésta va inmediatamente detrás del mar. Se distingue por su antigüedad, resistencia y belleza. El mármol, el pórfido, el granito y el basalto son raros y más apreciados. Las calizas o las pizarras, como el yeso y la brecha, el travertino, la toba o la arenisca, están por todas partes en el karst, en montones o en lanchas, enteras o desmenuzadas, blancas, grises, amarillas. Las canteras antaño eran un bien público, competencia de la ciudad, de la provincia o del santuario. Algunas pertenecieron a los gobernantes y reyes. El Estado recogía los impuestos por su uso (*apo lithu*). En Éfeso, su protectora era Artemisa, hija de Zeus. Muchas alcanzaron fama y las mencionan historiadores, geógrafos, naturalistas del Mediterráneo, griegos, romanos, árabes.

El mármol es conocido desde tiempos inmemoriales, sobre todo el de la isla de Paros: *Lapis Parius*. Según afirma Pausanias,[27] el escultor Fidias lo consideraba irremplazable. Y la piedra del Pentelikon, cerca de Atenas —*marmor Pentelicum*—, era famosa, resistente y maleable a la vez. Con este mármol se construyeron el Partenón y los Propileos;

Praxíteles lo eligió para sus estatuas. En Naxos, en las Cícladas, se extrajo durante siglos el *marmor Naxium*, y en el Ática, en el monte Himeto, *marmor Hymettium*, según lo llama Estrabón.[28] De Eubea procedía el *marmor Carystium*, laminado y de color ceniciento. No apunto los nombres en griego sino en latín, conocido en los lugares del Mediterráneo donde escribo estas líneas.

También Prokones, en el mar de Mármara, se hizo un nombre por su piedra: se llamaba *lapis Proconnesius*. Según las palabras de un experto en arquitectura como era Vitruvio,[29] de esta isla proviene el mármol con el que se construyó el palacio mausoleo de Halicarnaso, que se convirtió en el modelo de todos los mausoleos dándoles un nombre común. Una mención merecen la piedra frigia de Anatolia (*marmor Phrygium*), granulosa y morada, y la numidia (*marmor Numidicum*), oscura y veteada, que extraían los fenicios cerca de Cartago. Fuentes antiguas citan también el *marmor Taenarium* de Lacedemonia, al este del Peloponeso, y unas lanchas gris claro de la isla de Quíos —*marmor Chium*—, con el que estaba revestido el Foro romano. Los etruscos extraían mármol de Carrara antes que los romanos, y luego los toscanos, es notoria su veta clara conocida como *cava di Michelangelo*, con la que está esculpida la *Pietà* en la basílica de San Pedro del Vaticano, y el *David* en medio de la plaza en Florencia. Con esta piedra se recubrieron, en la época de Augusto, las fachadas de la Ciudad Eterna. Apolodoro de Damasco, griego de Siria, buscó durante mucho tiempo los bloques de mármol para la columna de Trajano, lo suficientemente fuertes para resistir el paso del tiempo y dúctiles para admitir la talla con el cincel de figuras y acontecimientos, doscientos metros de relieve en espiral que loará las hazañas del emperador en Dacia y adornará la capital del Mediterráneo.

Del lejano Luxor llegó hasta el litoral mediterráneo el noble granito de color rosado. La estatua de Ramsés III era prácticamente roja, los miles de siglos no han logrado empalidecerla. Las enormes jambas del faro de Alejandría, recientemente encontradas en el mar, eran de la misma clase. A Etiopía se iba en busca de basalto, los cronistas lo llaman por eso *lapis aethiopicus*. Era difícil y caro llevarlo por tierra y por mar. Su extracción y transporte costó muchas vidas. Se desembarcaba y almacenaba en Aquileia y en Rávena, y en otros puertos, a la espera de los clientes adecuados. El pórfido venía de Tesalia, igual que el *lapis atracium*, y también del Peloponeso, un poco más claro que el *lapis porphyritus*. El mejor se traía de muy lejos, por lo general del desierto africano e incluso de las costas del mar Rojo. Lo cargaban los camellos, lo arrastraban esclavos, los barcos se hundían bajo su peso, quizá por eso se lo denominaba «piedra imperial». En esa época, el desierto en varios puntos se parecía más a la sabana. Lo

adornaban acacias y sicomoros, por él vagaban los ágiles antílopes y algún camello que otro, que se había escapado. En el Yebel Dokan, en Egipto, se descubrió una de las clases más rojas de pórfido, al que Plinio llama «purpúrea».[30] Con él se hicieron esfinges, columnas, estatuas, aras, obeliscos y especialmente sarcófagos. No se sabe dónde y cómo desapareció el sarcófago de pórfido en el que estaban depositados los restos mortales de Diocleciano; ¿lo arrojaron al mar en algún punto del litoral en Split o quizá los valacos o morlacos se lo llevaron a un lugar dejado de la mano de Dios, a la tramontana dálmata? El último que lo vio fue Sidonio Apolinar, casi dos siglos después de la muerte del emperador que persiguió con celo a los cristianos y a sí mismo se dio el sobrenombre de *Iovius*. Un destino más feliz corrieron las columnas de granito rojo que este eximio dálmata se había traído de Asuán. Si no me engaño eran doce en el peristilo de su palacio, del que se enorgullecen el Adriático, el Mediterráneo y sobre todo Split.

En el Lacio, cerca de Tívoli, se extraía un travertino de excelente calidad con el que se construyó el Coliseo, y más tarde el palacio Chigi, el Montecitorio y algunos más. Estrabón, en el libro quinto de su *Geografía*, describió que esta piedra se podía transportar fácilmente por tierra y por río hasta su destino romano. En ciertos lugares es sólida y resistente, en otros porosa e inestable. Los arquitectos y escultores como Bernini y Borromini rivalizaban por conseguir el mejor bloque, para esculpir sus figuras barrocas. (Stendhal en sus *Paseos por Roma* se lamentaba porque una parte de los edificios romanos eran de esta piedra y no de una mejor, como había visto en Istria.) Los palacios e iglesias venecianos y el inmenso anfiteatro de Pula llamado Arena se habían construido con piedra blanca de Istria. La noble piedra de la isla dálmata de Brač no se utilizó sólo en el palacio de Diocleciano, sino también en la Casa Blanca al otro lado del océano. El escultor croata Ivan Mestrović la usó en el mausoleo cercano a Dubrovnik, en el promontorio que domina Cavtat. Las murallas y fortalezas de Dubrovnik, Minčeta, Revelin y Lovrijenac se construyeron con piedra de Korčula. Con el granito antracita de Jablanica en el Neretva, llamado *gabro*, se erigió el monumento al poeta Njegoš en la cima de la montaña de Lovćen, sobre la bahía de Kotor. En el Mediterráneo, evidentemente, se pasa con facilidad del mapa geológico al geográfico, del geográfico al histórico y del histórico a la propia historia.

Hay muchos tipos de calizas, de superficie lisa y rugosa, con venas en el interior y granulosas por fuera, con vetas, estrías y hendiduras, de diferentes colores, naturaleza, antigüedad. Las mejores y más sólidas se parecen al mármol blanco y se confunden fácilmente con él. Incluso engañó al severo ojo de Plinio en la cantera de Sveti

Ilija en Trogir: *Tragarium marmore notum*, escribió el naturalista (III, 141), y allí ni hay ni hubo jamás mármol. También los herejes bogomilos llamaban «mármoles» a la piedra común que tallaban y en la que grababan con cincel sus amargos mensajes. La sílice que brilla al sol y centellea por la noche es afín a la caliza. En las rocas rojizas que abundan en el karst parece que la piedra ha desposado al mineral. Las más rojas de todas se desmenuzan en los valles y se convierten en tierra bermeja, seca y fértil.

Los volcanes han expulsado por todo el Mediterráneo lava y magma del que han surgido piedras oscuras. Los esclavos romanos las rompían con mucho esfuerzo para pavimentar con ellas las calzadas en todos los lugares del Mediterráneo.

La piedra negra encontrada a orillas del mar en Rosetta, una pequeña ciudad a la que los árabes llaman Rashid, ayudó a Champollion a descifrar los jeroglíficos. El mármol negro salvó del olvido la belleza de la reina Nefertiti. En un sarcófago azabache había yacido cuatro mil años la momia de Anjesenpaatón, la esposa y heredera del faraón. El gran cubo de piedra negra —*Hadjar al aswad*, llamada también «la mano de Alá» (*jamin Allah*)— que, según la tradición religiosa, Gibril (Gabriel) entregó a Ibrahim (Abraham) para que construyera con ella la Kaaba, probablemente procede de un meteorito. Cuentan que antaño era blanca y que se ha vuelto negra a causa de los pecados de los infieles. Según la creencia islámica, cayó a orillas del Mediterráneo directamente desde el paraíso.

Nadie ha inscrito piedras preciosas en mapas corrientes. Sus yacimientos están indicados en mapas geológicos especiales. Las piedras se guardan en tesoros y cajas fuertes. Sin embargo, su influencia perdura y se extiende. La lengua no tenía nombres para ciertos colores, y las piedras preciosas les han cedido los suyos: esmeralda, ópalo, rubí, turmalina, aguamarina, etcétera. El diamante es más duradero que el mármol o el basalto. El ónice, el jade, el lapislázuli o el alabastro claro y la obsidiana oscura evocan belleza y pasión. Algunas anuncian longura y quizá eternidad. No hay espacio suficiente para todas en este libro. Las caravanas las traían de muy lejos a nuestras costas, donde mejor se tallaban y más caras se vendían. El Mediterráneo no es la patria de todas.

Aunque no pertenece al género de piedras preciosas, el ocre también ha prestado su nombre a ciertos colores, sobre todo su matiz marrón anaranjado y rojizo. Es relativamente blando, a veces casi líquido. Los farmacéuticos la han usado, pero el lugar más visible lo ha ocupado en las escuelas de pintura, en particular en las italianas donde lo denominan *terra di Siena, terra di Umbria, rosso di Verona*.

Menos conocido es que en tiempos antiguos se usó en la construcción naval. Las embarcaciones con tres filas de remeros —las trirremes— solían estar revestidas de una pasta de ocre de la isla de Quíos. Atenas mantuvo el producto bajo su monopolio en la parte griega del Mediterráneo durante varios siglos antes de la era cristiana.

Las fronteras continentales se prolongan en las placas inabarcables del fondo del mar y a lo largo del continente. La placa de piedra es distinta de una costa a otra tanto en composición como en aspecto. En la ribera meridional, desde la isla de Zamalek, en medio del Nilo, a través de Malta y de Yerba, hasta las islas Canarias, ha tomado el color amarillento del desierto. En la occidental, desde Rodas hasta Cádiz y quizá hasta las islas Azores, diríase que es más pálida o más blanca. Las rocas, cual tez humana, tienen su propio pigmento. Exponen sus colores a la luz y a la sombra a la salida y a la puesta del sol, les entregan su brillo o su melancolía. Alrededor de todo el Mediterráneo se extiende un collar de piedra o de arena que no es otra cosa que piedra triturada.

Pocas personas se asoman a los mapas botánicos o fitológicos en los que se entrevén las fronteras de la vegetación mediterránea. Para el profano plantean más preguntas que respuestas ofrecen. El bosque de hoja perenne se reconcilia con el de hoja caduca en algunas zonas a orillas del mar; en otras, en cambio, lo rechaza. El carpe y el matorral mejor. Este último puede vivir casi sin agua en suelos kársticos. Eso no se ve en los mapas. ¿Por qué la parra ha conseguido adaptarse al invierno y alejarse tanto de la costa, y no lo han hecho la higuera, el granado o el almendro? ¿Dónde detiene y rechaza el hielo al olivo, al mirto, al limonero o al naranjo? O bien ¿hasta que altura en el mismo litoral ascienden la salvia, la lavanda o la albahaca, el romero, el hinojo y el tomillo? ¿Hasta dónde llegan las palmeras en la ribera norte y en la sur? ¿Cómo y cuán frondosos son los zarzales y matorrales? No encontramos en Marsella, Málaga, Split o Esmirna pinos con copas como coronas como los que crecen en las colinas romanas. En Palestina busqué una hierba que en el Talmud se llama *samtra*. Me atraía su nombre y su misterio. Los rabinos afirman que existe. No hay más posibilidad que creer en ella. No la encontré en las laderas del Sinaí, no aparece en los mapas del Mediterráneo, ni en los botánicos ni en los religiosos.

Los testimonios e investigaciones relacionados con viajeros y navegantes nos revelan el anhelo o la necesidad de contar lo que se ha visto, descubierto y vivido, de apuntarlo en el diario de navegación o

en un mapa. Los que más pasión ponen en los viajes y travesías no siempre alcanzan a escribir todo lo que han visto ni todo lo que han aprendido. A menudo, el viaje les resulta más importante que su relato posterior. Marco Polo, sólo en la prisión, dictó sus memorias a Rustichelli (Rusticcianu), escritor de Pisa que las apuntó con bastante parquedad en un idioma que no conocía lo suficiente. Tampoco Ibn Batuta logró terminar su *rihla*: hablaba para la pluma de Ibn Yuzai al Kaldi, el cual, según los expertos, estilizó ciertos capítulos conforme a sus ambiciones literarias. Colón escribió cartas en las que casi no hay descripciones. Están destinadas sobre todo a aquellos de los que dependía la travesía, los que la habían posibilitado o respaldado. Su diario de navegación resultó un tanto exiguo. Sus coetáneos ni siquiera lo conocían. Más y mejor escribía su compañero de viaje en otra travesía, el citado Juan de la Cosa. Los capitanes dejaron el protocolo a sus asistentes. Antonio Pigafetta describía en francés el Mediterráneo para Magallanes. Recuerdo su descripción del pez de dientes afilados, sus espasmos desesperados, su última sacudida. El historiador João de Barros acompañó a Vasco de Gama; sin él la gloria de Portugal habría sido significativamente menor. Hay más ejemplos. Los grandes viajeros se entregaban por completo al viaje, el resto no era tan importante. Esta pasión se manifiesta en los mapas, en los antiguos más que en los nuevos, en el Mediterráneo antes que en cualquier otra parte. De este modo, el mar en el mapa y el mar en sí mismo se convierten en uno.

La pasión con la que se confeccionaron algunos mapas es bastante conocida. Menos afamado es el componente galante en este trabajo. Mademoiselle de Scudéry es la autora del clásico *Mapa del amor (Carte du tendre)*, una obra que a veces los traductores titulan *Mapa del corazón*. Se trata de una suerte de portulano novelesco que se sirve de imágenes, lecturas y moralejas. Lleva como subtítulo *Historia romana* (1654). Los lugares indicados en el mapa central ostentan nombres insólitos: Infidelidad, Ligereza, Orgullo. El río de la Inclinación sin explorar desemboca en un mar agitado, que la autora denomina mar Peligroso. En el centro se sitúa la gran isla de la Indiferencia. Alrededor —allí donde el amor se transforma en pasión— se halla el topónimo de Terra Incognita. También se mencionan las Columnas de Hércules que, en el extremo del Mediterráneo, anuncian al mismo tiempo viaje, partida y quizá despedida.

Los mapas catastrales que se guardan en los archivos de las ciudades litorales confirman también ciertas relaciones entre la tierra

y el mar. Las propiedades que se indican en ellos se acercan hasta el borde de la costa, ocupan más o menos lugares idóneos, comunican mejor y con más facilidad con el entorno. Las parcelas que están expuestas al viento y a la intemperie, allí donde las relaciones entre el mar y la costa no se han resuelto, a menudo cambian de propietario, algunas están abandonadas, quizá por el temor de que el mar las invada y anegue, y se las arrebate al dueño y señor. En algunos ejemplares (los encomie en el pequeño museo municipal de Trogir, junto al palacio Cipiko), los escribanos del catastro habían pintado con colores distintos los perfiles y las superficies del mapa. No diría que lo hicieron para distraerse. Se trata, probablemente, de otro impulso: el de destacar la posición del terreno frente al mar, de la propiedad frente al Mediterráneo.

Las tarjetas y postales con ilustraciones (motivos marineros, viajes en barco, estampas de verano) se guardan en los baúles y escriños familiares, igual que las fotografías antiguas en blanco y negro, marrones, color sepia. Es difícil clasificarlas, pero merecería la pena, también tienen su parte en nuestro conocimiento del mar y del litoral, en el recuerdo de uno y otro. Están descoloridas como los viejos mapas geográficos. Recuerdan cómo antaño se accedía al mar, se buscaba el descanso en sus orillas, se esperaba una aventura, cómo eran los paseos marítimos o los muelles, los barcos fondeados (ya aparecen los de vapor), los paisajes de alrededor, una escena de playa, un acontecimiento en el puerto, la historia de una bañista en la bahía. Las fotografías no son mapas (lo mencionan y subrayan los cartógrafos), pero a veces los sustituyen o amplían. En ellas vemos el mar y hasta dónde se extiende, lo conocemos y reconocemos a la vez. Los álbumes de familia han sido para muchos de nosotros los primeros atlas del Mediterráneo: el mar la víspera de encontrarse con el mar.

El vizconde Ferdinand-Marie de Lesseps conoció a los primeros fotógrafos. Quería que hicieran un seguimiento de las excavaciones del canal de Suez. Pero junto a los lagos Amargos, y los de Ballah y Timsâh, en las obras de Port Said y de Ismailía, las modestas cámaras de entonces no podían hacer solas el trabajo. En el Museo Naval de París están expuestos cuadros parecidos a fotografías: *Sector sexto de las obras en Ismailía, Las aguas del Mediterráneo llegan al lago Timsâh*, y otros por el estilo, más valiosos como documentos que por la pintura en sí. En ellos, el canal se ve bien, se distinguen con claridad las partes del istmo que antaño excavaron los prisioneros del faraón Neko o los súbditos de Ptolomeo II Filadelfo, unos fosos que posteriormente ordenó enterrar el califa abasí Abu Yafar al Mansur con arena del desierto. Said Bajá, al que la Sublime Puerta había colocado en el

trono de Egipto, amigo de Lesseps, tuvo que luchar, entre otras cosas, con el obstáculo de la fe. En el Corán se lee que Alá puso «una barrera entre los mares».[31] Cuando finalmente se abrió el canal, el mar interior se convirtió en un estrecho, un paso entre dos océanos. La mano humana cambió también el mapa del Mediterráneo y su imagen.

Las migraciones de las anguilas y sus caminos están inscritos en un instinto que contiene una suerte de mapa según el cual se desplazan los bancos de peces. El cuerpo de la anguila es alargado y flexible, la cabeza afilada y pequeña en relación con el cuerpo. ¿Quién sabe dónde podría estar trazada esa especie de mapa en su cerebro o en ella misma? Y ese mapa, sin embargo, es exacto y ancestral. Estos peces serpentiformes recorren miles de millas, por aguas dulces y saladas, desde el océano a nuestras costas y a las desembocaduras de los ríos y de los lagos cercanos. Llegan a los lugares donde estuvieron sus antepasados y regresan al punto de partida. Este es uno de los misterios del Mediterráneo, que la cartografía por sí sola no puede descifrar.

En los centros de medicina de la Antigüedad, griegos, romanos, árabes, europeos, entre los que destacaban en el Mediterráneo Salerno y Montpellier, en ciertos mapas, aparecen señaladas las zonas en las que arrasaban las enfermedades infecciosas y pandemias, en particular la sarna, la peste, la peste negra. Por desgracia, no he podido encontrarlos. En la costa no siempre se logra encontrar lo que se busca. En el Mediterráneo hallamos primero lo que no nos esperamos.

Entre los diversos tipos de silencio existe el silencio del mapa: zonas que omite, descubrimientos que no muestra, propiedades que no reconoce. No se debe sólo a causas de naturaleza técnica. El silencio no suele ser una característica del Mediterráneo.

De una época a otra cambiaban los colores de los mapas. No sé con exactitud cómo eran los más antiguos. Si entretanto han palidecido o se han apagado. Probablemente dependían de la base sobre la que se extendían. De las *Tabulae* de Ptolomeo sólo nos han llegado planos en blanco y negro cuyas hojas se han ajado y amarillean. Diversos maestros han querido devolverles los colores y revivirlos. Los rodeaban de rubios niños renacentistas que llamaban *putti*, parecidos a angelitos; el aliento que exhalaban sus bocas

semejaba espuma o una pequeña llamita. Al abandonar la Edad Media, los continentes empiezan a distinguirse más por el color, según el origen de los cartógrafos, los encargos que debían satisfacer y, a veces, las órdenes que debían cumplir. África solía ser amarillenta y amarillo-amarronada, como su desierto y su arena. A veces el Tell o el Yebel eran más oscuros, más o menos pardos. Asia Menor, por lo general, era marrón y amarilla. Tierra Santa destaca sobre los alrededores: muy pronto se le aplicó el índigo. Junto a La Meca y Medina a veces se dibuja una media luna con la estrella. Europa a orillas del mar es más clara, tierra adentro más oscura, y el interior del continente es variopinto. Sólo el mar en algunos sitios es azul claro, sobre todo en las zonas de bajura, y azul oscuro o apagado en las zonas profundas y en alta mar. También las islas son de colores distintos: el color de vez en cuando reemplaza al nombre y sirve como una especie de topónimo. Una isla desvaída no es importante, blanca no es significativa, ambas se clasificaban bajo el término común de *terra incógnita*. Las islas pintadas con colores muy vivos parecen piedras preciosas. Suelen ser redondeadas, llanas, simétricas. Como si se quisiera indicar que en ellas o en sus proximidades se encuentran tesoros, quizá corales o el vellocino de oro. Las islillas cuyos contornos son sinuosos, afilados o angulosos ocultan cierto peligro, como un laberinto mítico, Dédalo, Polifemo, quién sabe. Un cartógrafo a menudo dibuja una elipse, un círculo o un cuadrado, y le otorga un significado que los no versados no pueden descifrar fácilmente. Los archipiélagos pequeños y armoniosos prometen la salvación, pero los desparramados y achatados advierten de que no es recomendable navegar por allí. En algunos lugares se vislumbran puntos negros, manchas, tachones. No suelen ser islas, sino escollos, arrecifes, rompientes. Los barcos colisionaban con ellos, las tripulaciones no podían alcanzarlos y si lo conseguían no disponían allí de agua para beber y sobrevivir. Sólo pueden subsistir en esos peñascales las cabras, llegadas Dios sabe cómo a las rocas abruptas del Mediterráneo; por la mañana lamen el rocío de los parvos pétalos y de las briznas de hierba, de la ancha hoja del agave, y así mitigan la sed que durante el día y al sol las atormenta y agota.

Los autores de mapas y portulanos no siempre navegaron por mares ni atracaron en puertos. Algunos se contentaron con los escritos que dejaban viajeros y aventureros, con las obras que conservaban la historia y la geografía. El patrimonio literario ha conservado la epístola escrita en latín, titulada *Itinerarium*, que Petrarca envió en la primavera de 1358 a su amigo Giovanni Mandelli. Admitía que no se atrevía a embarcar y partir a Tierra Santa en peregrinación porque

temía al mar. Deseando, sin embargo, acompañar al amigo «en el alma»[32] describió un viaje que jamás había hecho, una travesía por el Mediterráneo que no existía.

El poeta parte de Génova, desciende a lo largo del mar Tirreno, costea el litoral ligur, toscano y pontino, pasa junto a Elba e Isquia, a las que denomina Ilva e Isola, sucesivamente, mencionando que esta ultima amano se llamaba Inarime. Arriba a la costa de Sicilia, deja «el Etna a la derecha». Visita lugares y localidades como Scalea, Motona, Malea y Corona, que hoy ya no se llaman así. Luego vira el timón hacia el Peloponeso y Corinto, a las Cícladas y Espóradas, al mar Egeo y al Jónico, para alcanzar así la orilla oriental del Mediterráneo.

Petrarca no menciona sólo islas, puertos o ciudades, sino también las fortalezas de Meloria y Motrone, y las torres pisanas, derruidas ya, y los faros antiguos —de Mesina, Miseno, Alejandría— que no alumbran desde hace mucho. Se acerca a los ríos y a sus desembocaduras, al Averno, cerca de Cumas, al «río Delgado» y al «Helado» (*Gelidum*), que han cambiado de nombre y de cauce. Habla de vientos y de su naturaleza y fuerza, como hacen los autores de portulanos. Compara los nombres que usan los navegantes (*nautae*) con los que utiliza el pueblo (*vulgus*), los distingue de los nombres conservados por la tradición clásica. La epístola menciona también lugares míticos: el cabo de Miseno (*Misenum*), en el extremo de la costa de Campania, llamado así en honor del insigne trompetero frigio que acompañó a Eneas y se ahogó en las cercanías, la bahía y ciudad de Baia, también en Campania, adonde gustaban de acudir los romanos por las termas sulfúreas medicinales y para divertirse, Cumas, denominada también Herofile, donde se instaló la Sibila de Virgilio, Gaeta, que oculta la tumba de san Erasmo y, entre otros monumentos del Mediterráneo, el famoso hospital de los Caballeros de Rodas y el monasterio de Santa Catalina en el Sinaí.

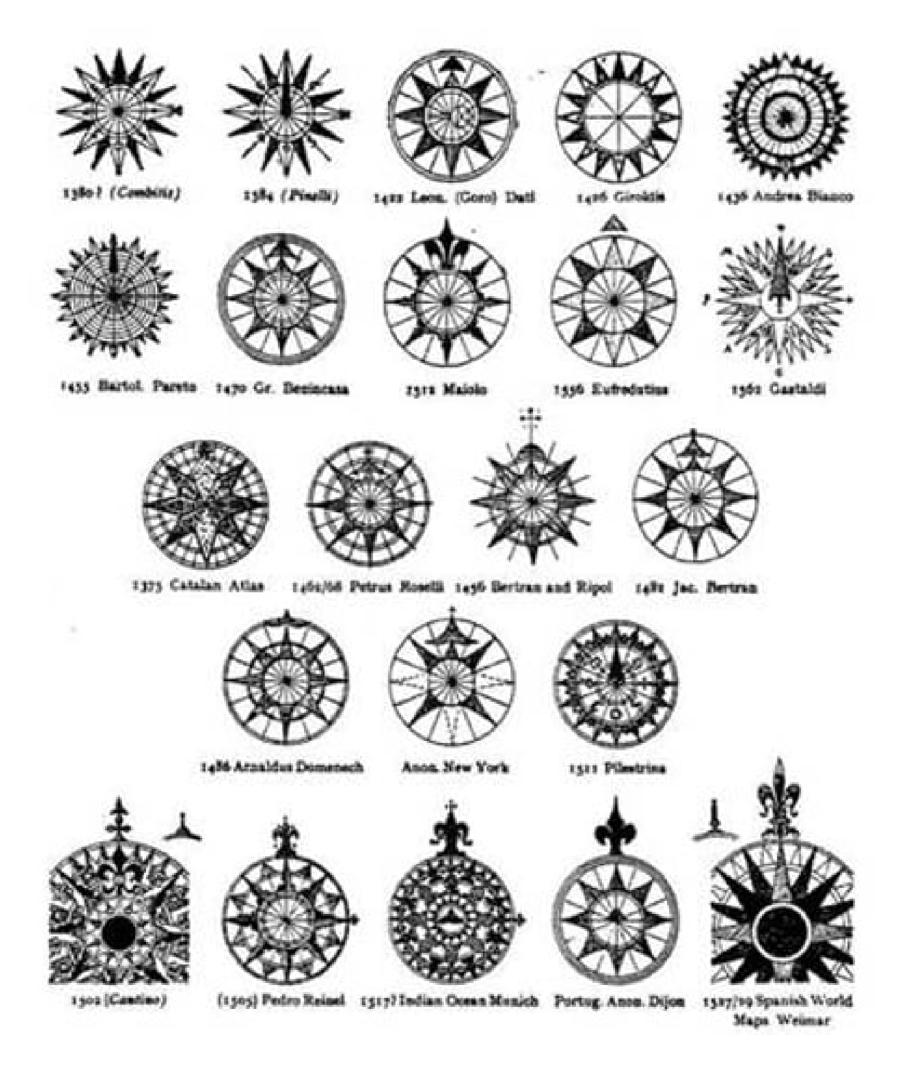
A Petrarca le asombraba que los historiadores y, sobre todo, los poetas hubieran descuidado estos lugares. Para los últimos citados incluso encuentra justificación: quizá no se trataba sólo de negligencia (*desidia*), dice, sino del hecho de que la «riqueza de estos lugres no se había explorado ni conocido lo suficiente».[33] Al final recuerda a su amigo que tampoco él escribe la historia, sino que describe lugares.[34] De manera que tenemos un portulano surgido sin navegar, basado en los libros leídos, concebido «en el alma». Son pocos los viajeros, sobre todo escritores, y más los poetas, que no han estado tentados de escribir o cantar así las costas del Mediterráneo que no han recorrido, aborreciendo las olas, sin exponerse a los vientos, temiendo al mar.

Los coleccionistas de mapas antiguos se reúnen en varias

ocasiones. Asistí a una de sus reuniones en Amalfi. En esta pequeña ciudad de gran tradición marinera se conmemoraba el aniversario de la muerte de Leo Barow, emigrante ruso, quizá el mayor cartógrafo del siglo XX. Su verdadero nombre era Leonid Barov, nacido en 1881, en San Petersburgo, fallecido en el extranjero en 1957. Lo conocí por casualidad hacia el final de su vida. Durante décadas, con enorme esfuerzo, editó la revista geográfica *Imago mundi*, trasladándose con ella de un país a otro, como un nómada. En su honor se organizó la exposición «Rosas de los Vientos» y se celebró un debate en torno a ellas, del que he tomado algunos datos para mi diario de navegación. (También tomé de esa exposición el cuadro comparativo de las primeras rosas de los vientos que publicó *Imago mundi.*) Hablaron muchos participantes, desde expertos hasta autodidactas como los que ya han encontrado en estas páginas. Todos concluyeron que no podía demostrarse con exactitud si fueron los amalfitanos los primeros que dibujaron la rosa de los vientos en sus mapas, como suponía Crescentio. Es muy probable que la conocieran, al igual que la brújula, antes que sus rivales de Nápoles y del golfo de Tarento. No existen datos convincentes para creer que la copiaron de los árabes (en los mapas de Al Idris no aparecen) o de los normandos, pero tampoco puede negarse. En la famosa *Carta Pisana*, un portulano de pergamino de finales del siglo XIII, hay dos intersecciones de rectas, una junto a Cerdeña, la otra en Rodas, pero eso todavía no son auténticas rosas de los vientos. Igualmente, Nordenskiöld afirma, en su *Periplo*, que los portulanos más antiguos no tienen rosa de los vientos. Aparece en el *Atlas catalán* de 1375 y, a juzgar por los datos, es la primera que conocemos. La diáspora judía en esa época, antes de la expulsión de la península Ibérica, mantenía contactos asiduos con los puertos de África y Asia Menor, sobre todo con Jaffa y Haifa. En las antiguas civilizaciones, se señalaban los puntos cardinales con colores. Según ciertas fuentes, los jázaros señalaban así los vientos. ¿Es posible que los colores en las rosas de los vientos guarden una lejana relación con el recuerdo de los puntos cardinales? Al principio en estas rosas, en los mapas del Mediterráneo predominaban los colores negro, rojo y verde; luego vinieron otros, intermedios o arbitrarios, que respondían más a la vista que a la memoria.

En el poema «La Sfera», que escribió e ilustró el florentino Gregorio (Gorio) Dati o quizá su hermano Leonardo (el contencioso en torno a cuál de los dos es el autor de «La Sfera» no es aquí importante), se loa la rosa de los vientos. Unos la consideran un emblema, pero no es sólo un emblema. Otros hablan de ella como una metáfora, pero tampoco es sólo una metáfora. Desde tiempos inmemoriales se conocen obras que la anunciaban y avanzaban: un fragmento romano de mármol que se conserva en Praga, dividido en

doce o dieciséis vientos; la Torre de los Vientos en Atenas, con el reloj de Andrónico coronado por la figura de Tritón; la placa que los arqueólogos desenterraron en Asia Menor, en Sipar, en la que se representa el mar agitado con cuatro estrellas enormes; el mosaico descubierto en las ruinas de la localidad romana de Thuburbo-Majus, cerca de Cartago, en el que hay dos círculos con rayos multicolores. También se debatió sobre símbolos y signos en las rosas de los vientos, sus formas y significados, sobre escritos de astrología y calendarios, sobre la división en 4, 8, 16, 32 partes de la circunferencia o en 12 y 24 que no son sólo geográficas, sino cronológicas. Las llamadas *rosas de compás* en la bitácora, con los signos de los puntos cardinales bajo el cristal y la aguja magnética, surgieron, según parece, en los mares del norte. El capitán de altura Albert Schück las estudió durante años y las representó en sus trabajos. En la rosa de los vientos la letra T no tiene el mismo significado que el que tenía en los mapas T-O: significa tramontana, sin más, es decir, norte. El norte se indicaba con una punta o una lanza (por ejemplo, en Gastaldi), otras veces con la Estrella Polar (Stella polaris). A menudo aparecía el signo heráldico de la flor de lis. Después de las cruzadas, manifestaba el respeto a la corona francesa, y los que más contribuyeron a ellos fueron los navegantes de Aquitania. En el lado este de la rosa aparece la cruz, orientada hacia Tierra Santa y Jerusalén, el centro del mundo según las enseñanzas cristianas, santuario del Mediterráneo.



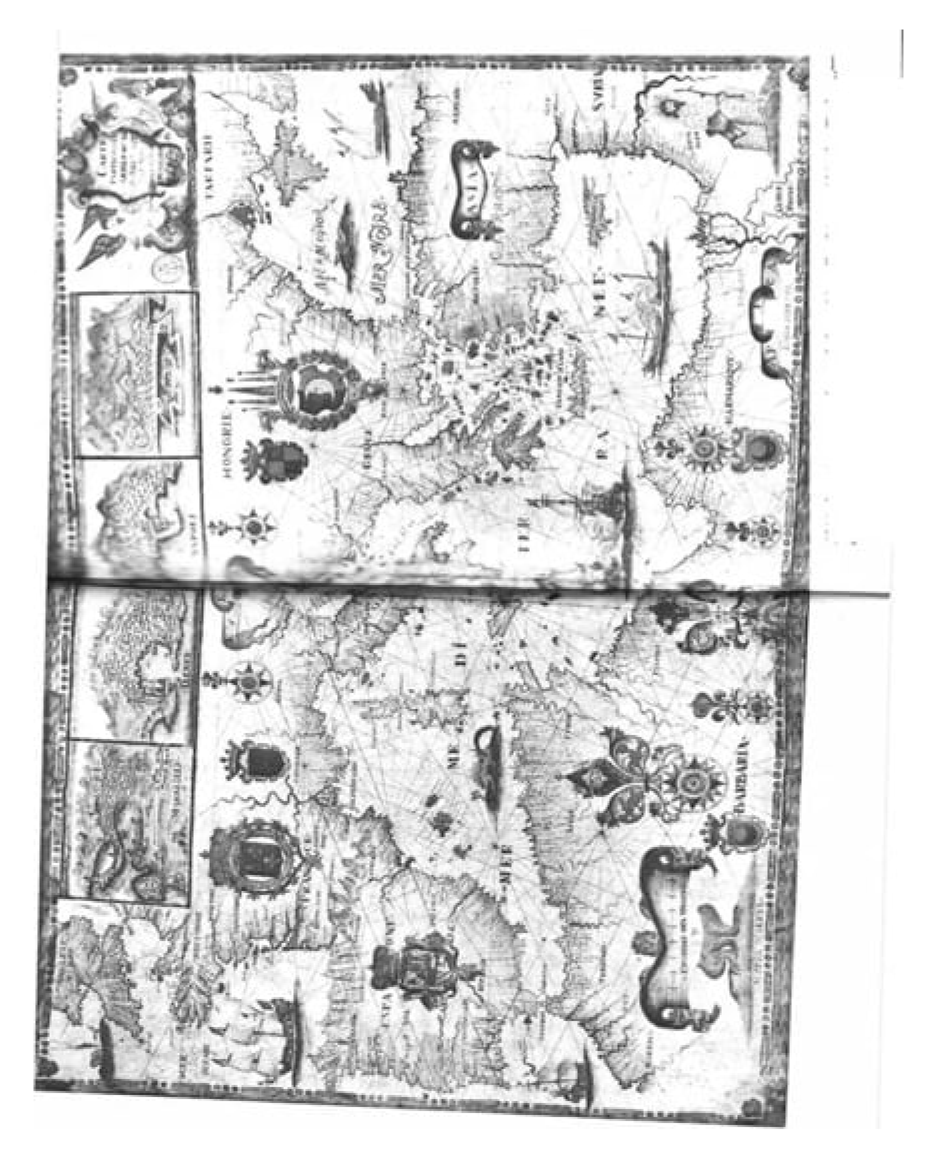
Rosas de los vientos del siglo IV hasta el siglo XVI, publicadas en la revista Imago mundi (VII, Estocolmo, 1950), expuestas en Amalfi.

Los espacios multicolores en la rosa de los vientos se llaman rombos por su forma. Los rombos con las iniciales de los vientos principales forman un círculo que en Italia se llaman *Rosone*; con la misma palabra se designa el rosetón polícromo de las catedrales. Es más difícil hacer un mapa nuevo y veraz que construir una catedral. Los pétalos de la rosa fuera del círculo se representan a veces como antorchas. Este adorno se llama *feu de joie*, que podría traducirse como hoguera de la alegría. Los cartógrafos renacentistas empezaron a reducir las rosas de los vientos o a omitirlas por completo, probablemente para disminuir el significado oculto que les atribuía la superstición. Pero acabaron volviendo al mapa; las pidieron los

marineros, creyendo que, como un amuleto o un mascarón de proa, traían la suerte o la salvación. Por eso no cabe duda de que la rosa de los vientos nació en el Mediterráneo.

En la Biblioteca Náutica Amalfitana pueden hallarse importantes libros cartográficos. Encontré también la obra de Zacharios Lillius, probablemente de origen griego, editada en 1493 en Florencia con el título *Orbis breviarium*. En fin, por desgracia, no he sido el primero en dar con un título parecido en la geografía, historia o literatura. Los teólogos del siglo pasado advertían a los autores de estos libros de que resistieran la tentación, y de un breviario corriente no hicieran un evangelio. Zacharios Lillius no resistió, y probablemente no lo hicieron muchos más. A orillas de este mar bíblico quizá es más difícil que en otra parte. Así vuelvo al principio de esta historia de mapas: cuanto más sabemos de nuestro mar, menos lo miramos solos. El Mediterráneo no es mar de soledad.

III GLOSARIO



El Mediterráneo y grandes ciudades —Marsella, Génova, Nápoles, Toulon. en el mapa portulano y corográfico de François Olive, Marsella, 1662.

Los glosarios son un género particular, filológico y literario. Pueden compararse con las sátiras tempranas: la *satura* era un cuenco o una fuente en la que se ofrecían y servían todo tipo de frutas

meridionales: *lanx satura*. Sólo más tarde, gracias sobre todo a los versos de Horacio y de Juvenal (*Saturar*), obtuvo el significado que tiene hoy día. En algún lugar ha conservado el original: en el licencioso *Satiricón* de Petronio, o a finales del siglo XVI en la revolucionaria sátira menipea. Glosadores diversos se han esforzado en demostrar o confirmar la existencia de una *koiné* mediterránea. Estos intentos no suelen tener éxito. Por lo general se suceden datos sobre el clima suave, los vientos propicios, las mareas moderadas, los puertos idóneos o las distancias cortas entre un lugar y otro: la longitud de la cuenca, nos recuerdan, apenas llega a dos mil millas de profundidad y a cuatrocientas de anchura. Ni el tamaño ni la extensión ni la antigüedad de nuestro mar están en cuestión. Se sabe que el mundo antiguo navegaba por él mientras otros miraban temerosos a alta mar. La historia del Mediterráneo ya está escrita.

Augustin Jal, navegante experimentado y lúcido diletante, compuso el *Glosario náutico*; sus dos enormes tomos se publicaron en París en 1948 costeados por el Ministerio de la Marina, a pesar de la prolijidad y fantasía del autor. El prefacio de esta obra políglota destaca que en los glosarios «caben muchos detalles, que no pueden incluirse en los tratados más amplios sobrecargados de notas» (página 9). Las glosas que siguen, expuestas en la antigua bandeja, a veces ayudan a que de la historia se haga relato. Me gustaría no sólo dirigirles hacia las fuentes de las que he bebido, sino también presentarles a los compañeros de viaje que he encontrado navegando por el Mediterráneo, que me han ayudado, aconsejado y salvado.

El material de este periplo está dividido en tres partes. En la primera predominan las descripciones, en la segunda las imágenes, en la tercera los conceptos: *breviario, mapas* y *glosario*. El mismo viaje se desarrolla primero en los lugares que he visitado, luego en los mapas que he visto y por último en los libros que he leído. Algunos temas o sus variaciones se repiten necesariamente. Lo exigen la materia y su complejidad. Hay que aproximarse a él desde varios puntos, usando la escritura apropiada y el discurso conveniente. Diversos registros, estratos o palimpsestos, uno al lado de otro, enlazados, horizontales y transversales, ayudan a penetrar más profundamente en el mar, en su pasado y en la historia. Hay muchas costas que desearíamos descubrir, islas que visitaríamos, golfos en los que echaríamos el ancla. He seguido las enseñanzas del viejo Ptolomeo que luego repitieron Ibn Jaldún y Mercator: nos servimos de los testimonios de los que han estado allí donde nosotros no lo hemos hecho, y visto lo que no hemos visto nosotros. Esto no es un glosario del Mediterráneo, sino sólo de un breviario.

«El Mediterráneo posee varios nombres en los diferentes países que baña», menciona Mercator en su Atlas.[35] Las denominaciones dependen de la posición del mar, de la relación con la costa y con sus habitantes. Los pueblos antiguos, como los egipcios y los sumerios, llamaban al Mediterráneo mar Superior, por la posición que ocupa respecto a ellos. También en la Biblia tiene varios nombres: Gran Mar (*iam hagadol),*[36] Último Mar (o el mar que está detrás, *iam ha-aharon)*[37] mar de los Filisteos (*iam p'lishtim).*[38] A veces bastaba con decir el Mar, y se sabía de qué mar se estaba hablando. La palabra semítica *iam* señalaba todas las grandes aguas: los ríos, los lagos y los mares, en especial el Mediterráneo.

Hecateo y Heródoto lo llaman el Gran Mar, igual que los focenses y los fenicios que, probablemente, fueron los primeros en circunnavegarlo. En la *Historia de la guerra del Peloponeso*, Tucídides lo llama mar Helénico[39]. Para los griegos es «nuestro mar». Los romanos y luego otros pueblos tomaran esa denominación. Platón, más prudente, dirá: «el mar a nuestro lado» (*par'hemin thalass)*[40]. En un tratado atribuido quizá erróneamente a Aristóteles, nos topamos con el término decisivo de mar interior (*thalassa),*[41] por oposición con el exterior, el Océano. De este nombre surgiría más tarde el nombre del Mediterráneo.

La filología nos revela parte de la historia de nuestro mar. El adjetivo mediterraneus no era noble cuando empezó a utilizarse. Festus, el gramático de la Edad de Oro, proponía en su lugar *mediterrus*, pero son pocos los que escuchan estas recomendaciones cuando palabras concretas comienzan a utilizarse a menudo, y esto sucede en la época en la que Roma se convierte en una potencia marítima. El epíteto *meditullius* (surgido de *tellus*, 'tierra'), probablemente del griego *mesogaios*, que viene a significar 'entre tierras', se había quedado ya arcaico. *Mediterraneus* indicaba un espacio en el continente rodeado por todas partes de tierra, en oposición a *maritimus*. Cicerón designa a los continentales como «los hombres más mediterráneos» (*homines maxime mediterranei).*[42] El sustantivo *mediterraneum* señalaba el interior (por ejemplo, en plural, *mediterránea Galliae* son las regiones continentales de la Galia). Puesto que el «mar interior» está rodeado de tierra, el mismo epíteto empezó a vincularse a él. En este sentido lo utiliza Solino en sus compilaciones de geografía y relatos[43] que el mundo antiguo leía con curiosidad ya en su ocaso y durante casi toda la Edad Media. Isidoro de Sevilla tomó este adjetivo general y lo convirtió en nombre propio: «El *Mare*

magnum fluye desde el océano por el Occidente, se alarga hacia el mediodía, y, finalmente, se extiende en dirección al norte. Se denomina *Magnum* porque, comparados con él, todos los demás mares son más pequeños. Se lo conoce también como Mediterráneo, porque, por medio de la tierra, se dilata hasta Oriente, separando Europa, África y Asia».[44] Y así nuestro mar, gracias a la autoridad de este santo y polígrafo cristiano, se llamará Mediterráneo. Es difícil determinar cuánto ha contribuido a ello la *Colección de hechos memorables* de Solino. El océano recibió el nombre por la figura mítica del hijo de Titán. El Mediterráneo es más real que el mito.

Los griegos tenían varios nombres para el mar: hals es 'sal', el mar como materia; pelagos es 'alta mar', el mar como escenario; pontos es el mar como extensión o camino; *thalassa es* el concepto general (de origen desconocido, quizá cretense o micénico), el mar como experiencia o suceso; *kolpos es* el 'seno' o 'amparo', y de una manera familiar indica la parte del mar que abraza la costa, la cala o la bahía; *laitma es* la profundidad marina, apreciada por los poetas y los suicidas. En los textos de diversos narradores, todos estos términos se añaden uno a otro, de manera que así compuestos multiplican su propio significado: materia-presencia, profundidad —extensión, camino-alta mar, escena-suceso, y de este modo hasta el infinito, como las mismas formas del mar se completan y se trasvasan de una a otra. Esto revela la abundancia y la riqueza de experiencias que los antiguos helenos alcanzaron viviendo en el Mediterráneo, navegando por él, celebrándolo y temiéndolo.

Los romanos fueron más parcos en la experiencia y en la terminología. El vocablo *mare* —que comparte con muchas otras lenguas indoeuropeas; por ejemplo, con las eslavas— indicaba en los principios remotos y oscuros todas las aguas: las del mar, de los lagos y de los ríos. Posteriormente, imitando los modelos helénicos, los escritores romanos usaron los préstamos *pontos* y *pelagus*, o bien daban significados griegos a palabras latinas (*sal, salum, aequor*). En sus metáforas y figuras descubrimos a veces modelos continentales: *campi aequorei*, así se definía alta mar. En Virgilio nos encontramos con la comparación de navegar con arar.[45] Los pueblos del Mediterráneo se diferencian también por cómo denomina cada uno su mar y por cuán cerca les está.



Padre Philippe Briet, Roma, señora de los pueblos, *París, 1687.*

Los árabes y —tras ellos— los turcos llamaban al Mediterráneo mar de Rumelia, es decir, bizantino-romano: al bahr al rum. Ibn Jaldún lo llama también sirio en varios puntos de su obra *Al Muqqadimah*. Así lo llama Al Idris, en el *Libro de Roger*. La palabra *al bahr* significaba además todas las extensiones grandes de agua y lo que quizá era más importante aún: el Nilo. Se conservó el antiguo término semítico *al iam*, arcaico y excesivamente literario. Los filólogos musulmanes tradujeron a sus lenguas el nombre común del Mediterráneo que había acuñado el etimólogo cristiano: *al bahr al mutawisit.*

El mar tiene un género distinto de costa a costa: en latín y en las lenguas eslavas es género neutro, en italiano es masculino, en francés femenino, en español puede ser masculino y femenino, en árabe tiene dos nombres masculinos, en griego cuando se acumulan varios términos puede pertenecer a todos los géneros. Es difícil trazar el límite entre un mar y otro: de cualquier modo, las fronteras marítimas son diferentes de las terrestres. En cuanto se intentan dibujar aparece la parcialidad para con el propio mar. Según un antiguo proverbio griego, el que cruza el cabo Maléas, en el extremo del Peloponeso, abandona su patria. «Nuestro mar tiene grandes ventajas en todos los sentidos sobre los demás mares —escribió Estrabón— y por él hay que empezar.»[46] En la *Ilíada* se mencionan sólo dos mares: el de Tracia y el

de Icaro. En la *Odisea* no hay nombres especiales, cualquier mar es el mar. Cuando se trata de mares de otros países se plantean diversas preguntas que reciben diversas respuestas. «¿Es hermoso el mar de otras tierras?», se pregunta el poeta Fernando Pessoa en el poema *El marinero*. Muchos responden a esa pregunta negándolo o ni siquiera la hacen. «Sólo el mar de otras tierras es hermoso»,[47] a veces es la respuesta de los que han navegado, aunque no sea más que en la imaginación, desde el Mediterráneo hacia los mares del Nuevo Mundo.

El nombre del mar se pronuncia de vez en cuando con un tono de admiración o de miedo, cuyo significado es imposible expresar con palabras. En la *Anábasis*, Jenofonte describió cómo los soldados griegos, después de un largo vagabundear por tierra, empezaron a gritar de júbilo al divisar el mar: «*Thalassa! Thalassa*! [¡El mar! ¡El mar!]. Estas palabras iban de boca en boca. Todos corrieron hacia él... empezaron a abrazarse unos a otros, llorando».[48] Todos veían el mismo mar, cada uno veía el suyo. Esa escena se repite quizá desde el primer encuentro del hombre con el mar, parte del significado se manifiesta en la exclamación y en el entusiasmo, más aún en el grito o bien en el quejido, en expresiones para las que las palabras no bastan. En este punto se diferencian los que han visto el mar por primera vez de los que lo reconocen, los que lo ven de nuevo y los que regresan a él. Para algunos todo encuentro con el Mediterráneo es el primero y laminen repetido, depende del mar y de nosotros mismos.

El mar es absoluto; sus denominaciones, relativas. A esta conclusión nos conduce Jal. Al Mediterráneo lo llamaron también mar del Norte y del Sur. Heródoto, al viajar por Egipto, lo vio en la parte norte y por eso lo denominó *boreia thalassa.*[49] El nombre de mar del Sur lo encontramos en los mapas renacentistas, incluso en el poema geográfico «La Sfera» de G. Dati: *Mare del Sud*. En el principio de *Orlando Furioso*, Ariosto escribe *d'Africa il mare*. En las civilizaciones en las que los puntos cardinales se marcaban con colores, nuestro mar se denominaba Blanco. Los árabes conservaron el término mar Blanco (*al bahr al abyad*), con este color se designaba el oeste. También los turcos lo llamaban así (*Ak deniz*). En las antiguas canciones populares de los eslavos del sur el mar, además de azul, puede ser blanco, y no sólo cuando las olas están encrespadas. Igualmente en el griego moderno esta denominación no es desconocida, aunque se diferencia de la tradición helénica. El mar Rojo (*Erythros pontos*) en otras épocas abarcaba todo el océano Índico: con el color rojo se señalaba el este. El actual mar Rojo para los antiguos egipcios era el mar de las Cañas (*iam n'shari*), como lo recoge el *Lexicon copticum* de Amadeus Peyron hasta 1835.[50] Al Mediterráneo, contemplándolo seguramente desde el

Nilo, lo llamaban «Muy Verde»: más verde desde la desembocadura del gran río, a menudo turbio.

El Mar Negro (Pontos Euxeinos) tiene una etimología insólita: el adjetivo euxenos, que significa ‘hospitalario’, sustituyó a axeinos (‘inhóspito’), porque así se lo pareció a los que buscaban el Vellocino de Oro. Según parece, se trata de una etimología popular que dio un nuevo significado a la palabra *akseana* (oscuro, negro) del antiguo persa. Con el color negro a veces se indicaba el norte. En la Cábala hallamos testimonios de los diferentes significados de los colores. En zonas de los Balcanes, en las costas mediterráneas y en sus cercanías, existen topónimos e hidrónimos en los que, probablemente, se ocultan direcciones o puntos cardinales: los ríos Crni y Bijeli Drim (Drim Negro y Drim Blanco), cuyas aguas son idénticas, igual que los Crni y Beli Timok en Serbia o los Crni y Beli Iskar en Bulgaria. Es posible que pasara lo mismo con Crna Gora (Montenegro) y Albania (*alba, blanca*), con la Croacia Roja y la Blanca (*Croatia Rúbea —Dalmatia Superior, Croatia Alba— Dalmatia Inferior*), que se mencionan en la crónica del pope de Dioclea, al que solemos llamar pope Dukljanin. En la otra ribera, el Nilo Blanco y el Azul, antaño denominado también Verde, nos conduce a interpretaciones similares. La Costa Azul (del árabe *arzak*, que significa azul) sería en este caso una indicación geográfica y no una metáfora del color azul. Suposiciones audaces de ciertos paleo —lingüistas representan a los pelasgos o pelastos, los antiguos pobladores de la Hélade, como «el pueblo blanco», que transmitió su nombre al «pelágico», es decir, el mar blanco. Estas teorías son propias de las costas del Mediterráneo.

El mar, visto desde la costa y desde un barco, con diferentes colores, con todos los matices de azul y verde, de plata y oro al claro de luna o al sol, límpido como el cielo de las metáforas de Virgilio (*caeruleum mare*), oscuro como el vino en los epítetos homéricos (*oinors*), se compara con el aceite y la sal. Nuestras ideas o divagaciones han contribuido a que unos nombres se acepten y gusten y otros se rechacen y detesten. Todos son parte del idioma con el que hablamos del mar, con la ayuda del cual nos esforzamos por descifrar su naturaleza. Borges escribió en su poema «Singladura», incluido en el poemario *Luna de enfrente* de 1925: «El mar es un antiguo lenguaje que ya no alcanzo a descifrar». He tenido estas palabras en la mente mientras investigaba las denominaciones del Mediterráneo y escribía las páginas de *Breviario mediterráneo*, así como al añadirles este glosario en particular.

Una serie de mares pequeños forman el Mediterráneo. Ya observó Isidoro de Sevilla que estos toman el nombre «de las regiones» o «de los pueblos» (*«a gentibus: Tuscum, Lingusticum, Dalmaticum*», etcétera), «de las islas», «de los destinos humanos», «de los recuerdos de reyes», «de las costumbres de los habitantes», incluso «del paso de los bueyes» (a *bovis transitu).*[51] Muchos nombres para mares pequeños en el mar Grande o Nuestro Mar: como si todos desearan que su mar sólo fuera suyo. En tiempos remotos llevaban nombres propios: mar de Fenicia, de Cilicia, de Lidia, de Icaro; más tarde de Alborán, de Biban, de Baleares, de Génova, de Tarento, de Marsella, el mar Superior y el Inferior, el mar de Candía, de Morea. Los nombres han cambiado. El Adriático para Apolonio de Rodas no era más que el «golfo Jónico», mientras que para Estrabón el mar Jónico era parte de «lo que llamamos golfo Adriático».[52] Según los *Hechos de los Apóstoles*, san Pablo navegó por el Adriático, que en aquella época se extendía hasta Creta y Malta,[53] y en algunas copias de los mapas de Ptolomeo incluso hasta las costas de Sicilia. El rey croata Petar Kresimir llama al Adriático, en un documento de 1069, «*mare Nostrum Dalmaticum*». Así lo llama también el emperador y cronista bizantino Constantino VII Porfirogéneta.[54] En su libro de viajes (*Seyhatname*), el viajero turco Evliya Çelebi le da dos nombres: *Venedik Korfezi* (golfo Veneciano), como se llamaba en su época, y *Korfez Deryasi*, como lo denominaron los turcos en otros tiempos siguiendo el modelo persa. Según Heródoto, los focenses, que navegaron hasta las costas occidentales del Mediterráneo y quizá más lejos, descubrieron el Adriático (*ton Adrien*) y el Tirreno (*ten Tyrsenien).*

Antes de los tiempos talmúdicos y bíblicos ya se construían barcos. No sabemos cómo eran los que amarraban en los muelles de Agadé, quizá tres mil años antes de Cristo, por orden del rey de Kish. Llegaban de puertos cuyos nombres se han conservado sólo en tablillas de arcilla: Meluja, Mogan, Dilmun… En el Antiguo Testamento, en el primer *Libro de los reyes* está escrito: «El rey Salomón armó una flota en Esiongaber, junto a Eilat, a orillas del mar Rojo, en el país de Edom. Jirán mandó para esta flota servidores suyos como tripulantes y marineros expertos, junto con los servidores de Salomón».[55] Por esto deducimos que el antiguo Israel tenía sus astilleros y que para el reino judío era más importante el «mar de las Cañas» que el Mediterráneo.

Los escritos talmúdicos mencionan diversas denominaciones para los barcos, su equipamiento y las travesías. Estaba prohibido navegar por el mar Grande desde el mes de *Sukkot*, a principios de otoño, hasta la *Hanukka*, a finales del invierno. Las pequeñas embarcaciones que transportaban mercancía y capturaban peces eran inestables. Se

llamaban *bizit y dugit*. Tenían la quilla de madera de cedro (*gashosh*), en la popa, el timón denominado *murdia* o *mardia*, en el medio un mástil con una vela (*nes y toren*). Según el testimonio de los profetas, el propio Tiro parecía un barco: «con cipreses de Sanir construyeron tu casco, con cedro de Líbano tu mástil».[56] Los barqueros se servían de remos diversos (*mashotin, manhigin*), se amarraban con fuertes cabos (*iskaria*), fondeaban en muelles seguros (*shunita*). Cerca de Cirene se encontró en el fango un ancla de plomo (*ugit*), pesada y bien conservada. Con ella habían quedado huellas de lastre de piedra y arena. Los nombres escritos en letras hebreas antiguas a veces se parecen a las cosas que significan. En épocas tranquilas y despejadas existían líneas marítimas para Alejandría, Cesarea y la Cirenaica y, después de que los legionarios pisaran Tierra Santa, también para Roma. Los Salmos loan la victoria en una batalla naval contra los egipcios.[57] Los contornos de la costa están dibujados en pergamino, en placas de arcilla, en tablillas de madera. Los navegantes disponían ya entonces de una suerte de astrolabio. Lo llamaban *mesupit*. También se llamaba así un pequeño instrumento musical parecido por su forma a la trompeta y por el sonido a una armónica. No sé si, en el Mediterráneo, en alguna otra época y lugar un instrumento musical tuvo el mismo nombre que el astrolabio.

Ya en el Fedón de Platón se habla de las fronteras del Mediterráneo. En este diálogo, Sócrates menciona «los que estamos entre las columnas de Heracles y el Fasis, habitamos en una pequeña porción, viviendo en torno al mar como hormigas o ranas en torno a una charca».[58] Las costas son en un punto el primer confín, en otro el último, pero nunca son los únicos. Los mismos mares limitan unos con otros aunque de manera diferente. Las fronteras suelen establecerse justamente según la relación del continente con el mar: *ta epithaiattia, ta parathalattia, ta paralia*, indican de diversas formas el litoral. *Epeiros* es tierra firme (como la región de Epiro), *terra firma*, como tradujeron los latinos esta palabra y tras ellos los demás. *Khersos* es la tierra como región (por ella recibió el nombre Herson, en Ucrania, no lejos de la desembocadura del Dniéper). *Eion* es costa en general, marina y fluvial. *Aigialos* es playa; esta palabra se ha conservado en el nombre del balneario de Igalo, en la bahía de Kotor. *Akte* es una costa abrupta, y el nombre del desdichado Acteón del mito deriva de ella. *Rakhia* es más escarpada aún. Los griegos tenían muchos términos; su costa es accidentada y desde ella se contempla el interior y a sus habitantes de diversos modos. La lengua griega nos ofrece paradigmas que sirven para muchas otras, no sólo mediterráneas: *epithalattidios* es el habitante del litoral, *khersaios* el continental, la diferencia entre ellos

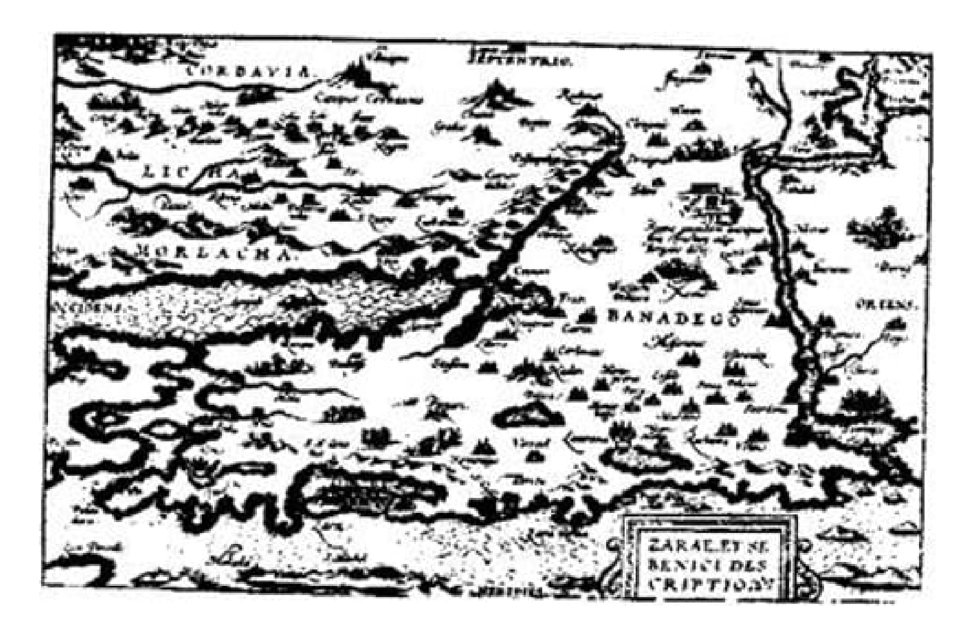
se explica en las *Leyes* de Platón.[59] Heródoto apunta la oposición entre los isleños (*nesiotes*) y los pobladores de tierra firme (*epeirotes*). En *Las ranas* de Aristófanes[60] encontramos el término característico de *athalattotos*, que viene a significar algo así como marinero de agua dulce. El espíritu del Ática costera consideraba a los beocios del interior indignos de su aprecio. Gregorio de Chipre se burlaba de su inteligencia,[61] y Macario incluso los tildó de cerdos.[62] Estos modelos, con el ingente número de epítetos y tropos que los filósofos y escritores introducirían en la cultura clásica, se encontrarán en diversos idiomas en todas las épocas, a lo largo de todas las costas. Probablemente donde más abundan es en Italia: el más extendido, *cafone*, surge en Nápoles y amplía sus significados en el sur y en el norte del país; *terrone* es la denominación general que se aplica a los habitantes de tierra adentro, *palentone* es específico, *gabibbo* en Génova es un localismo, y *tamarro*, en los Abruzzos, un regionalismo. Ya los pompeyanos, según cuenta Estrabón, hablaban con socarronería de sus vecinos tras las primeras colinas (Nuceria, Nola, Acerra). En la Biblia, en el *Eclesiastés* se menciona el aborrecimiento entre judíos, del interior, y los filisteos del litoral.[63] Probablemente entre ellos se daban apodos que la Sagrada Escritura no ha considerado dignos de citar. Los árabes llamaban a sus montañeses *zhbali*, los búlgaros a los suyos *balkanyi*. La palabra croata *zabar* ('cazador de ranas') no significa lo mismo a lo largo de la costa: unas veces se designa así a los del interior, otras al vecino italiano. En la refinada terminología francesa se utiliza *culterreux*, que no es fácil traducir. Los provenzales tienen palabras propias para llamar a los franceses, los catalanes para los aragoneses, los dálmatas para los montañeses de la tramontana, los habitantes de la bahía de Kotor para los montenegrinos de la sierra, y así sucesivamente. Estos papeles se conocen y representan desde hace mucho tiempo en las comedias y en las tragedias del Mediterráneo, en los teatros cotidianos y al aire libre.

Los pueblos descendían a la costa y denominaban al mar de diferentes maneras. Al llegar al mar, los eslavos oyeron los términos griegos y románicos. Las escenas claras y límpidas con las que se toparon cambiaron probablemente la fonética de sus dialectos y la adaptaron a la nueva patria. Pero conservaron su propia palabra, *more*, para mar. En el encuentro con los griegos oyeron *thalassa*, y así empezaron a llamar a las olas. El término *pelagos* se mantuvo en el sur. Alrededor de la isla de Šipan *pelagat* significa pescar lejos de la costa, en alta mar; el grupo de islotes de Palagruža en el Adriático, al igual que las *Isole Pelagose* al sur de los Apeninos, toman su nombre de esta palabra. *Kolpos* ha dejado en varios lugares alrededor de las islas

Elafitas el vocablo *kulaf: ići na kulaf significa* en croata «ir a la pesca de gran altura»; de la misma palabra procede el término véneto *golfo*, que se ha convertido en nombre genérico para todo el Mediterráneo.

Las explicaciones relativas a LA palabra y al concepto de mar suelen ser parcas. Los que habitan en el litoral hace tiempo que no llaman agua al mar, mientras que los del interior suelen llamarlo así. Los antepasados de los eslavos del sur trajeron de su patria ancestral las palabras *lada* (‘barca’), *brod* (‘barco’), *korablje* (‘navío’), *veslo (‘remo’), jedro* (‘vela’). No tenían mástil y lo tomaron del ‘árbol’ latino (*jarbol*). Sí contaban con palabras como *udica* (‘anzuelo’), *osti* (‘arpón’), *vrš(v)e* (‘nasa’), *mreza* (‘red’). Esta última, con la que pescaban en los ríos, se la prestaron a los húngaros y a los rumanos y éstos, todavía hoy, la conservan. Los griegos del norte tomaron la palabra *vlak* (como llamaban los eslavos a la traína) y sustituyeron con ella la antigua *griphos.*[64] Los forasteros eslavos adoptaron multitud de términos de los habitantes de la antigua provincia romana y del tema bizantino, de los ilirios y de los dálmatas romanizados para pescados que antes no comían, para instrumentos de los que no disponían, para armas que no habían usado. Los venecianos sabían mucho del Mediterráneo y sus características; todos han podido aprender algo de ellos.

El historiador y filólogo checo Konstantin Jireček demostró que las lenguas eslavas tienen muchos términos comunes para ríos y aguas en general, más que para costas y mares.[65]

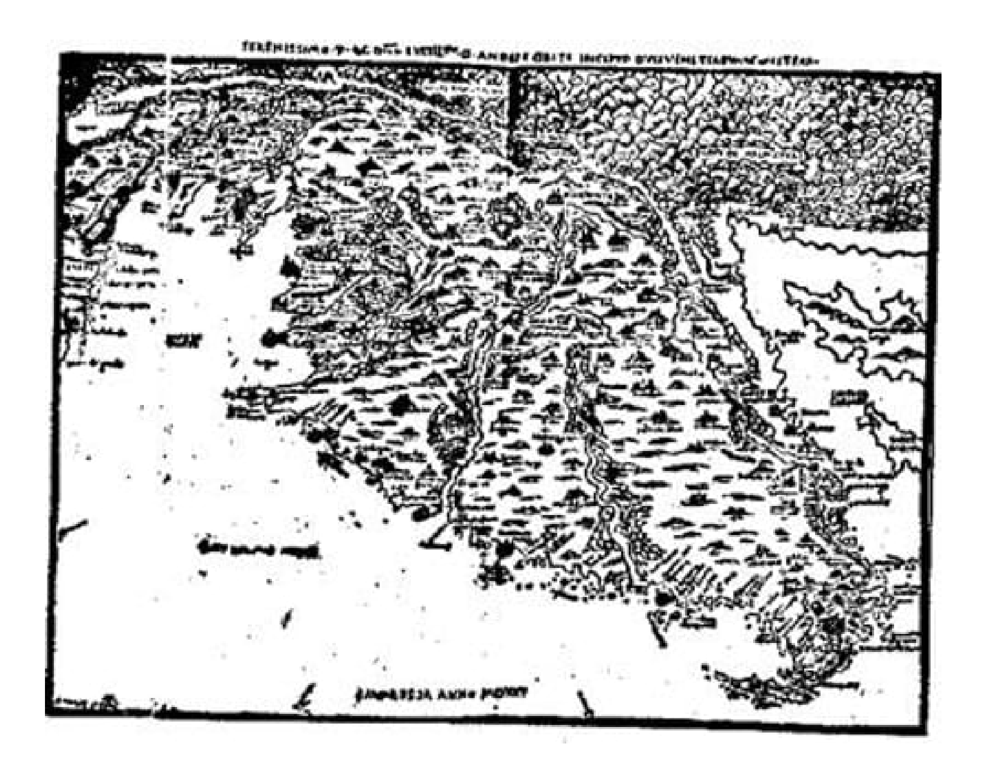


Descripción de la región de Zadar y Šibenik en la obra de Ortelius Theatrum orbis terrarum, *edición de 1595, realizada por Natale Bonifacio,*
oriundo de Šibenik y llamado en Croacia Bozo Bonifačić.

Al estudiar los topónimos de la costa oriental del Adriático, el lingüista croata Petar Šimunović llegó a la siguiente conclusión: «Ni la toponimia croata ni la nomenclatura geográfica pueden confirmar que los croatas dominaran el mar por completo ni que encontraran expresiones lingüísticas equivalentes para todas las necesidades relacionadas con los geomorfónimos, la navegación, la pesca, la náutica, la construcción naval —la vida en el mar y del mar—, y llegaran a crear su propia terminología de talasónimos».[66] Como consuelo, podemos citar la opinión del lingüista italiano Manlio Cortelazzo referida a la costa opuesta del Adriático, a nuestros maestros: «En el léxico marítimo italiano prevalece la componente de origen continental».[67] Todos, no obstante, hemos nacido en tierra firme. Es difícil valorar cuándo y en qué medida es uno creador y cuándo y en qué medida heredero. A pesar de todo, distinguimos entre el arte de navegar y el sentimiento del mar, del Mediterráneo.

Los profetas y los sabios advertían y recomendaban fundar y erigir ciudades, terminarlas y ampliarlas, conquistarlas o defenderlas. Jerusalén fue un ejemplo durante mucho tiempo. La Biblia la cita como «ciudad bien conjuntada».[68] El padre de la medicina, Hipócrates, dio una importancia especial a la posición de la localidad frente al sol, el agua y el viento: «si la ciudad mira al este o al oeste, si se abastece de aguas pantanosas y blandas, o duras y procedentes de lugares altos y rocosos, si sopla sobre ella la tramontana o el viento del sur».[69] Casi cinco siglos antes de Cristo, Tucídides consideraba que «son los hombres los que son la *polis*, y no los muros o barcos sin tripulación».[70] Pensamientos parecidos hallamos en san Agustín y en Isidoro de Sevilla. Aristóteles en su *Política* destacó esa clase de «unidad que destruye la *polis* y no asegura su existencia», expresando así su reserva respecto a las concepciones de Sócrates, que eran hasta cierto punto idílicas. Platón, a su vez, en *La República* pedía que la ciudad se ampliara «mientras su crecimiento permita que siga siendo una sola ciudad, acrecerla; pero no pasar de ahí».[71] La Antigüedad conoció y transmitió a la historia la experiencia trágica de Babilonia, cuando la mayoría de sus habitantes se divertían y festejaban, sin advertir que un barrio entero había sido conquistado y saqueado. La antigua división del espacio urbano en sagrado, público y privado, que encontramos ya en los primeros urbanistas como Hipodomo de Mileto,

no pudo mantenerse. Los mandatarios religiosos se lamentaban de que los lugares sagrados, a lo largo de los siglos, se secularizaban más y más. Por poner un ejemplo: la separación entre la mezquita y el zoco se hacía cada vez menor y la frontera se volvía invisible. La ciudad mediterránea se volvía más angosta para sí misma, los historiadores dan fe de la «violación del espacio». En una misma historia surgían varios «centros históricos», que difícilmente armonizaban, o bien se imponían unos a otros en tamaño e importancia. Hoy día también muchos puertos están más separados de lo que querrían de la ciudad a la que pertenecen o de la que les pertenece a ellos. La utopía de la ciudad, como la de la *Ciudad del sol*, de Campanelli, y obras parecidas contiene en realidad —en su modelo idealizado— una crítica a la situación existente. Es particularmente difícil dirigir la verticalidad de una ciudad y conservarla. La horizontalidad suele perderse en la expansión que traspasa los límites que revelan las características urbanas. Casi todas las ciudades del Mediterráneo corrieron esta suerte.



La península de Istria, representada por Pietro Coppo, conocido en Istria como Petar Kopić. Venecia, 1540.

Para los que escriben sobre la ciudad mediterránea pueden ser de interés las observaciones expuestas en el libro *Las ciudades invisibles*,

no muy extenso pero perspicaz, de Italo Calvino. Imaginando cómo el viajero veneciano pudo presentar al Kan chino los lugares que había visto en su viaje, el autor nos advierte «que no se debe confundir nunca la ciudad con el discurso que la describe. Y sin embargo, entre la una y el otro hay una relación… De las dos maneras se puede llegar a Despina, por barco o en camello. La ciudad se presenta diferente al que viene de tierra y al que viene del mar».[72] Hay ciudades que se han hundido a la vez en el mar y en la tierra, en la realidad y en la imaginación, en medio del desierto o mas allá del Mediterráneo.

Las obras de Timóstenes, autor de los diez tomos de *Sobre los puertos*, y almirante de la flota de Ptolomeo II, se han perdido. De no ser así, ahora sabríamos más de los puertos antiguos, cómo eran y cómo estaban construidos. Algunos quizá existían antes que los barcos. En ellos, aventureros en troncos de madera, partieron hacia la costa opuesta. Los griegos en particular apreciaron el puerto que surgía por sí mismo, un puerto natural, por la voluntad del mar, podría decirse: *limen autophyes*; entre los primeros que lo llaman así está Tucídides.[73] Vitruvio destacó las ventajas de estos puertos y emporios (*emporium egregium, portus naturaliter tutus).*[74] *Pelago limen*, según la descripción del estratega Polieno,[75] era un dique de piedra con largos muelles. Los fenicios construyeron puertos que tenían dos atracaderos, para no depender sólo de una dirección del viento. Elegían los mejores lugares del Mediterráneo y los señalaban con las consonantes *mhvz*; ignoramos qué vocales se pronunciaban entre ellas.

Muchas personas en los tiempos modernos han explorado los antiguos puertos sumergidos, han buceado hasta sus muelles cubiertos de algas, conchas y plantas, o bien han excavado en el fango, la arena y las piedras que los habían enterrado. Un grupo de arqueólogos franceses buscó el sitio donde se hallaba Biblos.[76] Me embargó el temor al leer el informe de lo que allí se encontró, cuántas cosas había, cómo decayó el puerto al que probablemente debe su nombre el libro más leído del mundo. Los escritos del ingeniero Gaston Jondet, que investigó (de 1910 a 1915) los vestigios submarinos del puerto de Faros, al lado de Alejandría, atestiguan la habilidad de los antiguos constructores: dos grandes rompeolas de dos kilómetros y medio de largo por más de sesenta metros de ancho cada uno, asentados sobres bloques de piedra traídos de la cantera de Mex, unidos sin cemento ni revoque, colocados según el orden minoico entre una islita y la colina de Abu Bakar. El faro de Alejandría, cuya construcción en la época de Ptolomeo I duró catorce años (297 — 283 antes de Cristo), seguía los modelos geométricos de Platón y medía ciento treinta y cinco metros de alto, casi tanto como la pirámide de Gizeh. Iluminó más de dieciséis siglos, hasta que se derrumbó a causa de los terremotos. En el siglo XIV, Ibn Batuta lo encontró en un estado lamentable, poco antes

de que las olas se lo tragaran por completo. Hace más de un siglo que se están sacando del fondo del mar los restos, bloques enormes de piedra de Asuán, esfinges y esculturas de mármol y pórfido.[77] Cerca de Nápoles visité los alrededores de Pozzuoli donde las costas se hundieron (*Portus lulius, Baia, Campi Flegrei* en Campania). Aquí la historia recoge una de las mayores empresas de la antigua ingeniería portuaria, creada con ayuda de arena volcánica (*puteolanus pulvis*) que en contacto con el agua, dulce o salada, se convierte en el cemento más duro. La mencionan como una de las maravillas Séneca[78] y sobre todo Vitruvio,[79] el gran experto en arquitectura. No lejos del templo de Serapis, medio sumergido, a diez metros de profundidad se halla el taller de un antiguo escultor. En los arrecifes, junto a las columnas truncadas, crecen plantas insólitas: anémonas marinas, gorgonias rosas, clavelinas transparentes. Al lado de la isla de Gaiola se encuentran los restos de un antiguo ninfeo, conocido como «Escuela de Virgilio». Cerca de allí pasaba la *via Domitiana* y desembarcó san Pablo en su viaje de apostolado hacia Roma. Este fue el paisaje elegido por Petronio para situar *El banquete de Trimalcio*. Al marcharme de Pozzuoli, encontré en una vieja librería un epigrama de Marcial dedicado a una matrona romana que llegó a las aguas de Baia «como una Penélope y se va como una Helena» (I, 62).[80] De camino hacia las costas adriáticas hojeé una obra poco conocida de Ruder Bosković.[81] Este científico que se dedicaba a la cosmología y anunció la teoría del átomo, raguseo que ingresó en la orden de los jesuitas y compitió en matemáticas con D’Alambert, astrónomo que midió la longitud del meridiano entre Roma y Rímini, fue invitado por las autoridades municipales a que las ayudara a eliminar los problemas que sufría su puerto. Esto demuestra la posición que ocupa el puerto en el orden de las cosas en las costas mediterráneas.

Sobre la relación de puertos y puertas se han escrito glosarios, pero también otra clase libros, por ejemplo *Fêtes romaines d'été et d’automne*, de Georges Dumézil, en particular el capítulo «Ports et portes». Estos dos términos tienen la misma raíz en latín en las lenguas románicas. La festividad de Portunas, dios de los puertos y patrono de las puertas (*Deus portuum portarumque praeses*) se celebraba cuando la canícula cedía, el 17 de agosto, y su santuario se ubicaba a orillas de un río y de un puente, «*in portu Tiberino*», dice Varrón.[82] En los antiguos calendarios vemos que las fiestas portuarias, las *Portunalia* —podemos imaginarnos cómo debían de ser—, se llamaban también *tibernalia*. Los puertos y las festividades están vinculados de diversas maneras. La relación entre el puerto, la puerta y la desembocadura de los ríos tiene varios significados en las culturas mediterráneas, y nadie ha logrado descifrarlos todos. También la palabra etrusca *culs*, que aparece en uno de los escritos más largos en esta lengua extinta, en el

célebre sudario de lino de la momia del Museo Arqueológico de Zagreb (*Líber linteus Zagrabiensis*), designaba probablemente la puerta, el puerto y una divinidad (*culsans*) que los reúne. Los etruscos, un habilidoso pueblo marinero, decidieron el emplazamiento de muchos puertos en la región apenina del Mediterráneo y ayudaron así a Roma, que los sometió.

Los puertos hundidos se parecen a las necrópolis. Comparten su destino con las ciudades o islas que ha engullido el mar. También los envuelve el misterio, las preguntas los asedian, las moralejas los siguen. Algunos se han explorado hasta la saciedad, otros ya no pueden explorarse. El puerto de Tiro, uno de los más antiguos de los que tenemos constancia, estaba en un istmo que unía la isla con la costa; estos puertos eran los más adecuados. Tenían rompeolas capaces de rechazar las olas más grandes y facilitar el amarre durante los peores temporales. Sus vestigios hasta hace poco sobresalían del mar como escollos; los vi en un aguafuerte de 1836. Sus contornos aún se vislumbran en el fondo cuando la superficie está clara. Los buceadores encontraron allí una estatua de Poseidón con un caballito de mar en la mano. Durante siglos, cronistas e historiadores han hablado con temor y cautela del puerto de la ciudad de Helike, de su hundimiento repentino y trágico en las aguas del golfo de Corinto. La famosa Apolonia, en la costa libia, con dos vastos puertos construidos según el modelo fenicio, es decir, con los rompeolas protegidos y enlazados uno con otro, aportaba a la vecina Cirene un inmenso tesoro mediante la exportación de trigo a Ostia. También se hundió, pese a su opulencia y al protector cuyo nombre llevaba, e igualmente, cuando el mar está en calma y transparente, se ven los restos de lo que otrora fue. En la orilla africana hay varios casos similares: Utica, cerca de Cartago, donde es difícil decir qué parte destruyó la maldad humana y cuál la cólera del mar. Útica era asimismo un puerto insular. Un destino semejante corrió el puerto de guerra romano de Misenum (Miseno), que parecía inexpugnable, apoyado sobre bloques enormes y pesados cajones incrustados en el fondo marino con el arte que los romanos habían aprendido de los etruscos y de los cartagineses, y que perfeccionaron como nadie. En las proximidades de la actual Marsella se encontraron gruesos troncos de pinos y encinas, en las que descansaba el puerto de la antigua Masalia, fundada por los focenses seis siglos antes de Cristo, desde donde zarpó Piteas para su *periplous* hacia la última Thule. Incluso Masalia se hundió. Al oeste de allí, cerca de la ensenada de Saint-Ger —vais, entre cuatro y cinco metros de profundidad, pueden reconocerse, además de los muelles, las columnas de una construcción, quizá

estatuas de divinidades, en un lugar llamado Fos-sur-Mer, en el lodo acumulado por el Ródano: los ríos suelen participar en semejantes conjuras. En Posillipo, en el fondo yacen los restos de la griega Partenope y del emporio de Paleopolis, y al lado se ven en el mar las ruinas del fondeadero antiguo de Gaiola y Marecchian, al este de un lugar denominado Casa degli Spiriti. Otro que se hundió para siempre fue Matza, en Sicilia, conocido en los tiempos de florecimiento de esta isla. En la isla adriática de Pag se derrumbó el puerto de los liburnos ilirios (no estamos seguros de si sólo era suyo). Se llamaba Cissa o Kissa. Todavía se están excavando y clasificando sus vestigios. He encontrado a habitantes de Rovinj que creen que proceden de allí. Y en Brijuni existe un puerto sumergido. Hay muchos lugares así; la mayoría no he llegado a visitarlos. No es agradable identificarse con estas escenas. Todos hemos sido en algún momento un puerto hundido en el Adriático, en el mar de Mármara o en el Tirreno, en cualquier punto del Mediterráneo.

En una costa poco conocida de Anatolia, junto a las ruinas de un antiguo puerto que fue fenicio, griego y romano, se ha conservado el epitafio a un nadador —quizá un capitán de puerto—, tallado en piedra. La sal que trae el viento del mar lo ha corroído, el sol lo ha descolorido y la lluvia lavado. Intentamos desentrañar el sentido con expertos en lenguas y alfabetos antiguos: «Nado, el mar a mi alrededor, el mar en mí, existo en el mar, soy el mar. Ni estoy ni estaré en la tierra. Me hundiré en mí y en mi mar, ahora y para siempre jamás». Así tradujimos el texto, que no estaba muy claro ni era muy legible, dejando que la imaginación lo completara. El mar nos conduce fácilmente a engaños y errores, el Mediterráneo quizá más que cualquier otro.

No es fácil determinar EL origen y la pertenencia de los nombres y las formas de los barcos. Se ignora la procedencia de la palabra barka, que aceptaron casi todos los pueblos. Existía ya en el antiguo Egipto. Tal vez los egipcios la tomaron prestada. La utilizaron los fenicios y los púnicos, después los griegos y los romanos. El tipo más antiguo de barca se denominaba en muchas lenguas leño: en árabe *al ud*, en italiano *legno*. La palabra croata *lada*, de origen baltoeslavo (*lodia*, de *oldia*), también significaba tronco de madera (monóxilo). Tampoco sabemos el origen exacto de la raíz de la palabra latina *navis*, que encontramos en el sánscrito, en el griego, en dialectos celtas y armenios, e igualmente no está muy claro de dónde viene galera (*galea, galeone, galeota*, etcétera), aunque navegó por todos los mares y

se citaba con orgullo o desesperación en todas las lenguas; ni siquiera Meyer-Lübke en *Romanisches etymologisches Wörterbuch* logró establecerlo. Los etimólogos italianos C. Battisti y G. Alessio suponen que es un «vestigio del sustrato ilirio que se extiende desde las costas dálmatas hasta Venecia».[83] *Galea* sería una especie de tortuga (*testuggine*), que cuando se mueve parece una barca con una o dos filas de remos. *Korablja* viene del griego (*korabion*) y entró en las lenguas eslavas antes de las migraciones de los pueblos. Puede relacionarse con el nombre de un insecto o cangrejo (*karabos)*.[84] Estos ejemplos, como muchos otros que no voy a enumerar aquí, revelan formas y formaciones, metáforas comunes. Allí donde no vemos la fuente o el origen, nos parece que las palabras y las cosas emergen del propio Mediterráneo.

En diversos lugares del pasado y del presente encontramos datos muy valiosos sobre barcos y construcción naval. Visité en vaporetto las islas de la laguna veneciana; estuve en Torcello, Burano y Murano, donde me maravillé, al igual que los demás, con los sopladores de vidrio, en Mazzorbo y Malamocco, donde antaño se hallaba parte de la administración de la Serenísima. Vi la isla Realtine y por fin Chioggia. Llegó a mis manos una suerte de glosario en dos tomos con el título de *Calafati, squeri e barche di Chioggia*, publicado con ayuda del municipio de Chioggia en el año de 1985, una obra prácticamente desconocida de un autor llamado Dino Memmo. Con este glosario se aprende mucho sobre lo que un pequeño lugar le dio a la gran potencia veneciana: marineros, galeotes, las mayores víctimas en las batallas navales célebres; cómo y a costa de qué se desarrolló la navegación (*galafa*); cuándo surgieron los estatutos corporativos de los constructores de barcos, denominados *mariegole* —el primero se cita en 1211— ; qué anclas existían antes del modelo del «ancla renacentista» (*ancora rinascimentale*); con qué timones se dirigía la nave antes del timón a la navaresca. El autor, por supuesto, no dejó escapar la ocasión de nombrar las diversas herramientas y aparatos: *curiaga, canagola, chissa, gala*, o *gala verta, catarafa* y *cartabón, polachina, cortelo, vema, becanela a due* o *becanela a tre, alzana, berlasso* o *imberlasso*. El viejo y simpático glosario veneciano de Giuseppe Boeri[85] no recoge muchas de esas palabras. No es necesario traducirlas aquí. Ningún italiano las comprendería, ni siquiera los venecianos, si es que aún quedan venecianos de antes, igual que los «dalmatismos» que he nombrado no son comprensibles para los croatas de Panonia y menos aún para los serbios o los bosnios. Parece que lo mismo sucede en otras costas y en el interior, desde el Magreb, a través de Libia y Palestina, Siria, y el sur de Anatolia, hasta Provenza, Cataluña, Aragón

y Gibraltar. Y ésa es una característica del Mediterráneo.

A los datos y términos que se acaban de citar, cualquier glosario auténtico, sobre todo uno italiano, añadiría que Dante admiraba la habilidad de los constructores navales en el Arsenal veneciano (*Arzanà de Viniziani*). Observó y anotó cómo se construye un barco nuevo (*legno*) y se repara uno viejo, «y proa y popa arreglan industriosos, o entre remos y cuerdas se reparte su afán... por divina arte» (*per divin'arte*). Esta descripción se halla en el *Infierno*.[86] En ningún otro astillero del Mediterráneo se construía tanto en aquella época.

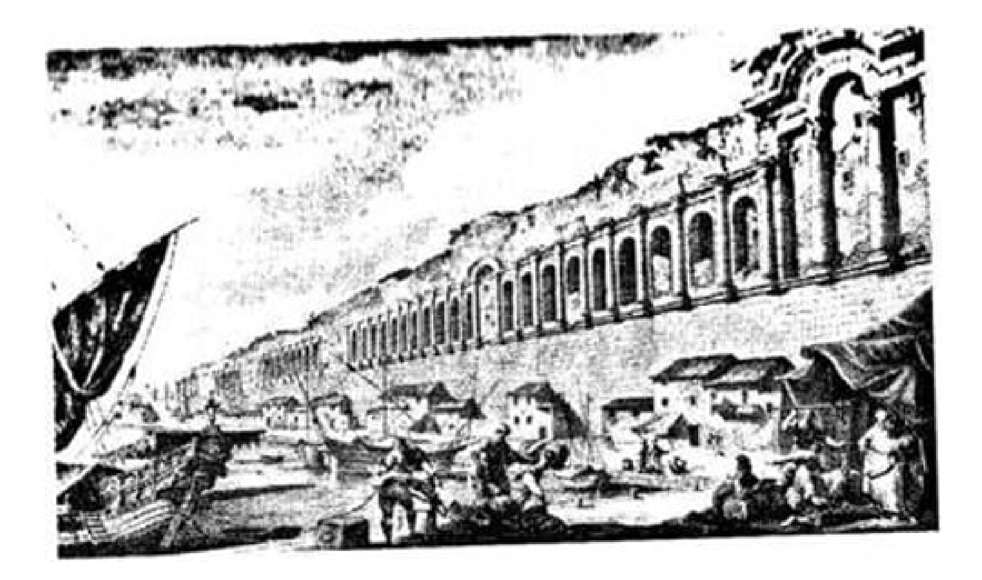


Venecia, en la obra de Breydenbach Peregrinationes in Terram Sanctam. Maguncia, 1486.

Es el momento de volver a los mascarones y a SUS fines. Acaban sus días en los museos navales. Los historiadores nos cuentan cómo las proas o popas de los barcos egipcios que navegaban por el Nilo y llegaban a alta mar, al «Muy Verde», estaban adornadas con figuras de lotos. Debajo de ellas, a veces, estaban pintados unos ojos enormes cuyo propósito era sorprender o asustar. Después de la victoria de la flota griega en Salamina, los mascarones persas fueron presentados a Temístocles en señal de rendición. Cuando san Pablo, después del primer naufragio no lejos de Creta, continuó el viaje hacia Malta y Roma, el figurón del navío alejandrino en el que embarcó «tenía por insignia a Castor y Polux», según el testimonio de san Lucas.[87] Los romanos, al conquistar el mar, tallaban en la proa de sus barcos grandes picos (*rastra*), destacando así su fuerza y superioridad. La Edad Media descuidó los mascarones. El Renacimiento los retomó. El Barroco los enriqueció. En la proa de los galeones aparecieron seductoras figuras de mujer, vigorosas, jóvenes, opulentas. Volvieron los dragones mitológicos, salamandras, leones, aves insólitas, bestias extrañas, «*zviri*» boca abajo —ya se ha dicho que así los llaman en las islas dálmatas—. Si en una batalla o en una tormenta el mascarón resultaba dañado o se caía de la proa, se reparaba enseguida y se volvía a colocar. Su ausencia se consideraba señal de mal agüero. En el momento en que en la proa y en la popa empezaron a ondear los pendones y a destacarse las figuras de los reyes y de los poderosos, los mascarones del Mediterráneo acabaron uno tras otro cayendo en el olvido.

Brod, 'barco' en croata, está vinculado probablemente al verbo del antiguo eslavo brestibredo, que significa 'chapotear', 'vadear', atravesar las aguas. El origen es a todas luces continental. El *Diccionario náutico* de Radovan Vidović,[88] próximo por la inspiración y lo poco convencional al *Glosario náutico*, de A. Jal, junto con *brod* cita los siguientes términos (según «nuestras fuentes» antiguas), que tienen en su mayoría raíces griegas, latinas y románicas: «*banzo, barca (barka), bastasia, bastassiza (bastasica), batel, bergantinus (brigantin), biremis* (lo mismo que *fusta), barcon, barcosa, barcusius, carabus (korablja), caraca, carachia, casselata, chelandia, cocha, codura, drievo, dromo, frigada, fusta (fusta), galea (galija), galera, galion, grippus, gumbara, kravela* (como *korablja*, y el griego *karabos), katrga (katurga), lada, lembus, lignum (drievo, legno), linter, londra, marziliana, navicula, navigium, navis ormanica, plav, saeta, sagittea, sagiteda, saita, saetía, sebeka, tartana, treciones (galeae), triremis, zolla, zopula*».[89] Como puede verse, había numerosos nombres para diversos barcos, y se han

conservado muchos, aunque la mayoría se han olvidado. Nuestro autor rechaza los rumores acerca de la buena alimentación de la que parece ser disfrutaban las tripulaciones, basándose en los diarios de los marinos, que no se han utilizado especialmente en la lexicografía normativa, pero que quizá pertenecen, en parte al menos, al género de los glosarios: «La carne salada, comprada en barriles en Trieste, Italia, en Inglaterra, en Marsella, era negra y magra como de perro. Las galletas inglesas eran insípidas y duras como losas, no podían deshacerse en el café ni en el agua, y la mayoría de los capitanes las compraban para ahorrar, porque se consumían menos que las galletas de Odesa o de Génova, que se desmenuzaban de un capirotazo. Los menues en los barcos de vela no variaban mucho... En los puertos, en lugar de carne salada compraban fresca, pero no carne en sí, sino cabeza de vaca, que es más barata, sin sesos ni lengua, y en los barcos pequeños con una tripulación de entre cinco o seis miembros se compraba media cabeza... La marinería comía bajo la proa, todos de la misma gábata, sólo el contramaestre tenía su propio plato, y el agua, todos, desde el capitán hasta el grumete, la bebíamos con un cazo del barril».[90] Vidović recogió esta cita del libro *Uspomene iz pomorskog života —Recuerdos de la vida de un marinero—*, que Vlado Ivelić publicó en 1933 en Split. Los mediterráneos leen glosarios similares como una suerte de memorias, y lo cierto es que a veces lo son. Una muestra de esto podría ser el enorme *Atlante lingüístico mediterráneo*, que desde hace mucho tiempo sale en fascículos en Venecia (su principal editor fue Mirko Deanović, 1890 – 1984, oriundo de Dubrovnik). En el Mediterráneo, todavía se esperan esos fascículos con emoción o con recelo, pero —y cada vez más— también con nostalgia, «la nostalgia del sur».



Antiguo puerto de Split, con el palacio de Diocleciano, dibujado por Clérisseau en el libro de Adam Ruins of the Palace…, *Londres, 1764.*

El raguseo Bozo Cvjetković intentó a principios del siglo XX, a instancias del crítico Jovan Skerlić, que lo visitó en Lapad, componer una suerte de breviario, más corto que éste, con el ambicioso título *Estetska oceanografija —Oceanografía estética—* .[91]Escribió durante la primera guerra mundial acerca de los antiguos astilleros de Dubrovnik. La pequeña república con numerosas atarazanas en la ciudad y en las afueras, en Gruž y Cavtat, en Župa y en Rijeka Dubrovačka, en Zaton, y en las islas de Lopud y Šipan, en Slano y en Ston en Pelješac. Aquí se botaron «numerosas series de galeras, polacras, carracas, naves y grandes veleros parecidos que propagaron la gloria de san Blas desde el legendario Levante hasta las Columnas de Hércules, y desde allí hasta la oscura (¡sic!) y pérfida Albión, desde el continente de Colón y las rutas de Vasco de Gama hasta la patria de Kalidas y el trono celestial de Bhagavad». Así escribe un verdadero mediterráneo. De manera similar describió el famoso astillero, situado en Gruž en 1526: «Está provisto de todos los utensilios necesarios como árganos, mazos, recipientes, hachas, puntales y todas las cosas precisas para mantener y equipar los veleros. Cerca del astillero se alineaban grandes cobertizos para almacenar madera, alquitrán, cuerdas, anclas, etcétera. En el astillero se erigía una casa en la que podía vivir el armador y supervisar los trabajos del barco. El precioso material para la construcción lo proporcionaban los abundantes bosques de Srgj y Mljet, Arbania, Neretva, Senj, y sobre todo los montes de Sant Angelo y Gargano en Apulia. Capataces, calafates, carpinteros y demás personal del astillero los procuraban Dubrovnik, Gruz y los alrededores».[92] Múltiples obras relativas a nuestro mar vieron la luz editadas por el mismo autor; los editores no tenían confianza en mucho de lo que se escribía sobre el Mediterráneo.

Los árabes eran más hábiles en la navegación y en la construcción naval de lo que suele creerse. Al-Ándalus recuerda sus empresas a ambos lados de Gibraltar obedeciendo las suras del Corán que apoyan a los barcos y alientan a los marineros. Entre el gran muelle de Alejandría y los puertos de Ceuta, Sevilla, Málaga y Almería se mantenían frecuentes contactos marítimos. El océano Atlántico era un reto enorme para los marinos árabes y bereberes (la naturaleza del glosario nos permite que repitamos que este océano se llamaba *al bahr al zulumat*, es decir, mar de las Tinieblas, y *al bahr al muzlim*, mar del

Ocaso). Los árabes tenían sus propios arsenales en la orilla africana del Atlántico, desde Tánger y Salé hasta Azammura y Mogador, y en la orilla ibérica, entre Tarifa y Cádiz. Ignoramos si las mismas embarcaciones surcaban el Mediterráneo y el océano, y en qué se diferenciaban los barcos de guerra de los mercantes, y los mercantes de los de pasajeros. Los sarracenos (cuyo nombre en griego significa aproximadamente ‘gente bajo la tienda’) pasaban con audacia y pericia de una costa a otra y amenazaban las ciudades cristianas amuralladas en la ribera norte del Mediterráneo. En la época de los almorávides, almohades y califas omeyas, los escritos de los viajeros, guerreros y mercaderes mencionan múltiples y variadas embarcaciones. Sus nombres comunes son *safina* (en los textos a menudo se utiliza el plural *safun*) y *markab* (plural: *marakib. Entre otros* se cita *al marakib al safariyya* (‘barcos de pasajeros’), *al arkakib harbiyya* (‘barcos de guerra’), *al marakib al hammala* (‘buque de carga’). Algunos barcos se ganaban el nombre de *kibar* (‘grande’), otros el distintivo de *sigar* (‘pequeño’, es la misma raíz de cigarrillo). El *safina al bahr* navegaba por mar abierto. *Shawami* y *shini* son parecidos a las galeras. *Qaraquir* recibe el nombre por la carraca veneciana. *Shiti* era un velero con dos mástiles y una fila de remos. Los barcos con menor desplazamiento se llamaban *zawraq, harraq, dugayyas. Al fattas* era el que comandaba la escuadra. La *tarida* era un barco bastante amplio, para transportar al ejército que conquistaba puertos, la raíz procede de Levante. Los árabes denominaban *qarib* a las barca pequeñas y ligeras, y al barco de ceremonia y nave almirante *gurab*. Los conquistadores otomanos adoptaron estas dos palabras y las llevaron a los Balcanes: la primera hace referencia a una criatura débil (*garib*), la segunda a un pastel grande (*gurabija*) que se parece mucho a un barco. Cuando Colón llegó a Guanahami, la primera isla del Nuevo Mundo que avistó y a la que dio el nombre de San Salvador, le salieron al encuentro los nativos: el gran navegante denominó a las canoas con las que se acercaron a la carabela *Santa María* con la palabra árabe almadía, un término común para barco, según escribió el dominico Las Casas, que el 13 de octubre de 1492 se ocupaba del diario de navegación. Esto demuestra la gran influencia de la terminología árabe. Muchos barcos, de formas, tamaños y usos diferentes, fondeaban en Al-Ándalus, transportaban semillas, especias y tradiciones de Oriente y del Meridión a Occidente y al Septentrión. Navegaban de una orilla a otra del Mediterráneo, hacia el mar del Ocaso y de las Tinieblas: *Zulum.*

También las islas, igual que el mar, cambiaban de nombre. No siempre se sabe por qué ni cómo. Cambiaban de gobernantes y

habitantes que les daban o quitaban los nombres. Diodoro Sículo o de Sicilia que dedicó un libro entero de su *Biblioteca histórica* a las islas (*Nesiotiké*), explicó cómo y por qué su Sicilia natal, que primero se llamó Trinacria por su forma —con tres grandes cabos como tres puntas—, fue denominada más tarde Sicania, por los sículos que la poblaron.[93] Los profetas llamaban Quitim a Chipre, y los antiguos griegos, Alasiotas. En el Antiguo Testamento, Creta es Caftor;[94] más tarde los árabes la llamaron Candía. Las Lípari eran conocidas como islas Eolias. Para los venecianos, el Peloponeso era Morea, debido a la abundancia de moreras. Ibiza era Pitiusa, por los pinos. El archipiélago de Kerkennah antaño llevó el nombre de Kyrannos, y cuando Aníbal, después de sufrir una derrota en tierra, buscó la salvación en el mar intentando precisamente desde este punto de la costa púnica zarpar a la fenicia, los historiadores romanos lo llamaban Cercina y lo pronunciaban Kerkina. Yerba antaño era la Meninx griega y la Menis latina. Krk, la isla más grande del Adriático, en la Antigüedad llevaba el nombre de Curicta y Curicum o Kurikon y Kuriatica en griego, que era la ciudad más extensa de la isla, mientras que para los italianos era Veglia, para los autóctonos Veja o Bodulija. Entre ella y la costa vecina se alza el islote abrupto de Sveti Marko, que antaño se llamaba Almis, pura piedra y totalmente descarnado; en él se apoya el largo puente sobre el canal que unas veces llamaban Tihi (Pacífico) y otras Burni (Tempestuoso). La isla de Pag llevó ya el citado nombre de Cissa o Kissa. Vis era Issa. Algunas islas en el Mediterráneo siempre han tenido el mismo nombre: Rodas ha sido Rodas desde que se tiene noticia de ella, igual que Lesbos siempre ha sido Lesbos.

Los etimólogos relacionan el término griego para isla (*nesos*) con la raíz indoeuropea que indica ‘lo que navega’. Y para los términos latino y románico aún no se ha establecido su procedencia: *Ínsula, isola, île*, etcétera. El verbo italiano *isolare*, aceptado en muchas otras lenguas, surgió de *isola*: las islas eran señal de escisión y soledad. La palabra otok (‘isla’ en croata) procede de los verbos *teći* (‘fluir’) y *otjecati* (‘escurrir’); *ostrvo* (‘isla’ en serbio) viene de la palabra *struja* (‘corriente’), según la etimología ya citada de Petar Skok, quien afirma que «no son términos marinos. Se han transmitido de tierra firme al mar. Los topónimos están también en tierra firme».[95] Probablemente esto demuestra de dónde vinieron los isleños del Adriático. Plinio el Viejo viajó por las islas adriáticas y describió algunas: «La costa de los ilirios tiene más de mil islas, con mar poco profundo y corrientes débiles, que se abren paso a través de estrechas ensenadas».[96] Pomponio Mela imitó su ejemplo. No tenía un talento especial, pero amaba el Adriático y le dedicó líneas llenas de elogios.[97]



Utopiae insulae figura, en un grabado publicado en Lovaina en 1516, de autor desconocido.

En el Mediterráneo cualquier mar tiene su Pomponio, y nosotros manifestamos nuestra gratitud a los Pomponios.

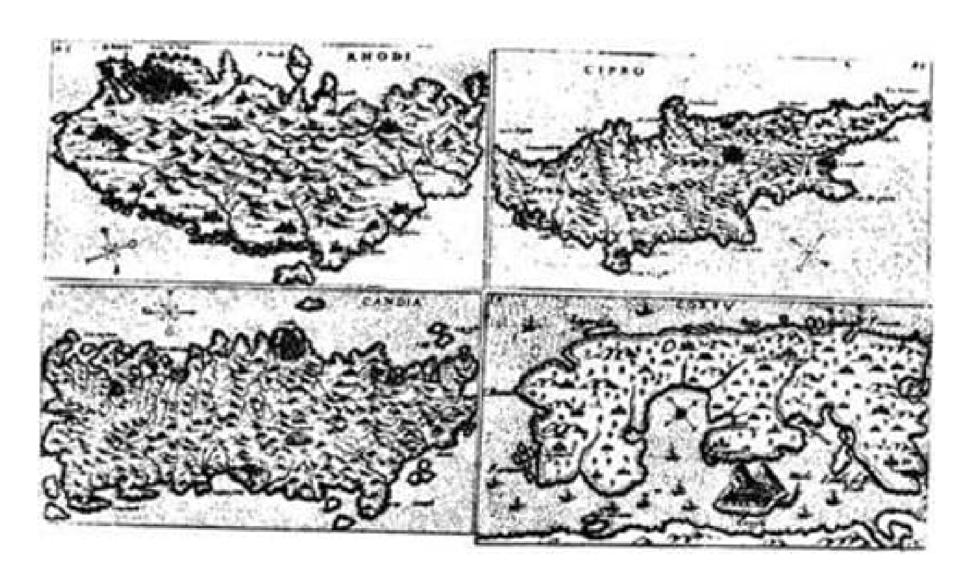
El escrito más antiguo sobre las «islas de los Bienaventurados» se halla quizá en *Los trabajos y los días* de Hesíodo: «Estos héroes habitan apaciblemente las islas de los Bienaventurados, allende el profundo Océano. Y allí, tres veces por año, les da la tierra sus frutos».[98] También en los *Salmos* de Salomón las islas son ricas y los isleños generosos: «Que los reyes de Tarsis y de los pueblos lejanos le traigan presentes».[99] La idea de las islas independientes, que no sufren influencias externas, en las que se puede establecer un orden absoluto, impulsó las utopías más entusiastas. Platón describió en *Critias y Timeo* la opulenta Atlántida como «la isla divina que estaba entonces bajo el sol, producía todas estas cosas bellas y admirables y en una cantidad ilimitada… construyeron los templos, los palacios reales, los puertos,

los astilleros».[100] También Píndaro celebró su belleza. Semejante isla tenía que hundirse para enseñarnos que la felicidad es efímera. ¿Qué ha pasado con tantas islas de las que antaño se hablaba, se escribía, se fantaseaba? ¿Dónde están Antilia, Satanazes, la isla de las Siete Ciudades? ¿Habrán corrido la misma suerte que la Atlántida, existieron alguna vez? Nadie lo sabe. No obstante, creemos que las más bellas estaban en el Mediterráneo, y no en otro mar.

Entre Escila y Caribdis acechan peligros y tentaciones. Las islas no son sólo refugios de felicidad y bendición. También son lugares de exilio y cautividad, y no sólo en los mitos y poemas antiguos, sino también en los usos de los gobernantes y tiranos, helénicos, romanos y románicos, árabes, turcos y eslavos. Dédalo construyó en Creta la peor de las prisiones: el laberinto. Su hijo Ícaro deseaba volar desde los acantilados de la famosa isla: acabó precipitándose en el mar que lleva su nombre. Las tiranías expulsaron a sus adversarios a tantas islas que es difícil enumerarlas todas. En Roma incluso se estableció el «castigo insular»: hojeando los escritos históricos de Ammiano Marcelino, del siglo IV de nuestra era, encuentro el termino *poema insularts,*[101] que a todas luces entro en la terminología jurídica ya antes de la decadencia del Imperio. La islilla de San Nicoló era una *colonia penale* en el reino de Nápoles. Séneca pasó ocho años exiliado en Córcega. El poeta raguseo Ivan Gundulić se retiró en su vejez a una de las islas más pequeñas de las Elafitas, Daksa, para expiar allí sus pecados de juventud. En ese lugar, muchos perdieron la vida en los nuevos tiempos. Las autoridades romanas, *cónsules atque procónsules*, enviaron a sus enemigos más enconados a algunas de las islas adriáticas, quizá incluso a Mljet —cuya etimología alude a un vínculo con la miel: *melite nesos*—. Había tantas serpientes en ellas que no se necesitaban guardianes. La República de Ragusa asumió esta tradición del Mediterráneo, de acuerdo con sus necesidades y posibilidades.

Este fenómeno era frecuente. El corso Bonaparte estuvo en dos ocasiones prisionero, primero en Elba, cerca de su Córcega natal, y luego en la lejana Santa Elena. La primera etapa del exilio de León Trotski fue la pequeña isla de Prinkipo (en turco Büyük Ada) en el mar de Mármara: «isla de rocas rojas inclinada sobre el azul oscuro... como un monstruo prehistórico en el abrevadero».[102] Las islas Lípari eran conocidas como campo de concentración. La antigua fortaleza austríaca en la islilla de Mamula, en la bahía de Kotor, se convirtió en una prisión para los antifascistas. En la isla de Rab (quizá en el mismo lugar donde hoy se alza el manicomio) estaba el campo de concentración italiano para judíos y eslovenos (1941 – 1943). En la pequeña isla de Yaros, al igual que en la gran isla de Makronisos —

para volver a las fuentes griegas— los coroneles, después de la segunda guerra mundial, establecieron campos para demócratas e intelectuales. En el Adriático se hallaba Goli Otok o la Isola Calva, en la que cumplían condena los que no aceptaron la ruptura de Tito con Stalin en 1948. Es difícil decir si era un lejano descendiente de Sísifo el que se acordó de un castigo insólito: que los prisioneros partieran bloques de piedra y arrojaran los cascotes al mar, como si se rellenara el Mediterráneo.



Vanas islas griegas del libro Viaggio da Venetia a Constantinopoli, *de Rosaccio.*

En una de las islas de Kvarner (se ignora exactamente en cuál), la cruel Medea mató a su hermano Apsirto. Así lo confirman el mito griego y la obra de Apolonio de Rodas, la *Argonáutica.*[103] En tiempos remotos, todo el archipiélago del Adriático norte recibió su nombre por Apsirto (*apsyrtides nesoi*). También la ciudad de Apsaros o Apsorus, en el istmo entre las islas de Cres y Losinj, tomó de él su nombre, que se ha conservado hasta hoy día en italiano y en croata como Ossero u Osor. En la costa vecina, no lejos de Pula, perecieron, según Calímaco,[104] dos amantes desdichados: la hija de Afrodita, Harmonia, y Cadmo, el hermano de Europa, en honor del cual antaño el Adriático se denominaba mar de Cadmo. Las Apsirtides también se llamaban Elektridi por el ámbar (en griego *elektron*) en el que se «transformaban las lágrimas vertidas». En torno a estas denominaciones surgió la polémica en textos antiguos: Apolonio de Rodas sostenía que aquello era el archipiélago del ámbar.[105] Seudo-Scylax era de la misma opinión. Sin embargo, Estrabón[106] y Plinio el Viejo[107] lo cuestionaban. Los contenciosos provocados por los

nombres van unidos a la historia del Mediterráneo.

En las cercanías están la Grande y la Pequeña Sarkana, dos islas insignificantes que probablemente recibieron el nombre por los sarracenos. El conquistador Kallun cruzó el canal de Otranto, tomó Brindisi, Ancona y parte de las islas de Kvarner, que Dante llamó Carnaro.[108] No se sabe cómo se llamaban antes estas islas y si alguna vez se anotaron en los mapas, y si realmente deben su nombre a Kalfun, el despiadado sarraceno de la orilla opuesta del Mediterráneo.

Los españoles transmitieron muchas de sus costumbres a las colonias conquistadas. En la bahía de San Francisco, ciudad que recibió el nombre por el conocido santo mediterráneo, en la isla de Alcatraz se hallaba hasta no hace mucho la «prisión más segura del mundo». En la Guayana Francesa se bautizaba con nombres cristianos (islas de la Salvación) las penitenciarías que por su crueldad superaron los modelos de la Antigüedad. En tres islas perecieron, y quizá no por casualidad, tres grandes exploradores: Magallanes, La Pérouse y el capitán Cook. No sabemos qué isla fue la que sirvió de inspiración a Kafka para escribir *En la colonia penitenciaria*. Hay muchos ejemplos en la literatura y fuera de ella, no sólo en la que está dedicada al Mediterráneo.

Mientras se preparaba para el viaje a Italia que, entre otras cosas, le inspiró *Elegías romanas*, Goethe tuvo un sueño parecido a una utopía insular: «Con un gran barco atraqué en una isla fértil, de rica vegetación, sabiendo que allí se pueden encontrar los mejores faisanes... Como el sueño suele transformarlo todo, sucede que tenían largas colas con ojos multicolores, cual pavos reales o las raras aves del paraíso».[109] Sicilia le recordó al poeta «Asia y África, de modo que no es cosa pequeña estar en ese punto extraño en el que confluyen tantos ejes de la historia mundial...».[110] La historia del Mediterráneo a menudo acaba en las islas, no sólo en las que baña el mar.

No es fácil conocer algunas islas mediterráneas. Me he servido de testimonios de los que las conocen mejor que yo, por ejemplo de la obra casi olvidada de D. H. Lawrence El mar y Cerdeña: «Ni los romanos ni los fenicios ni los griegos ni los árabes sometieron Cerdeña. La isla está al margen. Fuera de los cursos de la civilización... Me recuerda a Malta: perdida entre Europa y África, sin pertenecer a ninguna parte. Al no pertenecer a ninguna parte no pertenece a nadie... Se ha quedado al otro lado del tiempo de la historia».[111] El tiempo de la historia no está distribuido por igual en el Mediterráneo.



Islas del Kvarner, en la obra de Alberto Fortis publicada en Venecia en 1771.

Lawrence Durrell circunnavegó Sicilia, Rodas, Corfú, Chipre y Patmos, y elaboró muchas notas de cada una de ellas. Salvó del olvido la palabra ‘islomanía’ y la hizo circular: «En el cuaderno de notas de Gideon encontré una vez una lista de enfermedades todavía no clasificadas por la ciencia médica, y entre ellas aparecía la palabra ‘islomanía’, descrita como una dolencia del espíritu, rara pero en modo alguno desconocida. Hay personas, solía decir Gideon a modo de explicación, a quienes las islas les resultan, quién sabe porque, irresistibles. El simple conocimiento de que se encuentran en una isla, en un pequeño mundo rodeado por el mar, las llena de una indescriptible embriaguez. Estos «islómanos» natos, solía añadir, son los descendientes directos de los atlántidas, y durante toda su vida isleña su subconsciente tiende hacia la perdida Atlántida… Como todas las teorías de Gideon, era ingeniosa… Este libro tiene la intención de ser una especie de anatomía de la islomanía, dice Durrell en *Reflexiones sobre una Venus marina.*[112] Este breviario desea liberarse del espíritu de las diversas enfermedades del Mediterráneo y, por lo tanto, también de la islomanía, de la que padecía y a veces padezco.

Las reflexiones sobre las islas tocan el tema del exilio, que merece, sin duda, un breve midrash. En las cuestiones de fe y ritual,

los antiguos hebreos eran más propensos a las instituciones y jerarquías que los helenos. Elegían entre ellos mismos a los jefes en el exilio, los consideraban descendientes de David, les reconocían una autoridad espiritual y terrenal. Este dignatario se llamaba en arameo *Resh Golutha*, y al griego y al latín se tradujo como *exilarca*. Los escritores judíos franceses, conocedores del Talmud, lo llamaban el *prince de l'exil*: así aparece en la obra *Ecoute, Israel*, del extraordinario poeta Edmond Fleg.[113] Muchos se inspiraron en el *Midrash Rabba* que el exilarca Rabí Huna dedicó a los exiliados. La diáspora mantuvo durante mucho tiempo el cargo del *Resh Golutha* y respetó sus funciones. Muchas generaciones vivieron con él y con su ayuda. Pero el exilarcado se apagó con el rabí Ezequías. No ha sido posible restaurarlo. Los escasos datos que he logrado reunir confirman que los exilarcas destacaron por su paciencia y aguante: «Fueron faros en los cabos de buena esperanza, capitanes en las islas del exilio», me dijo un anciano rabino en Vilna. El Mediterráneo se puede sentir honrado de que semejante institución naciera en sus costas, en las islas del espíritu.

Las penínsulas también cambian de nombre o de naturaleza, sobre todo las que han surgido de una isla unida por medio de un istmo al continente. La vertiente ibérica, en tiempos remotos, se llamaba Hespérides, por las puestas de sol y los ocasos. Los romanos le dieron el nombre de *Baettica*, por el río Baetis que los árabes denominarían «gran río», Guadalquivir (*wadi al kabir*). La gran Península también llevó el nombre de los que en ella fueron señores: el califato cordobés, el reino de Granada, el imperio almorávide. Los Balcanes igualmente han tenido varios nombres. Primero fue *Haemus*. Por sus montañas y desfiladeros recibió el nombre de «Cadena del mundo» (*Catena mundi*). Los eslavos la bautizaron como *Stara Planina* (Montaña Vieja), los turcos lo tradujeron a uno de sus dialectos, no sé a cuál, y lo transformaron en Balkan. La península Balcánica, al igual que la Ibérica, ha llevado el nombre de los que han mandado y más numerosos han sido en ella: Ilírica, Griega, península Bizantina o Turquía europea. En los nuevos tiempos, algunos la han llamado «cuna de la civilización», otros «barril de pólvora». Jamás ha pertenecido sólo a Europa o sólo al Mediterráneo.

Ni Crimea tuvo sólo un nombre. Antaño se llamó Quersoneso Táurico (*Chorsonesus taurica*), mientras cabalgaban por ella los escitas y los tauros. Para los griegos era Táuride, en los tiempos en los que Ifigenia fue sacrificada. Los estrechos impidieron al mar Negro unirse con el Mediterráneo y que llegaran así juntos a ser iguales que el océano.

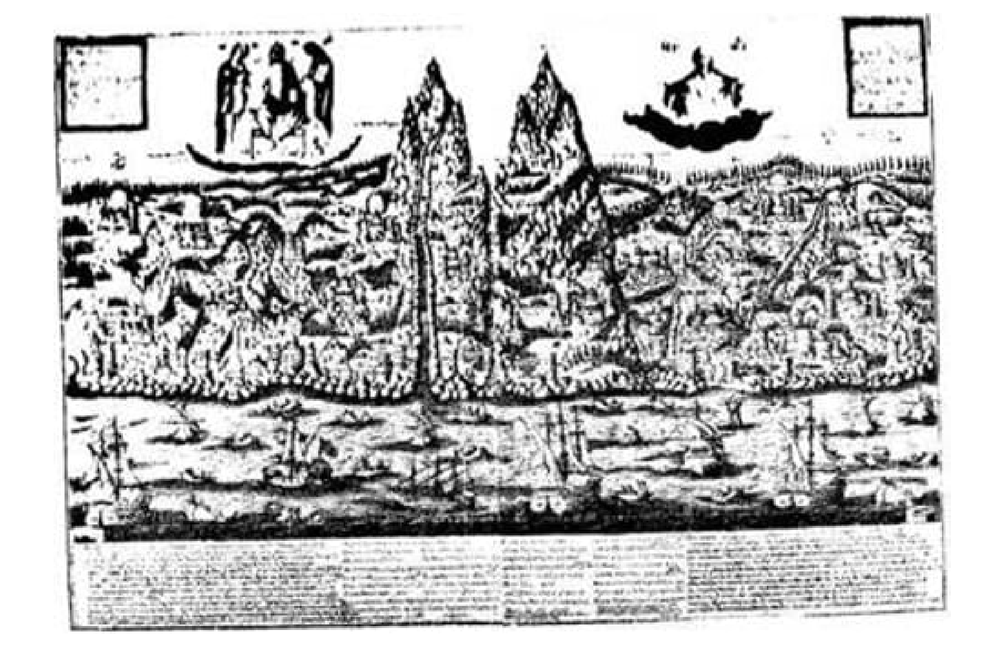
Las Columnas de Hércules, que son península, isla, roca y quién sabe qué más, no conservaron el nombre que tuvieron en los tiempos míticos. Gibraltar es una palabra compuesta que deriva de la palabra árabe *Yebel* (montaña) y del nombre del conquistador beréber Tarik. Esto también demuestra cuán grande fue en el pasado el poder de la ribera sur. La pronunciación *Yebeltarik* la modificaron los pueblos de la costa opuesta convirtiéndola en Gibraltar, en la época en la que impusieron su poder en el espacio del Mediterráneo norte.

La religión ha rebautizado también las costas y a sus habitantes. Los antiguos nombres hebreos de la Sagrada Escritura pasaron a los cristianos de todos los pueblos y las lenguas, los musulmanes transmitieron palabras con la misma raíz desde Oriente a Occidente: Abraham o Ibrahim, David o Davud, Salomón o Suleimán, José o Jusuf, María o Meriem, etcétera. También había nombres especiales que se diferenciaban de un pueblo a otro, de una religión a otra. Algunos de ellos se relacionaban con la luz o el sol, con la tierra o la piedra, muy pocos con el mar. El Hijo de Dios dio nombre a Pedro por la piedra: Cefas.[114] Santa Magdalena recibió el nombre por la provincia de Magdala. Lidia se llamó así porque desde la tierra de Lidia, vistiendo una modesta túnica escarlata (*Lydia Purpuraría*), llegó a Filipos, capital de la Macedonia egea, donde escuchó el sermón de san Pablo y se convirtió en la primera cristiana de Macedonia.[115] San Jerónimo intentó interpretar el nombre de María como una palabra compuesta de *meir* ('luz') e *iam* ('mar'): *Stella maris*, conocida por los marinos desde tiempos inmemoriales. Esta etimología no se ha aceptado, pese a la autoridad del santo y su talento traductor. No hay tantos nombres grandes y santos ligados al mar como podría haber, teniendo en cuenta que el hecho de rebautizar a la humanidad es propio del Mediterráneo.

Las mismas costas se dividen en las que están consagradas y las que no. Su consagración se parece al bautismo de las personas y de los barcos. Las costas cristianas frecuentemente reciben su nombre de la Virgen o de los santos. Navegamos por las costas de Cerdeña en las que abundan estos nombres: Santa Maria Navarese e Isola di Santa Maria, Santa Caterina di Pittunari, Santa Lucia, Monte Santù, San Antonio di Santadi, Capo San Marco, Stagno di San Giovanni, Santa Teresa di Gallura, Isola Maddalena, Costa Paradiso. Las costas de otros lugares también llevan nombres de santos, aunque aquí quizá más que en otras partes, más por miedo del mar que por devoción. Al sur de Sicilia se encuentra Marsala, llamada así en tiempos del dominio árabe. Deriva de la palabra *mars* ('puerto') y Alá. En Barcelona, el mercado municipal y la lonja de pescado se llama Sant Josep. En el Adriático, el adjetivo 'santo' entró de una manera particular en la denominación de los lugares, quizá más familiar que en otros sitios (el

prefijo románico *sant* corresponde al *svet* eslavo y se abrevia con *sut* o sólo con *su*): Supetar, Supavo, Sutivan, Sustipan, Sućuraj (*sv*. Juraj —San Jorge—), Sumartin (o con metátesis, Sumratin —San Martín—), Sutorina (*sv*. frena —Santa Irene—), Sutmiho y Sutmihojska (*sv*. Mihael —San Miguel—), Sutvara (*sv*. Barbara —Santa Bárbara—), Stombrata (*sv*. Marta —Santa Marta—), Sutikla (*sv*. Tekla —Santa Tecla—), Sucidar (*sv*. Izidor), Sutomisćica (*sv*. Eufemija), etcétera. Con ellos están también Punta Kriza, Punta Madona, Vala od Marije y la bahía de San Pablo (Sveti Pavao), la isla de San Gregorio (Sveti Grgur), no conocida precisamente por cosas buenas. A la entrada de la bahía de Pula esperan tres islitas: Sveti Petar, Sveti Andrija y Sveta Katarina. Sutlija recibe el nombre por Sveti Ilija, la colina y cantera que dieron fama a Trogir y que admiraron a Plinio el Viejo.[116] Así se consagra la tierra en el Mediterráneo, y no sólo el mar, que unas veces es sagrado y otras, cuando nos traiciona, maldito.

Las ciudades litorales tomaron santos como patronos. En el Mediterráneo central muchos protectores procedían del este, lo que confirma la existencia de intercambios espirituales, y no sólo comerciales. Génova, Barcelona, Tarragona, la pequeña Senj, en Croacia, eligieron a san Jorge de Siria. El exarcado de Rávena daba prioridad a los patronos bizantinos. En el Adriático, a pesar de todo, se aproximaron Oriente y Occidente: san Doimo y san Blas son patronos de Split y de Dubrovnik, san Teodoro, patrono del ejército bizantino, protegía la isla de Korčula, san Jacobo, Sibenik, san Trifón, Kotor. Trogir en el Renacimiento tenía dos patronos, san Cosme y san Damián. Zadar edificó la iglesia de Santa Stosija (Anastasia) y San Krševan (Crisógono). Dalmacia dedicó a san Simeón un escriño de metales preciosos. Muchas ciudades del Mediterráneo no se habrían podido defender de los crueles bárbaros si no las hubieran ayudado la bendición y protección de sus santos.



El monte Athos, representado por Alessandro Dalla Via a finales del siglo XVII o principios del XVIII.

En la península calcídica, que en el Egeo norte se separa en tres partes, una de las cuales es el monte Athos o Montaña Santa, conocí al monje Ireneo en el monasterio de Iviron. Volví a encontrarlo en el santuario copto de As-Surian, entre Alejandría y El Cairo, no lejos de la costa y a orillas del desierto. De él aprendí todo lo relacionado con el mar y la oración. Oriundo de Odesa, de padres uniatas que habían perecido en la época de las persecuciones, halló refugio en una familia griega de las que abundaban en aquella ciudad cosmopolita. Con esta familia y siendo niño huyó a Tesalónica en los años de la guerra. Tomó los hábitos en Athos, y luego sirvió al Señor en el monte Sinaí y en la meseta libanesa, en los monasterios de Chipre, en las celdas de los *meteoros* griegos. Rezaba contemplando alta mar, entregándose al infinito, meditando sobre el universo y su sentido. Hablaba de san Antonio y san Pacomio, anacoretas coptos, sobre cómo se hacía penitencia en el desierto al borde del mar, sobre el monasterio de San Macario y las reglas monásticas de san Basilio: «Apartarse del mundo, quedarse sin patria y sin familia, sin posesiones y sin bienes, sin amigos ni trabajos» (escribo la cita de memoria). San Jerónimo, también propenso a la vida eremita, tradujo al latín estas severas reglas de san Basilio. San Atanasio escribió la biografía de san Antonio Eremita. El anacoreta Ireneo emanaba dignidad y hermosura mientras

rezaba y miraba al horizonte. Su palabra era convincente y sincera, anhelaba que todos los cristianos se reconciliaran en Cristo y comprendieran mejor las otras religiones. Hablaba un ruso puro, un poco arcaico, sin metáforas. Hablaba más idiomas y había aprendido copto. Lo escuché con confianza y respeto: «La espiritualidad que los profetas y apóstoles impulsaron y propagaron a lo largo de las costas mediterráneas la heredaron los primeros grandes eremitas»; *Sobre la vida contemplativa (De vita contemplativa)* es una de las formas más puras del nuevo helenismo; la *theoria* significaba visión y revisión: la contemplación es la experiencia de la teoría, *praxis kai theoria*. El monje me explicó los significados originales de la anacoresis y de la *koinonia*, la *xeniteia* y la *lavra*, el sentido de la *apatheia*, como el dominio de sí mismo, la diacrisis como discernimiento interior. Las tradiciones teológicas antaño se transmitieron de Oriente a Occidente. Los caminos insólitos del espíritu conducen a Capadocia, a la *lavra* de Kiev-Pechersk, a Sveti Naum, Sopoćani y Dećani, a la iglesia de los Cuarenta Mártires en Bulgaria, a los monasterios armenios en el lago salado de Van y en el de agua dulce de Sevan. Ireneo mencionó muchas obras, citó a autores religiosos y laicos. El Hiperión de Hölderlin soñaba con convertirse en «eremita en Grecia». En las culturas antiguas prevaleció el «punto de vista del observador». La filosofía buscaba un «punto de vista intelectual». (El «servidor de Dios», así se llamaba a sí mismo, acentuaba especialmente las palabras que entrecomillo.) Teniendo en cuenta que «unas fuerzas provocan la aparición de fuerzas opuestas», en la espiritualidad helénica se manifiesta el anhelo por «traspasar el círculo de la visibilidad», así la sabiduría, es decir, la capacidad de penetrar en los últimos secretos, empezó a equipararse con la ceguera. Piresias era ciego, igual que Homero, pero adivinaba lo que había al otro lado de lo visible. Edipo se perforó los ojos que lo habían traicionado. Los primeros predicadores cristianos les decían a los escépticos griegos: «Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y échalo lejos de ti». El sol meridional ciega fácilmente. Dante, al alcanzar la luz infinita del paraíso, pierde la vista. Al final de la Antigüedad aparecieron los partidarios del silencio. «El logos debe ser precedido por el silencio», advertían los neoplatónicos. Plotino buscaba la «comprensión en el silencio». El ideal de los ascetas era un «himno sin palabras» dirigido al Altísimo. Así se establece el equilibrio en la oración, en el discurso, en la contemplación. Esto no es sólo la tradición bizantina, repetía el monje. También hay rastros y fuentes de esta tradición en la vertiente occidental, en Palermo (*Chiostro di San Giovanni degli Eremiti* del siglo XVIII), en varios lugares de España y Francia (cistercienses, paúles y trapenses), en algunas islas adriáticas (en la pequeña Kosljun, al lado de Krk, y en la más pequeña aún de Nuestra Señora de Skrpjelo en la

bahía de Kotor), y en la costa meridional del Mediterráneo, en las órdenes de derviches sufíes. Es interesante contar con ello cuando debatimos sobre las fronteras mediterráneas. No sé si el monje Ireneo llegó a terminar su ensayo sobre Simeón el Estilita y las razones por las que este santo extraordinario se encaramó a una columna y se ató a ella. Como muchos eslavos no respondía a las cartas. Quién sabe si las que le escribí le llegaron. ¿Dónde está ahora?, ¿en qué monasterio?, ¿en el monte Athos? ¿O en el desierto quizá?, ¿a orillas del mar Rojo o frente al Mediterráneo?

Los legisladores de la antigua Grecia se ocupaban de la sal. El salinero gozaba de respeto, las salinas de protección. Homero cantaba a la «divina sal» (*halos theio*). Aristóteles la relacionó con la moral y la amistad.[117] Plinio el Viejo vio su influencia en «la voluptuosidad del espíritu (*ad voluptates animi*), y por eso se dicen saladas todo tipo de bellezas de la vida y las mayores alegrías, el descanso de una fatiga que no contiene en tal medida ninguna otra palabra».[118] Cicerón poseía sus propias salinas y hablaba de ellas con orgullo: *salinarum mearum possessio,*[119] esto tal vez demuestra que la oratoria está muy ligada a la sal. Una de las calzadas romanas más importantes, por la que los sabinos transportaban sacos de sal a la Ciudad Eterna, se llamó *via Salaria*. Un cartógrafo la dibujó en el mapa llamado *tabula peutingeriana*. La sal abría caminos desde el mar hacia el continente, construía vías desde el continente hacia el mar. Es casi imposible enumerar todas las salinas de un extremo a otro del Mediterráneo, así como las bondades que les debemos.

La cultura del olivo ha utilizado términos cercanos a los filosóficos o religiosos. El olivarero se denominaba *elaiologos*, el vendedor *elaioparojos*, el inspector *elaiojristes*, la producción de aceite *elaioturgia*, el control sobre ésta *elaiojristia*. Getsemaní, el lugar donde Cristo rezó su última oración, en hebreo significa ‘huerto’ (*gath*) con almazara (*shemanim*). El olivo y la aceituna tienen un lugar especial en la Sagrada Escritura. El aceite «honra a Dios y a los hombres».[120] *Mashiah* (‘Mesías’, el que está ungido) se tradujo al griego como *Jristos* (‘ungido’). En el Corán se jura sobre el olivo y la higuera: «¡Por las higueras y los olivos! ¡Por el monte Sinaí! ¡Por esta ciudad segura!», se lee en la sura noventa y cinco, que lleva por nombre «Las higueras».[121] Con frecuencia se cita que para el Mensajero del Islam el olivo «que no es del Oriente ni del Occidente, es luz sobre luz».[122] En estos conceptos y en estas instituciones se basa el pasado del Mediterráneo.

«El Mediterráneo alcanza hasta el borde de la franja desértica, y el olivo es su árbol: árbol del paisaje de la claridad solar que separa la lobreguez del ecuador de la del septentrión. Es el símbolo del clasicismo entre dos romanticismos».[123] Según Huxley, el olivo es también el símbolo de la latinidad. Les descubre a los compatriotas del escritor lo que hay en ellos específicamente inglés y no teutón. Sin la influencia mediterránea «Chaucer y Shakespeare jamás habrían llegado a ser escritores auténticos».[124] Lawrence Durrell, que pasó su juventud en las islas griegas y la vejez en Provenza, vio precisamente en el olivo la síntesis del Mediterráneo: «Todo el Mediterráneo —las esculturas, las palmeras, las cuentas doradas, los héroes barbudos, el vino, las ideas, los barcos, la luz de la luna, las gorgonas aladas, los hombres de bronce, los filósofos—, todo parece surgir del sabor agrio e intenso de estas olivas negras cuando se parten entre los dientes. Un sabor más antiguo que la carne, más antiguo que el vino. Un sabor tan antiguo como el agua fría».[125] Muchos escritores y poetas han dejado textos sobre el olivo. Numerosos pintores lo han pintado. Los estatutos de las ciudades costeras y las constituciones de los países marítimos se han ocupado de él. Cada región del Mediterráneo tenía sus olivareros y quién sabe cuántas almazaras, prensas, molinos.

Aromas de plantas, hierbas, tallos y árboles impregnan las costas. A veces más que el olor del propio mar. Los olores se diferencian de una costa a otra. Unos influyen en el espíritu y en el cuerpo, otros carecen de influencia alguna. La viña se menciona en la Sagrada Escritura[126] y en el Corán.[127] También la higuera: «Porque de los espinos no se recogen higos, ni de las zarzas se vendimian racimos».[128] En los sarcófagos y monumentos de todo el Mediterráneo, en los frescos, iconos, misales y estelas abundan los racimos. «La palmera gusta del suelo salado», dice Teofrasto.[129] Los habitantes de Jerusalén esperaron a Jesús con ramos de palma, que también aparecen pintados con frecuencia. En la ribera norte de nuestro mar, la palmera crece en una estrecha franja, en la sur llega más lejos, soporta el calor. La almendra (*mandorla* en italiano) concentra los rayos de luz y evoca el sol, y por eso se convirtió en un motivo de las pinturas y esculturas góticas, un símbolo iconográfico: también se llama *mandarla* la aureola oval que rodea el rostro de Cristo en escenas del Juicio Final, o a la Virgen durante la Anunciación, o a las siete palomas que por las iglesias del Mediterráneo llevan los siete regalos del Espíritu Santo.

Los escritores de libros de viajes han escrito sobre la retama o genista y también le han dedicado poemas (Leopardi). Aparece a menudo en cuadros (de los impresionistas y otros). Sus flores son de

un vivo color amarillo y por esa sustancia amarilla que se emplea en tintorería la llaman también retama de tintoreros. Es conocida sobre todo en el litoral norte del Mediterráneo. Sus ramas se echaban en las brasas y cenizas de las tahonas para que las hogazas se impregnaran de su aroma. Parece ser que la genista no procede de otros lugares, sino que es oriunda de las costas mediterráneas.

Asimismo, la granada está presente y prolifera desde tiempos remotos en el paisaje mediterráneo, en la pintura, en la imaginación. Su nombre figura en los libros santos judíos, cristianos y musulmanes. Las granadas decoraban las columnas del templo de Salomón,[130] y también se le han dedicado poesías en poemarios famosos (Valéry). En todas las lenguas del Mediterráneo se menciona su grano rojo incrustado en el fruto y el propio fruto que estalla al madurar.

Un historiador moderno se imagina al padre de la historia, Heródoto, que regresa a los parajes que antaño recorrió y se asombra con lo que en su época no pudo ver. Cuántos árboles y frutas no reconocería: naranjas semejantes a las «manzanas de oro» que trajeron los árabes de la lejana China. Limones, melocotones, albérchigos, moras que no tuvo ocasión de probar; los romanos sólo al final del imperio probaron la cereza o la guinda; Heródoto probablemente no vio las palmeras más que en los oasis, pero no junto a la costa, en los paseos que hoy día flanquean sus troncos; tampoco el ciprés había llegado de Persia, ni el eucalipto, de nombre griego y patria australiana; «plantas extrañas de raro aspecto» como el cactus, el aloe o el agave; mucho más tarde, del Nuevo Mundo llegaron la patata, el tomate o el maíz, que salvaron al Viejo Mundo de la hambruna. En otros tiempos no había en el Mediterráneo ni una planta de higos chumbos, cuyos brotes espinosos dan el carmín más hermoso para los labios de las muchachas.



Detalle de la Toscana, dibujada a tiza por Leonardo entre 1502 y 1503. Biblioteca Real de Windsor.

Las referencias e imágenes de viñas y uvas, así como los debates sobre el vino, podrían llenar libros más voluminosos que éste. En *La epopeya de Gilgamesh*, Enkidu se bebe hasta siete copas de vino; después de la muerte del héroe y de la ofrenda de libaciones, a los presentes se les ofrece pan y vino. La Biblia nos cuenta que el patriarca Noé, inmediatamente después del diluvio, «plantó una viña»,[131] luego se embriagó con vino y se quedó desnudo delante de sus hijos. En Egipto se cultivaba la vid en varias regiones ya antes del exilio del «pueblo elegido», en el segundo milenio antes de nuestra era. El copero le contó a José su sueño relativo a una vid con tres sarmientos que «brotaba, y arrojaba su flor, viniendo a madurar sus racimos de uvas»,[132] las exprimía en la copa y se la ofrecía al faraón. El *Eclesiastés* propuso «agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría».[133] Los héroes de Homero no se distinguían por la contención, Odiseo bebía vino en las islas en las que encontraba bellezas seductoras y así olvidaba más fácilmente a su fiel Penélope. El vino lo ayudó a embriagar al cíclope Polifemo[134] y salvar su propia vida y la de sus compañeros. Teofrasto daba una importancia especial

a la poda de los sarmientos y a la elección del suelo más adecuado para plantarlos.[135] Dionisos, hijo de Zeus y de la hermosa ninfa Semele, en la Antigüedad mediterránea es conocido como el dios del vino.

Los romanos también se interesaban por el vino, alababan los mejores, renegaban de los peores, ya fueran suyos o ajenos. Marco Porcio Catón, llamado unas veces el Censor y otras el Orador, en su obra *De agricultura* demuestra que conoce bien la viticultura.[136] Marco Terencio Varrón había cumplido ya los ochenta años cuando se puso a escribir un manual titulado *Res rusticae*. Tras él fue Lucio Columela con un título casi igual —*De re rustica*—, con el mismo deseo de enseñar a sus contemporáneos y herederos el cultivo de la mejor vid. La *Geórgica* de Virgilio compara la posición de los sarmientos en el viñedo con el orden de batalla de la legión romana.[137] Estrabón, por su parte, en la *Geografía*, dejó a la posteridad el testimonio de la extensión de los viñedos a lo largo de las costas mediterráneas. Nacido en la orilla sur del mar Negro (Amasya), ensalzó no sólo el vino de su patria, sino también los vinos caspios vecinos, y los de Capadocia y los de las islas egeas, en especial el de Cos, Quíos y Lesbos.[138] (En el Adriático destacó en particular los buenos vinos del emporio de Aquileia, procedentes de las regiones ilirias y dálmatas, y en esa ciudad vio toneles grandes como casas,[139] quizá los mayores que existían en aquel momento en el Mediterráneo.)

El Mensajero manifestó en el Corán su severo juicio acerca de las bebidas alcohólicas y del juego de azar: «... Son de gran perjuicio, a pesar de que también hay en ellos algún provecho para los hombres; pero su perjuicio es mayor que su provecho».[140] Según Mahoma, son «abominaciones procedentes de la actividad de Satanás, ¡evitadla!»[141] Sin embargo, en la sura de «La abeja» (*En Nahl*), que probablemente surgió en sus años jóvenes, era más flexible: «Obtenéis bebidas fermentadas y un buen alimento de los frutos de la palmera y de las vides. En eso hay una *aleya* para unas gentes que razonan».[142] Al representar las bondades del paraíso que les fue prometido a los piadosos, el inspirado Profeta anunció, junto con ríos de agua fresca, leche y miel, también «ríos de vino que serán delicia de los bebedores».[143] La poesía árabe, antes y después de la islamización, cantaba néctares de distintos tipos y hacía alabanzas del vino: *hamriyat*. En el sur de la península Arábiga, en Siria y en Palestina, el vino era conocido desde muy antiguo aderezado con diversas especias. El poeta Al A'sha de Bakrr, coetáneo del Profeta, describió con pasión las vendimias en Yemen. Pero no siempre fue así. Cumpliendo la prohibición del Corán, en su expedición de conquista por el norte de África, el califa Al Hakim arrasó los viñedos. Cuando los ejércitos árabes cruzaron Gibraltar, y después de la batalla de Guadalete,

cuando se abrieron paso hacia las costas españolas y portuguesas y hacia Cádiz, Toledo y Córdoba, el gobierno de los Omeya demostró ser más tolerante que el de los Abasíes. Durante el dominio de estos últimos se erradicaron muchas cepas, pero la vid se conservó so pretexto de que las uvas se podían comer antes de convertirlas en mosto. Poetas como Hafiz, Jayam o Rumí se saciaron, a pesar de las prohibiciones, del «río de vino» que se prometía en el paraíso, ansiando esa felicidad ya en la tierra. El médico Ibn Sina, que viajó por las costas del Mediterráneo, recomendaba vinos naturales y buenos como remedio para el cuerpo y el alma.

En el imperio turco, después de que se prohibiera el vino y se descubriera el café, las tabernas se convirtieron en cafés. Los jenízaros, no obstante, gozaban de un privilegio que les permitía emborracharse de vez en cuando de vino o de aguardiente (*arak*), sobre todo después de los combates duros. El sultán Selim II, heredero de Solimán el Legislador, era un borracho conocido. En Esmirna se escanciaba un vino caliente especial denominado «leche de león». En Bosnia y Herzegovina, los eslavos del sur que se convirtieron al Islam continuaron tomando bebidas fuertes y les dieron nombres nuevos: *muselez, hardalija, ramaznija*. De ello dan fe no sólo Evliya Çelebi en los escritos de su viaje por los Balcanes, de un caravasar a otro y de una alhóndiga a otra, sino también las canciones populares de la región. Cuentan que en la tramontana mediterránea, en la vertiente occidental de los Balcanes, no había mejores fondas que las alhóndigas del bazar sarajevita y del Kujundziluk de Mostar.

Se han conservado varios escritos relativos al transporte del vino en ánforas; el barro cocido mantenía la embocadura mejor que la barrica seca. Se necesitaba tiempo y experiencia para elaborar las duelas de madera de modo que desaparecieran por completo los rastros de su olor y jugo que estropeaban el zumo y el aroma del propio vino. En el cambio de recipientes a finales de la Edad Antigua y principios de la Edad Media, los vinos superaron difíciles pruebas en las costas del Mediterráneo.

Las generaciones nos han transmitido enseñanzas sobre lo ácido y lo picante, lo áspero y lo acre. En ellas se aprecia y se encomia el vinagre, sobre todo el de vino. Ya en la época de griegos y romanos eran famosos ciertos tipos especiales: *acetum Aegyptium, Pharium, Niliacum, Alexandrinum.*[144] Nuestros antepasados sabían por experiencia que el vinagre curaba enfermedades; empapaban un paño de lino y enjugaban con él la cara o las rodillas. Con vinagre mitigaron los últimos tormentos de Cristo en la cruz: «Empaparon una esponja en el vinagre, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca».[145] El pan mojado en vinagre era, según el Antiguo Testamento, comida de los segadores de Samaria, en el Carmelo y en el valle de

Sharon, por toda Judea. Booz se lo ofreció a Ruth la moabita,[146] y ella le dio un hijo pronto, un heredero. También en la tradición islámica se aprecia el vinagre. El Mensajero de Alá sostenía que no hay mejor acompañamiento que el vinagre, y lo confirman los *hadis* que escribieron Et Tirmidhi, Ibn Madze, Muslim y Ed Darimi. Con vinagre se vendan todavía hoy heridas, se aplaca la fiebre, se apaga la sed y se alivia la resaca, lo que, bajo el sol del Mediterráneo, no es fácil.

En la antigua Roma, el vinagre itálico (*acetum Italicum*) se consideraba, en sentido figurado, la encarnación del buen gusto y del ingenio. Se le aplaudía en los teatros. Era el aguijón en las comedias de Plauto y Terencio, el veneno en las sátiras de Juvenal, en los epigramas de Marcial. *Itálico perfussus aceto*, con estas palabras animaba Horacio el juego travieso entre la pluma y la mente.[147] Los grabadores utilizaban una mezcla de vinagre y ácido para grabar con punzón y lima en el cobre los contornos de la tierra y del mar. Probablemente surgieron así los primeros mapas y el *pinax* que Heródoto vio en Levante, en el que aparecía todo el Mediterráneo descubierto hasta entonces.

Aparte de las diversas especies de vegetación y frutas que registran y clasifican los manuales botánicos, todo el mundo tiene una hierba, una hoja, una planta, una flor, un árbol preferido. El privilegio del glosador reside en que puede, según su entender, introducir una entrada e ignorar otra, aunque esta última sea más importante. Aquí empezaremos hablando de la algarroba, que a menudo se desdeña. Vino de Asia, probablemente del golfo Pérsico, antes que la vid, quizá incluso antes que el olivo. Recorrió la costa mediterránea, llegó a las islas Canarias, cruzó el océano. La recogen los libros antiguos y la conservaron las tradiciones.[148] San Juan Bautista se adentró en el desierto vestido con ropas de pelo de camello y, según las palabras del evangelista Mateo,[149] se alimentaba no de langostas, como pensaban algunos exégetas, sino de algarrobas; así surgió la expresión «pan de san Juan Bautista». De algarrobas se alimentaron los marineros fenicios, los constructores de las pirámides, los legionarios romanos, los uscoques dálmatas y los seguidores de Mahoma. Los venecianos se las daban a los galeotes para que durante la travesía sus excrementos fueran lo más duros posible y en la cubierta, entre la paja, quedara poca suciedad y se pudiera limpiar bien. La algarroba es nutritiva y no se estropea. Es correosa pero friable. En su harina hay azúcar, su corteza es aromática, el árbol del algarrobo crece en las regiones más secas del Mediterráneo, incluso en las desérticas.

En un suelo adecuado, la copa del algarrobo es frondosa. En él, los grillos cantan más y son más ruidosos. Un amigo de la isla de Vis,

en el Adriático, me contó que en Komiza, la ciudad de pescadores donde nació, los habitantes llaman a las algarrobas pequeñas «panecillos». No las recolectan, sino que se las dejan a los pobres para que las recojan después de la cosecha. En muchas islas se cocían hogazas o hacían papillas de este fruto deslucido y rígido. Los árabes le prestaban un cuidado especial. Llamaban *qirat* a la semilla. Y de ahí procede la unidad de peso del oro: el quilate. En la época de las grandes pruebas, la algarroba era el oro seco del Mediterráneo.

El índigo llegó hace mucho de Oriente, probablemente de India, quizá de China, a través de Siria, de Chipre, de Creta. Las galeras venecianas y genovesas lo trajeron al sur de Europa, las caravanas lo transportaban por el desierto nubio y abisinio hasta el Mashhrek y el Magreb. Los botánicos lo llamaron de varias maneras: *indigofera, tinctoria, cyanescens* y probablemente alguna más que no hemos oído. No sé quién llamó «oro azul» al índigo de Malabar. El procedimiento mediante el cual se extraía de su tallo y hojas un líquido que no es ni azul ni morado, sino los dos colores a la vez, se mantuvo durante mucho tiempo en secreto. Con este líquido ya se coloreaban cosas en el antiguo Egipto, en Cartago, en la Hélade y en Roma. Ciertas religiones, la india entre las primeras, le otorgaron al color un significado místico y adornaron con él la vestimenta litúrgica. Los árabes lo reprodujeron en los mosaicos y en esmaltes y lo llevaron a España y a Sicilia. En Venecia y en Florencia lo usaron pintores de frescos y los tejedores de terciopelo. Giotto trató de penetrar en su significado oculto. Leonardo lo consideró el color de las distancias inalcanzables. Entre los diferentes caminos, conocidos y desconocidos, que llevan al Mediterráneo desde todos los puntos, no podemos olvidar el camino del índigo: se entrelazaba con la ruta de la seda y del marfil en el sur y en el este, y con la del ámbar y del estaño en el norte y el oeste.

La alcaparra nace allí donde casi nadie la busca y tal vez nadie se la espera. Sus primeros rastros, hace milenios, se descubrieron en Asia central. Su nombre procede del árabe (*kabar*). Sin embargo, diríase que sólo el viento y la piedra han traído su semilla: el viento la introduce en la roca, la aplasta en los muros, la siembra entre las grietas de las albarradas. La encontramos en parajes silvestres, en los roquedales de una isla inhabitada, pero también en medio de una ciudad, en las murallas y torres, a veces junto a monumentos importantes, en las grietas donde sólo los dedos de Dios han podido meterla. No necesita mucho espacio ni humedad, pero sí sol y luz en

abundancia. Chupa tal vez algunas gotas de líquido de la propia caliza que la protege del entorno. El mar y la sal no la perjudican, es capaz de escalar a lo largo de los acantilados contra los que se estrellan las olas. Sus delgados nervios perforan la piedra, el revoque, la pared y a saber cuántas cosas más. No se deja arrancar con facilidad y cuando se la corta vuelve a crecer tal como era, o incluso más resistente. De un simple vástago puede crecer una mata. Su vigorosa flor, blanca y en parte violeta, con las anteras muy visibles, brota del tallo. Cuando su fruto madura, se convierte en un condimento. También la semilla se transforma en fruto destinado a un viento nuevo, a la humedad y a la piedra. El sabor áspero de la alcaparra lo conocen bien quienes conocen toda la aspereza del Mediterráneo.

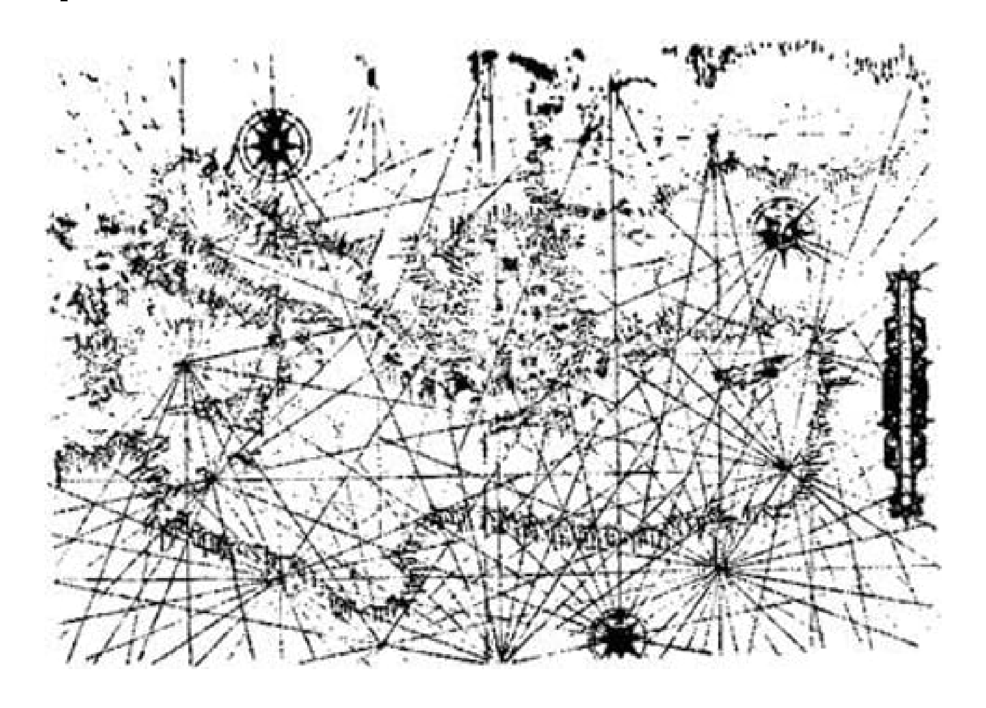
El satirión es de la familia de las orquídeas. Es raro y poco usual. Tiene una raíz fuerte y una flor muy roja. Al igual que su compañera, la mandrágora (*alrauna*), parece ser que es más fácil encontrarlo en la literatura que en la naturaleza. Muchos lo han buscado por todas partes, impulsados por la fama que lo precede. Pocos lo han encontrado y menos aún son los que han podido servirse de él, no hay que creer a todos los que se jactan de ello. El *arbiter elegantiae*, Petronio, también menciona el satirión en su *Satiricón,*[150] relacionándolo con la concupiscencia y la lascivia. Teofrasto magnificó el impulso sexual de algunas subespecies.[151] Plinio lo describió con más contención: «el satirión tiene un órgano reproductor masculino y otro femenino»;[152] es familia del *erythronium*, y muchos pensaban que para alcanzar una intensa excitación sexual bastaba tener un tallo cierto tiempo entre las manos. O mejor aún mojarlo en «leche de oveja o en vino y beber la pócima obtenida».[153] El naturalista Plinio afirmaba que crecía en los acantilados más abruptos del Mediterráneo.

La púrpura no es de origen vegetal. Su raíz es griega (porphyros). Los turcos la llevaron a los Balcanes con el nombre de grimiz. Su color rojo violáceo se confunde con frecuencia con el carmesí fino del color escarlata. Parece ser que la confusión empezó en tiempos del papa Pablo II, cuando la Iglesia determinó que los cardenales llevaran ropa escarlata, recibiendo por ello el nombre de purpurados. Los naturalistas afirman que la culpa es de las conchas y caracoles cuya mucosidad expuesta al sol primero se torna verdosa, y luego violácea, púrpura o morada, para acabar siendo rojo escarlata. Teniendo en cuenta la manera en que se obtenía, este color era raro y costoso. En la antigua Roma se usaba sólo para el borde de la toga de los más altos dignatarios. En Bizancio era señal de lujo y poder; el príncipe nacido en el palacio imperial se llamaba «porfirogeneta». En las ciudades mas antiguas del Mediterráneo, la púrpura era objeto de

admiración y temor; también de desprecio.

Mi conocimiento sobre la flora mediterránea sería más modesto de no ser por los tratados de Teofrasto y la obra de Dioscórides de Anazarbo *De materia medica*, que he usado y estudiado. Todo sería muy teórico si no hubiera aparecido el herborista árabe que me enseñó tanto. Había nacido en una de las islas de Kerkennah, pero trabajaba en Yerba, en el camino a Humt Suk, no lejos de la vieja fortaleza española (quizá todavía está allí). Aquí tenía más clientes que solicitaban sus servicios que en Kerkennah. Lo llamaban *tebib*, que en árabe puede ser médico y farmacéutico. Su verdadero nombre era Vahid. Vivía en una casa pequeña con dos modestas habitaciones, con esteras de juncos en el suelo, solo, viudo, sin hijos. Había empezado la carrera de medicina en el sur de Francia, en Montpellier. No consiguió terminarla, pero tradujo al francés el *Tratado de las plantas medicinales*, de Ibn al Baytar, que completa felizmente a Dioscórides. Primero me habló de las plantas medicinales de su patria, me explicó la razón de que haya tantos nombres para una sola hierba, arbusto o árbol en lugares muy cercanos entre sí. La higuera tiene en Argelia al menos tres denominaciones: *kerma, tagerut, telukat*, además del término *at-tin*, que aparece en el Corán. La genista en algunas partes se llama *shedida*, en otras *tellegit*. Para la salvia, igual que en la península Balcánica y en la Ibérica, existen muchas palabras de origen distinto: *kusa, takruf*, en Egipto oí también *sasaf (no* he logrado comprobar si la palabra es copta). Al romero lo llaman *iazir, klil* y *hasalhan*, la hierbabuena es *mersit, hana* y *nana* (los turcos extendieron la denominación *nana* hasta Bosnia). El arbusto de la *Anábasis* en algunas partes es *dega*, en otras *belbel* y también *Djell*. Tebib me mostró el pino que se llama *snuber* (o *senuber*, mis transcripciones no son de fiar), y en las regiones de la Kabilia, *azumberi*. Vi la vid de la que Teofrasto cuenta que bajo la influencia del humo da una vez uvas blancas y otra negras.[154] Me explicó cuáles eran las diferencias entre las palmeras: unas costeras (necesitan el suelo salado), otras crecen en el interior, en las inmediaciones del desierto; éstas dan frutos —dátiles—, aquéllas no. La palmera datilera se llama *nekla*, cada una de sus partes tiene una denominación distinta si es en árabe o en beréber. La palmera enana, llamada *dum*, tiene hojas digitiformes, las amarillas son machos y las verdes hembras, y las que son amarillo-verdosas son de los dos sexos a la vez. Al lado de la casa de Vahid, estaban plantados tres mirtos: *tehan* o *mersin* los llaman a orillas del mar en el Sahel y *tafeltest* en el Sahara. Se trata de una semántica especial, de raíz en el estricto sentido de la palabra, con la que ya nos hemos encontrado en el breviario, al citar los nombres diversos de la vegetación mediterránea

en la costa oriental del Adriático o en los Apeninos. Aristóteles lo confirmó hace tiempo en sus clasificaciones botánicas. No sólo las variedades de esta especie han condicionado el origen, sino también el deseo de que, frente a discursos generales y uniformes, se conserven la especificidad y la pluralidad. Esta idea, a juzgar por lo que parece, tiene cierta relación con el mismo mar. La premisa que planteó el herborista árabe de Yerba, según la cual nuestro mar está más inclinado hacia la orilla sur que hacia la norte, y partiendo de cómo y hasta qué frontera aparecen y se renuevan las especies de hierba y arbustos, la escuché al principio con incredulidad. Más tarde encontré su verificación en las investigaciones de especialistas sobre la flora africana: «El descubrimiento de flora típicamente euromediterránea en las altas montañas del Sahara central fue una de las mayores sorpresas en la investigación botánica de estos parajes... La vegetación en los cauces de los *uadis* de las regiones montañosas del Hoggar es incuestionablemente mediterránea».[155] El Mediterráneo es capaz de superar al desierto.



Portulano del Mediterráneo, realizado por Vicentius Demetrius Volcius (Vicko Demetar Volčić) en 1593.

Jamás sabremos qué estaba escrito en los ocho libros dedicados a los peces y a la pesca que menciona Ateneo y de los que sólo se han

conservado los *Halieutica* de Opiano. También a Ovidio debemos varios fragmentos en los que es difícil interpretar todos los términos, en especial los que el exiliado oyó en las dunas euxinas. Muchos han descrito las variedades de peces y las distintas formas de pescarlos y prepararlos. Ignoramos por qué algunos están grabados en monedas encontradas en ciudades de la Magna Grecia, por poner un ejemplo: el centollo de Motia, el pulpo de Siracusa, la concha de Oxentum, el delfín de Tarento, mientras que otros, igual de sabrosos, no atrajeron la atención de los tesoreros. Juraj Šizgorić (Georgius Sisgoreus Sibenicensis), canónigo de Šibenik y poeta de circunstancias del siglo XV, en sus tratados en latín conservados en un manuscrito titulado *De situ Illyriae et civitate Sibenici* —De la situación de Iliria y la ciudad de Šibenik— describió los bancos de peces en la desembocadura del río Krka (*Tyrus fluvius*), en los lugares donde se encuentran y mezclan las aguas dulces y saladas: «Aquí se encuentran atunes (*thynni*) de tamaño insólito, se ven delfines jugando y a menudo focas (*vituli marini*). Cuando el sol está bajo las constelaciones de Cáncer, de Leo y de Virgo (*in Cancro, in Leone et in Virgine*), se pescan aquí dentones (*dentrices cristatae*), considerados un auténtico manjar; dicen que como ésos hoy sólo se pescan en los Dardanelos (*in Hellesponto*). También se cogen ostras (*ostreae*), suculentas por el sabor del mar dálmata, y mújoles (*capitones*), salpas (*salpae*), escorpina (*scorpenae*), salmonetes (*muli*), lubinas (*lupi*), gobios (*gobiones*), doradas (*auratae*), pargos (*pagri*), calamares (*loligines*) y caballas (*scombri*). Cuando el sol entra en la constelación de Tauro en las profundidades del mar se capturan con anzuelo grandes cantidades de chuelas y sargos (*copia menarum et sparulorum*). A veces aparecen monstruos marinos extraordinarios (*piscium monstra*), nunca antes vistos».[156] Observamos que Šizgorić menciona las ostras y no otra especie de moluscos o crustáceos, ni los simples mejillones, ni los deliciosos dátiles de mar, ni el popular centollo, ni la noble langosta, que los forasteros del norte vieron por primera vez en las fuentes de los antiguos pobladores de exquisitos paladares. Parece ser que el canónigo tampoco vio el pez espada ni la vaca marina que en la otra orilla del Adriático llaman foca monje y que probablemente ya entonces se escondía en las grutas y empezaba a extinguirse. A juzgar por las apariencias, también el «arreglo» del arte culinario en nuestro mar se ha modificado. Según los datos antiguos que pueden obtenerse en las administraciones de las grandes y famosas lonjas de pescado (he investigado en Barcelona, Nápoles, Marsella, Atenas y Estambul, en Trogir, en Trapani, en Trípoli y Trieste), pocas especies de peces originarios de otros mares —salvo el bacalao y, quizá, el salmón— son solicitadas y se degustan en las mesas del Mediterráneo, por lo demás muy tolerantes.

Si ha trabajado con los nomines de los peces que aparecen en la

obra de Vojmir Vinja.[157]. El autor expreso en la introducción la debida gratitud no solo a nuestro maestro común, Petar Skok, sino también a Henrik Barić (1883 – 1957), romanista y albanólogo, uno de los mejores expertos en los enigmas lingüísticos del Mediterráneo. Petar Skok no llegó, por desgracia, a ordenar sus escritos etimológicos sobre los términos de la fauna y flora mediterráneas que vi por última vez colocados en una vieja caja de cartón antes de que desaparecieran del despacho del profesor sin dejar rastro. En la citada Fauna adriática, que de alguna manera también es un glosario, el autor señala un fenómeno interesante que quizá supere el marco de la ictiolexicografía: «En la práctica podríamos aceptar la regla de que cuanto menos valioso y menos solicitado resulta un pez o cualquier otro animal marino, más nombres tiene. Las expresiones salpa y atún cubrirán todo el Mediterráneo..., mientras que los incomibles merillos (Paracentropristis hepatus), tan aburridos para los pescadores, tendrán tantos nombres como puntos investigados haya».[158] La jerarquía, como vemos, se manifiesta en las denominaciones. Esto se presiente también en las figuras ictiomorfas que encontramos en las pinturas antiguas, en particular en las medievales: ¿la ballena (o un monstruo) en cuyas entrañas se hallaba Jonás nadaba en verdad por alta mar en el Mediterráneo?, ¿qué pescado abundante capturaban los apóstoles y con qué especie alimentó Cristo a tanta gente?

Las familias modestas comían pescado barato. Recordemos las sardinas y caballas asadas en las parrillas, las salpas y los cabezudos grandes y pequeños, los calamares y pulpos blandos y duros, algún salmonete de roca o de fango, los mújoles y las doradas, el pez luna o la lubina hervidos en los días de fiesta, a veces también cabracho en la sopa de pescado o bullabesa, además de anguila de la desembocadura del Neretva, en otoño cuando no tiene grasa. A la literatura le han interesado los peces más grandes, en particular las ballenas que se han extraviado en nuestro mar, han encallado y muerto. Los tiburones (pez perro), que no abundan aquí y no son los peores, se han convertido incluso en apodos y apellidos. Particular atención en todo el Mediterráneo desde los tiempos más remotos hasta nuestros días han despertado los delfines y atunes.

Se han conservado numerosos textos, historias e incluso canciones sobre los delfines. Unas veces son juguetones e infantiles, otras astutos y pícaros, por lo general inofensivos, siempre bienintencionados. Suelen romper las redes de los pescadores, que los maldicen, pero salvan las vidas de los náufragos y los conducen vivos a la orilla. Estos

mamíferos tienen un oído especial y son muy sensibles a la música. Plinio el Viejo habla con entusiasmo de los delfines, que, además de «ser amigos del hombre, gozan del canto sinfónico» (*mulcetur symphoniaie cantu)*.[159] No sé si a otra criatura marina se le han dedicado tantos y tan inspirados epitafios o necrológicas como se les han dedicado a los delfines. En la *Antología palatina* encontramos algunos de los más bellos, llenos de gratitud y admiración, a veces de tristeza por este amigo del hombre al que la malaventura se lo ha llevado. La poetisa Anita de Tegea, tres siglos antes de la era cristiana, escribe sobre un infeliz delfín en primera persona: «¡Ay de mí! No emerjo más de la profundidad ni mi cuello alzo dulcemente sobre el mar que surca un barco, dichoso por ver mi imagen reflejada en la superficie del agua. Porque la purpúrea pleamar me ha arrojado a suelo seco y yazgo en una elevación de la costa que sobresale del mar».[160] También Aulo Licinio Arquias, al que recordamos por la célebre defensa de Cicerón (*Oratio pro Archia poeta*), le dedicó líneas emocionadas: «Ya no nadas, delfín, por la profundidad del mar sonoro para amedrentar a los peces, ni danzas al son de la música que surge de la flauta, ni montas en tu dorso a la hija de Nereo para llevarla a los abismos de leus: porque del mar tunoso, una ola alta como la cima del Meleakapo te ha arrojado contra los guijarros de la playa».[161] También Antipatro de Tesalónica, al filo de la era cristiana, se lamenta por su delfín en primera persona: «El mismo mar que me ha alumbrado me entrega a la muerte. ¿Quién va a creer al mar cuando ni a sus hijos protege?».[162] ¡Cuántos epitafios semejantes habrá en todos los puntos del Mediterráneo, en verso y en prosa, cuyos autores, lenguas y patrias desconocemos!

Hay tantos métodos y artes de pesca como costas. Hubo «pescas milagrosas» en el pasado remoto, como la del lago de Genesaret o de Galilea, descrita en el Evangelio según Lucas[163] y según Juan.[164] La pesca del atún es sin duda una de las escenas más crueles a la par que teatrales que pueden verse. Un banco de peces grandes y ágiles, de piel azul y carne sabrosa, suelen llegar del océano, impulsados por el instinto sexual, dispuestos a fecundarse en las lascivas ensenadas mediterráneas. Nadan deprisa pero con tranquilidad, de modo que podría decirse que lo hacen durmiendo o soñando. También Aristóteles creía en esto, y así lo vemos en su texto sobre los atunes.[165] Opiano describió las artes que usaban los pescadores de atún. En parte, siguen siendo las mismas, aunque, en parte, se han perfeccionado: las redes que se estiran y encogen, las «puertas» que abren y cierran el paso al pez, los «corredores» que irrevocablemente conducen a la víctima a la muerte.[166] Esquilo no podía permanecer

indiferente ante semejante drama,[167] que alcanza su punto culminante cuando el banco o rebaño, no sé cómo podemos llamarlo, entra en la «cámara de la muerte». En ese momento, el *rais* que dirige toda la empresa y la *ciurma* —la marinería— que ejecutaba sus órdenes empiezan a gritar en todas las lenguas, conocidas y olvidadas (*rais* es una palabra árabe, mientras que *ciurma* —'chusma'— procede del griego, y aparecen muchas palabras, no menos pintorescas, de otros tantos dialectos). Entonces comienza el último acto, llamado *mattanza* o *n'uccisa* en Sicilia, la matanza con la que la espuma del mar se tiñe del rojo de la sangre. Estos momentos atraen al público, tanto a la gente corriente como a la distinguida. En el Museo Nacional de Nápoles se ha conservado un cuadro en el que se ve al rey Fernando III de Borbón y a su esposa, Carolina de Austria, asistiendo al cruel espectáculo. Quedan pocos atuneros, en Italia quizá sólo dos o tres están en activo, en las islas de Favignana, cerca de Sicilia, de Asinara y de San Carlo, vecina a Cerdeña. Tampoco quedan ya en Mali Bakarac, junto a Rijeka, ni en Camoglio, en las inmediaciones de Génova, ni en Mallorca ni Menorca, ni en los golfos de Túnez, de Argel y de Libia, ni en las costas griegas ni españolas ni turcas. No sabemos cuántos quedan en todo el Mediterráneo, pero muchos menos de los que hasta hace poco había.

Mis modestos conocimientos sobre las esponjas se los debo al investigador alemán H. Schmidt, que se dedicó por completo a este ingrato trabajo y publicó en el año 1852 un libro titulado *Die Spongien des Adriatischen Meeres*. Él bautizó románticamente el Adriático como «jardín de las esponjas» (*Spongiengarten*), aunque lo más probable es que en esa época ignorara cuántos bancos de esponjas había: salvo Krapanj, junto a Zlarin, que es el más conocido, se cuentan también Zirje y Murter y otros lugares de Istria, no lejos de Rovinj y Poreć, algunos promontorios importantes como Kamenjak y Pelegrin en las inmediaciones de Proizd, Prigradica y Vela Luka y Pakleni Otoci, Premuda, Silba y Olib, no lejos de Žut entre las Kornati, junto a Sit, Milna, Smrikova, Lavdara y Balabra, Kurba Vela y Mala, y Veliki y Mali Glavoć (escojo intencionadamente los nombres en los que resuena el pasado, el de los antiguos pobladores y el de los nuevos). Los pescadores de esponjas se sumergían en tiempos inmemoriales en busca de la apreciada cañadilla, la concha de la que se extraía el color púrpura (*murex se* decía en latín): «El mar a lo largo de Laconia, junto a Corinto, rico es en conchas que tiñen de purpura las ropas; solo las superan las que se hallan en el mar de los fenicios».[168] La pesca de esponjas es conocida en las islas del Egeo y del Jónico, en Rodas y Creta, en Tabarka junto a la costa de Túnez, entre Kerkennah y Yerba

en el golfo de Cabes, desde Tarvah hasta Misurata en la Tripolitania, en Malta, cerca de Nápoles delante de la Torre del Greco, en las costas de Anatolia, en particular en el mar de Siria que competía con el mar Rojo o mar de Eritrea, de donde se sacaban las esponjas más bonitas de la Edad Antigua y Media. A mediados del siglo XIX empezó a utilizarse un aparato llamado *gangava* o *gannegava*, un cerco de hierro con una red especial para raspar el fondo, que se ataba con una cadena al cabestrante del barco. La escafandra se utilizó por primera vez en el Adriático en 1893, pero lo cierto es que no se había utilizado mucho antes en otros puntos del Mediterráneo; hasta entonces pescaban o recogían esponjas, como el coral o la cañadilla, de manera primitiva y clásica.

Las redes en el Adriático llevan a menudo el nombre de los peces que se pescan con ellas: vojge o sardinales, manaide o melaide para la pesca diurna, *migavice* para el pescado azul, *getare, usatare, gavunare, ciplare, tunare*, etcétera. En los manuales de náutica se describen minuciosamente las *plivacice* (de lámpara), *stajačice* (de fondo), *potegače* (traínas), *popunice* (trasmallo), *skakačice* (que en zonas de Dalmacia aún llaman «saltada»), *kalimere* (que van colgando), *strašini* (éstas en realidad son más las bolsas que las redes en sí mismas), también hay otros tipos que se arrastran por el fondo (*koče, kogoli, šabake* o *šabakuni*), y redes que ondean en el mar como banderas rasgadas. El abad Alberto Fortis, que viajó por Dalmacia y publicó un famoso libro de viajes con el título de *Viaggio in Dalmazia*, vio en Zlosela, en los aledaños de Šibenik, «una especie de red que en su dialecto se llama *frušata* o *spaventi* (espantapájaros). Con gritos, golpes de remo, de bastones y pedradas en el agua asustan a los mújoles, que salen corriendo y caen en esta red».[169] El erudito abad italiano observa que así pescan los habitantes que son demasiado perezosos y poco duchos en el mar, y que «para lograr la felicidad de esta población costera habría que usar como arma principal el bastón, es decir un instrumento que poco se adapta a los habitantes del Mediterráneo».[170]

En Roma, en el palacio del emperador Tito, en las paredes había pinturas con pescadores que calaban las redes en el mar y las sacaban con movimientos serios y graves. La retórica también conoce estos gestos. Están próximos a ciertos tropos de la poética tradicional. Los romanos legaron este estilo (que a veces se asemeja a los movimientos de los luchadores y podría definirse como romano) a sus descendientes. La diosa de las redes y de los pescadores se llamaba Dictina —*diktyon* es el término griego para red—. En honor de esta diosa se erigió un templo en Esparta.[171] En Creta la llamaban

Britomartis. Los atalayeros, denominados *ihtioskopi*, eran de alguna forma sus sacerdotes en la parte helénica del Mediterráneo.

La literatura sobre los mercados mediterráneos suele escribirse con fines prácticos, se interesa más por el comercio que por el mercado en sí. En la antigua Grecia, los agoránomos, los responsables del mercado, eran muy importantes. En Roma se elegían entre los ediles. En el mundo árabe se los llamaba *muhtasibi* y *muhtakiri*. En España ostentaban un título rimbombante, «el señor del zoco». Son raras las obras que hablan sin prejuicios de la historia íntima del mercado, de su forma o construcción, del origen y tipo. Una de ellas es *El Señor del zoco en España: edades media y moderna*, de Pedro Chalmeta Gendrón.[172] Existen observaciones valiosas en los escritos de los historiadores de la Antigüedad. Heródoto visitó los mercados egipcios y vislumbró ciertas características de «los hombres de mercado»;[173] en la *Descripción de la Hélade*, Pausanias habla de pequeños comercios, pegados míos a otros en filas;[174] en *Las nubes*, Aristófanes advierte de la tentación que acecha a los jóvenes en esos lugares. Esquilo llamaba a los dioses protectores de los mercados *theoi episkopoi agoras.*[175] Eran dioses poderosos en el Mediterráneo.

El ágora, tanto en Atenas como en Esparta, era el mercado y la plaza pública. Aristóteles pidió que se diferenciaran las dos cosas; en su opinión, era preciso separar el lugar de reuniones políticas o celebraciones (*eleuthera ágora*) del espacio dedicado al comercio (*agora onion).*[176] En la Edad de Oro de Atenas se diferenciaban los mercados al por menor (*kapeleia*) de los al por mayor (*emporia*). Al principio sólo eran accesibles para los hombres, y luego se abrieron, por razones prácticas, a las mujeres: *ágora gynatkeia*. Existía un mercado especial del aceite de oliva y las aceitunas: *to elaion*. El encargado del orden era el *elaiojristía*. El comerciante que vendía aceitunas, las conseguía o cultivaba era el *elaio kapelos*. Las palabras que citamos demuestran que en el Mediterráneo el mercado se consideraba una institución importante.

Las plantas aromáticas, que expandían su olor por los mercados y los diferenciaban unos de otros, eran muy apreciadas. (Los datos sobre la mirra, el cinamomo, el incienso, la casia y el ládano, que aparecen en la primera parte del breviario, los he tomado de Heródoto.)[177] Se vendían también hierbas medicinales y otras, de lo que dan fe muchas fuentes: el hisopo en la Biblia es un remedio contra la lepra, la ruda un antídoto contra venenos, la caléndula, la melisa, la menta, cada una a su manera curan y tonifican, con ayuda de la consuelda se

sueldan los huesos rotos, a la albahaca se la consideraba una hierba real; la palabra ‘tomillo’, el *thymus vulgaris*, tal vez procede del antiguo egipcio *tham* y se utilizaba en el embalsamamiento de los faraones. En las pirámides se encontraron muchas de estas plantas atesoradas para la vida postuma. Aún siguen creciendo en los peñascos del Mediterráneo, sobre todo en las islas, pero no curan como antes y quizá huelen menos.

Las cajas, vasijas, jarrones egipcios, fenicios, griegos, minoicos, romanos y otros decoraban los hogares. Los perfumes asiáticos y africanos y en especial sirios y asirios se extendían por las villas. Nos lo confirman los poetas y los amantes: *Fragans Assyrio odore domus… Syrio fragans olivo.*[178] En *El asno de oro* de Apuleyo, la bella Fotida daba brillo a su largo cabello con «gotas árabes» (*cum guttis Arabicis).*[179] Las carracas venecianas trajeron del ya decadente Oriente a Italia *cinquecenta* sustancias que embellecían la cara y cuidaban el cuerpo, sobre todo el femenino, como no se conocieron en el Mediterráneo occidental hasta el Renacimiento.

Según su construcción, se diferenciaban antaño los mercados de estilo arcaico y jónico. Unos y otros tenían forma cuadrangular, pero su ubicación frente a la ciudad, la calle, el puerto era distinta. La topografía del ágora ateniense tenía las características de la época geométrica y clásica. Famosos fueron los mercados en el Pireo y Corinto, en las islas y colonias de Asia Menor, en Mileto, Focea, Antioquía, Pérgamo. Anunciaban ya entonces las peculiaridades del estilo colonial, diverso del de la metrópolis. En Roma, el foro era al mismo tiempo mercado y plaza pública, como el ágora en Atenas. *Mercatus*, al principio, sonaba casi vulgar, significaba el comercio como trabajo y el lugar donde se hacía el negocio. Los *mercati* de Trajano son aún hoy día el orgullo de Roma. *Horrea* (plural de *horreum) son* descargaderos, sobre todo para el trigo y la sal. Fue célebre el de Ostia. Las pequeñas pescaderías junto al Tíber, según los cronistas locales, precedieron la construcción del gran *macellum* de la época clásica. En el plano del *castrum* romano estaba incluido también un espacio para el comercio. Los romanos fomentaban la construcción de mercados en los países que conquistaban. Llevaban el agua hasta ellos, erigían fuentes, parecidas a las de la capital del Mediterráneo: la Ciudad Eterna.

El centro de Pompeya revela las relaciones internas entre las instituciones. En el foro de esta desgraciada ciudad se encuentran los templos de Júpiter, de Apolo y del genio de Augusto, la Basílica (palacio de justicia), la Curia municipal, que se ocupaba tanto de los asuntos políticos como de la mercancía que se traía del *portae*

maritimae más cercano, el *Comitium*, donde se preparaban y celebraban las elecciones, y, junto con todo esto, el *mercatus* y *horrea*, dependencias donde se llevaba a cabo la comprobación de las pesas y medidas (*mensa pondería*), el cambio de dinero (*argentarii*), los talleres para la elaboración de la famosa lana de Pompeya (*aedificium eumachiae*), puestos en los que los porteadores colocaban todo lo previsto para la venta. No muy distante del centro se encontraba el lupanar, institución bien conocida en el Mediterráneo, a la que los comerciantes iban a desahogarse después de concluir con éxito sus negocios.

Los estatutos municipales intentaban, con mayor o menor acierto, estipular las obligaciones y derechos de los ciudadanos. Las ciudades medievales imitaron a las de la Antigüedad. Son muy instructivos los estatutos de algunas urbes de la costa adriática (por ejemplo, los de Korčula, Split, Vinodol, Trogir, etcétera). Estudié las disposiciones correspondientes a las lonjas, medidas y pesos, así como a los castigos por infracciones e insultos. En las Enmiendas al Estatuto de Trogir[180] se prescribe: «Los vendedores de pescado deben estar de pie y no sentados, y no pueden cubrirse la cabeza» (*stare debeant in pedibus…, nihil tenere debeant in capite*). Los ediles también tenían en cuenta el aspecto teatral de la lonja: un actor sentado, sobre todo, si tiene la cabeza cubierta con un gorro, no es llamativo ni convincente. En Génova no se olvidaban de la filología: en la lonja de esta ciudad aún figura la inscripción *Mercato ittico*. Los mercados mediterráneos, las escenas y situaciones cotidianas y eternas que allí se daban han hecho su contribución al teatro. En algunos lugares las lonjas han superado a los paseos marítimos del Mediterráneo, sus muelles, e incluso puertos.

Los tipos de mercados orientales y los caminos que han llevado hacia ellos suscitan a veces admiración y a veces miedo. Su relación con las fábulas que han llegado hasta nosotros no es casual. *Bazar* es una palabra persa: *wazar* en el dialecto pehlevi significa ‘plaza’. Los cruzados se maravillaron de la riqueza y variedad de los bazares. Los turcos, por una parte, y los árabes, por otra, transmitieron el arte comercial desde Oriente hacia Occidente. Mehmed II levantó en Estambul su célebre bazar, símbolo del poder y del lujo del sultán. La Kapali Çarçi, el Gran Bazar, se convirtió en una las principales instituciones de Constantinopla. El famoso Bezestan (vulgo: *bezistan*, ‘mercado de la seda’) superó en esplendor a las antiguas ciudades de Oriente. Los turcos llevaron la palabra *dućan* (del árabe *dukkan*, que significa ‘tienda’) a los Balcanes y los árabes la extendieron hasta las costas atlánticas. La palabra ‘magacén’ (en árabe, *makhazin*) ha recorrido el mundo. También los bancos son un invento de Oriente

Próximo y su espíritu comercial: como si lo bueno y lo malo hubiera llegado de aquel lado del Mediterráneo.

Es extraño el destino de *suk*. Con esta palabra se designaba en dialecto semítico-acadio todo lo que es estrecho y angosto. En arameo designaba una serie de tiendas pequeñas y amontonadas. En los mapas de Al Idrisi, el estrecho de Gibraltar se llamaba *sukak* (paso estrecho, y en Bosnia *sokak* es una calle estrecha). Los árabes introdujeron *suk* en los países que tomaron, y el *suk* sólo, sin los árabes, conquistó el mundo, cruzó incluso los océanos. En España y Portugal se conocen desde siempre sus derivaciones: *zoco, azoca, azog, azogue* con sus hiporcorísticos *azogueio* o *açougy* y *açogue*. Hubo en un tiempo y aún sigue habiendo zocos famosos: en Sevilla y Toledo, en Navarra y Teruel, en Mallorca y en Sicilia. En estas ciudades, los días de mercado son días de fiesta. Durante los festivales de uva (de esos que las islas griegas no olvidan), con los escaparates repletos de racimos de todos los colores, desde el amarillo claro hasta el violeta oscuro, no bastaba el espacio del mercado habitual y toda la ciudad se convertía en un zoco, incluso, a veces, toda la región. Se comerciaba con mucho más de lo que en los alrededores crecía o se producía, distintos tipos de fruta, semillas y, finalmente, especias. Resulta un misterio, incluso para los más avezados en los secretos del Mediterráneo, saber de dónde llegaban todos estos artículos que se ofrecían, de qué parte de Oriente o del sur.



El golfo de Trieste en un dibujo de autor anónimo, del siglo XVII. Biblioteca Marciana, Venecia.

El Islam fue quizá en su relación con el mercado más comprensivo que la cristiandad. Según el Nuevo Testamento, los mercaderes fueron expulsados del templo,[181] En el Corán, sin embargo, «este enviado como el alimento y anda por los mercados».[182] El *suk* se extendió y se extiende, a menudo en sus peores formas, por todo el mundo. Es un fenómeno que no hay que sobrevalorar ni menospreciar. Es una pena que las descripciones de los zocos más bonitos se hayan confiado a las guías de viaje ocasionales. Se olvidan los textos, por ejemplo, aquel de Maupassant sobre el zoco de Túnez, con sus nichos de alfombras, de telas, de cueros, de bridas, de sillas de montar y arneses bordados en oro, y de babuchas amarillas y rojas.[183] Muchos de nosotros desconfiamos de los vendedores de los zocos mediterráneos. Y casi

nadie se da cuenta del tiempo que éstos y sus allegados pasan junto a las cosas que venden y de las que viven, de cuánta paciencia, que nada ni nadie les puede compensar, invierten en ello. Sin dejarse deslumbrar por el exotismo, fenómeno que no sufre sólo la literatura, el filósofo se pregunta por los significados: «No existe nombre ni anuncio alguno, tampoco un solo escaparate. Todo cuanto hay a la venta está expuesto. Nunca se sabe lo que costarán las cosas, igual suben los precios que permanecen estables... Se encuentra de todo, pero siempre repetido».[184] Semejantes líneas podrían fomentar un discurso distinto sobre este tema, un discurso sobre el método. El bazar oriental es un concepto de espacio. En el *mercatus* latino (de *merx*, 'mercancía') se sobreentiende el uso. Probablemente, también se ocultan en ello ciertas contradicciones de la imaginación y del espíritu práctico, parte de Oriente y parte de Occidente. Y esta división nos puede confundir: a veces el Mediterráneo se dividía a sí mismo.

Según el contenido, la calidad y la forma de alimentación se diferenciaban desde antaño los pobladores sedentarios de los nómadas, los hombres civilizados de los bárbaros, los habitantes de la ciudad de los que habitan en el pueblo, los pescadores de los ganaderos, los que comen pan de los que se alimentan de purés y, por fin, los que sazonan sus platos con sal marina y «aquellos hombres que minea vieron el mar ni comen manjares sazonados con sal».[185] Las ciudades y los pueblos a orillas del Mediterráneo y los de tierra adentro conocieron muy pronto el esplendor y la miseria del arte culinario, más la miseria que el esplendor.

En el breviario no hay suficiente espacio para presentar o resumir las numerosas recetas para la preparación de platos y bebidas mediterráneas. La literatura sobre la materia es muy ingente y vasta. Muchas delicias las conocemos sólo de oídas. Jamás probaremos la mayoría de ellas: el famoso *garum* que los romanos preparaban en salsa de pescado, el *verjus* exprimido de cítricos poco maduros o, ya en épocas más cercanas a la nuestra, la pintoresca *Pavia de Pomponne*, los «cuatro ladrones» que se preparaban en Marsella con romero, mejorana y la raíz de una planta, la *enula campana*; la marinada provenzal con hojas de *crista marina*, el «trigo turco» ¿o maíz?, la sopa del desierto magrebí, y una multitud de obras maestras del arte culinario, no sólo aquellas que llevan nombres resonantes. También en esta ocasión en el glosario hay que citar el trabajo de Marco Gavio Apicio, *De re coquinaria*, en la que, entra otras cosas, se habla mucho la aceituna. En este libro encontramos también la respuesta a la pregunta: «¿Cómo conservar las aceitunas verdes para poder hacer aceite con ellas en cualquier momento?».[186] La imaginación de Apicio

no tenía limites. El paladar y la lujuria de este romano libertino eran propensos a todas las extravagancias mediterráneas. Añadía a sus rellenos y sofritos incluso pezuña de camello, lengua de pavo real o de ruiseñor, cresta de gallo. Vivió en tiempos de Tiberio, al principio de la era cristiana. Se gastó todo su patrimonio en satisfacer su propia pasión. Al final se suicidó. Las generaciones posteriores siguieron las instrucciones que había anotado, y prepararon platos con «aceite español y liburno» y cuatro tipos de sal, con «pan alejandrino y picentino» (*panis Alexandrinus, panis Picentinus*). Fue capaz de cambiar el color del vino, hacer de vino tinto vino blanco: «Se pone en la botella harina de haba con tres claras de huevo y se agita durante largo rato (*diutissime agitas*); el vino se volverá blanco».[187] En época de Tertulio, el nombre de Apicio se convirtió en un término generalizado, un sinónimo de cocinero con talento.[188] Hizo sombra, tal vez injustificadamente, a sus antecesores y rivales griegos: las instrucciones de Dorión *Sobre pescados*, las de Jatroclo *Sobre los dulces*, de Crisipo de Tiana *El arte panadero*, y especialmente a los defensores de la alimentación dietética como Acrón, médico de Agrigento, así como muchos otros, de cuyas delicias disfrutaba todo el Mediterráneo.

Las conquistas y migraciones favorecían el intercambio y contribuían a la renovación del arte culinario. Los árabes pusieron sobre la mesa distintos productos; algunos muy poco o completamente desconocidos en los menús mediterráneos: caña de azúcar, azafrán, limón y naranja, melón y sandía, arroz, berenjena, pasteles de harina de almendra, distintas especias y delicias que los turcos habían tomado de ellos y transmitido a los países que conquistaron. Los *gourmets* árabes enseñaron a nuestros antepasados cómo se cuecen las frutas con azúcar para obtener luego dulces y mermeladas que ni los griegos ni los romanos conocían. También Europa central legó algunos de sus dulces, sobre todo los vieneses (*viennoiseries*), al resto del continente y, por lo tanto, también al Mediterráneo, cosa que aparece muchas veces en las enciclopedias culinarias, donde pueden encontrarse datos más abundantes y sugerentes.

Una mención especial merece, en esta ocasión, la sopa de piedra, que he probado varias veces, y de la que me siento obligado a añadir la receta: de un sitio adecuado, donde el mar esté limpio y no sea muy profundo, coger dos o tres pedruscos, ni demasiado grandes ni muy pequeños, que estén ya ennegrecidos por su larga permanencia en el agua, si es posible con cavidades en las que a veces habita algún cangrejito. Cocerlos durante mucho tiempo en una olla, en agua dulce o, aún mejor, en agua de lluvia, hasta que se desprenda todo lo que los recubre por fuera y por dentro. Al final se le puede añadir una hoja de laurel, una ramita de tomillo, una cucharada de vinagre y otra de aceite de oliva. Si se han elegido las

piedras adecuadas, que hayan permanecido mucho tiempo en el mar y se hayan impregnado de éste, no será necesario salarla. Este tipo de sopa, conocida en las islas pobres de los mares Egeo, Jónico y Adriático, lo preparaban los pueblos pelasgos, ilirios y liburnos. La sopa de piedra es tan antigua como la pobreza en el Mediterráneo.

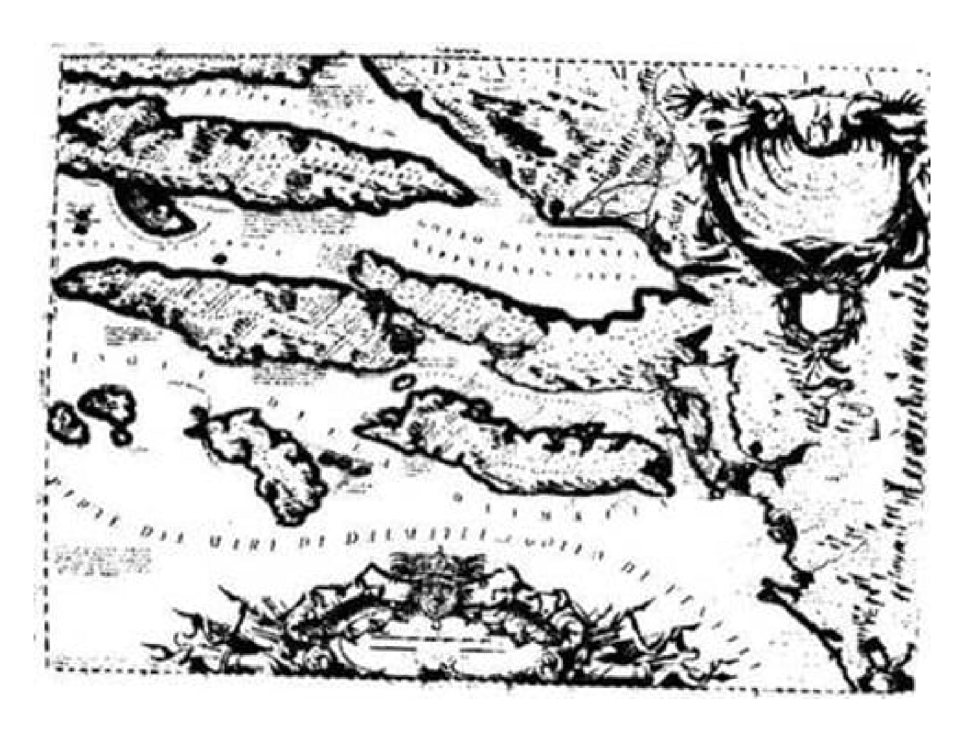
Los antiguos hebreos tenían un sentido muy agudo de las medidas. Armonizaban las medidas con las leyes. En el Reglamento de medidas que se halló entre los *Manuscritos de Qumrán a orillas del mar Muerto,*[189] en el rollo denominado «Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas» (*M'gilat milhemet b'ne or bivne hosheh*), se han conservado las medidas de longitud: *ammah* ('codo'), *tofah* ('palmo'), *gudal* ('pulgada'), *ocha* ('dedo'), lo que revela la relación del cuerpo humano con la manera de medir, que habitualmente desaparece en la práctica. En los citados manuscritos se han destruido las partes donde habla de las medidas de peso. A menudo desaparecían de los archivos del Mediterráneo los documentos que se referían a las medidas y los pesos.

De orilla a orilla, de una época a otra, las medidas se adaptaban y cambiaban. En el palacio Sponza de Dubrovnik, en medio del atrio con columnas y capiteles, colgaba de un arco de piedra la báscula oficial de la ciudad con la inscripción en latín, aún bien legible:

FALLERE NOSTRA VETANT ET FALLI PONDERA
MEQUE PONDERO CUM MERCES PONDERAT IPSE DEUS [190]

A juzgar por todo, a Dios no le faltaba trabajo. Existe una voluminosa literatura sobre este tema en las ciudades antiguas; basta con echar un vistazo a los archivos de Génova y Marsella, a distintas fuentes en Valencia y Barcelona, especialmente en Nápoles, en El Cairo o en Estambul. Muchos costeños (en el sentido más amplio de la palabra) consideran que todos los que vienen del interior del continente —aunque sea sólo para pasar las vacaciones— son unos ingenuos o crédulos, que no entienden nada de «nuestros asuntos», que es muy fácil superarlos en astucia o engañarlos. Ésa también es una de las razones por las que, a los ojos de los continentales, los mediterráneos parecen a menudo más o menos desmedidos. La fe y la sabiduría aconsejaban desde los tiempos remotos que había que encontrar la medida y no sobrepasarla. Los antiguos griegos crearon la máxima *meden agan* y los romanos *ne quid nimis*. En la sura que lleva el título ar Rajman, el Mensajero destaca que el Todopoderoso Benefactor «[...] ha colocado la Balanza. ¡No abuséis del peso! ¡Haced la pesada con equidad! ¡No defraudéis en la balanza!»,[191] ya fuera

pesando en la báscula ya con el espíritu. El Mediterráneo descuidaba a menudo tanto lo uno como lo otro.



La República de Dubrovnik en el siglo XVII, obra del padre Coronelli.

Las figuras y los gestos que utilizan los blasfemos merecen un poco más de atención de la que les dedican los teóricos. Ocupan un lugar importante en el «Diccionario secreto» mediterráneo: así llamó Camilo José Cela su glosario español, que me ayudó en el trabajo en este capítulo, sobre todo en los aspectos prácticos.[192] Probablemente se maldice desde que existe el lenguaje. Ya el Antiguo Testamento condenaba a los blasfemos.[193] Los escritores griegos y romanos no han dejado en lengua escrita suficientes pruebas de sus blasfemias: sin embargo, algo se puede encontrar en los clásicos, como Aristófanes o Plauto, pero se intuye mucho más. En los grafitos de Pompeya aparece a menudo el verbo que respetuosamente hemos denominado copulativo, así que podemos deducir que las palabrotas de aquella época se parecían en algunas cosas a las actuales. Los crueles códigos de Justiniano preveían la pena capital para la blasfemia. Igual de severo fue Mahoma en el Corán.[194] Dante se hallaba en el *Infierno*, en el momento en que los *ignavi* en la barca de Caronte cruzaban el fatal río Estigio, casi con todo tipo de blasfemos y los clasificó:

Contra Dios y sus padres blasfemaron, contra su especie y tiempo y la simiente que los sembró, y el sitio en que alentaron.[195]

Marko Marulić, padre de la literatura croata, como lo llaman nuestros profesores, dedicó en su *Evangelistarium* un capítulo entero a la «malicia de la blasfemia» (*De maledicendi nequitia*). Considera este vicio uno de los más grandes (*mágnum vitium est maledicencia).*[196] A favor de su condena de los blasfemos nombra a autoridades como Salomón, a los profetas Jeremías y Oseas, y por último a san Pablo, que en la *Primera carta a los corintios* juzgó severamente: «No os engañéis: ni los lujuriosos, ni los idólatras, ni los adúlteros (*cum fornicariis et idolatrum cultoribus)*... tendrán parte en el Reino de Dios».[197] El *Estatuto de la Ciudad de Split*[198] es menos estricto que el cristiano Marulić: en una cláusula especial dedicada a «aquellos que maldicen a Dios y los santos», dispone que para cada infracción de este tipo debe pagarse una multa de diez libras, de las cuales la mitad puede corresponderle al que denuncie al infractor (*De blasphemantibus Deum et sanctos).*[199] No se puede saber por los archivos cuánto dinero llegó por esta vía a las arcas municipales. En la isla de Korčula se pagaba sólo un *perper* (antigua moneda ragusea) por lanzar una maldición, y a los que no tenían ni eso se les condenaba a «permanecer todo el día atados a la picota».[200] Sin embargo, los cronistas no nos dejaron constancia de cuántos blasfemos estuvieron atados en los días de más calor, cuando más se maldice a orillas del mar. En el imperio austrohúngaro, según el *Código* de 1853, en los párrafos 122 y 124, blasfemar contra Dios se castigaba con «cárcel de seis meses a un año». Las investigaciones de los archivos judiciales revelan que hubo incomparablemente más infractores de este tipo en Istria y Dalmacia —así como en las zonas de Italia bajo el dominio de Austria— que en Panonia y Viena. Por suerte, tampoco en este campo las disposiciones legales se aplicaban con demasiada severidad, si no el daño producido habría sido casi mayor que el ocasionado por la filoxera en el Mediterráneo.



Dante en Florencia, en un grabado anónimo del siglo XV. Viena museo Albertina.

Hay teóricos que afirman que el verdadero *insulto impúdico*, que incluye el verbo copulativo, fue traído del continente asiático, por mediación de los turcos o húngaros (muy dados a blasfemar), pero es difícil comprobar semejante hipótesis. Nuestras investigaciones en este terreno se completaron con la ayuda de dos estudios: *Bestemmia e turpiloquio*, del autor Guiseppe Carpetza,[201] y la tesis del padre Ignacij Gavran de Bosnia bajo el título *Bludna psovka.*[202] En esta obra leí en latín una descripción emocionante de una suerte de insulto teatral o gestual mediterráneo, tal vez más femenino que masculino, citado como *denudatio partis posteriores*, que es conocido, según afirma el padre Ignacij, también en una forma más suave, tal vez en diminutivo, como *ejusdem levis percussio*[203] que traducido a lenguaje popular significa «darse una palmada en el culo». Fui en busca del padre Ignacij y lo encontré en el monasterio de la ciudad de Zaostrog, cerca de Makarska, donde descansaba traduciendo fragmentos de una vieja edición del libro *Corpus hippocraticum*, que se conserva en la biblioteca del monasterio. Me habló durante un largo rato sobre las causas de la rabia, el rencor, el despecho y otras exageraciones, así como de las blasfemias en las regiones mediterráneas. Las relacionaba con la canícula y la sed y perdonaba a los «que no saben lo que hacen». Probablemente la contención es la única razón de que en su libro no haya, digamos, expresiones de desprecio o protesta comprendidos en

el gesto que se denomina en Italia *pernacchia* y en España pito catalán: ventosidad artificial con ayuda de la boca y los dedos. El origen de este gesto se atribuye a los napolitanos (*il pernacchio*), aunque existe desde tiempos remotos en todas las costas del Mediterráneo.

En las descripciones del ambiente mediterráneo se mencionan a menudo las chicharras y los grillos: en la Antología palatina (*Resonans cicada, roscidis guttis inebriata),*[204] en el poema de Safo, del que se conservó sólo un fragmento indescifrable,[205] en las obras de muchos poetas helenos, antiguos y modernos, desde Homero hasta Elytis («Y en la noche de los insensatos, con un pequeño grillo»),[206] en casi todas las literaturas nacionales, en la croata también, en los versos de Vladimir Nazor (1876 – 1949) en la que «la chicharra chirría en el nudo del enebro negro», entre espinos y matorrales. También Aristóteles polemizaba sobre el modo en que el pequeño insecto «produce sonido frotando el aire».[207] En realidad, no se sabe si se trata de un sonido, una llamada, un ruido, un canto o alguna otra cosa. Oí una explicación que merece ser citada de un maestro en la isla de Samos que había dedicado su vida al estudio de las cigarras y de los grillos, de sus troqueos y yambos, la métrica que, según él, está relacionada con la prosodia del helenismo primitivo y tardío. Pensaba que había una diferencia entre las cigarras isleñas y las restantes, sus orgías que se convierten parte del tiempo y del espacio, del día o la noche. Debo las citas de los clásicos en este fragmento a ese humilde maestro del mar Egeo. El sonido, ruido o quizá canto de la chicharra o del grillo no perturba el insomnio, esto lo sé por experiencia, en las noches de verano cuando es más fácil estar despierto que dormido, cuando los espíritus quieren seguir despabilados y, se diría, que unidos a lo largo de todo el Mediterráneo.

Las interpretaciones relacionadas con los vientos empiezan normalmente con Homero y su taxonomía en la Odisea.[208] Para los vientos del Adriático los habitantes cogían prestado a menudo nombres extranjeros: *bura* (del griego pasando por el latín y las lenguas romances) sopla del norte, *levanat* (‘levante’) viene del este, el *pulenat* (‘ponente’) del oeste; sin embargo, el *jugo* que literalmente significa ‘sur’ no es una palabra prestada: la añoranza por las tierras meridionales alentaba a las antiguas tribus eslavas a emigrar; *šilok* o široco (‘siroco’) es un viento caliente del sur de Europa y el norte de África (la palabra viene del árabe *sbark*, en el Magreb *shuluq*, a veces trae montones de arena o tiñe la lluvia); el *burin* es una leve *bura*, el *buraca* es silencioso, el *buraska*, repentino; el *neverin* es el diminutivo

de *nevera* (del italiano *neve*, ‘nieve’, que de vez en cuando revolotea encima de las costas mediterráneas) y es una tormenta inesperada; el garbino o *garbinada* sopla del sudoeste y puede ser muy desagradable (en árabe *garbi* significa ‘del oeste’); el *lebić* o *lebicada* —‘lebeche’— son vientos del sudoeste, pero no en todas las regiones (el nombre viene de Libia, con la idea un poco equivocada de la situación geográfica de este país, cosa bastante frecuente en estas regiones); la *tramuntana* (‘tramontana’) sopla desde el continente, por encima de los montes; es de algún modo la venganza de la Dalmacia Interior por lo que la costa Mediterránea piensa o dice de ellos.

Los literatos deberían tener en cuenta, más que los lingüistas, las graduaciones como: levantić y *levantin* (un levante liviano), *levantun* (más fuerte), *levantarun* (muy fuerte) junto con el *levantarom* o *levanćar*, que se pronuncian con enfado —existen también *leventora* y *livanterina*, para los que es difícil determinar su verdadero sentido—. Todos los vientos tienen sus variantes. Los múltiples diminutivos o hipocorísticos *levantin, burin, neverin, garbin* y otros revelan cierto deseo de mitigar las inclemencias naturales (o quizá sobrenaturales). Según la *Meteorología* de Aristóteles la tormenta se produce «… cuando en medio de unos vientos, empiezan a soplar otros».[209] Existe cierta analogía entre las tormentas y epopeyas: «La violencia del agua es uno de los primeros esquemas de la cólera universal. Por eso no existe epopeya alguna en lo que no haya una escena de tempestad».[210] La violencia del viento y la del mar se han unido en la historia del Mediterráneo, instigando rebeliones o catástrofes.

No es raro encontrar prisiones construidas en la misma costa, a veces incluso con vistas al mar abierto. Hay ejemplos en abundancia, en distintos países: Grecia, Turquía, Italia, España, el Magreb y otros, en ciudades como Trieste, Dubrovnik, Split, Nápoles, Marsella, Barcelona, Argel, Estambul y Venecia, donde son famosas por Casanova las mazmorras *dei Piombi*. *El patio maldito*, de Ivo Andrić, habla de la antigua prisión estambulina junto al Bósforo, como punto de confluencia de todos los caminos humanos. En semejante lugar, acompañado por el rumor del viento y del mar, uno aguanta con dificultad la reclusión del cuerpo y del espíritu. Hay muchas palabras en todas las lenguas mediterráneas, vivas y muertas, con las que expresar esta angustia. Tal vez algunos idiomas se han extinguido por eso. En el litoral dálmata se construían tal vez más manicomios que prisiones. Fue famoso el de Šibenik, pero también tuvieron mala reputación los psiquiátricos de Rab y de Ugljan. No hubo suficientes instituciones de este tipo ni en el Adriático ni en el Mediterráneo; el sol del sur ilumina el espíritu, pero a veces se apodera de la razón.

En el Mediterráneo se celebran frecuentemente simposios sobre nuestro mar. Probablemente, el Symposion o El banquete de Platón ha contribuido a instituir este género de literatura, cultura y todo lo que está relacionado con ellas. He participado en muchos simposios, a veces contra mi voluntad. En algunos incluso he sido moderador, demasiado inexperto para detener la verborrea de los participantes, especialmente los de los países mediterráneos, los más elocuentes. Así fue en el año 1973 en Zagreb, en el encuentro dedicado a las *Tradiciones culturales mediterráneas*, del que se publicaron las comunicaciones en la revista de la Asociación de Escritores Croatas *Most,*[211] y en Roma en el otoño de 2006, bajo el título *El Mediterráneo en el umbral del nuevo milenio: fracturas y convergencias*, cuyas ponencias aún no están publicadas, como suele ocurrir en Italia. Las primeras paginas de este libro surgieron en aquel primer simposio, las ultimas en el último. Treinta y tres años separan a uno del otro. Entretanto, este breviario ha ido cambiando, aumentando pero también disminuyendo, ensanchándose y reduciéndose a la par. ¡El mar no tiene fin! Cuando tienen éxito, cosa que no sucede a menudo, los simposios se convierten en una suerte de glosario oral. En los libros sobre el Mediterráneo, por lo tanto también en éste, tienen un sitio, por eso me siento obligado a exponer por lo menos una parte de aquello que oí o aprendí en estos encuentros.

Por los participantes de Polonia me enteré en Zagreb de la existencia de Jan Parandowski (1895 – 1978), analista del mito y de la historia mediterránea. En sus obras hay muchas páginas estimulantes (*Reym czardziejski* —Roma milagrosa— ; *Eros na Olimpie* —Eros en Olimpia— ; *Disk olimpijski* —Disco olímpico—). Un escritor húngaro presentó en el mismo encuentro a Mihály Babits, y su ensayo *Italia y Panonia*, perteneciente al libro *Hojas de una corona de lis*: «la extraña y profunda latinidad de la región panonia», «la proximidad del paisaje italiano y húngaro», «el amor de Janus Pannonius hacia Italia».[212] El sur ha influido constantemente en la cultura húngara, atrayéndola y sorprendiéndola. «Panonia es la antesala del Mediterráneo.» Cuando maduran las mieses, se mece, en el viento, especialmente al mediodía y al anochecer, como el océano. Antaño, un antiguo mar se extendía desde aquí hasta las estribaciones de los Cárpatos. Algo ha quedado de él, quizá menos en el paisaje que en el ambiente. Algunos poetas lo recuerdan —Danilo Kiš en *El reloj de arena*, Vladimir Vidrić en *Ex Pannonia*— . En ocasiones, el lago Balatón realmente parece un mar, aunque no sea salado. Otros lagos de Europa central son también así, sobre todo en verano. Hay que visitarlos en el momento justo, sin la parcialidad que nos ha inculcado

el Mediterráneo.

Los nombres de los autores eslavos, que se mencionaron en el encuentro de Zagreb y en otras ocasiones, son conocidos por muy pocos extranjeros. Los vecinos más cercanos del Mediterráneo tampoco saben mucho unos de otros, ni muestran un interés especial por conocerse mejor. *De institutione bene vivendi* es obra del gran Marko Marulić,[213] humanista y pensador que fue el primero en escribir en *versih harvatski* (versos croatas). Era más propenso al ascetismo cristiano que al paganismo dionisiaco. La literatura croata ha preservado algo de esta inclinación. San Francisco Javier, en su viaje místico a la India, no se llevó más que su propio breviario y *De institutione* (editado en Colonia en el año 1531). El monumento de Ivan Meštrović en Split, en las inmediaciones del palacio de Diocleciano, destaca más los rasgos populares que los religiosos de Marulić. En Dubrovnik, Marin Drzić (1505 – 1567) se mostró mucho más mundano en sus comedias, pero su humor renacentista quedó desgraciadamente sin heredero. Los libros de texto e historia destacan que Miklós Zrínyi (en croata Nikola Zrinski), aristócrata de origen croata, es uno de los padres de la lengua húngara, en la que compuso el poema *Adriaitengernek Syrenaya* (1651). Su hermano, Petar Zrinski, tradujo esta obra con el título *La sirena del mar Adriático*, un año antes de que lo decapitasen en Austria, en la localidad vienesa de Neustadt. El canto de la «sirena adriática» resonó desde el Mediterráneo hasta las *pusztas* húngaras.

Hablamos a menudo de que Europa central en algunos lugares irrumpe en las costas mediterráneas: Trieste, Rijeka con Opatija, dos o tres puntos en Venecia y Dubrovnik, no se trata sólo de unos viejos y confortables hoteles y residencias estivales de los Habsburgo. Este encuentro también pudo haber tenido otro desenlace, como lo deseaban, en el ocaso de la doble monarquía (imperial y real) austrohúngara, los caballeros nostálgicos. Hermann Bahr anotó en el año 1909, estando frente a la puerta principal de Dubrovnik: «Sólo miro y miro a lo largo de Stradun. De repente, algo en mi interior dice: "¿Ves?, también en la Getreidegasse cuando llega hasta ti el trémulo juego de las campanas, y en las pintorescas casitas de orfebres en Hradcany cerca de Praga, y delante del mercado de telas en Cracovia, donde se alza Mickiewicz, y en la plaza de Tiento donde Dante levanta la mano hacia el norte, y en Bolzano en la plaza Vogelweiden, y aquí en el esplendor de los Comnenos, te sientes como en casa, todo es tu hogar, todo esto junto eres tú, ¿te das cuenta ahora de qué es un austríaco?...". El conde Ivo Vojnović cuenta la historia de su ciudad natal».[214] El conde Ivo Vojnović (1857 – 1921), dramaturgo y poeta, reflejó realmente parte de la historia de Dubrovnik, pero —igual que su hermano Lujo— no abrazó la Europa

central que tanto le gustaba a Bahr contraponiéndola en aquel momento a la idea de la unión de los eslavos del sur. Hoy día, algunos le critican por eso. El Mediterráneo se inclina de mala gana hacia su propio interior.

No sé cuántas veces he escuchado, en distintos simposios, y así también en el último de Roma, citas de la obra de Paul Valéry Inspiraciones *mediterráneas*: «En parte alguna desarrollaron con mayor plenitud y provecho el poder de la palabra, conscientemente disciplinado y orientado: la palabra, sometida a la lógica, usada para descubrir verdades abstractas, edificando el universo de la geometría o de esas relaciones que permiten que exista la justicia; o, si no, dueña y señora del foro, procedimiento político esencial, herramienta regular para adquirir o conservar el poder».[215] Esta opinión no es controvertida por el intento «disciplinado» de la palabra. El habla, sin embargo, a menudo se dispersaba en palabrerías, privándose así de disciplina. Era famoso Tartarín de Tarascón: héroes que se le parecían hubo en el Mediterráneo más que en cualquier otra parte del mundo.

También algunas ideas de Camus, citadas a menudo en encuentros de este tipo, hay que tomarlas con cautela: «Cada vez que una doctrina se encontraba con la cuenca mediterránea, del choque de ideas que se producía, el Mediterráneo salía intacto y vencedor sobre la doctrina».[216] La inquisición o el fascismo fueron, no obstante, «doctrinas», es decir ideologías y la cuenca no salió del todo «intacta» de su influencia ni las «venció» tan fácilmente. Son interesantes las reflexiones de Camus acerca de cómo el cristianismo reprimió el cuerpo y por qué la historia se convirtió en una suerte de castigo. Escribiendo sobre la oscuridad, me he acordado también de sus anocheceres en las costas meridionales, en Argelia, junto a las ruinas de Tipaza, momentos que vivió como «promesas de felicidad».[217] Desde hace mucho tiempo, sobre el Mediterráneo se ciernen otros atardeceres; al Camus mediterráneo le estaba más próximo Sísifo que Prometeo.

En su insólito *Informe sobre las costas sicilianas*, Leonardo Sciascia revela, sin ninguna concesión, que los isleños a menudo se sustraen al mar y que Sicilia no es tanto isla como nos parece. Anotó, en dialecto, una serie de dichos que lo demuestran: *Lu mari é amaru* (el mar es amargo); *Loda lu Mari, e afferrati a li giumari* (algo parecido a «hablar de la mar y en ella no entrar»); *Cui po jiri pri terra, non vada per mare* (quien pueda andar por la tierra que no vaya por mar); *Mari, focu e fimmini Diu uni scanza* (que Dios nos salve del mar, del fuego y de las mujeres); *Cui non sapi prigari, vaja a mari* (quien no sabe rezar que se vaya a navegar).[218] En el encuentro de Roma, el novelista griego

Vassilis Vassilikos truncó nuestras ilusiones (clásicas) sobre los helenos como pueblo totalmente orientado hacia el mar, citando epítetos desagradables que sus compatriotas le dedican: *farmakeri* ('mercante'), *maghissa* ('brujo'), *pikrokymatoussa* ('amargo y agitado'), *leventopichtra* ('estrangulador'). En el Mediterráneo abundan estas expresiones más de lo que creemos.

Taha Husayn (Husein), nacido en la ciudad egipcia de Maghagha (1889), ciego a los tres años, estuvo obsesionado toda su vida —y vivió largamente— con las inspiraciones mediterráneas, la luz que temprano abandonó su vista y el sur que sentía a pesar de no poder verlo. Lo llamaron *Amid al adab al 'arabi*: «decano de las letras árabes». Interpretaba de una forma nueva la poesía preislámica, desentrañando la «cuestión homeriana» en ella, exigiendo que la literatura no se someta ni a las autoridades ni a los imanes. En muchas cosas su ejemplo fue seguido por Nagib Mahfuz, lamoso pero atacado en su Cairo. A causa de las ideas heréticas que defendía, un fánatico religioso le clavó un cuchillo en el pecho, pero no lo mató. Murió más tarde, ya muy anciano, el 30 de agosto de 2006, justo el día en que escribo estas líneas. También El Jarrat, de origen copto, revela en su *Alejandría, tierra de azafrán* una inspiración parecida. Mi amigo Gamal Al Ghitany continúa allí donde Mahfuz paró. A pesar de todo, ni en las costas meridionales del Mediterráneo la fe ha conseguido someter el espíritu.

Nietzsche reflexionaba sobre la división entre lo apolíneo y lo dionisiaco y muchos otros han seguido hablando de ello en simposios y fuera de ellos. El concepto apolíneo de la vida no se reduce sólo a la forma, la contención y la razón en la dominación del propio ser. Ni lo dionisiaco es únicamente propensión al éxtasis, a la pasión o la inmediatez. En sus empresas más elevadas, las culturas mediterráneas están marcadas por ambas tendencias. Siempre que el fiel de la balanza se ha inclinado demasiado a uno u otro lado, el litoral y sus habitantes lo han sufrido. Nietzsche opinaba que la mediterraneidad se puede adquirir o heredar en cualquier lugar, citando los ejemplos de Goethe y Winckelmann, definiendo la transparencia de la música de Mozart como «fe en el sur». El seguidor de Zaratustra nos indujo a buscar el significado del lamento «El gran Pan ha muerto», que llegó desde alguna parte del Mediterráneo, parece que de la isla de Paxos mientras a su lado pasaba la nave con el timonel egipcio Tamuz. Es Plutarco quien nos informa de ello en sus *Diálogos píricos.*[219]

Cierta teoría intentaba clasificar los sueños según las etapas de la vida, edad o sexo de los soñadores. Los dividía, por ejemplo, en masculinos y femeninos, tempranos y tardíos, en los que

predeterminan el destino y los que quedan sin consecuencia, los que se recuerdan y los que se desvanecen inmediatamente, los nocturnos y los diurnos, los sueños surgidos en la costa, en una isla o durante una travesía. Lucrecio describió), no sin un adarme de cinismo, la sensación bien conocida por aquellos que han soñado, observado y vivido naufragios: «Revolviendo los vientos las llanuras del mar, es deleitable desde tierra contemplar el trabajo grande de otro; no porque de contento y alegría ver a otro trabajando, mas es grato considerar los males que no tienes».[220] Cuando nos despertamos con un sobresalto de un sueño en el que la embarcación empezaba a escorarse hacia un lado, nos alegramos al entender que se trataba sólo de un sueño. Los naufragios no traen siempre desgracias. Zenón de Citio se convirtió en filósofo estoico después de que su barco, cargado de púrpura fenicia, se hundiera al lado del Pireo. Cuando el mar arrojó a la orilla de Rodas al joven Aristipo, este discípulo de Sócrates se fijó en las figuras geométricas en la arena que le inspiraron. Vitruvio cree que este suceso tuvo una influencia decisiva sobre él.[221] Las escenas de averías, naufragios y hundimientos son seguidas, a veces con agrado apenas disimulado, por algunos escritores de la literatura marítima. Las describen aquellos que han navegado por el Mediterráneo y aquellos que ni siquiera han sujetado un remo.

En el simposio de Roma anoté fragmentos de las conferencias —pensamientos, conjeturas, polémicas— sin respetar el orden de las exposiciones ni la jerarquía de los participantes. La imagen del Mediterráneo en el comienzo del nuevo milenio no influye confianza. La orilla septentrional va a la zaga de Europa, la del sur a la zaga de la del norte. La totalidad de la cuenca mediterránea busca el lugar que le corresponde y que cree que se merece. ¿Puede este espacio en realidad considerarse una «entidad», a pesar de las diferencias que lo dividen y los conflictos que lo desgarran? Las percepciones desde el norte coinciden rara vez con las del sur. Los puntos de vista son diferentes, las expectativas, otras. Hemos repetido varias veces que la representación de la realidad ha remplazado a la propia realidad: «La idea del Mediterráneo y el Mediterráneo en sí».

Las costas mediterráneas se han retrasado respecto a la Europa continental. Han quedado confinadas por su propia tradición, digna de respeto, pero cada vez menos actual. Los centros cambiaron de lugar, y los caminos hacia ellos de dirección. En el litoral, el mundo antiguo perduró más y con dificultad más aceptó la nueva concepción del universo. El pensamiento libre apenas llegó hasta el mar interior: la Ilustración condenaba la intolerancia o resistencia al progreso incluso en sus más bellas ciudades. La democracia, nacida en el sur, ha

crecido peor en él que en el norte. Las religiones en esta parte del mundo estaban más al servicio de las autoridades que en otras. El laicismo se consideraba pecado. El auge industrial pasó por alto las regiones meridionales; desalentado por su inercia se mudó más al norte, hacia el océano. Hay muchas razones por las que la modernidad vaciló al echar el ancla en nuestros puertos y bahías. El Mediterráneo engendró Europa, durante largas épocas fue más grande e importante que ella, desde hace mucho tiempo ya no lo es.

En un momento en que el viejo continente se une y extiende sus límites en los flancos oriental y septentrional, surge paralelamente una frontera interior entre la Europa mediterránea y la continental. Estar en el lado del sur, destacan los escritores isleños, no significa sólo «quedarse en el sur», sino también aprender a «ver la realidad desde el lado meridional». El sintagma «el sur que aún no es norte» es completamente equivocado, ¿acaso debemos esperar que el sur lo sea? «El sur sujeto» no soporta «la posición del objeto» y se rebela contra esta postura. Él debería «defenderse a sí mismo con los bríos y fuerzas del sur», en primer lugar con la propia cultura y sus herencias. Muy poco le puede ayudar en este propósito el meridionalismo romántico y sentimental, que hizo oír su voz en el siglo pasado, y cuyos ecos a veces aún resuenan. Las decisiones esenciales para el Mediterráneo se toman fuera del Mediterráneo o sin su participación; eso produce desconfianza y oposición.

Según una vieja costumbre, a la que no es fácil resistirse, nuestro mar se identifica con su larga y gloriosa historia, reduciéndolo a menudo sólo a ella. Admirándolo, en realidad, se le perjudica: necesita el presente y el futuro. El discurso sobre los temas mediterráneos ha perdido en autenticidad. Hay que construir nuevos. Todos los proyectos deberían contener formas y posibilidades para llevarse a cabo, indicar las condiciones y los plazos, medios y obligaciones, liberarse de promesas irresponsables, deseos ilusorios, de utopías sin fundamento. Fundar una cultura alternativa mediterránea: semejante propuesta se oyó, no sólo en el simposio de Roma. En este momento no es realizable. Reconciliar los diferentes puntos de vista en las culturas del Mediterráneo, parece, a pesar de todo, realizable.



La isla de Rodas, en el Viaggio da Venetia a Constantinopoli, de Rosacció, Venecia, 1606.

Conocemos las desgracias y dificultades que sufre el Mediterráneo actual. No hay que callarlas: entorno deteriorado, litoral contaminado, urbanismo salvaje, corrupción en su significado metafórico y literal, poco orden y falta de trabajo, movimientos mal calculados y migraciones desdichadas desde una parte a otra, desde las zonas del interior hacia la costa, desde la costa más allá, hacia tierra adentro. Pero el mar no es el único culpable de semejante situación. La comprensión del «intercambio», el significado de «cooperación», el sentido de «asociación» deben someterse a un examen exhaustivo y liberarse de ciertas ilusiones. En los puertos y las bahías hay muchos «cabos viejos, empapados y podridos», cuyos nudos antaño amarraban barcos y destinos. Los planes que se manifiestan por doquier, oficial y oficiosamente, no se han plasmado en ninguna parte en la política mediterránea. El descontento es tal vez la única característica común de los habitantes de nuestro mar. El entusiasmo ante la visión que nos ofrece es cada vez más contenido. La resignación más firme. Las afinidades no consiguen extirpar las divisiones. El pesimismo se ha introducido en la historia y en la misma comprensión de la historia. Los ocasos se han cernido sobre el horizonte. Los «crepuscularismos» han ensombrecido la poesía del Mediterráneo.

En el cambio entre los dos milenios, no se puede en ningún simposio sortear el debate sobre la emigración. La idea de la expulsión siempre estuvo próxima a la inspiración mediterránea: en la mitología,

la historia, la narración. Con ella enlazan en nuestra época las cuestiones sociales, culturales, de civilización. Los motivos de la emigración son evidentes, las consecuencias imprevisibles. Se ha convertido en la preocupación de ciudades y administraciones municipales, de Estados e instituciones, de los mismos habitantes del Mediterráneo y de sus alrededores.

Tanto en el punto de partida como en el de llegada hay dos objetos básicos, se podría decir metáforas: la balsa y el hatillo. La balsa es demasiado estrecha, el hatillo muy pequeño. Son pocos los que consiguen introducir un libro entre los enseres necesarios para el largo viaje. Las salidas con libro se diferencian de las que no llevan. Los emigrantes mediterráneos no solían meter libros en sus equipajes, ni los italianos ni los griegos, por ejemplo, que en el cambio del siglo XIX al XX salían en oleadas. Los padres aprenden con dificultad el idioma de otros entornos, los hijos se olvidan del idioma de los progenitores. La situación no ha cambiado mucho hoy día. «Argentina es una tierra italiana de habla hispana», dijo en un simposio Borges. Los árabes no llevan el Corán en su hatillo. Y mucho menos los turcos y los albaneses. No he conocido ningún español o croata que saliera a correr mundo con la Sagrada Escritura. No me he encontrado en ninguna parte con emigrantes felices, pero he conocido a muchos que estaban felices de poder emigrar. Eso no es sólo una paradoja en el Mediterráneo.

En la lengua de la emigración, la sintaxis está marcada por cierto desdoblamiento y oposición: «nosotros» y «ellos», «nuestros» y «suyos», en esta división «nosotros» o «nuestros» son en realidad los extranjeros, «ellos» y «suyos» los nativos, habitantes del país al que hemos llegado. Y la temporalidad se divide de modo semejante: por un lado «en aquellos tiempos» o «antaño», es la época antes de la salida, y por otro lado «ahora» y «hoy», el tiempo después de la llegada, cuando nos hemos convertido en lo que actualmente somos. También el concepto del espacio se fracciona: entre el «allí» de donde procedemos y el «aquí» donde hemos llegado. Se trata, podríamos decir, de una suerte de escatología. Plutarco, entre los primeros, buscó consuelo en ella: «Muchos eran exiliados. Aristóteles era de Estagira, Teofrasto de Ereso, Estratón de Lámpsaco, Glicón de la Tróade, Aristón de Quíos, Critolao de Farsélida y, en la escuela estoica, Zenón era de Cisio, Creante de Aso, Crisipo de Sori, Diógenes de Babilonia... y todos tuvieron que marcharse... Pero si no se hubieran marchado, quizá no habrían hecho lo que hicieron» (*Peri phyges, 605* A9). En un simposio en París, debatimos sobre el «exilio liberador» (Milan Kundera), que debería servir de ayuda para que nuestro discurso fuera más libre. Semejante consuelo se conoce desde tiempos remotos y en esta orilla del Mediterráneo y en la opuesta y crean un género especial

que no pertenece sólo a la literatura.

En la época que denomino «entre asilo y exilio», tuve a menudo la posibilidad de explicar en simposios y otros tipos de encuentros el destino que le loco a los Balcanes y parte de sus alrededores a finales del siglo XX. La tragedia se inició mucho antes y nadie sabe realmente cuándo se acabará. Los conflictos entre el mundo latino y bizantino así como entre la Iglesia occidental y oriental detuvieron el desarrollo de la península Balcánica ya antes de la conquista otomana. Diferentes circunstancias, históricas y aún más las no históricas, impidieron a los eslavos del sur llevar a cabo significantes síntesis de conquistas, griegas y latinas, bizantinas, románicas y otras que se alcanzaban en el espacio que ocupaban. Tal vez fue una buena ocasión para toda Europa, ella misma dividida entre naciones, intereses, religiones. «En todos los puntos existe la división del Oriente hacia el Occidente.»[222] En la costa adriática y en su interior habitaban desde tiempos remotos distintos pueblos y tribus, de diferentes nombres y lenguas, antes y después de la llegada de los eslavos. En el manuscrito del canónigo Juraj Sizgorić que ya he citado,[223] para el que, según las palabras del propio autor utilizó las obras de Plinio, Estrabón, Apiano, Calimaco, Boccaccio, probablemente también del dálmata Lucius, así como de otras autoridades, están enumerados todos aquellos que se denominan con el nombre común de ilirios: «Unos se llaman panonios (*Pannones*), según los romanos, o peonios (*Peones*), según los griegos, también están los himanios, los enquelanos, los bulinios (o *Dudinios*), y peucecios (*Peuceciae*), según Calimaco, luego los seretos, los sirápilos, los iasios, los audisetes, los calofios y brencenios, según Plinio, los noricos, los atintanos, los ardeyos, polarios *y japodes*, que según Apiano vivían en la región de los Alpes. También estaban los salasios, los segestanos, los daisios, los dacios y los godos, los boios, los istrios, los libarnos, los dálmatas, los curetes.[224] Y para terminar están los misios, los tribalos y los prusos, que llegaban incluso hasta el mar Negro».[225] Esta pluralidad en el Ilírico y alrededores creará numerosas dificultades en el nacimiento de comunidades nacionales y estatales en los Balcanes y en las relaciones entre ellas. Confundido por tantas diferencias, nuestro canónigo, al que le gustaba coleccionar creaciones intelectuales eslavas, optó por el león veneciano: «¿Acaso existe hoy día una vida más agradable que bajo el dominio de los venecianos? Su ciudad está siempre libre, nunca sometida a pago de tributo, nunca desacreditada por admiración herética de ídolos, es la reina de los mares, fábrica de riquezas, delicia del mundo, veneradora constante de la justicia y de la fe».[226] La nacionalidad es, ya lo hemos dicho, muchas veces vacilante en el Mediterráneo.



El globo terráqueo más antiguo que se conserva, de 1492, obra de Martin Behaim.

Los citados pueblos y tribus se enfrentaban unos a otros o se unían. Las diferencias entre ellos desaparecían o aumentaban según las circunstancias. De esto se habla en los Balcanes a veces con miedo, a veces con ironía. Los literatos escribían alternativamente odas o parodias. El Corán dice: «Cada comunidad tiene un plazo y cuando llega su plazo no puede retrasarlo ni adelantarlo un momento».[227] En esta ocasión nos interesan sobre todo las relaciones con el mar. El antropogeógrafo Jovan Cvijić (1865 – 1922) escribió en su obra Balkansko poluostrvo.[228] «La sociedad de los eslavos del sur cambió bajo la influencia del mar y del clima mediterráneo: únicamente entre los eslavos algunos grupos de estas legiones[229] se han adaptado al modo de vida mediterráneo, así que engendran famosos marineros. Igualmente solo ellos entre los eslavos aprovecharon las relaciones con el mar y establecieron contacto con pueblos transatlánticos y distintas civilizaciones. Los grupos del litoral vivían en un entorno impregnado de civilización románica: aún hoy día muestran rastros de la civilización bizantina, especialmente del siglo VII a X, y ciertos vestigios apenas visibles de la civilización oriental [...]; es una mezcla de su experiencia y de lo adquirido, y probablemente doblemente adquirido, por Oriente y por Occidente».[230] El estrato eslavo, que cubrió la base autóctona, en algunas zonas fue muy profundo, y en otras lo contrario. A pesar de todo, impuso a los oriundos sus

dialectos, aunque este hecho no ha erradicado las diferencias. El Mediterráneo les ha señalado con sus marcas.

El etnónimo valacos merece una glosa especial. El historiador Ivan Lucić (Lucius) fue uno de los primeros en darse cuenta de la polisemia de esta denominación en el libro *De regno Dalmatiae et Croatiae*, publicado en Ámsterdam por el cartógrafo J. Blaeu.[231] Los germanos llamaban así a veces a los romanos, los romanos a los celtas y a algunos pueblos más (*Volees*), los croatas, eslovenos y húngaros a los italianos, los serbios a los rumanos, los turcos a los cristianos, los católicos a los ortodoxos, los habitantes de la costa a los del interior, los habitantes de las llanuras a los montañeses, los pobladores autóctonos a los inmigrados a sus tierras y éstos a los que llegaban después de ellos. La palabra *morlaco*, antigua denominación de los pobladores de Dalmacia interior y de una parte de la costa adriática, está compuesta de *mor(o)* (‘negro’) y (*va)laco*. Así los llamaba el abad Alberto Fortis y Marmont, el desleal mariscal de Napoleón, *duc de Raguse* y *commandant en chef de* las provincias ilíricas, en sus *Memorias*, más conocidas en Dalmacia que en Francia. El distinto uso de la palabra nos dice mucho de las relaciones entre vecinos. Sin embargo, aquí todos son vecinos de sus vecinos: el Mediterráneo es, como ya se ha dicho con entusiasmo, el mar de la vecindad.



Gerard de Jode, Croacia entre Turquía y Venecia, Amberes, 1593,

A menudo me sorprende que algunas peculiaridades, que me parecen muy importantes, no encuentren lugar no sólo en ningún debate en los simposios, sino tampoco en estudios serios. ¿Por qué hay en los libros tanta historia del mar y tan poco mar? Al aproximarme al

final de este glosario, el cual yo quisiera que fuera realmente un *lanx satura*, expondré algunos de los temas del Mediterráneo que quizá no son tan insignificantes como podría parecer a primera vista; por ejemplo, las observaciones sobre los guijarros, las pumitas y la espuma en la retórica mediterránea.

Los sabios y poetas de la Antigüedad ya buscaban los motivos que nos incitan a coger un guijarro de la playa y a jugar con él, a tirarlo para que salte por la superficie del mar o a dibujar con él algo en la arena, a recogerlo, guardarlo y llevárnoslo a alguna parte. En la *Ilíada*, un joven juega en la arena frente al mar, «Con la misma facilidad con que un niño, jugando en la playa, desbarata con los pies y las manos lo que de arena había construido».[232] Para Heráclito el tiempo es un niño que juega y mueve los peones (*pessoi*): de un niño es el mando».[233] Píndaro en las *Olímpicas* menciona un guijarro especial, que agrada tener en la palma de la mano, lo llama *psephos.*[234] Los pretendientes que esperan que la fiel Penélope elija por fin entre ellos a su nuevo marido mataban el tiempo y «para recrear el ánimo jugaban a los dados (con *pessoi*) ante la puerta de la casa, sentados sobre cueros de bueyes que ellos mismos habían degollado».[235] En la época de Pericles, las chinas también servían como bolitas de votación, en la más temprana juventud de la democracia. Palamedes, hijo de Nauplios, enemigo acérrimo de Ulises, inventó, entre otras cosas, el juego con dados de piedra, llamado por su nombre —podría parecerse a nuestras damas o al *trik-trak*—. Siglos después de los sabios y poetas griegos, Osip Mandelstam recogía en la playa de Koktebel, playa mediterránea en el mar Negro, guijarros de distintos colores que le sirvieron como «una suerte de diario sobre el tiempo», le prestaron «un gran apoyo» para comprender la *Divina comedia* y escribir su insólito *Coloquio sobre Dante.*[236] Por todo ello, y por otras muchas razones, no deberían dejarse fuera del discurso sobre el Mediterráneo ni los guijarros, ni las chinas, ni las piedrecillas.

Tampoco hay que olvidarse de la pumita o piedra pómez, que surge de las burbujas que brotan junto con la lava de los cráteres de los volcanes, como espuma. Es pálida o azulina, a veces trasparente, clara. Aunque es quebradiza y se desgasta rápidamente, nos ayuda a pulir las placas de mármol o metal. La piel femenina, cuando se frota con piedra pómez, se vuelve más brillante y firme. Es ligera, más ligera que el agua. Flota en la superficie como una paja o una ramita. Antaño servía también para escribir. Catulo afirma en una dedicatoria que ha escrito su «nuevo libro» con pumita: *novum libellum arida modo pumice expolitum.*[237] Las olas la mecen y la llevan lejos del lugar donde la expulsaron los volcanes. Desde las islas Egadas donde parece que abunda más, sobre todo junto al cráter del Estrómboli y el monte Pelato, es capaz de llegar flotando hasta el mar de Mármara, en los

confines del Mediterráneo.

Los datos sobre la espuma se encuentran diseminados —como la misma espuma— por distintos tipos de literatura. Sería difícil recopilarlos y, aún más, resumirlos. Hesíodo, en la *Teogonia*, describe cómo Afrodita, la diosa del amor y de la fertilidad, surgió de la espuma: «Abordó la tierra la bella y venerable diosa... Y fue llamada Afrodita, la diosa de hermosas bandeletas, nacida de la espuma, y Citerea, porque abordó a Citeres; y Ciprigenia, porque arribó a Cipros la rodeada de olas, y Filomedea, porque había salido de las partes genitales. Eros la acompañaba».[238] No todos aceptaron la etimología de Hesíodo, que encuentra espuma (*aphros*) en el mismo nombre de Afrodita. Sin embargo, muchos poetas y pintores creían en esta relación (Boticelli la inmortalizó). La analogía de la espuma que se evapora y el sueño que se desvanece se extendió del mar a tierra firme, hasta las grandes ciudades centroeuropeas y aún más lejos. En alemán es conocido el juego de palabras *Traum* ('sueño') y *Schaum* ('espuma'): *Traumdeutung* ('interpretación de los sueños') que se convertiría, no sin cierta dosis de burla, en *Schaumdeutung*. Ya Aristóteles relacionaba la espuma con los caracteres, y luego lo siguió Hegel, quien consideraba que los «melancólicos son ricos en espuma».[239] También el enfado origina a menudo espuma en la boca, en el estómago y, especialmente, en el habla. Sin embargo, no es la misma espuma que las olas esparcen por el Mediterráneo, cuyas burbujas, creadas casi de la nada, se convierten en nada.

En la obra de Homero se hallan los nacimientos de ríos que menciono, como el Titerasio, cuyas aguas no querían mezclarse con otras aguas: «Que vierte sus cristalinas aguas en el Peneo de argénteos vórtices; pero no se mezcla con él, sino que sobrenada como aceite, porque es un arroyo del agua del Estigio, que se invoca en los terribles juramentos».[240] El diálogo *Fedón*, de Platón, reza así: «La magnitud de estos ríos eternos que hay bajo tierra es inmensa y sus aguas son calientes y frías».[241] A la romántica hidrografía de Platón, Aristóteles reacciono en la Meteorología [242] con su realismo. Homero planteo muchas preguntas para las que hoy día aún buscamos respuestas. Por ejemplo, ¿con qué toca la gaviota la superficie del mar, con el pecho o las patas, con el pico o el ala? Esta ave «empapa sus espesas alas en el agua del mar» en la *Odisea*.[243] A la misma obra debemos datos importantes sobre la construcción naval,[244] así como la antigua costumbre de clavar en la tumba del marinero un remo «con el que yo remaba cuando estaba vivo, cuando estaba entre mis compañeros»;[245] así lo hicieron los compañeros del joven Elpénor y de forma parecida lo hacemos nosotros con la cruz. En la obra de Homero también aparecen numerosas referencias al arte de nadar: la competición entre Dionisos y Ampelos, la apuesta entre Carpos y Calamos, los traviesos

juegos del Sátiro en el agua. En el glosario de Edwin Mehl, dedicado al *Arte de nadar en la Antigüedad,*[246] hay muchas moralejas e imágenes valiosas: una muchacha de Herculano que nada de lado, un joven etrusco que salta al agua de cabeza, el jarrón aqueo del Louvre con un enorme baño de mujeres, Hera y Leandro en los frescos y monedas de Pompeya, «los numerosos baños» (*copia nandi*) de Leandro que inmortalizó Ovidio en las *Heroidas,*[247] sobre los que escribieron muchos otros, más tarde, hasta llegar a Marlowe y Grillparzer. No nos olvidamos del abad francés Ameilhon, que fue uno de los primeros en contribuir a la investigación del arte de la natación en París en 1777, en las publicaciones *Académie des inscriptions*, que los habitantes más cultos del Mediterráneo seguían con emoción.

La revista cartográfica *Imago mundi*, que Leo Barow publicó con enorme sacrificio, me sirvió de gran ayuda. Al igual que la publicación *Periplus* de Nordenskiöld, la cito según su primera edición en lengua inglesa;[248] el escrito sobre las rosas de los vientos en los mapas antiguos pertenece al segundo capítulo de esta obra.[249] El juicio de san Agustín sobre «lo absurdo de las antípodas» se encuentra en su célebre *La ciudad de Dios.*[250] El libro de viajes por el valle de Escol, en el capítulo «Mapas», lo construí a partir de unos párrafos del Antiguo Testamento. Plagié en varios sitios el Talmud, la Biblia y el Corán. Espero que los creyentes, si lo descubren, me lo perdonen. Hoy día se olvida la religión incluso en el Mediterráneo.

La cita sobre los mapas (*as sahifa*) en la que Ibn Jaldún anotó «que todas las costas del mar de Rumelia —es decir, el Mediterráneo— figuraban en los mapas, pero no las del Atlántico» la tomé de su obra *Al-Muqaddima.*[251] La muralla de Alejandría, en la que busqué el citado fragmento de Ibn Batuta sobre cuatro puertas del puerto de Alejandría, entretanto se había derrumbado. Este escrito es más preciso en la *Rihla* que parafraseé.[252] Tampoco el retrato de Manuel Chrysoloras es inventado; se encuentra realmente en el Louvre, en el *Cabinet des dessins*, con el número de inventario 9849 bis. Las palabras con las que el profeta Mahoma alentaba a los conquistadores del mar, destacando que «la batalla ganada en él vale como diez batallas en tierra» y que «el mártir que muere en la mar vale como dos que pierden la vida en tierra firme», se encuentran en una de las más rigurosas selecciones de *Hadis.*[253] Los primeros conocimientos de los mapas árabes me los facilitó Honrad Müller: *Mappae Arabicae*, que publicó en una edición propia.[254] Comprendí su devoción por el Mediterráneo, en especial, por la costa meridional, resumida en esa expresión de «fe en el sur» que, ya lo hemos visto, menciona Nietzsche al referirse a Mozart.

Asimismo, el capitán de la marina mercante Albert Schück editó, corriendo él mismo con los gastos, parte por parte, durante un largo

periodo, su extenso glosario sobre la rosa de los vientos y las brújulas. (*Der Kompas*, Selbstverlag des Verfassers, Hamburgo, 1911 − 1918.) Y el libro ya citado de O. Schmidt sobre las esponjas en el Adriático vio la luz del día en una edición propia, en Leipzig, en 1852. Donde más aprendí de los nudos fue en el *Libro de nudos*, de Clifford Aschley.[255] Su autor, oriundo de las costas del océano, navegó durante once años, junto con su esposa Sara, a lo largo de innumerables costas, sobre todo las mediterráneas, de puerto en puerto, de muelle en muelle. En todas partes iba descubriendo distintos mulos y apuntando sus nombres; anotó y dibujó) nada menos que tres mil ochocientos cincuenta y cuatro. Semejante perseverancia y sistematización es rara en los autores nacidos en el Mediterráneo, que por otra parte tiene más nudos y lazos que cualquier otro mar.

Tuve en mis manos distintas imágenes y textos que muestran o describen faros. Entre ellos, el libro del historiador Jules Michelet cuyo título es El *mar*: «Cuando no luce astro alguno, el marinero sí ve éstos y le vuelve el valor al recobrar en ellos su estrella, la estrella de la Fraternidad… El faro era un ara, un templo, una columna, una torre… El Imperio Romano iluminó, de promontorio en promontorio, el Mediterráneo entero».[256] También los pintores muestran, a veces, junto al mar, torres que lucen con un resplandor místico, llenas de nostalgia: *Nostalgia del infinito* es el título de un cuadro que muestra un faro solitario con dos figuras humanas, femenina y masculina, así como sus sombras alargadas hasta el infinito. Lo pintó en 1911 De Chirico. La historia de los faros en el Mediterráneo es una historia de añoranza y soledad.

Hay lectores que no abren un libro de este tipo si no incluye los carnavales. A pesar de ello, hay autores que los evitan o los mencionan sólo de pasada. Además, los carnavales no son sólo mediterráneos. También se celebran en otras partes, aunque de forma diferente. En distintos lugares han planteado problemas a las autoridades, a la religión y a la ley. Su relación con el teatro, ya sea por los disfraces, los actores o las máscaras, es bien conocida. En las ciudades del sur había espacio, tiempo y motivos para celebrar los carnavales: la frescura del mar provoca al espíritu, el sol incita al cuerpo a desnudarse o disfrazarse, y la razón no se resiste a la necesidad de entregarse en cuerpo y alma al juego, a la vorágine y a la locura. Es demasiado arriesgado interpretar estas escenas; la actuación no es sólo actuación, ni el deseo únicamente deseo, ni la máscara exclusivamente una máscara en los días y sobre todo en noches en que el Mediterráneo arde en fiestas.

Es costumbre, al finalizar un trabajo, expresar la gratitud a todos

aquellos que nos han prestado su ayuda. Semejante práctica —aquí no diría ni forma ni género literario— se denominaba antaño en los países mediterráneos *tabula gratulatoria*. El inconveniente que solía tener era su extensión, con la que el autor pretendía mostrar cuánto dominaba la materia. El defecto, que a veces ocultaba alguna fuente. En las cartelas de los antiguos mapas, los nombres de los mecenas estaban escritos en letras doradas, según el precio que pagaran por cada mapa. Quiero manifestar mi agradecimiento a los marinos que han guiado los barcos en los que he navegado, a los bibliotecarios y libreros que buscaron y encontraron los libros y mapamundis que necesité, a los fotógrafos que fotografiaron los mapas para este libro. Doy las gracias a mi esposa Mirjana, así como a mis amigos Sinan e Inoslav, que leyeron la última versión del manuscrito y me ayudaron a corregir los errores que constantemente cometo, no sólo al escribir con el ordenador. Quiero expresar toda mi gratitud a las tripulaciones de los barcos en los que recorrí el Adriático y parte del Mediterráneo. De ellos aprendí aquello que no está en los libros, que no se puede ver en los mapamundis ni oír en los simposios, ni siquiera en los que se celebran en Roma. Los marineros del *Hydra* y del *Dodekanesos*, con los que visité las Cícladas y Espóradas, son a los que, tal vez, más les debo; siempre encontrábamos sin dificultad una lengua común. Augustin Jal, con el que también me siento en deuda, señaló en su excepcional glosario: «Aunque las palabras se diferencian a menudo, el lenguaje de los marinos tiene en todos los sitios las mismas figuras, la misma energía, la misma concisión. Acostumbrados a enfrentarse a las mismas situaciones, a presenciar las mismas escenas, a manejar las mismas máquinas, los marineros de todos los países utilizan los mismos tropos... La poesía es una, sus expresiones se diferencian».[257] A pesar de todo, quizá existe una *koiné* en el Mediterráneo.

He reflexionado durante mucho tiempo en cómo expresar mi gratitud a un historiador que, en cierta medida, ha sido el maestro de casi todos los que en los últimos tiempos nos hemos dedicado a los temas mediterráneos, sin caer en lo convencional y banal de las habituales palabras de agradecimiento. La historia que sigue requiere una breve introducción. Aún bastante joven y casi anónimo, este profesor escribió una obra que se publicó con el título de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Es difícil encontrar un fallo en su vasto estudio centrado en el mar y sus costas, en las épocas y sus «largas duraciones», en los personajes y los acontecimientos, escenas y bastidores. Fue una tesis doctoral muy distinta de casi todas las demás. Destacaba por su buen conocimiento de la materia, su mirada serena hacia los países mediterráneos y ciudades costeras, sus relaciones y conflictos. El tribunal ante el que defendió su tesis estaba entusiasmado, se dieron cuenta de que tenían

delante a un joven historiador de gran talento. A pesar de ello, uno de los miembros, cuyo nombre la historia, quizá injustamente, pasó por alto, reprochó al candidato, durante el debate público, que no mencionase el papel y el significado de un protagonista muy importante del Mediterráneo. ¿Cuál?, preguntaron todos los presentes. El burro, por supuesto. Eso ocurrió en una antigua universidad, en el corazón de Europa, en el barrio Latino. El candidato era Fernand Braudel. En el prólogo de una de las numerosas ediciones posteriores de su libro —cuando ya era famoso en todo el mundo y había sido traducido a quién sabe cuántos idiomas— el anciano historiador admitió con afecto su omisión juvenil. Al acabar el *Breviario mediterráneo* me preguntaba cuál era la mejor manera de saldar mi deuda con el difunto maestro. Por fin me decidí por un humilde anexo dedicado a lo que le falta a su famosa obra sobre el Mediterráneo, y así devolverle parte de la deuda por todo lo que me ha enseñado.

El burro tiene, obviamente, muchos nombres: asno, borrico, rucio, jumento, pollino. Algunos de ellos son ofensivos y no los merece. Siempre ha sido útil, junto al mar y en los montes tierra adentro. Ayudaba a limpiar los pedregales, a levantar viñedos, a zanjar caminos, a llevar cargas, a mover la piedra del molino, a moler el trigo. En el Mediterráneo se equivocaban a menudo, más que en otros lugares, al utilizar el nombre de este animal para insultar a personas que no son dignas de él.

El burro lleva su albarda en el lomo y en los flancos, delante y atrás. Sube al monte y baja por la pendiente, junto a la costa y a lo largo del interior. Por naturaleza es paciente, rara vez se niega, y mucho menos se rebela. Es más fácil obligarlo a obedecer que al caballo, por no hablar ya de la mula. No necesita herraduras; sus pezuñas están endurecidas de andar y del peso. El que lo lleva no necesita fusta. El que lo monta no necesita espuelas. Al burro le da igual ir delante del dueño o seguirlo. Recuerda los caminos inclinados y corredizos tanto como los llanos y suaves. Si olvida adónde se dirige, se para y espera a que se le indique de nuevo. Cuando hay grietas en el terreno, sabe dónde tiene que pisar para no quedar atrapado o dislocarse el hueso, así como para encontrar un apoyo para él mismo y para la carga que lleva a lomos. Su ojo es dos veces mayor que el humano, ve a lo largo y a lo ancho, hacia delante y hacia los lados. Cuando afila los oídos levantando las orejas, oye bastante mejor que su amo. Presiente la lluvia, se intranquiliza ante la tormenta. Yace en la paja, mastica el heno, bebe el agua a largos y lentos tragos. Más que dormir, dormita. Como si esperase que alguien le diera un codazo y lo despertara para volver cuanto antes al trabajo y seguir la faena. A

veces pasa la mayor parte de la noche apoyado en las cuatro patas; otras, cuando está más cansado, dobla las delanteras o las traseras bajo el abdomen y las ingles y descansa así. No es necesario atarlo, es suficiente pasar el cabestro por encima de la valla, pues esperará hasta que alguien venga a buscarlo. Parece que sabe nadar y, cuando cruza un arroyo o un riachuelo por un vado, evita los remolinos y huye de los torrentes. Lo atacan a menudo las moscas y, a veces, también las avispas, no consigue espantarlas moviendo la cola y esa especie de borla que la remata. En algunas ocasiones se tira encima de la paja, en el establo, o en un prado para frotarse el lomo y rascarse las crines, podría decirse que ésta es una de las pocas diversiones que tiene, tal vez la única. Para aparearse, no es él quien elige una hembra; otros se la traen para que la cubra, como si también tuviera que hacer eso más por obligación que por necesidad. Tiene un miembro bastante grande y, cuando fecunda, perseverante, sus testículos se muestran generosos, llenos de espermatozoides. En tiempos remotos, la medicina del Mediterráneo recomendaba componentes del cuerpo del burro como remedio para despertar el apetito sexual.

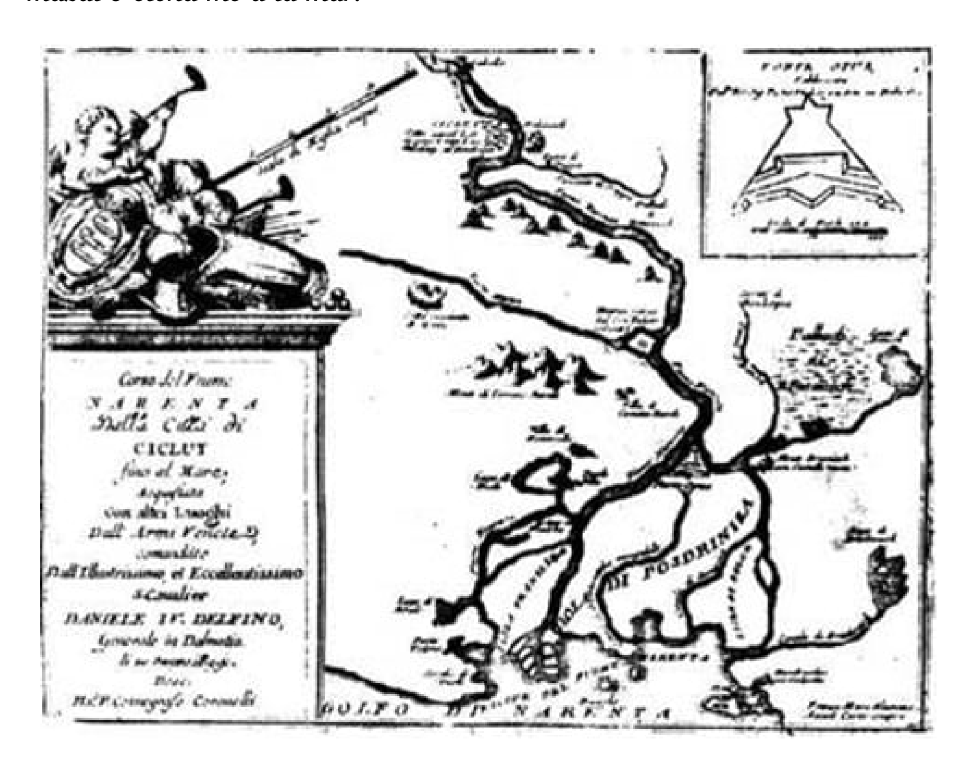
Al cargar un burro sobremanera, pierde el equilibrio y se tambalea, y la saliva se le vuelve espesa y amarillenta. Entonces se detiene, se empecina y nadie consigue que se mueva. No lo hace por testarudez o desobediencia, sino más bien por impotencia o por la injusticia que ha sufrido. Cuando rebuzna, no sabemos, en realidad, si se alegra o se queja. A veces se queda ronco, como si hubiera forzado demasiado la garganta y la laringe y se le hubieran secado, pero su voz sigue oyéndose en los alrededores. No pide ni halagos ni ayuda, le basta con que le acaricien la crin o le den unas palmadas en la grupa. Entiende los gestos mejor que las palabras. Se yergue, levanta las orejas o las baja hasta el cuello, como si con eso quisiera decir algo, quién sabe qué. Da un saltito y empieza a trotar deprisa para mostrar que también sabe hacerlo; quizá hay en ello cierto regocijo, pero no puede decirse que se trate de ostentación. A veces se escapa y sale corriendo hacia alguna parte, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, para sentirse, por lo menos un instante, independiente y libre. Cuando tropieza o se resbala, si le ocurre una desgracia a él o a alguien que le es cercano, los ojos se le humedecen y se le vuelven más brillantes. Quién sabe cómo se entristece y de qué forma se aflige. Evidentemente, no llora. Muestra más bien cansancio que impotencia, antes dolor que sufrimiento. La burra no se libra del trabajo ni durante la preñez. Después de parir a su pollino, al que el mundo no le ha destinado una vida fácil, apenas consigue amamantarlo. Su leche es sana, pero no abundante. La carne de burro es muy apreciada en algunos sitios, pero, por suerte, no en todas las partes del Mediterráneo.

Es triste ver a un burro viejo intentando ser como era antes, cargar como cargaba, hacer todo lo que hacía de joven. Cuando se debilita por completo y acaba por perder todo el ánimo, empiezan a compadecerlo incluso aquellos que más lo torturaron. El pelo gris empieza a oscurecerse y a ralear, a caerse. Cuando muere, se utiliza todo lo que queda de él. En el Mediterráneo permanece la costumbre de despellejar el cuerpo del animal y hacer del cuero, por ejemplo, mocasines, pellejos o incluso tambores; en esa piel se pueden vislumbrar cicatrices que nadie había sospechado.

En los relieves de Menfis y las pinturas del interior de las pirámides, en las paredes de las mastabas funerarias y los jeroglíficos del *Libro de los muertos* se ha rendido al burro el reconocimiento debido. El Talmud y la Biblia lo mencionan en muchos sitios, y los *hadis* musulmanes tampoco los pasan por alto. Ayudó a Abraham y a Moisés. A lomos de diez burros y diez burras, los hermanos de José trajeron de Egipto el trigo para alimentar a los judíos. Si mal no recuerdo, en el mayor museo cairota se conserva la estatua de un asno, tallada en una madera llamada *karite*, untuosa y oscura, que las caravanas transportaban de las regiones al sur del Sahara a la costa norte de África. Ni la literatura griega ni la romana se han olvidado del fiel y leal cuadrúpedo. Luciano de Samosata se hizo célebre con la metamorfosis en asno de Luciano de Patras. Animó a Apuleyo a escribir *El asno de oro*. El filósofo Buridán ligó su nombre al del burro. Kant se refería al burro en sus clases de geografía con una especial simpatía. Dostoievski confesará al príncipe Mishkin, en *El idiota*, su sospecha de que el «el asno es un buen hombre». Tampoco los grandes pintores lo han pasado por alto. Giotto lo inmortalizó en Asís, Boticelli en Florencia, Fra Angelico sentó a sus lomos a la Virgen con un largo vestido azul y con el niño recién nacido en sus brazos. También en las legiones septentrionales, donde normalmente aprecian mas a los caballos de desfile que a los simples burros, lo pintaron Durero y Rembrandt. Los asnos de Chagall vuelan a veces; uno toca incluso el violín. La antigua Nápoles decidió que el querido *ciuccio* estuviera en el escudo partenopeo. El maestro Buvin nos dejó su figura tallada decorando la puerta de la catedral de Split. A lomos de un burro cabalga Sancho Panza en los monumentos de Sevilla y en la plaza de España de Madrid; el sabio mulá Nasrudin recorrió por lo menos la mitad de Anatolia en la albarda de su asno. Los cuentos de *Las mil y una noches* no podrían contarse sin la figura de un burro. En el Antiguo y Nuevo Testamento lo respetan por sus méritos: por la ayuda a las caravanas,[258] por el trabajo que hace,[259] por la carga que acarrea,[260] por el servicio que presta al que lo monta.[261] El paciente animal ayudó a la Sagrada Familia a huir a Egipto para escapar de la matanza de los inocentes que ordenó Herodes. Calentó con su aliento

al Niño recién nacido. El Domingo de Ramos, el hijo de Dios entró en Jerusalén a lomos de un asno,[262] y el profeta había anunciado que precisamente así entraría el Mesías.[263] «Porque el Señor lo necesita», son las palabras del evangelista. «Id a la aldea de enfrente. Al entrar, encontraréis un borrico atado, sobre el que nadie ha montado aún, desatadlo, y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo desatáis, le diréis que el Señor lo necesita.» Así lo escribe san Lucas.[264] San Mateo[265] y san Marcos[266] lo confirman con casi las mismas palabras. ¿Acaso podíamos prescindir del burro en este breviario después de los Evangelios? El Mediterráneo no nos lo perdonaría fácilmente.

El timonel del Hydra, Jona era su nombre, mientras me enseñaba signos en los mapas y me explicaba sus significados, pronunciaba, en ladino, un dicho que recordaban sus antepasados sefardíes al volver de las costas occidentales del Mediterráneo a las orientales: *Dame el mazal o etcha me a la mar.*



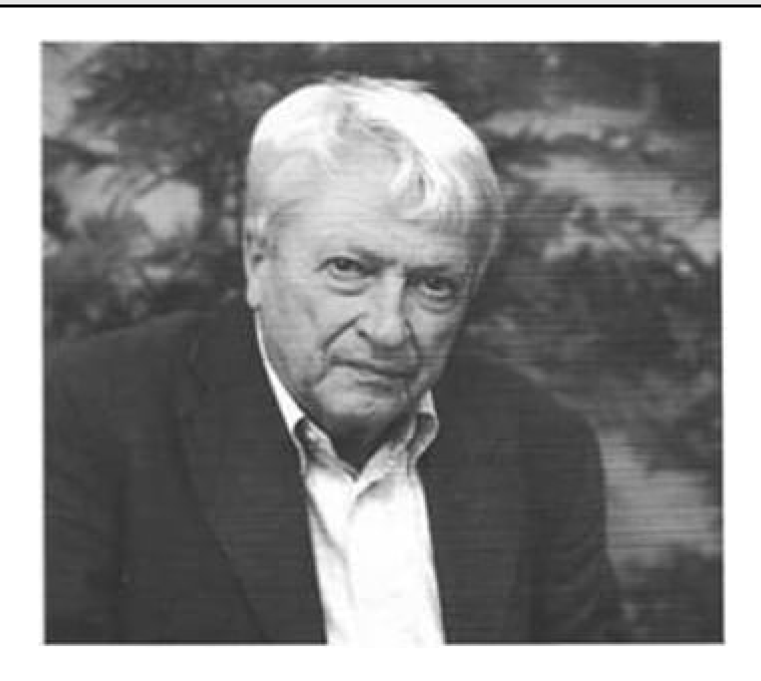
Desembocadura del río Neretva, en un dibujo de Coronelli, Venecia, 1699.

El tiempo ha cambiado el significado de muchas palabras. Cuando navegaba en el *Dodekanesos*, según la vieja costumbre helena, yo

llamaba *artos* al pan, los marineros lo denominaban *psomi*; al agua la llamaba *hydor*, ellos, *nero*, yo me refería al vino con la expresión *oinos*, ellos utilizaban la palabra *krassi*. El pan, el vino y el agua han cambiado su nombre. El mar ha conservado el mismo: *thalassa*. El Mediterráneo es uno, diría el glosador, pero sus expresiones son distintas.

Navegué por el mar con tripulaciones y compañeros de viaje, pero recorrí completamente solo los ríos y sus desembocaduras: nací junto a un río cuyo nombre es Neretva. Siguiendo su curso llegué a las costas del Adriático y, por ende, al Mediterráneo.

SOBRE EL AUTOR



Predrag Matvejević (Mostar, 1932) es el autor más importante de la literatura croata actual. Vive entre Italia y Francia, donde ejerce de profesor universitario, en La Sapienza y el Collège de France. Miembro de la cúpula directiva del PEN Club, es un escritor de prestigio europeo y un intelectual respetado y reconocido.

Breviario mediterráneo
Prólogo de Claudio Magris
Traducción del croata de
Luisa Fernanda Garrido Ramos y Tihomir Pistelek
Ediciones Destino | Colección imago mundi Volumen 140
Título original: *Mediteranski brevijar*

Diagonal, 662 – 664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
Primera edición: junio de 2008
ISBN: 9788423340569
Depósito legal: B.G. 30.550 – 2008
Impreso por Book Print, S.L.
Impreso en España —Printed in Spain

notes

Notas a pie de página

[1] En castellano en el original.

[2] En castellano en el original.

[3] En italiano en el original.

[4] En castellano en el original.

[5] Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, V, 49.

[6] Op. cit., IV, 42

[7] Josué, 10,13.

[8] Nahum, 1, 4.

[9] Isaías, 17, 12.

[10] Jeremías, 6, 23.

[11] *Salmos*, 65, 12.

[12] *Apocalipsis*, 8, 8 – 9.

[13] *Ibidem*, 21, 1.

[14] Mateo, 14, 22 – 30.

[15] *Hechos*, 27, 4 – 44.

[16] San Agustín, Epist., VII, 14.

[17] Dante, *Infierno*, XXVI, 117, *Comedia*, traducción de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 2004.

[18] Hach,46.

[19] Yasin, 38.

[20] El Gashiye, 20.

[21] Suetonio, *Las vidas de los doce Césares*, 20, 3.

[22] Homero, *Ilíada*, XIX, 376.

[23] Plinio el Viejo, *Historia natural*, II, 112.

[24] Ovidio, op. cit., 238.

[25] Homero, *Odisea*, VI, 267

[26] CIL, III, 3480.

[27] Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 33.

[28] Estrabón, *Geografía*, IX, 21.

[29] Vitruvio, *Sobre la arquitectura*, II, 8 – 10.

[30] Plinio, *op. cit.*, XXXVI, 7.

[31] Er Rahman, 20.

[32] Petrarca, *Nichilominus te animo comitabor*, 7.

[33] *Ibidem, 9.*

[34] Petrarca, *Neque enim scribo nunc historiam, sed loca describo*, 13.

[35] Mercator, *Atlas*, Ámsterdam, 1609, pág. 30.

[36] Josué, 1, 4.

[37] *Deuteronomio, 11, 24.*

[38] *Éxodo, 23, 31.*

[39] Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 4.

[40] Platón, *Fedón*, 113.

[41] Aristóteles, *Acerca del cielo*, III, 8.

[42] Cicerón, *Yerres*, II, 5.

[43] Solino, *Collectanea rerum mirabilium*, XVIII, 1.

[44] Isidoro de Sevilla, *Orígenes*, XII, 16.

[45] Virgilio, *Eneida*, II, 780.

[46] Estrabón, *op. cit.*, II, 57.

[47] *Ibidem.*

[48] Jenofonte, *Anábasis*, IV, 7.

[49] Heródoto, *op. cit.*, IV, 42.

[50] Amadeus Peyron, *Lexicon copticum*, pág. 304.

[51] Isidoro de Sevilla, *op. cit.*, XIII, 16.

[52] Estrabón, *op. cit.*, II, 5.

[53] *Hechos, 27, 27.*

[54] Constantino VII, *Chro.*, V, 31.

[55] *Reyes*, 9, 26 – 27.

[56] Ezequiel, 27, 3 – 5.

[57] *Salmos*, 106, 8 – 9.

[58] Platón, *Fedón*, 109b.

[59] Platón, *Leyes*, 704b.

[60] Aristófanes, *Las ranas*, 204.

[61] Gregorio de Chipre, *Bolotion nous*, III, 45.

[62] Macario, *Boiotia hys*, II, 79.

[63] *Eclesiastés, 50, 25.*

[64] Sobre la que habla exhaustivamente Petar Skok en *Nasa*

pomorska y ribarska terminología na Jadranu (La terminología de mar y de pesca en el Adriático), Split, 1933.

[65] Konstantin Jireček, *Geschichte der Serben L*, Gotha, 1911, pág. 63.

[66] Petar Šimunović, *lstočnojadranska toponimija (Toponimia del Adriático Oriental)*, Split, 1986, pág. 252.

[67] Manilo CorteLizzo, *Bollettino dell'Atlante linguistico mediterraneo*, VIII-IX, 1966 – 1967, págs. 6 – 77.

[68] *Salmos*, 122.

[69] Hipócrates, *Almas, aires y lugares, 6*, 7.

[70] Tucídides, *op. cit.*, VII, 77.

[71] Platón, *La República*, IV, 432b.

[72] Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, traducción al castellano de Aurora Bernárdez, Siruela, Madrid, 2007.

[73] Tucídides, *op. cit.*, I, 93.

[74] Vitruvio, *op. cit.*, II, 4.

[75] *Ibidem*, II, 4.

[76] Maurice Dunand, *Les fouilles de Byblos*, París, 1937.

[77] Jean-Yves Empereur, *Le Pbare d'Alexandrie. La Merveille retrouvée*, Gallimard, París, 1998.

[78] Séneca, *Quaest. Natur.*, III, 35.

[79] Vitruvio, *op. cit.*, II, *6.*

[80] Marcial, *Epigramas*, I, *62.*

[81] Ruder Bosković, *Del port di Rimini*, Pesara, 1765.

[82] Varrón, *La lengua latina*, VI, 9.

[83] C. Battisti y G. Alessio, *Dizionario etimológico italiano*, tomo II, Florencia, 1951.

[84] Aristóteles, *Historia de los animales*, 531b.

[85] Giuseppe Boeri, *Dialecto veneto*, Venecia, 1829.

[86] Dante, *Infierno*, XXI, 7 – 16, *Comedia*, traducción de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 2004.

[87] *Hechos*, 28, 11.

[88] Radovan Vidović, *Diccionario náutico*, Split, 1984.

[89] *Ibidem*, pág. 70.

[90] *Ibidem*, págs. 301 – 302.

[91] Bozo Cvjetkovic, *Estetska oceanografia*, De Giulli, Dubrovnik, 1920.

[92] *Dubrovačko brodogradiliste (Astilleros de Dubrovnik)*, Dubrovnik, 1917, págs. 5 – 6.

[93] Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, V, 2.

[94] *Génesis*, 10, 14.

[95] *Etimološki rječnik hrvatskog ili srpskog jezika (Diccionario etimológico croata o serbio)*, tomo III, Zagreb, 1970, pág. 350.

[96] Plinio el Viejo, *op. cit.*, 111, 151.

[97] Pomponio Mela, *De Chorographia*, II, *55*.

[98] Hesíodo, *Los trabajos y los días, 169*, 173.

[99] *Salmos, 71*,10.

[100] Platón, *Critias*, 115.

[101] Ammiano Marcelino, XV, 7.

[102] Max Eastman, *Great Companions*, Nueva York, 1940, pág. 117.

[103] Apolonio de Rodas, *Argonáutica*, IV, 455 – 475.

[104] Calimaco, 11, 3 – 4.

[105] Apolonio de Rodas, *op. cit.*, IV, 505.

[106] Estrabón, *op. cit.*, 215.

[107] Plinio el Viejo, *op. cit.*, III, 152.

[108] Dante, *Infierno*, IX, 113, *Comedia*, traducción de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 2004.

[109] Goethe, *Elegías romanas*, 19-X-1786.

[110] *Ibidem, 26 – 111 – 1786.*

[111] D. H. Lawrence, *Sea and Sardina*, Anchor Books, Nueva York, 1954, págs. 11 y 65.

[112] Lawrence Durrell, *Reflexiones sobre una Venus marina*, traducción al castellano de Floreal Mazía, Círculo de Lectores, Barcelona, 1999.

[113] Edmond Fleg, *Ecoute, Israel*, París, 1953.

[114] Juan, 1,42.

[115] *Martyrologium Romanum*, III, 8.

[116] Plinio el Viejo, *op. cit.*, III, 141.

[117] Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1156b, 27.

[118] Plinio el Viejo, *op. cit.*, XXXI, 88.

[119] Cicerón, *Ad fam.*, VII, 32.

[120] *Jueces, 9*, 8.

[121] At-Tin.

[122] 24,35.

[123] Aldous Huxley, *The Olive Tree*, Londres, 1973, pág. 287.

[124] *Ibidem.*

[125] Lawrence Durrell, *La celda de Próspero*, traducción de Benito Fernández, Ediciones B, Barcelona, 2003.

[126] *Génesis, 9*, 20.

[127] 18,32 – 43.

[128] Lucas, 6, 44.

[129] Teofrasto, *Historia de las plantas*, II, *6.*

[130] *Heves*, 7, 18,

[131] *Génesis,9, 20.*

[132] *Génesis*, 40, 9,11.

[133] *Eclesiaslés*, 2, 3.

[134] Homero, *Odisea*, IX, 170 – 436.

[135] Teofrasto, *op. cit.*, II, VII, 2; II, V, 7.

[136] Marco Porcio Catón, *De agricultura*, 1, 7.

[137] Virgilio, *Geórgica*, II, 273.

[138] Estrabón, *op. cit.*, XIV, II, 19.

[139] *Ibidem, V, I, 8 – 12.*

[140] Sura 2, aleya 219.

[141] 5, 90.

[142] 16, 67.

[143] 47, 15.

[144] Plinio el Viejo, *op. cit.*, XXIX, 102.

[145] Juan, 19, 29.

[146] Ruth, 2, 14.

[147] Horacio, 1, 7, 32.

[148] Talmud, Tannis, 23.

[149] Mateo, 3,1.

[150] Petronio, *Satiricón*, I, 20.

[151] Teofrasto, *op. cit.*, IX, 18.

[152] Plinio el Viejo, *op. cit.*, XXVI, 96 – 98.

[153] *Ibidem.*

[154] Teofrasto, *op. cit.*, II, 3.

[155] Pierre Quézel, *Contribution à l'étude de la flore et de la végétation du Hoggar*, Argelia, 1954, pág. 155.

[156] Juraj Sizgoric, *De situ Illyriae et civitate Sibenici*, XIII, 45.

[157] Vojmir Vinja, *Jadranska fauna —Etimologija I struktura naziva (Fauna adriática: etimología y estructura de las denominaciones)*, Split-Zagreb, 1986.

[158] *Ibidem, tomo I, pág. 24.*

[159] Plinio el Viejo, *op. cit.*, IX, 8.

[160] *Antología palatina, VII, 215.*

[161] *Ibidem, VII, 214.*

[162] *Ibidem, VII, 216.*

[163] Lucas, 5,1 – 11.

[164] Juan, 2,1 – 18.

[165] Aristóteles, *Historia de los animales*, 537.

[166] Opiano, *Haliéuticas*, 111, 640.

[167] Esquilo, *Los persas*, 422 — 428.

[168] Pausanias, *op. cit.*, III, 21.

[169] Alberto Fortis, *Viaggio in Dalmazia*, Venecia, 1774, pág, 161.

[170] *Ibidem.*

[171] Pausanias, *op. cit.*, II, 12.

[172] Pedro Chalmeta Gendrón, *El Señor del zoco en España: edades media y moderna*, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1973.

[173] Heródoto, *op. cit.*, I, 93 94, II, 141, IV, 183.

[174] Pausanias, *op. cit.*, VI, *passim.*

[175] Esquilo, *Los siete contra Tebas*, 292.

[176] Aristóteles, *Política*, 1331a, 31.

[177] Heródoto, op. cit., III, 113.

[178] *Carmina Catulli* VI, 8 y LXVIII, 146.

[179] Apuleyo, *El asno de oro*, II, 9.

[180] *Reformationum líber* 1,11.

[181] Juan, 2, 15; Lucas, 19, 45.

[182] 25,7.

[183] Maupassant, *La vie errante*, Gallimard, París, 2000.

[184] Elias Canetti, *Las voces de Marrakech*, traducción de José Francisco Yvars, Pre-Textos, Valencia, 1996.

[185] Homero, *Odisea*, XI, 120.

[186] Marco Gavio Apicio, *De re coquinaria*, I, 38.

[187] *Ibidem, 1,5.*

[188] Tertulio, *Tert. Apol.*, 3, 6.

[189] Más conocidos como *Los rollos del mar Muerto*, New Haven, 1950.

[190] «Nuestros pesos no nos permiten engañar ni ser engañados. Así como medimos la mercancía, así nos juzgará Dios.»

[191] 55,7 – 8.

[192] Camilo José Cela, *Diccionario secreto*, Madrid, 1979. Véase especialmente el tomo I: «Series coleo y afines», así como el II: «Series pis y afines».

[193] Lv, 24,11 – 16.

[194] Sura 7.

[195] Dante, *Infierno*, III, 103 – 105, *Comedia*, traducción de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 2004.

[196] Marko Marulic, *Evangelistarium*, Colonia, 3. ed., 1529, VII, 29.

[197] *Corintios, 6, 9.*

[198] Original del año 1312.

[199] VI, up. 28.

[200] *Estatuto de la ciudad e isla de Korćula*, cap. I.V.

[201] Tratado publicado en 1923 en Bolonia, que sigue vigente hoy día.

[202] *La blasfemia lasciva*, publicado en 1962 en Sarajevo.

[203] Página 13.

[204] *Antología palatina*, VII, 196.

[205] Safo, 89.

[206] Véase Lacónico.

[207] Aristóteles, *Historia de los animales*, TV, 9.

[208] Homero, *Odisea*, V, 295 — 296.

[209] Aristóteles, *Meteorología*, II, *6.*

[210] Gaston Bachelard, *L'Eau et les reves*, París, 1942, pág. 239.

[211] Most, n.° 39 — 40, 1974.

[212] Mihály Babits, *Hojas de una corona de lis*, Budapest, 1909.

[213] Publicada en Venecia en 1524.

[214] Hermann Bahr, *Dalmatinische Reise*, Berlín, 1909, capítulo V.

[215] Paul Valéry, *Inspirations méditerranées*, La Pléiade, París, I, pág., 1097. Pasaje traducido por María Teresa Gallego Urrutia.

[216] Albert Camus, *Essais*, La Pléiade, París, 1965, pág. 1323.

[217] *Ibidem*, pág. 76.

[218] Leonardo Sciascia, *Rapporto sulle coste siciliane*, en *Opere 1956 — 1971*, Milán, 1987, págs. 1167 — 1168.

[219] Plutarco, *Diálogos píticos*, XVIII.

[220] *De rer.*, II, 1 — 4.

[221] Vitruvio, *op. cit.*, 1 — 2.

[222] *Códice atlántico*, en los *Scriti Scelti*, Turín, 1966, pág. 326.

[223] *De situ Illyriae.*

[224] Éstos serían los croatas, según el latinista Veljko Gortan, que tradujo esta parte del manuscrito.

[225] Plinio el Viejo, *op. cit.*, III, 19.

[226] *Ibidem, XVI, 53.*

[227] 7,34.

[228] Publicada primero en francés: *Peninsule balkanique*, París, 1918.

[229] Se refiere a la costa adriática oriental desde Istria hasta la bahía de Kotor.

[230] Jovan Cvijic, *Balkansko poluostrvo*, tomo II, Belgrado, 1931, pág. 86 — 99

[231] DeVlahis, VI, 5, ed. 1666

[232] Homero, *Ilíada*, XV, 363 — 364.

[233] Heráclito, fragmento 52.

[234] Píndaro, *Olímpicas*, X, 9.

[235] Homero, *Odisea*, 1,107.

[236] Capítulo XI.

[237] Catulo, I, 1 — 2.

[238] Hesíodo, *Teogonia*, 190 — 203.

[239] Hegel, *Vorlesungen zur Philosophie der Religión*, en *Obras completas*, tomo 17, Frankfurt, 1970, pág. 320.

[240] 23 8. Homero, *Ilíada*, II, 752 — 755.

[241] Platón, *Fedón*, II, 60.

[242] Aristóteles, *Meteorología*, II, 2.

[243] Homero, *Odisea*, V, 53

[244] *Ibidem, V, 230.*

[245] *Ibidem, XI, 77 – 78.*

[246] *Antike Schwimmkunst,* Múnich 1927.

[247] Ovidio, *Herodías,* XVI, 147.

[248] Estocolmo, 1889.

[249] Pág. 47.

[250] San Agustín, *La ciudad de Dios*, XVI, 9.

[251] Ibn Jaldún, *Al-Muqaddima,* Beirut, 1967, pág. 92.

[252] I, 37, Beirut, 1985.

[253] Publicación en árabe, II, 160, Leiden-Brill 1934.

[254] I-VI, *Selbstverlag des Herausgebers,* Stuttgart, 1926 – 1927.

[255] Clifford Aschley, *Book ofknots*, Doubbleday and Co., Londres, 1960.

[256] Jules Michelet, *La mer*, París, 1875, pág. 91 – 97. Pasaje traducido por María Teresa Gallego Urrutia.

[257] Augustin Jal, *Nouveau Glossaire nautique*, CNRS, págs. 12 – 13.

[258] *Génesis*, 42, 26.

[259] *Deuteronomio, 22*,10.

[260] *Génesis, 22*, 3.

[261] Juan, 1, 14.

[262] Marcos, 11, 2 – 11; Juan, 12, 14 – 16.

[263] Zacarías, 9, *9.*

[264] Lucas, 19, 30 – 31.

[265] Mateo, 21, 2 – 3.

[266] Marcos, 11, 2 – 3.